

VIDA EN CLARO

autobiografía de
JOSE MORENO VILLA



EL COLEGIO DE MEXICO

JOSE MORENO VILLA

VIDA
EN
CLARO

autobiografía



EL COLEGIO DE MEXICO

VIDA EN CLARO

Primera edición, 1944

Queda hecho el depósito que marca la ley
Copyright by *El Colegio de México*

Impreso y hecho en México
Printed and made in Mexico

por

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA
Pánuco, 63

I

TOPOGRAFIA DE LA CASA PATERNA

VEO AHORA, de repente, que el cuarto de mi padre daba al mar y que el de mi madre daba a la catedral. Mi padre murió en aquel su cuarto frente al mar, que mientras vivió mi madre no utilizó nunca para dormir. Y mi madre murió en su alcoba de siempre.

Hay una tendencia en los hombres a convertir en símbolos ciertas observaciones. Yo no quisiera. Porque el simbolismo nos resulta ya cansado. Pero quisiera, porque ello me atrae, pensar un poco en estos hechos con que principio.

¿Tenía mi padre en su espíritu algo de mar? Me es difícil decir que sí o que no. Fué lo bastante sedentario como para hacerme creer que los viajes no le atraían. Y el mar, desde un puerto, es siempre una invitación al viaje. Nuestro comedor, justo al lado del cuarto donde murió, daba también al mar, y mi asiento a la mesa enfocaba el horizonte mediterráneo. Mientras yo comía, viajaba. Mis ojos acariciaban la marcha lenta de los barcos veleros y la más rápida de los grandes trasatlánticos. En cambio, el asiento de mi padre era de espaldas al puerto.

Mi recuerdo es que mi padre se alegraba más con la llegada de los navíos que con otra cosa cualquiera. Le gustaba que el puerto estuviese siempre lleno de barcos,

porque esto significaba prosperidad o riqueza para Málaga.

Pero por otro lado acaso hubiera algo de mar en su espíritu, sobre todo de mar latino, con perfiles claros y ondas acariciantes. Su carácter era dulce y amoroso. Gustaba de besar a sus hijos tranquilamente, cosa que no era notable en mi madre. Esta no fué nunca besucona.

Ahondando más, me atrevería a decir que el carácter de mi padre se asemejaba al mar, porque nunca le conocí proyectos. Y así como en el mar no hay caminos fijos, tampoco los hubo en la vida de mi padre. Tal vez ella no fué otra cosa que una onda marina impelida por la providencia, sin más control que el fluir correctamente dentro de la sociedad con el menor rozamiento.

No fué mi padre onda tumultuosa de mar norteño, sino modulación marina mediterránea.

Jamás alborotó en privado ni en público. Hablaba poco y con gracia. No quiso nunca escalar ni brillar en ningún sentido. No peleó por la vida. Agotó sus posibilidades con dignidad y reposo.

Por esto, ahora, al pensar en su cuarto creo que murió en su sitio.

Pero ¿y el de mi madre? Porque en modo alguno puedo admitir que el carácter o el espíritu de mi madre tuvieran algo de alcoba. Al menos, a primera vista me parece imposible. Sólo de un modo podría admitirse dicha semejanza, a saber: pensando que fué como capitana de la nave y que, estuviera donde estuviera, veía, discurría y mandaba. Tal vez su alcoba era el corazón de la casa.

He dicho que esta alcoba estaba orientada hacia la catedral. Y si pensamos con el corazón, comprenderemos

que una madre activa y ordenadora, apasionada y reflexiva, tiene más de catedral que de mar.

Ella no era corporalmente grande y, sin embargo, yo la veo tan grande y tan agradablemente fresca en su interior como el ámbito de una catedral. En su pequeño cuerpo, de donde salimos trabajosamente varios hijos, yo me figuro que cabía con holgura toda la familia. Se ha comparado muchas veces a la iglesia con la clueca, por aquello del cobijo o del amparo. Pero tal comparación es sumamente relativa. Las alas de la gallina recogiendo a su prole son, como imagen, algo perfecto, pero lo que este amparo deja en los polluelos no es, no puede ser, nada tan duradero y trascendental como lo que la iglesia o la madre dejan para toda la vida en nuestras almas.

Mi madre era fuego y severidad, como yo entiendo que es la iglesia. Yo la quería y la admiraba a la vez, como algo íntimo y a la vez externo a mí. Por mi padre sentía ternura, pero no admiración. Mi madre, en cierto modo, fué la catedral, y mi padre el mar casi lago.

Algo de prisa he dicho que no sentía admiración por mi padre. Todo hay que matizarlo al escribir o al hablar. A veces una afirmación no es más que provisional, un escalón para otra afirmación más delicada y más justa. ¿Es que no podemos admirar la bondad y el tono espiritual perfecto, invariable a través de los días, tanto como otras cualidades eximias del alma humana? Siempre que un hecho cualquiera, grande o pequeño, me demostraba la alta estimación y respeto que la gente en general sentía por él, me paraba a pensar, lo cual es admirarse. Porque la admiración no es otra cosa que una parálisis momentánea del ánimo ante un fenómeno, o pequeña maravilla. Hoy, ahora, contemplo aquella bondad de mi padre como

aquel pedazo de mar mediterráneo brillante y tranquilo que se extendía ante mis ojos infantiles.

El cuarto de mi padre daba sobre el mar. Y el de mi madre hacia la catedral.

¿Quién era más religioso? Ambos lo eran mucho, pero yo tengo la impresión de que mi padre lo era más. En aquel cuarto sobre el mar su muerte me pareció la muerte del justo, la muerte perfecta, sin un dolor aparente, sin una contracción, oyendo esas oraciones postrimeras, que por ser postrimeras cree uno que han de inquietar al moribundo, con un recogimiento y aceptación gustosa verdaderamente raros. Mi padre fué vástago de un árbol sumamente piadoso. En el árbol de mi madre, en cambio, hay alguna rama heterodoxa. Mi bisabuelo fué liberal militante, allá en la primera mitad del siglo pasado. Recuerdo mucho esta frase de mi madre: "Tú saliste a tu bisabuelo. Tienes rabo. Hueles a azufre." Y que a continuación me contaba cómo un obispo de Málaga, conocedor y apreciador de mi bisabuelo, le llamaba a palacio cuando había requisado libros por la Inquisición y le decía: "Elige, Luis, lo que te guste, que contigo no van las prohibiciones."

Yo no sé todavía por qué me contaba todo esto mi madre. Muchas veces me he preguntado si en el fondo no le gustaba a ella que su hijo hubiera sacado algo del abuelo. Pero siempre que yo mismo me hacía la pregunta, trataba de borrarla por respeto a ella. Me parecía que si hurgaba demasiado en el asunto iba a matizar el espíritu de mi madre con algo de heterodoxia. Y, francamente, no quería. Hubiera sido injusto.

Parece mentira lo que puede influir una frase para dibujar indefinidamente el carácter de una persona. Si

hoy mi madre me parece menos religiosa que mi padre, es por esas frases que me dijo en algunas ocasiones.

Y, sin embargo, mi madre fué la catedral en mi vida, y, en mi familia, el lazo de unión entre los diversos caracteres. Mi madre murió en el cuarto que daba a la catedral, porque aquel era su sitio de muerte.

Pero este encuentro feliz de hoy, esta visión de lo representativo que fueron los cuartos de mi padre y de mi madre, me conduce a términos que yo no sospechaba, porque me encuentro con que yo viví durante mi infancia entre el cuarto que daba a la catedral, o sea el norte, y el cuarto que daba al mar, o sea el sur. Y como la vida de la infancia deja sedimentos y formación para el resto de nuestra existencia, yo me pregunto si acabará pudiendo más en mí el mar o la catedral. Es decir, si podrá más lo romántico o lo clásico. Porque no cabe duda de que la iglesia es norma o regla y de que el mar carece de ellas.

En resumen, que la sencilla consideración de los cuartos de mis padres me conduce a una pregunta de las más serias que puede hacerse el hombre: ¿qué soy, cómo soy?

No quiero aventurar la respuesta desde ahora. Es posible que ella vaya saliendo a medida que voy escribiendo. En primer lugar, pienso en que tengo sobre mí, y en mí, caracteres físicos y caracteres morales de mi padre y de mi madre. De modo que, lógicamente, debo tener un poco de sal marina y algún arbotante catedralicio. Y quien dice arbotante, o dice sal, puede decir lo mismo cancel, columna y coro o bien espuma, onda y brillo.

En realidad, no quiero aventurarme a la respuesta porque sería grotesco decir de mí mismo que tengo algo de catedral o de mar, dos cosas tan formidables si se atiende uno a sus nombres. En excusa mía podría decir que en la

composición de una catedral entran muchos elementos, no todos grandiosos, aunque sí importantes, y que en la composición del mar entran igualmente cosas que no son agua pura, bello color y brillo.

Yo podría decir que mi padre vivió del silencio. Le gustaba que mi madre o sus hijos le hablasen, pero él permanecía callado. Es increíble para mí pensar hoy lo poco que me habló mi padre. No recuerdo ni consejos suyos, ni explicaciones, ni relatos. Una sola nota de orden literario puedo adjudicarle; el haberme inducido a leer los poemas del enfático y oratorio Núñez de Arce.

No recuerdo cuáles fueron mis primeros libros de lectura. Sé que no leí jamás a Julio Verne, aunque lo intenté. Tampoco leí a Dumas. Y creo que mi padre me quiso inclinar hacia la retórica de aquel poeta vallisoletano para contrarrestar la nota lírica del poeta que me ofrecía mi madre: Gustavo Adolfo Bécquer. Mi madre se sabía de memoria todas las "Rimas" y bastantes humoradas de Campoamor. ¡Ah!, y también el famoso "Tren Expreso".

Este encuentro con los poetas en boga pudo originar en mi tierno ánimo una incertidumbre (yo tendría diez años). Pero no fué así. A pesar de saberme de memoria los largos poemas de Núñez, percibía yo muy bien que eran trozos de declamación para recitadores públicos como el actor Rafael Calvo. Versos como para extender los brazos en actitud de natación y levantar la cabeza en actitud de ahogo y petición de auxilio. Y como nunca me creí ni quise ser farsante, me sentía mucho más deleitado con la lectura del poeta sevillano, que puede hacerse en actitud recogida, como hablando a nuestro propio corazón. Béc-

quer, en efecto, se apoderó de mi sensibilidad infantil. Recuerdo que hasta reviví en cierto modo alguna de sus leyendas, pues a los doce años, estando interno en un colegio, consideraba yo a la hermana de un compañero mío, chica de una belleza griega y sumamente pálida, como a una de las mujeres becquerianas nacidas para ser dulce tormento mío.

Vistos al cabo de los años estos influjos de mi padre y de mi madre, los relaciono con sus respectivos cuartos, el de los grandes balcones, como para vivir en el exterior, y el recoleto que daba sobre la catedral. A Bécquer le correspondía naturalmente éste, y a Núñez de Arce, aquél.

La topografía de la casa familiar yo no sé si influye mucho o poco en los caracteres. Cuando venimos al mundo, venimos no sólo a una determinada situación económica y a un determinado ambiente moral, sino como predestinados a un determinado cuarto. Las casas son más tiranas de lo que creemos. Ellas imponen lo que ha de ser comedor, sala, dormitorios, etc. Y el dormitorio de uno sale de las conveniencias generales de la familia, no de la voluntad individual. Por esto digo que la topografía de la casa puede entristecernos o alegrarnos, según la suerte que tengamos. Es evidente que cada uno puede imprimir al cuarto que le corresponde en suerte mucho de su carácter y de sus gustos. Hay quien por limpieza y sencillez de ánimo elige muebles de líneas sencillas y hay quien sobrecarga las paredes y el mobiliario con toda clase de adornos superfluos. Hay quien gusta de vivir entre damascos y almohadones abigarrados y hay quien prefiere la cal blanca en la pared y el diván forrado de gris. Esto es verdad, pero a su vez el cuarto puede influir en uno por sus dimensiones, por la cantidad de luz que recibe, por el pai-

saje que tiene desde su ventana y por el encajamiento suyo dentro de la distribución general. Yo he sentido siempre antipatía por los cuartos interiores, y cuando he tenido que retirarme a uno de ellos circunstancialmente para dormir, he ido como a una especie de celda de castigo.

Mi cuarto quedaba entre norte y sur, con luz de oriente. Tenía en invierno y verano una estera de paja luciente, en su color natural, pajizo. Sobre la estera, una cama dorada, cuyo único adorno consistía en un escudo de México (*¿por qué de México?*), dos sillas, una butaca mecedora, un lavabo redondo y un escritorio de carpeta con un estante superpuesto. Este mueble, al que yo llamaba mi biblioteca, atraía toda mi atención. En él llegué a reunir las obras de Espronceda, Zorrilla, Duque de Rivas, Bécquer y Núñez de Arce, algunas novelas de Galdós, un volumen de Santa Teresa, dos de Gracián, un tomito de Heine, traducido, y una historia de los Estados Unidos que jamás intenté leer. Estaba allí porque su tamaño convenía para un hueco.

A pesar de lo que yo había soñado con tener un cuarto para retirarme y leer en paz, no lo conseguí nunca. Por las mañanas, porque apenas levantado comenzaban las criadas la limpieza, y por la tarde, porque me atraían otras habitaciones de la casa más iluminadas. Todo lo atractivo que era para mí el cuarto lleno de sol en la mañana, se convertía en inhóspito después de las tres de la tarde.

A oriente también, y un poco al norte, o sea en la misma dirección que el cuarto de mi madre, estaba el de mi hermana mayor, la que se hizo monja. Y también a oriente, y con una fachada al sur, el cuarto grande de mis

tres hermanas menores, de las cuales una murió temprano y las otras quedaron solteras.

¿Qué resulta de la topografía de estos tres cuartos? Que el de levante y norte dió una monja; el de levante y sur, un angelito y dos solteras, y el de enmedio, un ser destinado a vivir fuera de su casa y de su tierra natal. Podría decir que, nacido en oriente, me atraía el occidente. Pero también podría decir que, habiendo nacido en el sur, me atraía el norte, puesto que salí de Málaga a los dieciocho años, España arriba hasta Alemania y, más tarde, al bajar del norte, me quedé en Madrid.

Al cabo de los años cada uno de estos cuartos encierra una pequeña novela vulgar. Ellos no existen sino en mi memoria y en estos momentos me recreo en ir recorriéndolos. El de mi hermana mayor, o sea el cuarto norte y levante, era de un color rosa, matizado por el tono claro de los muebles de arce. Aunque mi hermana lleva muchos años de monja, yo sigo pensando que su cuarto de muchacha le era más propio que la celda. No quiero juzgar los móviles de su entrada en religión. Los datos míos son éstos nada más: a sus dieciocho años era el carácter más sociable y alegre de la casa. Todavía pueden verse en ella algunos retratos suyos con disfraces para bailes de sociedad. ¿Cómo los recordará desde el convento? Esta hermana, la del cuarto rosa situado en la esquina norte-oriente, tuvo la mala fortuna de aceptar un noviazgo que duró nueve años. Uno de esos noviazgos que no se conciben en otros países.

El nombre de Ignacio se convirtió en algo funesto en nuestra casa. Ignacio era uno de esos jóvenes fatuos que en apariencia se van a tragar el mundo y en el fondo no sirven para nada. Al principio de las relaciones llegaba

a la finca de campo todas las tardes en un precioso coche inglés de dos ruedas tirado por un caballo anglo-moruno de la ganadería jerezana de Guerrero. Parecía que cada tarde lucía un traje distinto y que los puros que fumaba estaban siempre en sus comienzos. Hay personas tan superficiales que revelan todo su carácter en el modo de tirarse de los puños de la camisa o en el modo de sacarse el pañuelo del bolsillo. Acometen estos movimientos con tal desembarazo y amplitud que piensa uno: "Esto es todo. Detrás de esto, no hay nada." Y así ocurría con Ignacio. Después de unos años de pavonearse por aquí y por allí con los ingresos que le proporcionaba ser *adlatere* de un madrileñito caído en Málaga que resultó viviendo de un negocio vergonzoso que mantenía en Bilbao su vieja amante, Ignacio fué perdiendo su desenvoltura y brillantez social hasta que terminó vendiendo jabones por los pueblecitos de la provincia. Esta carrera hacia abajo duraría cuatro o cinco años. Y la retirada de mi hermana al convento fué cuando ya le vió todo el mundo en un estado de ruina moral imposible de vencer.

Cuando yo recuerdo el cuarto de mi hermana pienso en los dos puntos cardinales de su orientación, levante y norte, como si el cuarto presagiara la bifurcación en un momento de su vida, o sea dejar el norte por el oriente o éste por aquél.

El cuarto de mis otras hermanas era también de esquina, o sea con doble orientación, levante y sur, pero al morir mi hermana menor quedó para dos y es muy posible que por eso no se hayan visto ellas en una encrucijada grave como mi hermana mayor. Pensando supersticiosamente, diríamos que sobre una mandaba el sur y sobre la otra el oriente. Además, con los años y las mudanzas, con

la ausencia de unos y las muertes de otros, el reparto de habitaciones cambió y mis hermanas viven hoy en la alcaoba de mi madre. Respecto a que a una de ellas corresponda el sur y a otra el poniente, puedo decir que una es equilibrada en sus palabras y actitudes, suave y acariciante como el mar del sur, y la otra brusca, apasionada de voz y de gesto, aunque también profundamente cariñosa en el fondo.

Y me queda un cuarto, el de mi único hermano, el del hermano que llegó a la vida con algún retraso y tuvo que acomodarse donde pudo, en un cuarto interior cerca de la escalera. Para mí es evidente que en la topografía de la casa este cuarto estaba destinado para el que había de hacer una vida huraña y difícil. Yo sé que la juventud de mi hermano ha correspondido a este presagio de su cuarto, y eso es lo que me interesa, porque lo que persigo es saber si los primitivos cuartos influyeron en el resto de la existencia.

Cuando evoco los movimientos míos en el que me correspondió, los veo como movimientos callados de quien no quiere armar ruido para que tampoco lo armen los demás y le permitan entregarse a sus lecturas e imaginaciones. Es decir, movimientos en busca de apartamiento, reposo y voluptuosidad. Con todos los objetos puestos en orden y una butaca bañada de sol, hundirme en las vidas ricas en peripecias y sentimientos, examinadas con lupa y con habilidad por hombres dotados de perspicacia. Hundirme en mundos apasionados, sin actividades de pies ni de manos propios. Donde sólo caminan los ojos. Alejarme, caminar de ese maravilloso modo que le es dable al hombre, con sólo poner la vista sobre los renglones de un libro.

Yo quería hacer de mi cuarto un refugio donde, reinando el orden, pudiese abrir o extender mis planes, mis creaciones juveniles, sin que mis hermanos me revolviesen nada, sin que la vida exterior penetrase en la vida que yo iba forjando dentro de mí.

↳ Pero mi cuarto estaba entre norte y sur y decidió sobre mi vida. Mi destino fué abandonarlo y vivir siempre, desde entonces, interinamente.

II

LA DINAMICA DE AQUELLA CASA

OTRO ASPECTO de la casa, no menos influyente en el resto de la vida, es el ritmo familiar y todo lo que podemos llamar la dinámica doméstica. Ella está integrada por la movilidad lenta o rápida de los padres, pero también por cosas más útiles, como la voz familiar, los regaños, los ademanes, los actos en común, la tirantez de los silencios, la expresión de los ojos.

Mi padre caminaba con aplomo, pero sin pesadez. En la calle iba incluso con ligereza, como si tuviera prisa por llegar a algún sitio. En la casa, con moderación. Y recuerdo un detalle muy singular: siempre que pasaba por una puerta separaba los brazos caídos hasta tocar los quicios. Nunca le pregunté por el origen de este movimiento. Ahora se me ocurre que pudiera ser un movimiento inconsciente para cerciorarse de que pasaba la puerta justamente por el centro. Porque ustedes habrán notado lo feo que es pasar por las puertas pegándose a uno de los lados. Da la impresión de huída vergonzosa.

Según esta interpretación, mi padre gustaba de entrar por las puertas derecha y centralmente. Y había en su porte, al penetrar, una seguridad apacible que sólo alcanzan las razas muy cultivadas. Por esto desde que entraba se le quería.

Mi madre caminaba grácilmente, aunque vencándose

un poco sobre el pie derecho. Se movía sin prisa ni lentitud. Sus pies eran tan pequeños que yo le decía: "No se han hecho para caminar, sino para saltar, como los pájaros."

Estaba siempre en actividad: cosiendo, arreglando roperos y alacenas, vigilando la cocina y la limpieza, leyendo, arreglando a sus hijos. De tarde en tarde abría para nosotros un cajoncito donde tenía sus abanicos de valor u otro cajoncito donde guardaba estuches, curiosos rosarios, canastillas con algunas monedas de oro viejo, retratos antiguos, mil quisicosas que nos embobaban. Y todo aquello habíamos de verlo sin tocarlo, o tocándolo con sumo cuidado. Sus manos finas abrían un abanico grande con un ademán maestro y se lo colocaba ante el pecho mirándonos y sonriendo con sus alegres ojos, como diciéndonos: "Así se maneja esto."

Durante los años de más prosperidad, pasada ya la primera infancia, mi familia quedaba distribuída en tres pisos. En el alto vivían mis abuelos y mi tío, único hermano de mi madre; en el principal o intermedio, mis padres; en el bajo, los niños. Entre el principal y el bajo se estableció un contacto más íntimo instalando una escalera de caracol, que fué al principio un instrumento de feria para nosotros, los pequeños.

En nuestro piso se confinaba el alboroto, el juego y el desorden. Sobre todo en el cuarto de la costura, que era una pieza muy grande y soleada. Allí crujía yo mi látigo sobre cuatro sillas dobladas que hacían de caballos, y mis hermanas jugaban con sus casitas de muñecas, rabiando a veces y llorando a voces. Allí acudía mi madre a coser con la costurera, una buena mujer cojita que duró en casa sus buenos cuarenta y cinco años.

Cuando ya tuve edad de ir al colegio, volvía de éste a las cuatro. A esta hora se terminaba también el trabajo en las oficinas y mi padre regresaba a casa. Si se retrasaba algo, mi madre y yo nos apostábamos detrás de las persianas a esperarle. Todo en la casa estaba a esa hora en perfecto orden. Mis hermanas salían de paseo con la niñera o las amas de cría. Mi madre se acicalaba, se vestía como para recibir; y, en llegando mi padre, nos sentábamos los tres en el balcón de la esquina —como le llamábamos a uno que daba sobre el puerto y el parque. Hora de quietud y de largos silencios.

Mi padre no podía pasar sin su par de horas en esta atalaya. Y, con él, mi madre y yo. Así me pude aprender a fondo los colores y los tonos de aquel paisaje, donde había agua marina, velas blancas, columnas encaracoladas de humos oscuros y claros que despedían los buques entrantes y salientes, montes azules, rojos, ocre, morados; filas de palmeras entre altos castaños de indias; embarcaderos, lanchas, navíos de alto porte; la mole de la catedral; el Castillo, acostado en la cima del Gibralfaro; la Plaza de Toros, pintada de almazarrón; la Aduana de Carlos III, pintada de albayalde; los carros y camiones que hacían el servicio del puerto, y los vencejos y las gaviotas describiendo círculos sobre tierra y sobre agua. Desde allí veíamos pelearse a los cargadores del muelle y beber a los marinos extranjeros en las tabernas. Desde allí veíamos bajar del diminuto tren costero a los aldeanos del litoral, y desde allí ví embarcar y desembarcar a los soldados de Melilla y de Cuba. Embarcar lozanos y contentos para la isla, al son de la jacarandosa Marcha de Cádiz, y desembarcar tullidos, demacrados y amarillos.

Otras horas pasadas con mi padre eran las de la mesa.

Hoy, casi ninguna familia está completa a la hora de comer; hoy se estila mucho más el aceptar invitaciones o costearse la comida fuera de casa. El ser invitado tenía entonces más importancia que hoy.

En la mesa, si mi padre estaba preocupado, hablábamos poco y con frases cortas. Si alguna de mis hermanas charlaba demasiado, los ojos de mi madre, tan expresivos, le decían que era inoportuna.

La hora de la mesa fué siempre hora de educación, hora de aprendizaje. El comer tiene su ritmo y quien *entra en forma* tiene mucho aprendido para el concierto social.

En el piso principal de mi casa reinaba el orden, la limpieza, el silencio y dos cosas más, sumamente importantes: un airecillo siempre renovado, cargado de brea y yodo marinos, y una media luz tranquila que se graduaba con las persianas. En este piso marcaban su presencia severa los muebles ingleses del comedor y de la sala. Mejor que presencia severa, presencia correcta, que al derramarse en el ambiente no le entenebrecían, como ocurre con los detestables artefactos de estilo Renacimiento español, falsos desde la raíz hasta la copa. En mi casa no dominaba la severidad, ni la tiesura. El hálito bondadoso, pero taciturno, de mi padre quedaba compensado por el temperamento férvido de mi madre.

Ella era todo ojos para adivinar en los cambiantes de la cara de él sus deseos, sus preocupaciones, su estado. Y sufría, y se sofocaba y nos marcaba el ritmo de vida conveniente. "Que a tu padre le duele la cabeza." "Que tu padre está disgustado." Con esto le bastaba para atemperarnos. Especialmente a mí. Yo no sé si por docilidad de carácter o por una mayor percepción que mis hermanos

para el dolor ajeno. El resultado es que desde muy niño aprendí a conocer el sentido doloroso de ciertas posturas y movimientos, como el de apoyar la sien en la palma de la mano, el buscar con los ojos el cielo estando bajo techado, o el producir con la lengua y los dientes de arriba un especial chasquido que vale por una queja, por contenido ¡ay! Yo aprendí de niño a ver cómo la mirada se apaga y huye al fondo del ojo en los momentos de tristeza, dejándonos en una especie de abandono. Y aprendí a diferenciar en los besos si la carga que portaban era de efusión o de melancolía, de compromiso o de desesperación.

Mi padre tenía unas manos bien dibujadas y llenitas, de piel sonrosada y seca. Y su jabón les prestaba un perfume a cedro muy querido de mis naricillas infantiles. Este mismo perfume despedía su hermosa calva, campo de mis besos cuando me recostaba en el brazo de su butaca.

Todo esto sigue perteneciendo a la dinámica de la casa. De las amonestaciones recibidas en la infancia queda mucho, pero imagino que nos queda mucho más del ritmo doméstico. Si en una casa como la mía se habla poco, es lógico que se viva más de la mímica, las miradas, los gestos y las interpretaciones.

Esto, sin embargo, tiene el peligro de convertir a las personas en fantasmas. Yo no puedo asegurar hoy que mis padres fuesen tales como yo los veo ahora. Es posible que los describa guiado por un falso espejismo. Pero mi voluntad de captación es pura y la deformación habría que achacársela a la dinámica familiar.

Cuando yo era muy niño, mi padre salía a las diez de la mañana para su despacho, que estaba en la casa de mis abuelos paternos, en la antigua calle de Los Mártires, que después se llamó de Moreno Mazón, por mi abuelo.

En aquel sitio me impresionaban varias cosas: un ángel de Zurbarán que había en la pared; el teléfono, que como primitivo era más complicado que el de hoy, con un manubrio para llamar; las etiquetas para las botellas de vino que fabricábamos; los libros copiadores de cartas, cuyas hojas se humedecían y prensaban; la cara adusta de mi tío Miguel; el modo de hablar castellano del teutón señor Rudolfi; las maravillas caligráficas de mi padre y, finalmente, la actitud doliente de un empleado que, al verme, decía siempre: "Así podría ser ya mi niño."

Mis abuelos vivían encima de este despacho, en un piso señorial muy extenso y algo sombrío, con dos grandes salas, una amarilla y otra carmín, donde colgaban cuadros de Murillo, Juan de Juanes, un primitivo flamenco y otra porción de anónimos. De mi abuelo conservo únicamente su aspecto: alto, seco y de cabello blanco purísimo. En cambio, su hermano, el que fué Patriarca de las Indias y Arzobispo de Granada, era el hombre más obeso que yo he conocido. En sus últimos años dejó de decir misa por no poder estar de pies y para moverlo en la cama hubo que recurrir a dos bridas o bandas que, extendidas bajo su cuerpo, eran levantadas por el ayuda de cámara en el momento oportuno y hacían dar media vuelta al arzobispo.

Mi abuelo murió cuando yo tendría cuatro o cinco años. Y dicen que le avisó su muerte San Pascual Bailón. ¡Quién sabe!

De mi abuela tengo más recuerdos. Era una típica malagueña, con mañas del Perchel, famoso barrio popular. Quiero decir que era graciosa e intencionada, de esas que sienten crecer la yerba. Junto a la sequedad hidalga de mi abuelo Miguel, resultaba pura sal y pimienta. Don Mi-

guel había buscado siempre los títulos y llegó a labrar su escudo en la escalera de la casa, mientras ella, doña Josefa, se sonreía, teniendo en el arcón papeles que le acreditaban como descendiente de Pelayo, nada menos. Es muy posible que, como Castañeda, procediese de Asturias, pero su gente debía llevar muchos siglos en aquella tierra nuestra moruna, romana y gitana. Su libro de nobleza fué a parar a manos de la condesa de Valencia de Don Juan, y nunca se recuperó.

Durante los años de escuela infantil la visitaba yo diariamente, porque mi colegio quedaba cerca del despacho de mi padre y allí me reunía con él. La recuerdo con sus mitones, unos medios guantes de encaje que dejaban fuera los dedos, y con una peluca muy peluca, es decir, nada disimulada, cuyas ondas en torno a la frente eran de una simetría irritante. Después de los besitos de rigor, metía la mano en la faltriquera, donde sonaban las llaves con un sonido que ya sabía yo lo que significaba: moneda. Dicen todos que yo era su nieto preferido. Lo que yo sé es que veía en mí al primer nieto que podía continuar el negocio de exportación de vinos iniciado por mi abuelo.

De su casa, nos íbamos mi padre y yo a la nuestra, pero parándonos en las tiendas del joyero, del zapatero y del sombrerero. Esto duró hasta que me dejaron salir solo.

Mi primera salida solo constituyó un acontecimiento, un ensayo solemne. Se apostaron todos mis familiares en la ventana del comedor para verme llegar al embarcadero, que se me impuso como meta. Salí muy de prisa en la dirección indicada. El terreno me pareció más ancho que nunca, más polvoriento y más lleno de accidentes, carros y hoyos. Acostumbrado a verlo desde arriba, me pareció

un pozo donde me hundía. De pronto, sentí miedo de la gente. Vi una pareja de la Guardia Civil y eché a correr en gran parábola hacia la meta. Cuando regresé a la casa aplaudieron mi aventura y se rieron del miedo a los guardias.

Este es el pasaje de timidez o miedo más antiguo en mi vida. Y fué de miedo a la gente. Miedo que no he perdido, a pesar de los años.

Acaso influya un poco en la timidez la dinámica familiar. En mí han podido siempre mucho las palabras, y creo que buena parte de nuestra vida sería otra si hubiéramos recibido a tiempo la palabra debida. Hablando una vez, con mi amor yanqui, del triste papel que haría yo en Norteamérica sin saber el idioma, lo cual anula casi por completo la personalidad, me respondió: "A tu edad no se hace el ridículo." Brava afirmación, estimulante. Quizás no muy verdadera, porque siempre quedan reflejos de timidez, aun en épocas avanzadas de la vida. A los cuarenta años puede ya el tímido darse perfecta cuenta de que la gente no es tan aguda, tan ágil, tan arriesgada, tan osada como para ser temida, pero nadie le quitará su orgullo o su sentimiento de inferioridad, que son los orígenes de su timidez.

La vida de mis abuelos maternos repercute también en el ritmo total de mi casa. Ellos ocupaban el piso alto, como ya dije. Se llamaban don Antonio Villa y Chozá, y doña Luisa Corró y Ferrer. Él, oriundo de Bailén; ella, nacida en Málaga, pero hija de catalanes establecidos allí el primer año del siglo XIX. Don Antonio le llevaba a doña Luisa veinticuatro años. Se casaron de cuarenta y dos y dieciocho, respectivamente. Tuvieron a mi madre a los

siete años de casados, y a mi tío Antonio cuatro después. Este se casó también de hombre maduro, aunque no tanto como yo. Creo haber alcanzado el "record" en mi familia casándome a los cincuenta y dos años. Y, por parecerme al abuelo, le llevo veintitrés a mi mujer. —

Don Antonio murió a los ochenta y siete, cuando yo comenzaba el bachillerato, y hasta cuatro días antes hizo su vida ordinaria, de pasear largo por las tardes, recalar en la tertulia de un sombrerero amigo, jugar solitarios, fumar muchos cigarrillos, liar picadura para ellos y repiquetear con los dedos marchas militares en la mesa camilla donde pasaba sus veladas. Era capitán retirado y propietario de unos olivares allá en Jaén, cuyas rentas jamás llegaban a Málaga. Casado con mujer de algún dinero, nunca gastó un céntimo que no fuese de su paga, unos cuantos duros que percibía de su retiro. Fué un hombre honrado, serio, leal, sobrio y cariñoso. Le gustaba criar palomas y regar las macetas cuando estábamos en el campo. Bebió vino en las comidas hasta el fin de sus días y llegó casto al matrimonio. Era buen católico y gozaba en las misas cantadas porque podía canturrearlas en voz queda. Le correspondían unos títulos nobiliarios que nunca llegó a sacar. Si no me equivoco, era Marqués de la Villa de Jodar y Señor de Bélmez y de Villarín. Los papeles están en el archivo del Duque de Almazán. Nació en Bailén, y en el año justo de la famosa batalla.

Me detengo en genealogías porque mi madre me las recordaba siempre que yo aventuraba ideas liberales y democráticas, disonantes en aquel ámbito doméstico.

De doña Luisa, mi abuela, tengo dos estampas muy distintas: de señora muy padecida y de joven abuela hermosa y activa. En los últimos años estaba hinchada de

piernas y de vientre y su vida se redujo a salir de la cama para sentarse en la butaca y levantarse de ésta para desplomarse en aquélla. Por entonces fui yo su compañero. Habiéndose quedado sola por muerte de mi abuelo y casamiento de mi tío Antonio, me pasaron del piso de los niños al suyo; y allí viví hasta mi salida para Madrid. Disfruté aquel tiempo de ancho cuarto para trabajar y de un dormitorio con vistas al puerto. En aquella amplitud y con una persona impedida, comencé a dibujar y a modelar en barro, tomándola por modelo. Le hice un busto que todavía conserva mi tío. Hice, además, una figurita de Santa Rosa para mi hermana de este nombre, una cabecita de mi hermana Concha, un retrato mío caricaturesco y una talla en un bastón. Estas obritas me valieron un regalo: el "Repertorio estatuario" de Salomón Reinach. Desde entonces no he vuelto a modelar ni a tallar.

Pero recuerdo a mi abuela antes de llegar al estado de decrepitud, como mujer activa y hermosa, fresca de tez y con ojos muy vivos. La recuerdo sobre todo en la finca de campo, entre macetas, rosales y arbustos que ella podaba y cuidaba con cariño. La recuerdo con su bata clara y almidonada, yendo a la despensa y a presenciar la solemne matanza del cochino que precede a la Navidad; la recuerdo haciendo sus antipendios de malla para los altares de la iglesita de Churriana, o preparando jaleas, borrachuelos, guindas en aguardiente y otras cosillas castizas para la boca española.

La dinámica general de mi casa, según llevo dicho, era sosegada, salvo en el piso de los niños. Mis padres no daban voces ni se peleaban, tenían maneras correctas y

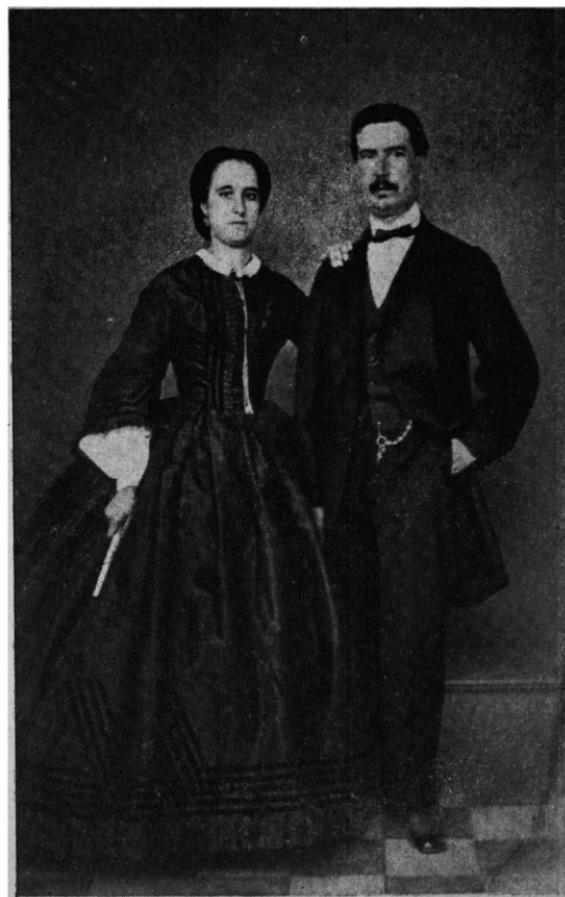


Mis abuelos paternos
y mi padre





Mi madre
y mis abuelos
maternos



costumbres tranquilas. Si salían juntos, era para ir al teatro o a casa de mis abuelos paternos. Mis otros abuelos, los del piso de arriba, también eran gente normal y tranquila. Nosotros nos criamos felices y sanos. Y, sin embargo, yo notaba y noto mejor ahora que presidía un espíritu de temor suave en aquella casa y que esto le restaba impetuosidad a la juventud.

Pensando seriamente en este fenómeno, he acabado por dar con la clave. Lo que unificaba el ritmo de mi casa era la presencia constante de la muerte.

Y no se trata de nada imaginativo, ni místico. Mi padre cayó mortalmente herido cuando yo contaba cuatro o cinco años de edad. Sufrió lo que la gente llama un ataque al cerebro. No recuerdo de aquello más que una frase de mi madre: "Venía por la calle arrastrando el pie izquierdo." Es decir, no; recuerdo también, borrosamente, la figura de mi padre abatido, sentado en un sillón de ruedas y con los pies vendados. Se los habían metido en agua hirviendo, por puro aturdimiento, y se le habían formado unas ampollas dolorosas.

Aquel ataque duró lo que duró, no sé cuánto. Pero lo que no se separó jamás de mi padre fué la imagen de la muerte. Y, al no separarse de él, no se separó de nosotros. Alguien tuvo la perniciosa idea de decirle que tales ataques se suelen repetir a los diez años. Y el pobre comenzó a contar desde entonces los días que le quedaban de vida. Cada dolorcito de cabeza, cada pequeño malestar del hígado operaba en su ánimo como anuncio del fin.

Esto influyó decisivamente en la dinámica de la casa. Tener no sólo consciencia, sino presencia de la muerte, verle asediado por ella, nos impuso a todos una medida en los movimientos, un freno en las acciones y en las

palabras que acabaron por convertirse en hábitos imborrables. La misma acentuada religiosidad que veíamos en él, nos afirmaba en su preocupación. Le veíamos rezar, concurrir a las iglesias dos veces al día, costear misas, hacer votos de renunciar durante un año a tales o cuales cosas apetecibles. Mortificarse, en suma, para enternecer a la Divinidad.

Todo esto lo mandaba la muerte; y yo puedo afirmar hoy que en casa hubo siempre una dinámica especial, una dinámica "amortiguada" o mortecina, operante sin duda en mi espíritu, en mi concepto de la vida. Yo debí de empezar a creer que la vida es un estar rodeado de muerte. Que las cosas y las personas despiden muerte. Y que lo mejor para defenderse era la quietud, la no intervención en nada. Pasar desapercibido para la casa y para la gente de fuera, para el cielo y para la tierra. Comer y dormir en silencio, besar quedito, no golpear las puertas, no meter mano en nada que pueda descomponerse y requerir auxilio, no acometer cosas que causaran preocupaciones a los demás, responder con sonrisas en vez de palabras y reservar todas las facultades para gozar de lo intransferible, de esta hora de sol que se recibe como si uno fuese planta, de esta brisa marina que se absorbe como si fuese arenal desértico y de estas hojas de un libro que me van erizando los vellos de la piel.

Cohibición y voluptuosidad; éstas fueron en mí las consecuencias de la dinámica regida por la muerte.

III

DOSIS CAMPESTRE

MI FAMILIA tenía una finca de campo a ocho kilómetros de Málaga y en ella pasábamos los veranos y las vacaciones de Navidad. Lo que dulcifica o humaniza el campo se descompensa con lo que endurece o enfiereza la capital. Nunca agradeceré bastante a mi familia el haberme puesto de niño en contacto periódico con la bucólica rusticidad, con el riego y la trilla, la cepa de la vid, el carretero, el zagal, el arado, el guarda, el jardinero, la mazorca del maíz, la higuera, y, en suma, con todos los frutales y todas las plantas bravías, las rocas, los regatos y las noches cuajadas de estrellas y de sapos filarmónicos. Al campo debo parte de lo humano que yo tenga. Y entiendo por humano, atención lenta y cariñosa para todo.

En el campo el hombre es lento en sus palabras y en su trajinar. Habla con lento cariño a la bestia, como con lento ritmo, a sabiendas de que las cosas le aguardan sin prisa. El mero hecho de liar un cigarrillo al modo aldeano, crea un ambiente de tranquilidad alrededor. A cuarenta años de distancia, se yerguen ante mí aquellos labriegos o campesinos que se llamaron Pepe el largo, Curro y Palma, como prototipos de la hombría y la corrección. Se me aparecen ungidos de respeto, porque respeto es lo que inspira siempre la pericia, aunque se trate de cavar, de conducir bueyes o de vigilar la finca.

En el campo hay tiempo para lo más inverosímil: para ver cómo está hecha la flor del chirimoyo, para contemplar e interpretar los movimientos de los insectos, para mirar con envidia la soltura envidiable de los pájaros, para quedarse sentado en lo alto de una rama viendo el temblor del aire en el riguroso verano. Hay tiempo para seguir en su curso diminuto cualquier hilillo de agua escapado de la acequia; para ver cómo hace gimnasia sueca la lagartija, cómo atrapa moscas la araña, cómo va derivando la sombra de la casa según camina el sol. En el campo se aprende con lentitud a conocer las clases que hay en el reino de las plantas, porque en este reino hay también su aristocracia, su clase media y su estado llano: las flores, las legumbres y las yerbas. Y hay su gente maleante: las yerbas venenosas y las parásitas. Y gentes caritativas, que se llaman plantas medicinales, sedantes, aromáticas; y gentes estimulantes y hasta alocadas, que nos atacan a los nervios.

A ese tiempo largo, sin puntos ni comas, que nos ofrece la vida en el campo, se debe el poder saborear la crepitación de los leños en la chimenea y el silencio del humo blanco, alma seráfica de los troncos, que sale por la pipa de los tejados.

Pero lo más importante para el espíritu en esa largura del tiempo campesino es la sensación de amplitud y de eternidad que tiene cada segundo y cada latido del corazón. Parece que vivimos mucho en poco y que todos nuestros sentidos se han limpiado y pueden percibir con nitidez las menores alusiones de la naturaleza.

No puedo decir que le debo al campo la mayoría de mis conocimientos, pero sí los más sabrosos y fundamentales. ¡Qué larga asignatura o libro de estudio tenemos en

la vida campestre! Mirar bien lo que come el campesino, cómo lo come, lo que le cuesta, cómo duerme, de qué habla, en qué sueña, cómo se divierte. Ver al que trenza los espartos para hacer tomiza, mientras camina o mientras habla. Fijarse en lo que pesa el arado o la azada. Coger el palustre para alisar la mezcla en la superficie de un muro. Ensayar a poner un esqueje con ayuda del amocafre. Seguir con los ojos las tijeras jardineras que igualan poquito a poco las molduras de los cuadros.

En el campo vi la primera mujer abultada por la maternidad y las acometidas genésicas de los animales. Todo es franco y natural, sencillo y noble en su ambiente. El nido no quiere ser más que nido y los pajaritos son de verdad pajaritos. Esto que vemos es una madriguera. Esto es una cama de ranas. Y así, en un dos por tres, hemos aprendido cómo se vive en el aire, en la tierra y en el agua.

Mi devoción al campo no debe, sin embargo, falsearse. Hay un mito del campo, como de muchas otras cosas; y en estas páginas no busco mitos, sino huellas. Levantar con mesura los velos del tiempo, para sorprender intacto lo que el campo grabó en mi carácter, es mi único propósito. Y al verificar esta operación veo claramente dos huellas: lentitud para gozar observando y conformidad con los misterios y movimientos de la vida. Fe en mis observaciones y, al mismo tiempo, duda y renuncia intelectual ante una porción de oscuridades. Fe y superstición, en suma.

A estas dos cosas debo mis pequeños éxitos y mis fracasos. En todas partes y en toda labor puse fe porque confiaba cándidamente en mis facultades, pero sin olvidar que el éxito lo marca el destino, pues aprendí del campo que la sementera se logra si llueve, si quiere Dios que llueva, y que los designios de éste son insospechables. Así, en mi

vida de joven y de hombre hice siempre mis cosas lo mejor que pude, pero con la convicción de que podría juzgarlas un hombre avisado o un tarugo, de lo cual dependería por el momento el éxito de mi trabajo.

Claro es que las dos huellas impresas por la vida campestre no son las únicas que presenta mi carácter. Junto a la lentitud para observar y junto a la conformidad con el misterio, junto a mi fe y mi superstición, veo en mí mucha inconformidad, mucho apresuramiento, mucha duda, incluso de la superstición. Pero estos rasgos tienen otras raíces, que tal vez encuentre en el camino que voy abriendo.

De momento sigo con las influencias del campo. Insisto en la superstición. De una manera más o menos clara, ella hace acto de presencia en casi todos los pasos importantes de mi vida y en muchos de los corrientes. Allá, en el campo, se saca el santo a pasear para que llueva o para que se aleje la tormenta. Allá se tiene fe en la oración o discurso que se le espeta a la sencilla mata del torvisco, a eso del amanecer, para que aleje unas calenturas. Pues bien, acá en la ciudad, como el hombre sigue sin saber por qué nació Caín, o el fratricida, ni por qué nacen mujeres infecundas, seres monstruosos, moscas y otras bienaventuranzas, pone su fe en cualquier cosa fortuita, en el color de la corbata, en el pie con que sale a la calle, en algo que llevaba encima cierta vez que tuvo éxito. Estas supersticiones son, por su calibre mayor, impropias de las personas cultas, pero estas personas tienen también las suyas, aunque más veladas, pudorosas o hipócritas. Y yo, ¡tas mías. Cuando, ahora poco, los horrores de una revolución y de una guerra impía rompieron mi ya larga trayectoria vital, dejándome en el mundo como el primer día

de mi lucha por la existencia, se irguió delante de mí como salvadora excusa *el misterio*. Las razones de la hecatombe se pueden registrar una por una, pero siempre quedará un rabo por desollar, un misterio por descubrir. Con las mismas piezas de ajedrez gana y pierde en el mismo día un buen jugador.

La enseñanza más grande que debo al campo —casi diría que mi salvación— es la fe en el trabajo individual. Allí vi que el hombre podía con sus manos dirigir el rumbo del agua, enderezar el árbol, levantar una pared, ordenar las plantas, fabricar una herramienta eterna y sencilla, vivir con poco y gozar de una porción de cosas que no cuestan nada.

En el campo se acrecentó mi amor por el aislamiento. Tener una parcela de algo y cultivarla con esmero, atentamente, es lo que me puede salvar o dignificar.

Pero el aislamiento no gusta a la gente, lo interpreta como signo de egoísmo y de pereza. Muchas veces, cuando más activo andaba yo en mis adentros, comparando, deduciendo y despegándome de una realidad para subir a otra, penetraba en la sala un pariente y me decía: “¿Qué haces ahí, perezoso?” Aquella pregunta yo la sentía como una agresión que me nublaba de sangre el cerebro. La mejor respuesta hubiera sido tirarle una silla a la cabeza. Porque ¿cómo explicarle que mi pereza, como la del campesino, es una pereza activa y que de mi egoísta apartamiento quería sacar mi trabajo y mi contribución social?

Con el tiempo fui comprobando que no existen lagunas de ocio en mi vida. Mis actividades no me han enriquecido; mi trabajo continuo en una o varias cosas, no me ha reportado estabilidad económica o un tranquilo bienestar; esto demuestra que la índole de mis perezosas acti-

vidades no era egoísta ni iba en perjuicio de nadie. Lo que he hecho redundará en beneficio de los demás; unos cuantos libros que, aun los peor escritos, servirán para no volver a caer en mis faltas; y una porción de artículos, pinturas, dibujos, lecciones y conferencias.

Muchas veces he visto al campesino tendido a la bartola o con los brazos cruzados; semanas enteras de temporal en que no salía de casa; y, sin embargo, llegado el tiempo, la uva y la aceituna cuajaban en la cepa y en la rama, brotaban la mazorca de maíz y el tomate, florecían los rosales y se amontonaba el trigo.

La sala de la casa de campo donde me sorprendían ocioso mis parientes, era muy del gusto romántico, muy del 1840. Sobre un largo sofá de estilo imperio, un óleo con el retrato de mi bisabuelo D. Luis Corró de Bresca, el catalán, vestido de levita negra y corbatín. Delante del sofá, una mesa de tresillo, fina de patas y con filamentos de cobre embutidos. A un lado y otro, butacas de cualquier tiempo, y, adosadas a las paredes, sillas, una consola y otra mesa donde dormía, bajo su urna, una Magdalena en una cueva como de chocolate, varias litografías de Pablo y Virginia y unas acuarelas pintadas por mi madre en sus años de colegiala.

Toda la casona de campo era anchurosa, equilibrada de luz, fresca y ventilada. Su centro era un gran salón de distribución, solado de grandes losas de mármol, azules y blancas, perfectamente asentadas. Todo el techo lo cubría una parra pintada al óleo por un italiano anónimo, que puso entre los racimos algún detalle zoomórfico y humorístico: un gato y un lagarto. Del salón se salía a una galería cubierta que, con dos alas del edificio, formaba un patio

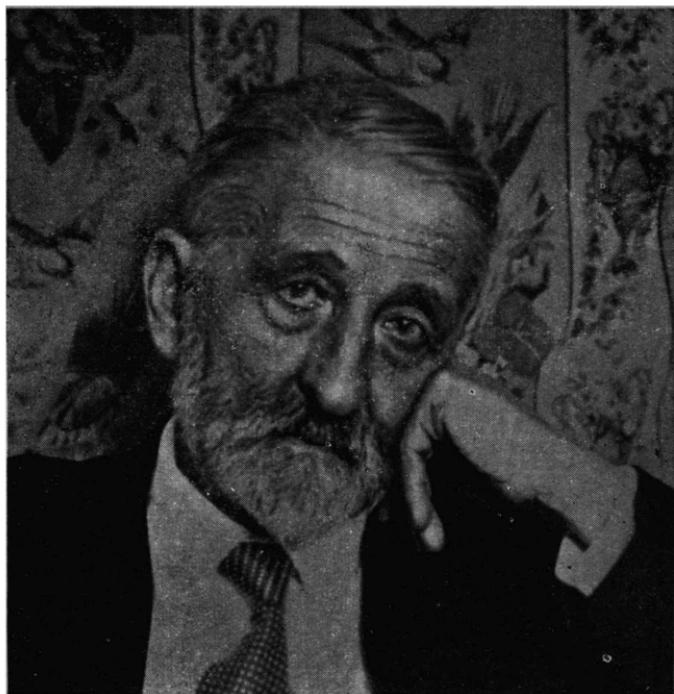


1905

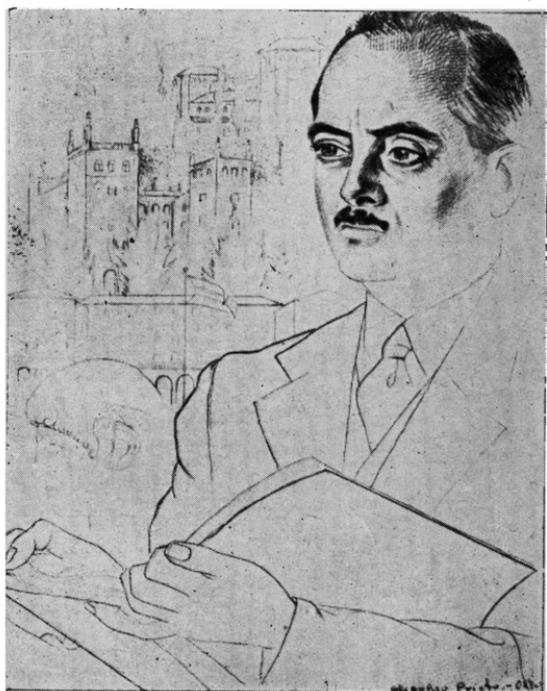
Retratos
de
juventud

1909





Don
Manuel B.
Cossío



Jiménez Fraud
Alberto

abierto por el frente hacia el jardín primero, semicircular. En éste, sobre graderías para macetas, se destacaban unos grandes bustos de emperadoras y poetas romanos. De él se pasaba a la huerta y a otro pequeño jardín. Desde la calle, abierto el portón, se filtraba la vista a través del zaguán, la cancela forjada en 1874, el salón, el patio abierto, el jardín y la huerta, topándose al fondo con un portón pintado de almagra que daba al campo, al viñedo y al olivar.

Resultaba una casona clásica por su simetría, romántica por su mobiliario y andaluza por su ventilación, su sombra luminosa y sus flores. En cada pedacito de ella encuentro hoy un nerviecillo de mi sistema y un germen que luego he desarrollado. Le debo más que a todos los colegios, universidades y libros. Le debo el claro oscuro, el aire, el tono y la sensualidad.

A mi padre no le gustaba el campo; a mi madre, sí. Al aproximarse el estío, siempre nos mortificaban las mismas dudas: ¿iremos, no iremos? Alguna vez triunfaba el deseo de mi padre, y no íbamos. Mis hermanas se ponían muy contentas, argumentando que la capital era más divertida, con más gentes y más cosas que ver. Mis argumentos en contra no valían de nada.

El campo lo disfrutábamos mi madre y yo. Desde las primeras horas de la mañana comenzaba nuestro silencioso saboreo del ambiente. Nos sentábamos en la galería baja del patio abierto al jardín, donde mi madre cosía o regaba las macetas de hortensias, mientras yo dibujaba o leía. El aire, airecillo fresco a las nueve de la mañana, se iba calentando poco a poco y, a eso de las doce, había que buscar la sombra de los chirimoyos. Mi madre prefería una silla baja o un banco de madera; yo, una mecedora o una larga butaca de mimbre o paja tejida. Ella solía tener unas

tijeras en las manos, para cortar flores o para podar de ramitas secas los arbustos. Si no había de qué tratar, regaba la mirada con sosiego buscando motivos de acción. Yo miraba también, pero como buscando los motivos de ensoñación.

De repente venía el jardinero, que era muy conversador. Le llamaban "Castelar" los del pueblo. O bien surgía una voz bien entonada, en el lavadero, en un árbol del huerto vecino, o allá en la trilla.

El jardinero discurría siempre sobre los mismos temas: el sabor y el precio de las frutas, la época de las flores, las enfermedades de las plantas, el aspecto del tiempo, las cosas del cura, del sargento de la Guardia Civil, el médico y el barbero. De vez en cuando, para mayor encanto nuestro, relataba algo de fantasmas y aparecidos, o de las costumbres de la culebra, que venía de noche a la cama de las mujeres y les sorbía la leche como si fuera un crío.

Estas charlas se interrumpían a cada paso por la llegada de alguien: la cocinera, que quería algo de la despensa; el campesino, que nos traía un canasto de brevas o de uvas; Wenceslao, el lejano pariente que podría llamarse "El Cronista de la Familia"; el quincallero o la gitana que vendían puntillas y randas; el hombre que componía sillas desfondadas. Pero ninguna de estas interrupciones era violenta. La prisa y la violencia quedaban en la capital.

Mi madre se sentía tranquila en la finca porque nos tenía a todos dentro de su extensión, en la casa, en el jardín, en el huerto, o en la viña o la era, entre gentes campesinas de largo conocimiento y trato con la familia.

Mis recuerdos del campo abarcan edades muy diversas. Cuando era muy niño, hacía caminitos para la carreta de

madera o el cochecito de metal que nunca llegué a poseer; cosa que me duele todavía. Los juguetes se han abaratado después. Yo me los hacía de madera. Fabricaba bueyes y caballos, sumamente elementales, con ayuda de un serrucho y de un martillo.

Algo más tarde, mis entretenimientos campestres fueron regar, trepar a los árboles, zambullirme en la gran alberca, trillar, cavar, hacer un huertecillo, donde sembraba y quería ver al día siguiente los productos de la siembra.

Más tarde aún, en plena adolescencia, mis entretenimientos eran leer y dejar la lectura para escuchar un pájaro o disfrutar de un aroma que pasaba; subir al tomillar, que estaba al pie de una sierra; montar en un carro, que tirado por un viejo mulo nos llevaba al mar, distante cinco kilómetros; ir a dibujar o a conocer las fincas circunvecinas: "El Retiro", "La Cónsula", "La Gamera".

Cada hora del día me brindaba un deleite. La hora fresca de las mañanas veraniegas, tan limpias para los ojos y las narices; las horas caliginosas del mediodía, tan cargadas de sensaciones acústicas por el rumor de los insectos y del agua en los regatos y las fuentes; las de la tarde, con su invitación al paseo, la llegada de coches de la ciudad, la diligencia, el recadero que traía los periódicos y los encargos; las de la noche, las más difíciles para mi padre y mis hermanas, porque no sabían qué hacer. A estas horas nos sentábamos en la puerta a ver salir las estrellas, levantarse el fresco y regresar las pjaras y los baños. Casi no hablábamos, y esto me permitía paladear el tiempo, pensar que aquello iba a durar siempre, que mi padre seguiría viniendo todas las tardes desde Málaga, que yo no envejecería y podría disfrutar de aquel ocio cálido, de aquella inmersión en una atmósfera de paz, luz, ar-

monía, aromas, recuerdos, sonrisas, anécdotas y seres queridos.

Nunca olvidaré, cuando del campo y de los pueblos provincianos se habla, esta frase de un viejo amigo: "Quise sacar de Madrid a mis hijos y traérmelos aquí para que aprendan a ver las cosas en sus orígenes. En Madrid, lo que aprenden es abstracto: beben la leche sin ver que sale de la ubre de la vaca; comen pescado sin haberlo visto salir del mar. Y así tantas cosas."

IV

DOSIS MARINA

CUANDO UNO principia a vivir se ve en un futuro próximo como algo que va a ser grande, y cuando uno comienza a declinar, se ve muy pequeño, acaso más pequeño de lo que es.

Estos engaños ópticos no sorprenden a los que hemos nacido junto al mar, a los costeros. Yo, al menos, me familiaricé muy pronto con los tamaños falsos que presentan los buques en la lejanía y en la proximidad. Vistos desde tierra, en la línea del horizonte, son poco mayores que un punto y, vistos en el puerto, son excesivamente grandes. Con los años y los viajes se convence uno de que en el mar no son chicos ni grandes, que cualquier tamaño es bueno si el barco está bien construído. Los mayores trasatlánticos son cosa leve y diminuta en medio de los anchurosos mares. Ningún barco pequeño, por pequeño que sea, es insuficiente si tiene condiciones marinas y un buen capitán.

Yo nací un día de tempestad, a eso de las tres de la tarde. Muy cerca de mi casa, a cuarenta metros, se perdió un bergantín, deshecho contra el rompeolas.

Cuando mi madre me contaba esto se me ensombrecía el alma, quizá por superstición. ¿Qué significaría ese naufragio en mi vida? ¿Auguraba algo? Considerando que las tempestades no son frecuentes en Málaga, subía el valor

del signo; si es que lo era. Afortunadamente, no llegó a ser idea fija en mí, ni mucho menos.

En estas horas de introspección que dedico a los socavones de mi vida ha surgido aquel naufragio como surgirán otras cosas que en este momento yacen en la oscuridad todavía. Las cosas que debo a la marina, a la playa y al mar. Porque resulta que yo he vivido mis primeros dieciocho años en un escenario marino; antes que hombre de tierra adentro he sido hombre y niño de mar. Y de mar de Málaga, que comienza a ser diferente de otros mares en el color del agua, y en el sabor y la clase de los peces. En muchos lugares del planeta se conoce a Málaga por "la tierra de los boquerones". Y si se la conoce también por sus vinos, convendremos en que es sitio tan original en sus playas como en sus montes.

Lo más antiguo que yo recuerdo de la playa es el olor. Y siempre que he vuelto a Málaga, cuando todavía me faltaban kilómetros para llegar, me he asomado a la ventanilla del vagón con el ansia fuerte de oler la playa. Frescura tónica; de yodo y brea difundidos en la vagabunda brisa.

En la playa conocí el dolor del trabajo. De un trabajo idéntico al de los Apóstoles, los pescadores hebreos elegidos por Jesús. Porque el modo de sacar las redes, lo que se llama en aquel país "sacar el copo", es idéntico al de los antiguos egipcios, y es de suponer al de los judíos.

Mis recreos en la playa consistían en manosear la arena caliente, hundir mi mano en la arena, sacar un puñado y desgranarlo en el aire. Me recreaba también examinar las formas del erizo y de la estrella de mar, tan distintos en forma y color. Me recreaba comparando las variedades de conchas. Pero lo que me llegaba más hondo era el movi-

miento del agua en la orilla, aquel jadeo, aquella especie de respiración casi humana, aquel pequeño empuje seguido del pequeño retraimiento, productores de un ritmo acompasado que me embriagaba.

Yo no tuve amigos o conocidos en la playa, como los tuve en el campo, pero a simple vista diferencié desde niño al hombre del puerto y al hombre de playa, al cargador y al pescador. El hombre del puerto era bronco, duro, pendenciero, agresivo; el pescador hombre callado, lento, sufrido, humilde, en general. Siendo ambos tipos costeros, el pescador se puede emparejar con el labriego, mientras que el cargador, estibador, barquero de escalerilla y demás hombres de puerto, son productos capitalinos, y ya dije que la capital enfiereza.

Yo viví entre unos y otros. Les olía, les seguía en sus movimientos, me enteraba de sus instintos. Los cargadores, los arrumbadores, los estibadores, formaban corros en el muelle cuando no tenían trabajo; y con las manos atrás o con los brazos cruzados afirmaban sus troncos hercúleos, con aire de desafío. Confieso que mis simpatías iban hacia los pescadores alejados del muelle y lindantes con el campesino. Porque había también pescadores feroces, los que trajinaban en el barrio conocido por "La Pescadería", donde el hedor y las voces me repugnaban.

Los productos marinos acumulados son oponibles a los productos del campo. Llegan a ser hediondos, mientras aquéllos pueden ser fragantes. Y aquí vuelve la diferenciación por el olfato que tanto me sorprendió de niño. Cualquier ciego puede saber si está en un tomillar y en una huerta, o en una pescadería. Y es que el mar encierra vidas, mientras el campo exhibe "naturalezas muertas". Y

lo que es vida tiene una putrefacción más nauseabunda que lo no animal.

En el último año de estudios del bachillerato nos llevó el profesor a un lugar muy cerca de Málaga, a 6 o 7 kilómetros, y nos mostró unas ruinas fenicias, unos muros en el suelo que no nos decían nada. Pero él nos explicó que eran restos de fábricas de salazón. Este primer contacto del niño con la historia viva le llegó muy hondo. El niño pensó en los siglos que Málaga llevaba viviendo en parte de lo que sacaba del mar. Comprendió que el mar es riqueza, más riqueza que una mina de oro, por ser inagotable. La mirada interna del niño se fué hacia un pasado más lejano aún, hacia los primeros hombres que sentaron el pie en las playas de Málaga. Y tuvo la primera impresión de la continuidad de la vida. Años después, viendo estatuas fenicias y romanas, volvía sobre aquella impresión y consideraba las figuras como reales antepasados suyos, como parientes lejanos que habían luchado con el mar y con los hombres en aquel pedazo bellísimo de tierra que se nombra Málaga.

Tierra vieja, de muchas civilizaciones, de mucho flujo y reflujo. Si escalaba las ruinas de la Alcazaba para divisar el mar desde lo alto, me inundaba el cuerpo una sensación de lejanía y de hundimiento, una verdadera inhibición, tan sabrosa como caliente. Pensaba en los moros que se pasearon por estas callejas y se asomaron a estas mismas ventanas cuando todavía no existía la saliente de tierra en que se afincó mi casa. Y pensaba que también aquellos moros dejaron sangre en la ciudad y que alguna gota de ella corre por mis venas.

En cambio, cuando en vez de subir a la Alcazaba me iba a la llamada "casa de botes" para lanzarme a remo en

la bahía y fuera del puerto, como los esquifes eran de traza inglesa, pensaba en la vida sabia de los ingleses radicados en Málaga, en los sitios más estratégicos por su belleza. Todo lo inglés me parecía limpio y distinguido, empezando por el cementerio, que resultaba lindo jardín en vez de hacinamiento monstruoso de templetes falsos, losas coruscantes y selva de cruces de todos tamaños.

Cuando alguna vez he oído decir a los turistas fugitivos: "En Málaga hay poco que ver", he contestado: "En veinte años no se aprende a ver lo que allí hay." Y me daban ganas de continuar diciéndoles: "Solamente el mar y su acción sobre las cosas y los hombres basta para entretener una vida. Porque el mar es algo más que un escenario para los ojos. No es el agua que comienza en la orilla y sigue más allá del horizonte; es también el yodo que desprende y, a caballo sobre el airecillo juguetón, se cuela por los ramajes, las rejas, las callejuelas y penetra hasta la Catedral. Cuando el aire sopla de Levante, es decir, del mar, parece que llegan hasta el centro de la ciudad los ostiones, las almejas, las coquinas, cien pescados y mariscos sabrosos, y que se nos acercan las velas hasta flamear en nuestro costado. El mar está en nuestra vida como una solera imborrable. Si la gente caracolea en su andar y en su lenguaje, se debe al mar; si gallea y se encrespa, se debe al mar; si es remolona, se debe al mar; si es fantástica, se debe al mar. A este mar, no a otro. Porque hay tantos mares en el mismo Mediterráneo, como puertos de mar."

El de Málaga tiene brillo durante el día. El sol sale del agua y se zambulle en ella casi todo el año; de aquí su permanente reflejo en el pecho rizado o movedizo del mar. Cuando yo he estado en otras ciudades costeras orientadas al norte, donde el sol no juega sobre las aguas, sino a

espaldas del caserío, he pensado siempre que el mar allí era ciego.

Mar de ojos vivos, centelleantes, risueños y azules el de Málaga. A todo el que le embelese el juego de las llamas en la chimenea, tienen que embelesarle las danzas, cambios, evoluciones y cabrilleos del sol en una superficie sensualmente movediza, voluptuosamente rizada.

No sabré recordar todas las cosas del mar que han contribuído a la formación de mi carácter. Por lo pronto, quien vive en la costa, en un puerto, nota en seguida que vive en la frontera de dos elementos: tierra y agua. Irreductibles los dos, pero obligados fatalmente a permitirse ciertas intromisiones mutuamente. Así, el farol de tierra se adentra en el mar y recibe el nombre de faro o farola. (Son curiosos en castellano estos femeninos que indican mayor tamaño que el masculino: farola mayor que farol, cuenca mayor que cuenco, hueva mayor que huevo, etc.) El encanto de la farola es que se refleja en el agua y que aparece cimentada en el mar. Su encanto proviene también de que, siendo en realidad un farol, se ha transformado en algo *sui generis*, por adaptación al medio en que vive y a la misión que cumple. Tiene algo de torrecilla; pero una torrecilla cuyo remate luce de noche y hace guiños gracias al giro del fanal coloreado.

Darse cuenta de esto, de que el farol urbano tiene, para ser marino, que adaptarse al nuevo medio; darse cuenta de que tal adaptación es un fenómeno fronterizo, puede ser de gran importancia para el niño, sobre todo si ha de trasladarse un día a otros países, a otros medios, como me sucedió a mí.

La farola de Málaga ingresa en el mar sobre una de las dos piezas que forman el muelle. A lo largo de estos

malecones hay escalerillas para bajar al agua. El muelle y las escalerillas son cosas fronterizas también. En éstas se toman las lanchas, que son como los taxis del puerto. El muelle, por su parte, es como una fortaleza marina, una obra de ingeniería para defenderse de los ataques del mar. Aquí la tierra se mete en el agua, abusivamente, con el pretexto de hacer un amparo (muy objetivo) a las naves que vienen.

Por este y otros casos se ve que la tierra saca más partido del mar que el mar de la tierra. Lo que se debe, naturalmente, a que el hombre donde reside es en la tierra. En el mar está de paso. Los hombres de estos parajes fronterizos echan sus basuras y aguas residuales al mar, le roban a éste sus habitantes y se los comen, construyen en sus límites balnearios y se zambullen en sus aguas. No cabe duda de que es preferible tener al mar por frontera que a una de esas naciones en que se divide el mundo.

Con mi padre y mi tío Antonio recorrí muchas veces de niño los muelles y los malecones o espigones. Más tarde, cuando era estudiante, los recorría con mis amigos o solo; a veces me sentaba a leer en las peñas del rompeolas, en medio de un sol, un aire yodado y una sensación de inmensa plenitud.

Bordeando los muelles veía la vida interna de los faluchos y me imaginaba que los marinos eran hombres de otra especie, que se guisan sus comidas y que tocan acordeones melancólicos. También entonces me daba cuenta de estar en terreno fronterizo. Cada vapor o cada barco de vela me ponía frente a tipos humanos diferentes: suecos y noruegos, holandeses, ingleses, franceses, alemanes, griegos. . . Tipos rubios, altos y fornidos, tipos nervudos y de tez oscura, tipos chaparros y ágiles.

Alrededor de estos hombres se mueve una clase de individuos perteneciente a la picaresca que en Málaga se llaman "pimpis" de escalerilla. Son como guías de la mala vida. Acompañan a los marineros por tabernas, garitos y lenocinios y hacen sus pequeños contrabandos de tabaco.

A pesar de vivir yo tan inmediato al puerto, una sola vez subí a uno de los vapores surtos en él. No me atraían; me inspiraban repugnancia. Y esa vez que subí fué para conocer a un capitán inglés que nos traía zapatos ingleses y americanos a mi primo y a mí. Recuerdo su angosto y oscuro saloncito, los sabrosos tabacos rubios y la *ginger-ale*. Pero ya entonces tenía yo mis 17 años y estaba próxima mi salida de Málaga en barco, es decir, estaba próxima la iniciación de los cortos y largos viajes por mar que había de hacer.

Los niños ven mucho más de lo que se imaginan sus padres. Tal vez no penetramos en el significado de las cosas, pero ellas se nos quedan grabadas para siempre. A la edad que tengo veo como ayer aquel primer muerto, cosido a puñaladas, tendido a tres metros de mi casa en un charco de sangre. Como veo la cara de la pobre María, la portera, cuando le mataron a su marido entre las pilas de barras de plomo que él vigilaba de noche en los muelles. Plomo de Almería.

Y es que la orilla o frontera marina no es sólo belleza, es drama también. De hombres con hombres y de hombres con la fiereza del mar. El nuestro, manso casi siempre, se irritaba de vez en cuando, "se le hinchaban las narices". Yo ví estrellarse el "Gneisenau" —barco escuela de guardias marinas alemán— en las escolleras, un día furioso que rompió éstas por dos o tres lados.

Yo creo que a mis hermanas les atraía mucho más que

a mí el aspecto dramático de los alrededores de casa, llenos de trabajadores del muelle, carros romanos, de dos ruedas y un caballo, tabernas donde cantaban y reñían los marinos que bebían sin tener en cuenta los grados de alcohol de nuestros vinos. Ellas se pasaban horas y horas sentadas detrás de las persianas mirando aquel trajín dramático de discusiones, amenazas y luchas. Cuando salían a relucir las facas, huían despavoridas y yo me acercaba entonces a ver, aunque como en los toros, cerrando los ojos en el momento del "viaje" o embestida.

De nada de esto sabían los malagueños del interior. Ellos no vivían la frontera. No compartían sus bellezas ni su patetismo. Yo me deleitaba mirando el flamear de las banderas y los banderines, pero me intranquilizaba e irritaba cuando veía entre dos luces luchar a un pobre guardia municipal con un puñado de marinos extranjeros borrachos que le despreciaban olímpicamente vociferando, cantando, denostando a la autoridad y pataleando. Lo uno y lo otro me hacían presumir que la vida era incoherente y monstruosa al mismo tiempo que encantadora. Y que lo más monstruoso provenía del hombre, no de la naturaleza. No me amedrentaba el mar furioso, pero sí el hombre enajenado. Con el tiempo confirmé este modo de sentir, llegando a la conclusión de que lo más terrorífico para mí es un hombre-bestia, un bruto. Los asesinos y fanáticos en un período revolucionario son más terribles que los aviones de guerra y los bombardeos. Los rayos, los terremotos y derrumbamientos no me hacen temblar tanto como una sirvienta o sirviente obtuso, bruto y lleno de vagas nociones primitivas.

Por esto no me gustaban las "juergas" en mis años de adolescencia. Juergas malagueñas en que se trataba de re-

unir elementos de alegría como la mujer, el vino y la música, el cante jondo y la guitarra, pero en las cuales no faltaba casi nunca "el esaborío" (el desabrido) que sacaba una pistola cuando la manzanilla tomada a pasto le había embotado los sesos. Le había convertido en bruto, en bestia.

V

DE LA NIÑEZ A LA MOCEDAD

ANTES DE ENTRAR en el Colegio de Jesuítas a estudiar el bachillerato, pasé por dos colegios de primeras letras: el de San Rafael y el de San Agustín. El primero era un antro rumoroso y falto de disciplina. Allí aprendí a leer y a escribir. Cuando mi padre vió las primeras planas de escritura, como él tenía magnífica letra inglesa, me hizo unos modelos. Pero no los copié. Siendo tan pequeño, sentí aversión por la caligrafía perfilada y rasgueada. Desde entonces opté por una letra clara y austera.

En el Colegio de San Agustín aprendí mucho más. Empecé a conocer el mundo en los mapas y en el trato de los colegiales. Teníamos dos profesores, uno seglar y otro cura. El seglar era un pobrísimo maestro, con el hambre estampada en el rostro, que para ganar unos reales más nos encuadernaba los libros. ¡Qué libros tan maravillosos! En el de trozos de lectura me llamaban la atención aquellos versos antiguos que empezaban:

*A ti Diego Pérez Sarmiento leal
cormano e amigo e firme vasallo...*

Al leerlos en alta voz, poníamos la cesura en mitad del verso, de modo que quedaba así: “A ti Diego Pérez —Sarmiento leal. . .” y no entendíamos nada. ¡Cómo podía ser leal un sarmiento? Probablemente faltaba una coma

después de este apellido; pero el maestro no nos aclaró aquello.

El profesor de hábitos eclesiásticos, llamado Don Cándido, era obeso y velludo. Nos tomaba la lección retrepado en una silla. Y nosotros, mientras recitábamos como cotorras, nos fijábamos en los pelos que le salían de las narices y de las orejas.

La escuela primaria nos pone en contacto ya con la picaresca del mundo. Con el niño ladrón o ratero, con el enredador o mentiroso, con el procaz, con el mal hablado y con el libidinoso. Ante tales compañeros me sentía indefenso y angustiado. No podía ponerme en el plano que ellos y esto me creaba situaciones difíciles que a veces no tenían otra salida que los puñetazos; aunque nunca fui peleón.

Pasé mi examen de ingreso y el año 1897 me llevaron mis padres como interno al colegio que los jesuitas tenían en El Palo, a cinco o seis kilómetros de Málaga. El edificio, los terrenos que le pertenecían y la situación eran casi ideales. La población escolar se diferenciaba totalmente de la conocida por mí en los colegios anteriores. El reglamento y la disciplina no toleraban aquellas manifestaciones soeces de la picaresca mencionadas ya. Me sentí a gusto durante tres años, atraído por los juegos, el estudio y la religión. Esta llegó a penetrarme tanto, que pedí permiso al Padre espiritual para usar cilicios, esas cadeni-llas con púas que se amarran a los muslos y se clavan más o menos al andar. Pero, al cuarto año, me rebelé contra ciertos aspectos disciplinarios, comencé a escribir y repartir diariamente un/hojita que, como los periódicos, tenía varias secciones, con caricaturas verbales de los profesores, registro de los soplones, castigos que debíamos imponerles;

etc. Y esta hoja me valió lo que llamaban "incomunicación", esto es, vivir aislado por completo, sin poder asistir a clases y teniendo que comer de rodillas en el pasillo central del comedor. Salí, pues, del Colegio como un réprobo. Pero, contra lo que esperaban los profesores, no perdí el año. Lo gané con las mejores notas. Los exámenes tenían lugar en el Instituto Oficial de Málaga, no en el propio colegio; de haber sido en éste tal vez me hubiesen reprobado.

El quinto año lo estudié por libre en Málaga. Y al terminar el bachillerato me encontré, como muchos, sin saber qué camino tomar. Mi abuela paterna y mi padre querían que continuase el negocio de exportación de vinos, pero esto no me atraía. Y en esta perplejidad se me pasaron dos años, durante los cuales viví una vida absurda por influjo de mi primo Antonio, cuatro años mayor que yo.

Estábamos en plena mocedad. Antonio Duarte y Moreno, hijo de padre millonario, venía de Londres, donde había pasado varios años. Era guapo, fuerte, rico, bebedor y mujeriego. Si su padre fué alcohólico, razón tenía el hijo para ofrendarse a Baco. Y en sus brazos murió, después de algún tiempo.

Antonio me veía tímido, ensoñador, amigo del retiro, la lectura y los amores platónicos. Con habilidad maestra, sin burlarse de mis inclinaciones, fué llevándome a las suyas; cosa que al principio gustó a mis padres, ansiosos de verme metido en lo que la gente llama vida. Pronto hubieron de arrepentirse.

Antonio llegó a no hacer otra vida que la nocturna. Se acostaba al amanecer, dormía la borrachera hasta las tres de la tarde, no se levantaba ni permitía que abriesen

las cortinas y maderas de los balcones hasta que se ocultaba el "odioso padre Febo", como decía él, se bañaba a las seis y al anochecer comenzaba el rosario de sus visitas a los "colmados" y mancebías. Pero, antes de caer en tan cerrado noctambulismo, salía conmigo en su precioso coche inglés y bebíamos a plena luz de la tarde.

Un Jueves Santo me llamó más temprano que de costumbre. Eran las cuatro y ya estaba listo para salir. Nos subimos al coche y tomamos el camino que va a Gibraltar. En cada taberna o tenducha donde vendían alcohol, echábamos nuestras copas. En una de ellas, me obligó a comer chorizo, aunque yo sentía temor de comerlo en día vedado. Mi crisis religiosa estaba tierna todavía. Comí para no pasar por medroso y continuamos nuestro paseo, que terminó en una casa oscura, llena de macetas, mujercillas y amigos nuestros.

Siguieron las copas y desde que estuvo borracho mi primo, comenzó con esta cantinela: "Conque... Jueves Santo, ¿eh? Pues hoy es el día. Súbete con ésta".

La casa radicaba en un barrio laberíntico, de ascendencia mora. A pocos metros de ella quedaba una iglesia de las más antiguas de Málaga. En aquellos momentos sacaban en procesión unas cuantas imágenes y se oía un fúnebre tañido de tambor. Yo me sentía molesto y con ganas de abandonar aquella compañía. La mujercilla se aferraba a mí y trataba de incitarme con puyas alusivas a mi cortedad. Mi primo remachaba su tarabilla y los demás parecían confabulados para presenciar y jalear la escena. Cada segundo me resultaba un siglo. No quería pasar por cobarde, y me repugnaba iniciar aquella clase de amor mientras otros se arrodillaban al paso de Cristo con la cruz a cuestas. Luché conmigo mismo, pero al fin

fuí vencido por la vanidad. El muchacho tuvo que demostrar su hombría y subió. ¡Cuánta más valentía hubiese demostrado diciendo: "Me voy a la calle, amigos míos; no sigo la juerga en estos momentos"! Porque de verdad hay cosas que no se conllevan, séase creyente o no.

Una cosa fué importante para mí en toda aquella época de estúpido vagabundeo: la copla de cante jondo. Quien vive en Andalucía está bañado desde niño en cantares, porque cantan las criadas y cantan los campesinos. Pero los aficionados saben que el cante jondo tiene su momento, su hora justa; que sobre el cantaor no desciende el espíritu santo sino al sonar ese instante y, además, que no todo cantaor *tiene duende*. En Andalucía se habla mucho del duende. Yo le hice un poema, que se publicó en "Jacinta la Pelirroja" y, años después, el pobre de Federico García Lorca le dedicó un estudio muy sabroso, lleno de citas. Según él, Manuel Torres le dijo a uno que cantaba: "Tú tienes voz, tú sabes los estilos, pero no triunfarás nunca, porque no tienes duende". Y el mismo Torres dijo escuchando al propio Falla su Nocturno del Generalife, esta espléndida frase: "Todo lo que tiene sonidos negros, tiene duende". Federico cuenta que le oyó decir a un viejo guitarrista: "El duende no está en la garganta, el duende sube por dentro, desde la planta de los pies". En resumen, es un poder misterioso, un poder de la sangre, que no se compra ni se aprende.

En mi casa, y para nosotros sus hijos, cantaba algunas veces mi madre. Y entre sus antiguos abanicos encontré uno lleno de coplas manuscritas. Andando los años vi en el Palacio Real de Madrid un abanico igual que perteneció a la Reina María Cristina.

Con mi primo Antonio escuché cante jondo en el Café Chinitas, en el Café de España y en los reservados de las tabernas y ventorrillos.

Sin temor a equivocarme puedo decir que lo andaluz de mi poesía tengo que buscarlo en esos instantes de duende. Y que el cante jondo pudo en mi mocedad lo que pudieron el mar y el campo en mi niñez.

VI

POR EL MAR HASTA LA SELVA

DIEZ Y SIETE años. Estos tenía yo cuando mi padre me puso en el barco. El puerto de Málaga fué mi puerta de la vida. *Portus*. . . *Porta*. La puerta se pasa caminando; el puerto, navegando. La puerta se pasa sobre lo inerte; el puerto, sobre lo inquieto.

Salí, pues, de Málaga sobre el agua viva del mar. Mi destino, por lo visto después, era vivir en lo inestable. Buscar el cuarto a propósito para una vida de concentración y hallarme siempre como bajo un mandato de salida. En mi cuarto de la Residencia de Estudiantes, donde viví veinte años, tuve la maleta constantemente a la vista.

No recuerdo si mi padre vino hasta el barco para despedirme. En mis otros arranques de casa, nunca vino a la estación. Me abrazaba y me decía con los ojos llenos de lágrimas: “¿Quién sabe si nos veremos otra vez?”

Dejar a un hijo en el barco es más conmovedor que dejarlo en la tumba, porque, al dejarlo en ésta, pensamos: “Ya está. De aquí no pasa. Ninguna tribulación o accidente puede sobrevenirle”. Mientras que al dejarlo en el barco, pensamos: “Puede naufragar. Lo entrego a las fuerzas ciegas del mar y al fortuito engranaje con hombres y mujeres desconocidos”.

Yo no iba solo. Iba con un amigo alemán poco mayor que yo. Recuerdo su nombre, olvidé su apellido. En Má-

laga le llamaban por el diminutivo de Oscar, Oscarito. Me acompañó hasta Basilea y no he vuelto a saber de él. He aquí un ángel de la guarda que el destino puso a mi lado durante unas dos semanas y desaparece para siempre en el laberinto de la vida. De repente me viene su apellido: Haussmann. Era de Hamburgo. ¿Habría vivido esta reciente destrucción de su ciudad? Hablaba el español con unas modificaciones fonéticas muy de los alemanes del norte, que convierten las *tes* en *des* y las *bes* en *pes*. Así, las *bellotas* suenan a *pellodas*. Por lo demás, carecía de gracia y de interés. Era un chico de sociedad como tantos otros.

El barco era de cabotaje y de pocas toneladas. A la altura del Cabo de San Vicente sufrí mi primero y último mareo de navegación. Tocamos en Almería, Alicante, Cartagena, Valencia y Barcelona sin que me sorprendieran como ciudades. Dicen que los moros no se asombran de nada. Puede que como andaluz, la pizca de sangre mora que me corresponde influyese en esta falta de capacidad admirativa, pero yo sospecho que se debía más bien a la falta de cultura. Yo iba lo que se dice limpio, a pesar de mi bachillerato. La misma palabra germánica "cultura", no se había adueñado del mundo aún. Me quedan, pues, muy pocas cosas de aquel trayecto: la configuración perfecta y natural del puerto de Cartagena, el habla áspera y atragantada del catalán, un bar semimundano de Lyon y los maravillosos paisajes de Suiza. Esto, sí, se me impuso definitivamente.

Oscarito me dejó en Basilea bajo el amparo de un matrimonio suizo que me contemplaba como bicho raro, de grandes ojos negros y tupido cabello que entonces me quería invadir toda la frente, como a los monos. La misma

sorpresa, acaso más acentuada y desde luego más explícita, causé a la recamarera del hotel. Ante ella comencé a sentir el misterio de las razas, sus diferencias y sus ideales. Aquella romántica sirvienta miraba en mí la imagen del sur con el mismo atractivo que Goethe al acordarse de los limoneros de Italia.

El ambiente callado, limpio y sombrío de Basilea me impresionó para toda la vida. El morito empezaba a reaccionar ante lo que veía. ¿Por qué resultaba como muerta una ciudad tan bien tenida y donde todo funcionaba según es debido? Por el silencio, el tono oscuro y la falta de bullicio; pero sobre todo por el aspecto gótico de sus antiguas viviendas. Allí sentí, sin explicármelo todavía, lo que tuvo ese estilo de encerramiento, intimidad, concentración y, a la vez, impulso ascendente.

Mi situación, sin embargo, era un poco angustiosa por la carencia de familiares o paisanos con quienes hablar. Desconocía el francés y el alemán. No hablaba más que andaluz, lengua completamente inútil en aquel paralelo. Comencé a sentirme solo, abandonado en la selva. Me faltaba la claridad mediterránea y el medio de compartir con alguien mis emociones. Iba a penetrar en un mundo confuso y selvático. Ya de por sí es selvática la adolescencia. El amanecer sexual, con sus angustias, sus temores, sus anhelos infinitos, hunden al espíritu en una selva que se nos antoja sin salida. Años más tarde quise reflejar todo esto en mi poema "La selva fervorosa", que tuvo la suerte de ser presentada al público con un ensayo sobre la metáfora del entonces primerizo filósofo José Ortega y Gasset.

Me trasladé a Friburgo, en Breisgau, mi sitio definitivo; donde quería mi padre que estudiase química. Todo era

desconocido: la lengua, el carácter de las gentes, sus costumbres, sus comidas, hasta sus camas. Palabra por palabra, gota a gota, fuí tragándome materialmente aquel idioma de estampidos ensartados y garabateos hiperbáticos, entre sorbos de té, mordiscos a las salchichas y unturas de mermelada al pan mantequillado. La mesa de comer fué mi primera clase de idioma.

Afortunadamente, me sobrepongo a las situaciones difíciles entregándome a ellas sin repelar. Dí por concluso que la nueva vida era así, y que para entrar en ella era preciso aceptarla íntegramente, sin ironías ni reservas. Y, a los tres meses, hablaba y comprendía las lecciones de la Universidad.

Durante esos tres meses aprendí, además, los caracteres de la familia donde me cobijé. Vivíamos en la Bernhard Strasse, número 3. Eramos ocho: el cabeza de familia, su mujer, una hija, dos hijos, un estudiante alemán, otro francés y yo. El Doctor Kneis era un hombre de sesenta años, con un vientre desarrollado hasta el impudor a causa de la cerveza y de las grasas, unos ojillos muy brillantes y una manera de hablar atropellada. Presumía de saber leer el español, mostrando un ejemplar del "Quijote" y otro de las "Novelas ejemplares", pero las pocas palabras que entendía eran las más francamente latinas. Eso sí, sabía su latín, como también sus matemáticas y su ajedrez. Profesaba en un Gimnasio o en una Escuela de Comercio. La base latina de aquel buen hombre me facilitó el ir comprendiendo lo que se hablaba en la mesa.

Su mujer, Thilde, Matilde, era una menopáusica vivaz, cariñosa y entusiasta también de los meridionales o latinos, especialmente de los franceses. Cualquier francés era

para ella un Borbón con peluca y todo. El sumo de la aristocracia y del buen gusto.

El hijo mayor, Ernst, era un muchachote basto de movimientos, pero lleno de buena voluntad y sana alegría. Andaba de pantalones cortos, siendo su talla de unos dos metros. Las botas más finas que usaba se parecían a las grandotas que los demás nos poníamos para andar en skís. Se notaba que no le atraía el refinamiento, sino la fuerza. Por entonces luchaba con el griego y ensayaba el *paso de ganso* por puro gusto.

Su hermana, Thilde también, era un perfecto *back-fisch*, ni fea ni bonita. Su mirada acusaba poca inteligencia, y sus dientes un porvenir nada parecido al de las magníficas bocas yanquis.

El menor de los hermanos, Berthold, no contaba por su poca edad. El estudio del alemán fué intensivo en el seno de aquella familia. Después de las comidas, que suministraban un cierto caudal lexicográfico, jugábamos a uno de esos juegos de fichas que se mueven sobre un cartón ajedrezado o de casetones más nuevos y caprichosos, lo cual ofrecía otra parcela distinta de vocablos. Los domingos salíamos el francés y yo con la familia, muy al uso tradicional, de paseo y a tomar café —no té— en algún restaurant de las afueras. El Doctor llevaba su bastón alpino de regatón picudo y un ganchito en la solapa de la chaqueta para colgar su sombrero. El paseo y todo lo que traía consigo daba material abundante para enriquecer el léxico.

Una vez aprendido lo suficientemente el alemán como para andar solo, fuí adentrándome en la selva que yo esperaba. El estudiante germano —Dr. Jaeger— (a los estudiantes les llaman doctores en las ciudades universitarias)

me empujó discretamente hacia la vida de borrachera y trueno del estudiante clásico tudesco que de cuando en cuando mide su temple viril con duelos de rapías que le dejan marcada la cara con cicatrices como a cualquier negro salvaje del Africa. Aprendí a cantar "Oh alte Burschenherzlichkeit — Wohin bis du verschwunden. . .?", bebí trece grandes tarros la noche de la novatada, por mandato cortés de los compañeros, hasta caerme al suelo y ser llevado en volandas a mi casa. Pero aquello me repelía y Jaeger lo comprendió perfectamente.

Por entonces conocí a un checo y a un canadiense en el Laboratorio de Química. El primero se llamaba Otto Steuer, era de Praga y tocaba muy bien el violín; el segundo había nacido en Davos (Suiza) y por haber nacido allí le pusieron sus padres Davos Bein. Estos dos amigos nuevos fueron ya mis amistades firmes hasta que salí de Alemania. Por medio de ellos conocí a otros varios ingleses y alemanes anglófilos, entre los cuales estaba el muchachote rubio y alto que llamábamos Bubi Hanfstaengel, que con los años fué amigo íntimo de Hitler, pero que al estallar la guerra, o poco después, se escapó del Reich y se refugió en los Estados Unidos.

Todos estos amigos eran aficionados a las letras, las artes y la música. Y todos tenían más dinero que yo, lo que les permitía vivir en cuartos muy confortables. Bein disponía de una preciosa sala-estudio, un dormitorio y un baño. A pesar de las payasadas que hacía, pre-charlotescas, solo o jugando con su perro, era el más lector de todos. Arrellanados en los butacones de su sala, leímos a Omar-Kayam lentamente, traduciéndomelo del inglés al alemán.

En el apartamento de Steuer, también rico, pero sin estantes de libros y sin la sobria comodidad británica, nos reuníamos para oír el dúo de violín y piano del amigo checo y del amigo Bubi.

En mi cuarto no hacíamos nunca reunión. Yo no tenía libros de arte, instrumentos de música, buenas butacas, ni licores caros. El primer cuarto que habité solo, al salir de la pensión Kneis, radicaba en la Erwin Strasse, en la misma casa que Steuer. No recuerdo lo que pagaba, pero desde luego como la tercera parte, que este amigo. Era un recinto estrecho y alargado, con una mesa estrecha y larga, una dormilona y la cama, un pequeño estante para libros y un quinqué de petróleo. Mi padre no podía enviarme más que ciento cincuenta marcos al mes.

Al año siguiente encontré un cuarto más acogedor en la Sternwald Strasse, cerca de la casa de Bein. Se entraba a él por una terraza que daba al jardín. Estaba tapizado y amueblado de azul.

A cada uno de estos cuartos corresponde una serie de preocupaciones y de libros leídos. En el primero leí poesías de Goethe, Heine, Schiller y Uhland. Más el "Quijote", por primera vez, y las "Novelas ejemplares". En el segundo, poesías de Baudelaire, Verlaine, Poe, Novalis, teatro de Hauptmann y novelas de Tolstoi, Stendhal y Flaubert. Probablemente leí entonces también unas páginas selectas de D'Annunzio y una colección de poemas de Leopardi que compré a mi paso por Italia. En el tercero intenté penetrar en la poesía moderna alemana, pero su idioma me resultaba más difícil que el antiguo. Con el tiempo, ya en España, llegué a traducir una comedia de Hofmannsthal, "Der Abenteurer und die Sängerin"; tra-

ducción que entregué a García Sanchiz y olvidé por completo.

No cito aquí los libros de estudio porque no sonarán a los lectores poco versados en Química. Pero sí diré que no igualaban en número a los literarios. Positivamente, a medida que yo iba formándome, iba acentuando más y más mi amor por la literatura. ¿Qué hacer? ¿Decirle francamente a mi padre que no me gustaba la Química? Al principio de este problema moral creí que sería factible seguir la carrera científica y cultivar las letras en mis ratos perdidos. Pero esto no fué posible. Y el curso de 1907 al 8 no trabajé nada en lo que era mi deber. Jugaba al tenis y al billar con Bein, hablaba de asuntos filosóficos y religiosos con un estudiante cuyo nombre no estoy seguro de que fuere Kohlbe, y leía con un argentino, Holmberg, los siete u ocho tomos de "L'Histoire contemporaine" de Anatole France. Este nuevo amigo era un muchacho vivaz e inteligente, animoso para la vida aunque su mirada a veces lánguida como un tango y un cierto desmayo al caminar le dieran un aire apático y desdeñoso. Fué mi último amigo en Friburgo y hubieron de pasar veinticinco años para que lo volviese a abrazar en Buenos Aires, padre de familia, casado con una sobrina o hija del Presidente Justo. Hará dos años pasó por México, enviado oficialmente para no sé qué estudios, y recordamos gustosamente otra vez los tiempos de Alemania. Creo que en su tierra era Director del Jardín Zoológico.

La Alemania de principios de este siglo tenía cosas encantadoras. Steffan Zweig fué testigo mayor y le dedicó páginas maestras, preñadas de nostalgia irredimible. Su política cesárea se hacía sentir ya, pero Francia volcaba sobre ella sus gracias, sus modas, sus compases cabaretes-

cos, como "La Matchiche", necesarios a un pueblo demasiado serio y pesado como el alemán. Los jóvenes literatos de entonces —precisamente Steffan Zweig, con Rilke y Hofmannsthal levantaba otra vez, en un nuevo Renacimiento, el lirismo germánico; Strauss daba cada día un vals más deslizador y embriagador; Wagner se oía con emoción religiosa; Lehar echaba al mundo su "Viuda alegre" y en los centros filosóficos se incubaba la nueva filosofía. Ortega y Gasset estaba en uno de ellos y es también testigo mayor de lo que digo.

Pero aparte de estas manifestaciones de grueso calibre, había otras cosas tradicionales y genuinas que hacían amable la existencia. La *gemütlichkeit*, por ejemplo, esa facultad de hacer íntima, cómoda y llana la convivencia, la casa, el mueble o la amistad. Facultad un poco aldeana, si se quiere, pero siempre bien recibida por la gente buena. En cambio, otras cosas eran odiosas. El estudiante corporativo, el empleado de oficina pública y las autoridades en general eran de una tiesura ridícula e insoportable, manifestando no sólo orgullo racial sino despotismo. Yo conocí allá gente muy atenta, pero poco a poco me fuí desligando de los alemanes y acabé por vivir entre ingleses y algunos extranjeros de diversos países.

El destino me mandaba retirarme, aislarme. La sociedad era para mí como una gimnasia y le dedicaba unos ratos al día. Los demás los pasaba solo. Algunas veces subía al Schlossberg, un montecito próximo, con la ilusión de columbrar el mar. Sentía como ahogo, como falta de horizonte y de luz. Desde arriba dominaba en visión tranquila todo Friburgo, con su linda catedral gótica. Para un andaluz joven y recién salido de su ambiente, un monumento gótico es algo inexplicable. Las torres como lápi-

ces afilados, los arbotantes como muletas de tullido, las puertas abarrotadas de imágenes alfeñicadas, la piedra toda horadada, perforada, convertida en flores y hojas. Sospechaba que aquello quería decir algo, que no era un delirio del hombre. Lo que no sospechaba era que, con el tiempo, yo mismo iba a sentir en gótico, es decir, que aquella fuga ascendente de la piedra respondía al anhelo de un San Juan de la Cruz y a todo auténtico lirismo. Ya en los mejores poetas alemanes había notado esa capacidad de fuga lírica manejando vocablos que valían para el mundo material como para el espiritual.

Otras veces me internaba en la Selva Negra y subía hasta la gran mole del Feldberg, donde había un confortable refugio circundado de nieve. Tres años, hasta que conocí al estudiante argentino, estuve sin hablar español. Esto hizo que mi manera de pensar fuese adquiriendo una modulación y torneado nuevos. De repente, durante mis lecciones o mis lecturas, me inhibía y me consideraba a mí mismo como encerrado en un cuerpo extraño, que emitía palabras bárbaras y luchaba con un alma selvática, intrincada.

En ese momento final de la adolescencia, cuando se cuaja el hombre, el poder de absorción es enorme y lo mismo el ansia de probar todas las cosas, todas las fuentes. Penetrar en la carne de la mujer, penetrar en el misterio religioso, penetrar en los métodos científicos, en la vida de los animales y las estrellas del cielo. Yo manejaba moléculas y átomos en el Laboratorio, escuchaba a Weissmann su exposición sobre los orígenes del hombre, sufría las cuitas de Werther, me sumergía entre los cipreses de Boecklin, me encadilaba en el café-concert con la cupletista, sudaba entregado al tenis, discutía sobre las posibili-

dades de una guerra mundial, examinaba un acuárium, compartía con judíos y nihilistas rusos.

Y, sin embargo, me sentía solo, confuso y lejos de lo verdaderamente mío. Más tarde comprendí que eso que llamamos nuestro, tampoco nos saca de la soledad. Pero esto es cuestión de temperamento y de sino. Hay quien nace para vivir solo y sentirse solo no ya en el mundo sino en el universo. Y, generalmente, los nacidos así somos supersticiosos y miedosos.

Entre los miedos sentidos en Alemania recuerdo éste: un desconocido llegaba a la casa donde yo vivía, fuese en Basilea, en Friburgo o en Frankfort, a horas en que yo no estaba, inquiría si yo vivía allí y no me citaba ni decía para qué la averiguación.

¿Quién era? ¿Qué quería? ¿Qué misión desempeñaba?

Menos mal que yo sentía siempre, en tales momentos, como un ángel de la guarda que me fortalecía y aclaraba la mente. En las circunstancias más difíciles, he recobrado siempre una inmensa e inesperada serenidad que me ha salvado.

Una tarde, escalando montañas en la Selva Negra, la tempestad de nieve y ventisca se hizo tan poderosa que me separó de los dos amigos que me acompañaban. Me quedé solo, azotado y en la oscuridad, sin conocer el rumbo. Era inútil buscar sendero, porque no lo había. Estaba sobre una masa de nieve alta y homogénea elevada sobre miles de metros. Decidí, después de muchas cavilaciones, mover los skís y abandonarme a la suerte cuesta abajo. Bien pudo tocarme la pendiente de la muerte, la de un precipicio. ¿Quién enderezó mis skís hacia la salvación? Yo no sabía cuál era el norte ni ninguno de los puntos cardinales. Una fuerza extraña, el destino, lo hizo todo. Yo bajé

frenando con mis bastones y, pasado un rato, me detuvo la techumbre de una casa. La nieve era tan alta que llegaba hasta el alero.

Siempre que me he visto en una situación sin salida he terminado entregándome a la suerte, al azar. Supongo que a todos nos ocurre lo mismo.

La Selva Negra, en cuya falda yacía Friburgo, era una selva civilizada, con senderos llenos de indicaciones y sin fieras. Tampoco pululaban por ellas bandidos ni salteadores. Pero yo sentía la selva enredada y sin salida dentro de mí.

Ni las amistades ni las distracciones podían iluminar aquel estado de espíritu. Eran muchas las cosas cruzadas que yo vivía de un golpe. Y eso que Friburgo era un pequeño nido —“ein kleines nest”, como decían los alemanes. Pero un nidito al cual llegaban todas las cosas, lo mismo la Duncan que Sarasate, el estudiante japonés o ruso, que el americano, el inglés o el español. Su ambiente era muy apacible. No corrían automóviles, sino coches de caballos y trineos en invierno. Detrás del cuartel había una alameda donde los domingos daba un concierto la banda militar, como en cualquier provincia. Los días de fiesta se vestía la gente sus más estirados trajes y salía con ritmo más pausado a la calle, a la iglesia o a los jardines. Los restaurantes servían buenas carnes, ricas ensaladillas, fresca cerveza, exquisita mantequilla, por poco dinero. No había mendicidad ni limpiabotas, podía uno sentarse a comer un bocadillo y beber un vaso de Pilsen o de Munich frente a la estatua de Berthold Schwarz, el descubridor de la pólvora, o cerca del Palacio donde se albergó Carlos Quinto.

Tanto quería yo a Friburgo que no quise vivir en nin-

guna otra ciudad alemana. Hacía mis excursiones y pequeños viajes, a Los Vosgos, a Baden-Baden, a Strasburgo, a Frankfurt; pero regresaba a mi nido. Durante mucho tiempo llegué a considerarlo como a mi segunda patria.

Hoy, al escribir esto, pienso en infinidad de cosas que me desviarían del propósito y del tono de este libro. Hago una parada y continúo.

¿Qué sentido tiene dentro de mi vida la estancia en Alemania? Mi padre y mi madre creyeron siempre que había sido un error mandarme allá. Habían gastado inútilmente, puesto que no terminé la carrera de químico y no podía ni quería dedicarme a analizar vinos en Málaga.

Ellos estaban en lo cierto desde ese punto de vista. Pero yo tenía otro, muy distinto; tan distinto que no lo podían comprender. Por esto, cuando regresé a Málaga, después de pasar por Inglaterra, y de sufrir una penosa, larga enfermedad, decidí separarme de ellos, irme a Madrid y buscarme la vida como pudiera.

La pregunta de antes queda sin contestación. ¿Qué sentido tiene dentro de mi vida la estancia en Alemania? Con la distancia a que me hallo, se pueden ya apuntar ciertas cosas. Por lo pronto, adquiriré un idioma. Y no un idioma de mozo de hotel o de cicerone, sino de Universidad, es decir, de profundidad, que me reveló un mundo muy distinto del español y me permitió traducir, esto es, introducir en España algunas finas manifestaciones de ese mundo.

Creo, además, que el hecho de haber cuajado allí, o sea, de haber vivido allí durante los años críticos en que se forma el hombre, tiene una trascendencia que yo mismo no puedo analizar en estas páginas. Sólo apuntaré que el

haber trabajado, por poco que fuese, en una Universidad alemana enseña a ver el trabajo de una manera muy distinta que entre nosotros. Allí, el estudiante, no es un estudiantillo, es un hombre.

La contestación que yo busco a mi pregunta no queda satisfecha con esto. Acaso la pregunta no haya sido formulada con claridad. Lo que quiero es saber si Alemania ha influido en mi destino, en mi vida. Y a esto respondo categóricamente que sí. Ya lo veremos.

VII

INTERMEDIO DE LAS FECHAS

MI PADRE ME llevaba 27 años. Nació la Noche Buena de 1860. Mi madre, la Noche Buena de 1864. Yo, el 16 de febrero de 1887. Mi padre murió de 76, un mes antes de estallar la revolución o guerra civil en España. Mi madre, de 65, un mes antes de proclamarse la República.

En esta primera enumeración de fechas se nota, por un lado, el extraño paralelismo entre los nacimientos y las muertes de mis progenitores. Pero, además, la presencia inquietante del número siete.

El paralelismo y la presencia del 7 no terminan aquí. Mi abuelo le llevaba a mi abuela 24 años y su primera hija, mi madre, nació a los siete años del matrimonio. Yo me casé a los 50 y le llevo a mi mujer 23. Conocí a la que había de ser mi esposa el año 1937. Ella era viuda y tenía una hija; pues bien, entre esta niña y el siguiente vástago, mi hijo, median 7 años.

Todavía más: Ese abuelo de que hablo, D. Antonio Villa, nació en Bailén el año de la célebre batalla; recuérdese que mis padres murieron también ante fechas memorables. Y agréguese que mi hijo nace en los comienzos de la guerra mundial. Parece que Marte domina o influye en nuestros pasos principales. Olvidaba apuntar que mi abuelo murió a los 87 años; decena con que termina

la fecha de mi nacimiento. El 16 de febrero —fecha republicana y de mi nacimiento—, me embarqué para América el año 1927, y el 16 de febrero llegué a Nueva York el año de 1937.

VIII

DE LA MANO DE LAS MUSAS

UNA DE LAS cosas que yo quiero afirmar de una vez es que todo se lo debo a las musas. Los padres no creen en ellas o les temen. Llevan su razón. Las musas son avaras con los poco dotados o francamente tontos, y, en ese caso, el sujeto que se entregó a ellas pasa mal sus días en esta vida. Las musas son tan exigentes como generosas.

Las musas detestan a los que se creen poetas por haber llegado con jadeos y suma fatiga a escribir un soneto o unas décimas. Todas las explicaciones serán pocas para convencer a ese desdichado de que la poesía, o secreción de las musas, es cosa mucho más fina, sutil y deliciosa que todo eso. Es algo que viene a uno como el efluvio del espíritu santo, no que sale de la retórica, los preceptos y las formas consagradas.

La poesía es saber, sí, pero saber enlazar, relacionar, fundir con lo que se llama gracia —gracia espiritual— lo que jamás se había conectado. Es llevar a la conciencia ajena el vislumbre de una realidad no constatada por otro camino que el de las afinidades profundas. Es poder sostener en vilo, mediante ese modo de caminar pensando, el alma ajena incapaz de expresarse cumplidamente. Por eso es, ante todo, verbo. Verbo feliz, acierto verbal. Lo cual no tiene nada que ver con las bellas palabras. Con las

más bellas de Rubén Darío, un sujeto incapaz haría el poema calamitoso.

Yo no aprendí jamás retórica para escribir versos, como tampoco aprendí gramática para hablar o escribir con propiedad. El sentido del idioma está inmaculado en el campesino, en el pueblo, y le entra a uno desde niño con la niñera, el ama y el jardinero, como con los padres más o menos cultos. Lo que la gramática o la retórica hacen es enseñarnos ya clasificadas las formas que ha ido dando el pueblo o el estudioso a sus pensamientos y sentimientos. Son cuadros de nuestras conquistas y, por lo tanto, historia, pasado.

Cada poeta, además, trae su tono, su voz, su calidad y, si se quiere, su mensaje, palabreja muy en boga hoy. Yo creo que no hay mejor mensaje que un tono legítimo, auténtico; porque entonces es cuando habla lo más profundo del hombre, lo más humano. También este vocablo se dice hoy con un tono petulante, como queriendo indicar que en las épocas anteriores todo era inhumano. Majadería como pocas.

A principios de 1910, convaleciente de unas larguísimas fiebres de Malta, gozaba yo de ese retorno a la vida tan sabroso, tan lleno de sensibilidad, en la finca de Churriana, a 9 kilómetros de Málaga. Había decidido irme a Madrid, pero no sabía cómo. Le escribí a Jiménez Fraud que me buscasen los amigos alguna traducción del alemán. Intervino Américo Castro y me encargué de traducir una obra de Mautner: "Crítica del Lenguaje". Era un volumen terriblemente gordo. Traduje la mitad y recibí del editor Jorro la cantidad de cuarenta duros, que me sirvieron para el viaje y para instalarme. Una vez allí supe que mi tía Trinidad, hermana de mi padre, quería pasarme

una pequeña mensualidad hasta que yo pudiera valerme solo. A los tres meses le escribí diciéndole que ya ganaba para vivir y que recordaría siempre su cariñosa ayuda.

Desde Málaga había yo mandado también a Jiménez un poema a ver si lo publicaban en la hoja de "Los lunes del Imparcial". Aquel poema que no he vuelto a ver y que sin duda tenía influencias de Arnim, Chamisso o algún otro de los líricos alemanes recientemente leídos, se lo enseñó Jiménez a Ortega y Gasset, y creo que él mismo lo llevó al periódico.

Este primer paso, de la mano de las Musas, fué de enorme trascendencia. Ortega me recibió como a un compañero. El no había publicado libro alguno por entonces, pero gozaba ya de un gran prestigio por sus artículos. Era un muchacho joven, de 27 años, con unos ojos penetrantes y claros, que con la ayuda de las cejas podían pasar de lo jovial a lo severo fácilmente sin perder fuerza. Su cara, como la de Onís, tenía ya en la juventud no sé qué trazos de madurez, algunas rayas prematuras, algún perfil acentuado de los pómulos. Estaba ya casado y hacía una vida laboriosa. Cuando nació su primera hija, llegué yo a su casa y me preguntó "¿Qué nombre le pongo? Usted que es andaluz dígame uno que sea bello". Y yo, sin titubeos, le respondí: "Soledad". Así fué bautizada. Ella quizás no lo sepa, y el padre acaso haya olvidado este hecho. Si alguna vez se han preguntado por qué lleva ese nombre, jamás habrán podido decir las razones que voy a dar. Al recibir yo la pregunta, concurrieron instantáneamente en mi conciencia estas ideas: "Es una niña que ha de ser guapa; yo tengo una prima monja, muy guapa, que se llama Soledad; la Virgen de la Soledad es para mí la más hermo-

sa, la de nombre y situación más evocativos; yo, además, amo la soledad, soy un solitario”.

Como esta afirmación es grave, quiero pararme un poco a repensarla. Amar la soledad, ser un solitario, equivale a no querer trato con nadie. ¿Es cierto esto? Creo que no del todo. He sido esquivo, huidizo, desdeñoso, pero jamás he dejado de tener un puñado de afectos y de gentes a quienes admiraba y estimaba.

El amor de la soledad comienza en mí desde muy niño. Me aburrían las discusiones y el barullo; me atraían la quietud y la meditación. La busca del cuarto apropiado no era otra cosa que amor a la soledad. Sospechaba que sólo así podría soñar y escribir, aspiración suprema.

Pero esta aspiración implica un problema morrocotudo si lo que uno quiere escribir no es de calidad mercantil, como son los reportajes y periodismo en general, o las novelas llamadas de gran público, o el teatro, o el ensayo filosófico, pues hasta esto ha llegado a ser valor mercantil.

Para escribir lo que no es artículo de eso que llaman de primera necesidad, hay que ser un poco héroe y trabajar doble. Hay que tener un oficio, una carrera, una ocupación cualquiera lucrativa, que le deje tiempo para la suprema aspiración, que es insobornable.

Las musas me llevaron ante don Francisco Giner. Este hombre era una fuerza cordial y espiritual a la vez. Andalucía hasta los tuétanos, tenía, por disciplina, mucho de inglés. Fenómeno nada extraño en Andalucía. Como andaluz era impulsivo; como anglófilo, refrenado. Constantemente, después de dejar correr a su verbo grácil e intencionado se paraba en seco, se arrepentía y reanudaba el tema con sosiego y severidad.

Lo traté poco. En la primera visita, me preguntó:

—Y usted, ¿qué quiere hacer? Porque hacer poemas... Claro que hacer buenos poemas es ya algo... pero usted sabrá que de poemas no se puede vivir. Es bueno tener dos oficios, porque, cuando falla uno... queda otro... Yo le contesté que pensaba dedicarme a la historia del arte.
—Magnífico. Pues vaya usted a ver a Gómez-Moreno.

A los pocos días comenzamos Ricardo Orueta y yo a recibir lecciones de este maestro. Y, poco a poco, fuí adentrándome y orientándome. Determiné estudiar las miniaturas mozárabes y visigóticas. Hice muchas excursiones con Gómez-Moreno. Dibujé capiteles y zapatas, hice fotografías y tomé cantidad de apuntes.

Desde entonces, desde 1911, empieza mi contacto con los pueblos de España, tan pobres y tan benditos como el pan. Con Gómez-Moreno recorrí la Rioja, Haro, Santo Domingo de la Calzada, Burgos, Covarrubias, Santo Domingo de Silos, León, Alba de Tormes, Toro, San Román de Hornija... ¡Qué sé yo!... Solo, o acompañado de Ortega y Gasset, Baroja y Domingo Barnés estuve en Sepúlveda, Béjar, Cuéllar, Arévalo, Peñaranda de Bracamonte, Madrigal de las Altas Torres, Avila, Segovia, Toledo. Esta ciudad merece trato especial porque en ella tuve, con Américo Castro, Alfonso Reyes y Solalinde, un refugio al que llamábamos "El Ventanillo".

Muy posteriormente, en mis últimos años de España, viajé también en compañía de mi desdichado amigo Francisco Solana y de su mujer. Solana sostuvo conmigo una amistad de joven a viejo, más respetuosa que confiada. Por esto no supe hasta bien entrada la guerra civil que era un lugar-teniente de Primo de Rivera y que se abrió las venas cuando fué detenido y encarcelado. Pocos días

antes, se me presentó en el Archivo del Palacio Nacional a pedirme un consejo y hacerme una revelación.

Principió por preguntarme si yo conocía gente de alguna Embajada. Le respondí que no. Que ya sabía lo desconectado que estaba yo de todo. Ya ve —le dije—, ni un papel de partido tengo para presentarlo al primero que lo reclame.

—Y ¿por qué no sé va usted?

—¿Adónde y por qué? Yo estoy en mi puesto.

—Pero, ¿y si entran los franquistas?

—Pues, ya veremos.

Después de algo más, me hizo la confidencia: “En mi casa se ha introducido una señora que es perseguida por ser viuda de Fernando Primo de Rivera. Yo soy un caballero y no puedo echarla a la calle. Por eso le busco alojamiento en alguna Embajada”.

Le dije que era mal asunto, que podía costarle caro. Que a toda costa tenía que separarla, muy caballerosamente, pero separarla.

✓ Como yo confío en la veracidad de la gente, no recapité sobre lo extraño de que aquella señora hubiese escogido refugio en casa de Solana. Salimos juntos del Archivo y me dijo que me llevaría a casa en coche, porque el Instituto Nacional de Previsión se había portado muy bien con él no quitándoselo. Aquella fué la última vez que le vi. Me separé de él con tristes presentimientos. Al montar en el camión que nos sacó de Madrid el 29 de noviembre, le pregunté a Sánchez Arcas que estaba por allí: —¿Qué es de Solana? Y me respondió: —¿No sabe usted? Se mató, se abrió las venas con el cristal de las gafas, en la cárcel. No pudimos hablar más.

Como Solana fué uno de mis últimos amigos de ex-

cursiones; como los ratos pasados en su casa hablando de lo divino y lo humano están todavía muy cerca, pienso en él y en su pobrecita viuda con cierta frecuencia. La índole de mis estudios en México me obliga, además, a repasar láminas de obras artísticas españolas, de Alcalá de Henares, del Escorial y de otros muchos sitios a donde fuimos juntos.

Mi círculo de amistades madrileñas fué siempre muy reducido. En el Ateneo conocí entre otros al poeta clasicista Enrique de Mesa, al novelista y poeta Ramón Pérez de Ayala, y al poeta, crítico e historiador de la literatura Enrique Díez-Canedo.

Mesa fué un hombre extraordinariamente fino y comprensivo. Le gustaba sumirse en el ambiente del siglo quince, pero vivía intensamente la vida liberalota de Madrid y el aire puro de la sierra. Amaba a la copletera llamada *Fornarina* y a la sombra del célebre Marqués de Santillana. Era un hidalgo demócrata como algunos otros españoles de primera fila.

Mesa —Secretario de la Sección de Literatura en el Ateneo— me sacó al público. Había organizado un “Florilegio de la Lírica española” que se desarrolló por una porción de escritores, interviniendo tres cada domingo. Presidía Jacinto Benavente. A mí me tocó hablar de Santa Teresa. Yo sentí durante la lectura que el público estaba bien sujeto y las felicitaciones al final fueron calurosas. Benavente me obsequió uno de los enormes cigarros puros que siempre le acompañan.

Mesa, además, bautizó mi primer libro de versos con el nombre de “Garba”, porque yo no quería llamarle gavilla. Lo que probablemente ignoraba el clasicista Mesa es que la palabra era germana, “Garbe”, arraigada en Aragón

y Murcia desde el tiempo de los visigodos acaso. Algún estúpido le puso peros, siendo tan castiza como muchísimas otras cuyas raíces hay que buscarlas en el árabe, en el alemán, en el griego y en el sánscrito. Desde luego es un nombre menos corrompido que “gavilla”, procedente del bajo latín. Y, cosa notable, se encuentra íntegra en un nombre tan pronunciado por los españoles como “garbanzo”.

Ramón Pérez de Ayala escribió un artículo, allá por el once o el doce, en que lamentaba la falta de brío lírico para escribir un poema algo extenso. No sé por qué me impresionó aquello. Acaso por considerar que se había abusado del poema corto. El resultado fué que hice el poema y se lo dediqué. Me refiero al titulado “La selva fervorosa”, incluso en mi segundo libro “El Pasajero”, que lleva un prólogo-ensayo sobre la metáfora escrito por José Ortega y Gasset. Pérez de Ayala se ha portado siempre bien conmigo, aunque lo he tratado muy poco.

En cambio he tratado mucho a Enrique Díez-Canedo y, por vivir aquí en la emigración y verlo a cada paso, no he de lisonjearle. Desde “Garba” empezó a escribir sobre mi poesía. Tal vez fué el primero en ocuparse de este libro. Y, después, hemos convivido en la redacción de la revista “España”, en la Casa Editorial Calleja, y en innumerables cosas. Yo he conocido pocos hombres tan ponderados, tan abiertos a las voces nuevas y tan iguales en su amistad a lo largo del tiempo. Ha sido un enorme trabajador que dispersó su simiente en los periódicos alentado por una de sus vetas: la humorística. Escribió durante años una sección en “La Voz” titulada “La cena de las burlas”. El humorismo le brota en la charla de café. Recuerdo que en el Café de Levante nos hizo una día seis

o siete parodias de una poesía de Valle-Inclán que tenía por estribillo: "Es la hora del lubricán". Voy a transcribir sólo dos.

*Es la hora de Alfonso Reyes,
escritor de abundante léxico,
que piensa en las calles de México
y en los cactus y los mameyes.
Es la hora de Alfonso Reyes.*

*Es la hora de Solalinde
el benjamín de los filólogos,
que redacta notas y prólogos,
de quien Don Ramón no prescindie.
Es la hora de Solalinde.*

Ahora caigo en que Alfonso Reyes las reprodujo todas en su libro "Pasado inmediato".

Las cerezas de los recuerdos tiran unas de las otras. En realidad son las musas las que tiran, para volverse a ver. En este capítulo sólo caben aquellas figuras que determinaron algo en el curso de mi vida, y a las cuales fui conociendo por la virtud de unos poemas primeros que hoy me parecen llenos de ingenuidades.

Novato en las letras y tímido porque sí, entraba donde había celebridades con verdadero miedo. Así, una noche en la tertulia de "Renacimiento", casa editorial fundada por Martínez Sierra. De las muchas personas que estaban allí no recuerdo más que al fundador, al menudo como un muñeco armado de altos bigotes Don Jacinto Octavio Picón, y al cegato, lastimero y falsificante de estilos viejos Ricardo León. Yo no sé ahora lo que me llevó hasta aquella casa. Tal vez hablar sobre una novelita de Federico Schlegel, "Lucinda", que me había encargado Martínez

Sierra sin saber lo que encargaba, y que me rechazó cuando la hube traducido. Por esta informalidad y por otros detalles, llegué a tener desprecio para él. Estando allí se presentó Baroja. Venía como siempre, vestido de negro, encerrado en ropas gruesas y larga bufanda de tres vueltas. Cuando alguien me presentó a él, dijo en tono cordial: "¿Usted es Moreno Villa? Pues esos medallones publicados en "Garba" están muy bien".

Era otro aliado que las musas me ponían delante. Yo salí henchido de satisfacción. Baroja era uno de mis pocos autores españoles. Lo era de casi toda la juventud. En muchos amigos veía yo claro su influjo anárquico, desconcertante y desdeñoso. Sus características gustan a la juventud porque ella es así. Yo le he querido siempre, aunque algunas veces llegó a entenebrecer mi espíritu tanta negación. He paseado muchas tardes con él y con Azorín por la calle de Alcalá y Carrera de San Jerónimo en la época que su cuñado Caro Raggio tuvo una librería en las Cuatro Calles. Hacia 1921. La última vez que le vi fué en París en 1937. Hablamos poco, pero me dijo algo muy significativo: "Moreno, ¡qué mal hemos quedado los del 98! ¿verdad?" Yo me contenté con abrir ligeramente los brazos, cerrar los párpados y mover la cabeza afirmativamente. Lo veía tan apocado que no quise decirle: "Acuérdese de cómo juzgaba usted a los de la Institución, cuando ocupaban puestos de gobierno. Nadie valía, para usted, y, sin embargo, actuar es mucho más difícil que sostener con la conducta lo que se sostuvo con la pluma".

No hay que ensañarse con nadie y menos con los más cercanos a nosotros, con los que no pueden vivir sino sobre la tierra que los crió. Es el caso de Azorín; hubiera sido el de Unamuno; lo es el de Benavente. La sustancia de sus

obras, su alimento diario es del pueblo español. Se diría que nada les nutre de los pueblos extraños. ¿Qué hubiera sido de ellos en América? Lo que fué de Unamuno en París, lo que fué de Azorín allí mismo. Andar como sombras errantes, sin asidero posible a nada. Son autores muy del terruño. Por más que ahí está el caso de Steffan Zweig —un europeo universal— que no resiste la terrible prueba de la expatriación y se suicida.

Azorín ha sido siempre una sombra; una sombra que se pasea por los pueblos de España sin armar ruido, con pies de plumas. No sé ya cuando ni dónde lo conocí. A partir de incierta fecha comienza a enviarme tarjetas de visita con una palabra alentadora. La última, con motivo de los artículos titulados “Pobretería y locura” decía: “Ha llegado usted al sumum, la sencillez”.

Madrid tenía estas cosas: en medio de la aspereza que siempre existe en los medios literarios sentía uno que, desde lejos, contaba con la atención de éste y de aquél; sentía uno la presión literaria y lo mejor que tiene ella: el estímulo.

Azorín me nombró una vez miembro de lo que llamó “Amigos de Lope de Vega”. En un papel timbrado con ese lema, me comunicaba que éramos muy pocos, creo recordar que once. Yo le contesté mandando hacer otros tantos ceniceros a una fábrica de Talavera con el mismo lema y el año, ¿1914? No, algo después, acaso 1921. Cerca de la fecha en que Américo Castro publicó el “Lope de Vega”, de Renner, traducción y ampliación.

Otra de las figuras a quienes debo agradecimiento por su conducta conmigo en estos primeros tiempos es Juan Ramón Jiménez. Lo conocí el año de 1914, recién publicado mi libro “El Pasajero”. Su lectura le impresionó hasta

el punto que le hizo escribir un poema: "A José Moreno Villa (poeta trashumante que, al incendiar su primera selva, ha intentado quemar en ella al amor)". No quiero privarme de trasladarlo aquí. Se apoya en dos versos míos:

(... Yo sé que ha entrado en la selva
y no sé de dónde viene...)

J.M.V.)

*Mira que no es en balde que nuestra humana boca
haya cantado al cielo por la fronda en que amamos.
Lo por venir es sólo una cóncava roca
que guarda un eco eterno de lo que le contamos.*

*Cuando la claridad de una frente arcangélica
nos nieva el corazón con su casta blancura,
claridad es ya siempre. Nada la lira bélica
puede contra esta cándida venida de la altura.*

*Rey serás una noche, viendo lo que fué verde
redondearse en cúmulos de humeantes carmines.
Mas la luz de una frente no es cosa que se pierde
en tizones. Los tizos te olerán a jazmines.*

*(Aquél albor que entró por la fresca alameda
sin que tú lo esperaras, tornará a entrar, ¡el mismo!
Pisará tus talones, y blanqueará de seda
la piedra hueca de tu inútil dinamismo).*

*Cuando la maravilla de unos ojos serenos
nos nimba el corazón de celeste constancia,
maravilla es por siempre. Arrojos agarenos
quebrarán contra esta quietud su petulancia.*

*Más larga es la memoria, más fiel que lo que espera.
Ojos que amaron tienen inmortales colores.
La primavera forma siempre a la primavera,
y su belleza es lo clásico de las flores.*

*¿Piensas coger más altas aventuras reídas,
tras la ilusión de estériles juegos accidentales?*

Creerás llegar a mágicas selvas desconocidas.
Dirás llegando "¡Únicas selvas primaverales!"

(Aquel blancor que entró por la tierna alameda
sin que tú lo supieses, tornará a entrar, ¡el mismo!
Pisará tus talones, y nevará de seda
el hierro frágil de tu inútil dinamismo).

Lo sé. Quemé mi selva más de una vez. ¡Qué torre
pensaba que alzaría la mudanza en mi llano!
El cielo no se va en el agua que corre.
Amigo, habrás quemado también tu selva en vano.

Bocas nunca escuchadas traen, en el vago viento
de los sueños, silvestres cantos, cárcel de flora.
¿Para qué el pensamiento derriba al sentimiento?
La única boca ornaba los bosques de la aurora.

Cuando la melodía de una insigne garganta
nos dora el corazón con impalpables mieles,
canción es para siempre. La voluntad no es tanta
que pueda ahogar las fulgidas estrellas con claveles.

(Aquel candor que entró por la grata alameda
sin que tú lo llamaras, tornará a entrar, ¡el mismo!
Pisará tus talones, y escarchará de seda
la vana fuerza de tu inútil dinamismo).

(VOTO)

Que se lleve la hormiga los caídos madroños
de tu invierno inconstante...

Y cuando, loco, vuelva
febrero azul, que veas verdear de retoños
puros los negros troncos de tu quemada selva.

En esta poesía quiero resaltar una palabra que seguramente no aparece antes en los versos de Juan Ramón: "dinamismo". Y aquí es tan importante que cierra las tres estrofas. ¿Qué es esto? ¿Qué revela? Ya se vé que con ella alude en el poema a la celeridad inútil con que yo quemé la selva. Pero lo que me interesa aquí no es su sentido concreto, sino el hecho de haberla empleado.

Pues bien, es la palabra con que yo trataba de definir el estilo de mi poema, hablando entonces con Juan Ramón. Otras veces le decía que era un poema barroco, lleno de movimiento y de violencia, montado sobre metáforas. Yo sabía que era un poema difícil de gustar para los españoles, por estar muy aparte de lo que se hacía y se había hecho. Como síntoma confirmatorio diré que en Cataluña fué más comentado que en Madrid. Y mejor comprendido.

Juan Ramón tuvo para mí otro rasgo que nunca olvidaré. El año 1916 le invitó Rafael Calleja a colaborar en su casa editorial. Aceptó, pero se cansó pronto o coincidió con su casamiento y su viaje a América. Entonces, le dijo a Calleja que yo le sería más útil. Este me llamó y con él estuve trabajando hasta 1921. El sueldo que recibía me permitió bastante holgura.

Desgraciadamente las amistades se enturbian a veces por errores o falsas interpretaciones de los hechos. Además, la juventud llega un momento en que no tólera al maestro (y no lo digo tanto por mí, como por la generación siguiente a la mía). Juan Ramón se sintió pontífice supremo, infalible como el papa y único poseedor del secreto poético. Esto le valió el desdén y hasta la agresión de algunos. Hoy, después de tantas cosas vividas, creo que nos miramos comprensiva y amistosamente.

Durante la primera guerra mundial se fundó en Madrid

la revista "España". Su fundador fué Ortega y Gasset. Después pasó a manos de Araquistain y finalmente a las de Azaña. La financiaba Luis García Bilbao. Allí, en su redacción, conocí a bastante gente, pero ninguna de la nueva me atrajo en realidad. Ortega me invitó siempre a colaborar en las publicaciones que iniciaba, pero yo no me encontraba a gusto entre artículos filosóficos, políticos, sociológicos y de divulgación científica. En "España" publiqué bastante, en la "Revista de Occidente", poco. Donde publiqué más fué en "El Sol". Me agradaría recoger algunos de los trabajos aparecidos en él. Pero yo no saqué de España más que la ropa puesta y una muda. Al salir de Madrid tuve la sensación de que íbamos a rodar por los caminos como almas aventadas y que todo salía sobrando.

Antes que a Juan Ramón y que a todos los citados conocí a Unamuno. Fué en Málaga, y el año 9. Unos cuantos jóvenes lectores y escritores aprendices que fundamos allá una revista, "Gibralfaro", hicimos una colecta y lo trajimos desde Salamanca a que diera unas conferencias. Fueron sonadas. Mis paisanos vivían muy bien sin complicaciones espirituales y no tenían hechos los oídos más que a los discursos políticos en épocas de elecciones. —Pero, ¿qué es esto? ¿Qué piensa este tío? ¿Es protestante o católico? me dijeron algunos. Años después llegó a tener Málaga su Sociedad de Conferencias, a imitación de Madrid.

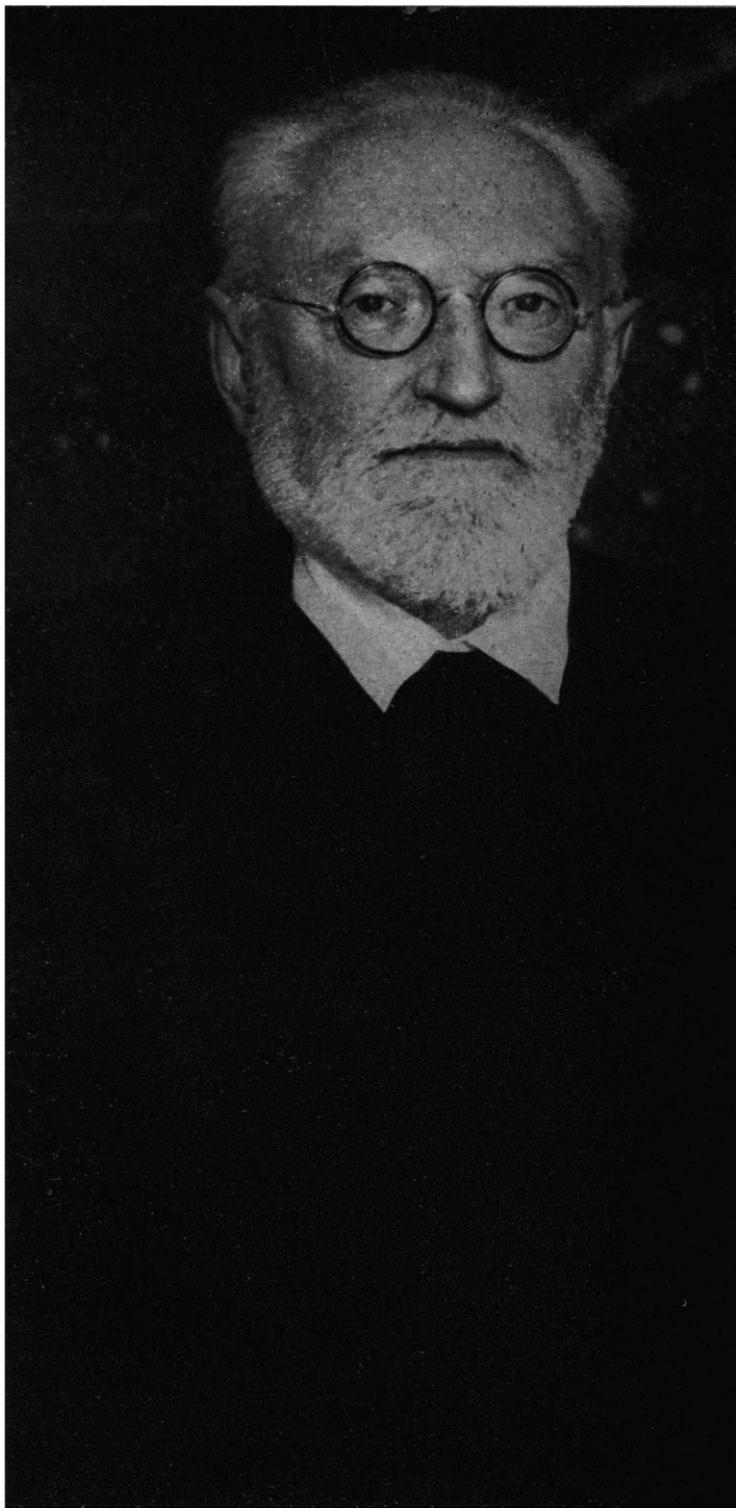
Pero mi recuerdo más vivo de don Miguel corresponde a Salamanca, su verdadero marco. Allí, una tarde del año 13, le leí yo mi "Selva fervorosa" y él me correspondió leyéndome su "Cristo de Velázquez" y otras poesías. Algunas, satíricas y sarcásticas, entre las cuales estaba la que tomaba por víctima a Ortega. Cuando terminó la lectura

de ésta, me preguntó: —¿Qué le parece? Y yo le contesté: —Que es una lástima. —¿Cómo? ¿Por qué? —Porque es una lástima que anden ustedes a la greña. Ortega es un gran valor, como lo es usted. Se quedó recapacitando un poco, hundida la barba en el pecho, y enrojeciendo hasta por el cuero cabelludo. Al fin me contestó: —Pero es de una soberbia. . . Mudó de conversación; me habló de los filósofos alemanes y en especial de Cohen, con quien Ortega había estudiado, afirmando que su *Ética*, como de judío, era retorcida. Y para esto retorció sus facciones en mueca de asco.

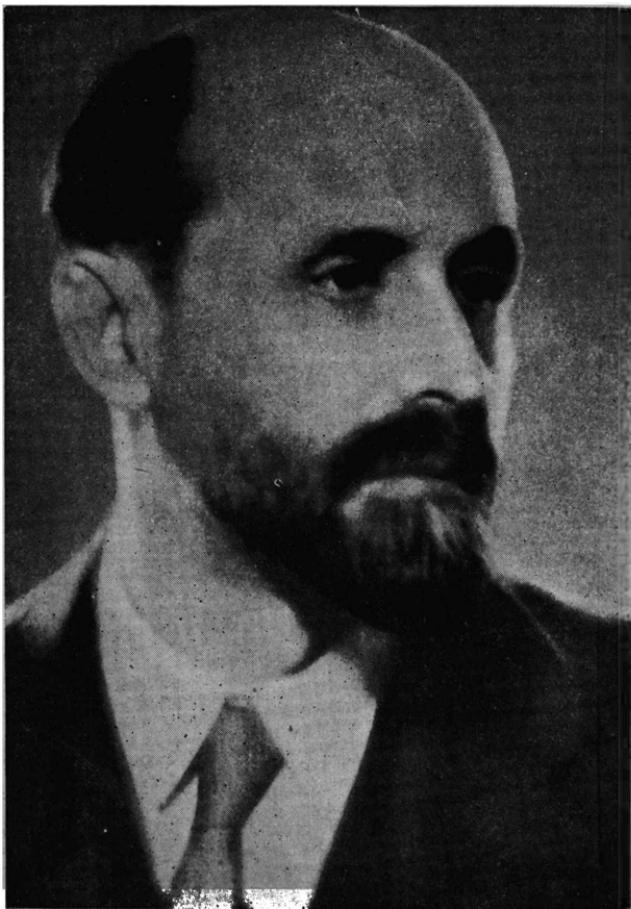
Al día siguiente supe que había contado esta escena en su peña del café.

¿Puedo llamar amigos a estos luminosos personajes con quienes tuve alguna relación? En general, no. Fueron como las musas, casi incorpóreas. Espíritus amigos en todo caso. No sé por qué se me aparece ahora Eugenio D'Ors. También hace pocas noches, aquí en México, abrí uno de sus libros y me puse a repasar su tono. Es que recientemente me han dicho que está muy retirado en la calle del Sacramento, en Madrid y sentí pena de él como de algunos otros.

Eugenio D'Ors ha sido uno de los autores que más han puesto para afinar el gusto español, tan bronco. Muchas de sus páginas se recordarán siempre. Pasemos por alto sus cursilerías —porque nadie negará que ha sido un gran cursi, un amanerado hasta repeler—. Pasemos también por alto sus equivocaciones políticas. Recordemos nada más lo bueno suyo, que es bastante. ¿Es que después de lo acontecido en España se puede decir “pasemos por alto”?, me arguye la conciencia. Con esa frase sólo quiero decir que apartemos ahora toda consideración que no sea



El buho
de Salamanca



Juan Ramón



Alfonso
Reyes

de orden literario. Mañana la historia literaria no se ocupará de su conducta; no cae dentro de su jurisdicción. Es la otra Historia, la general, la que sopesa el valor y el acierto o desacierto de los hombres públicos.

En mi vida representa algo. Le leí desde que escribía sus *Glosas* en catalán. Y cuando yo comencé a publicar libros de versos, siempre tuvo para mí, en sus cuartillas, un comentario estimulante. No; a pesar de mi sequedad, yo quedo agradecido para siempre a los que se portaron bien conmigo.

Otro de ellos fué Antonio Machado. A Darío, a él y a Juan Ramón dediqué mi primer libro. Eran las tres grandes figuras que yo tenía delante.

Recuerdo bien dónde lo ví por vez primera. Estaba parado en la puerta del Ateneo. Yo venía con Juan Ramón, que me dijo: —Mire, aquél es Antonio Machado. —¿Aquél tan sucio? le pregunté. —Sí.

Además de sucio era distraído. Una tarde, me senté a su mesa en el Café Kutz. Estaban con él su hermano Manuel y un tal Fernández que sabía de teatro. Este y Manuel estaban fumando, yo saqué mi petaquilla, tomé un cigarro; y como los que yo fumaba no solían gustar a los españoles, no le ofrecí a Antonio. Este, sin embargo, distraído, y creyendo que yo le había dado uno, encendió una cerilla y se la aplicó a los dedos llevados a la boca.

Andando por la calle parecía uno de esos eternos cesantes que nadie sabe de qué viven. Daba también la impresión de que venía de muy lejos, con muchas leguas de carretera atrás y que iba hacia otros parajes que los demás mortales. ¡Qué suyos aquellos versos: “Yo voy soñando caminos. . .”!

Alguna vez subió hasta mi cuarto de la Residencia de

Estudiantes a escuchar mis últimas poesías. Este gesto de llaneza, de humildad, me conmueve todavía. Porque hay que pensar en que él era una gran figura y yo no pasaba de principiante.

La última vez que le ví fué en Valencia. Salimos de Madrid en el mismo camión. Llevaba ocho o nueve personas de la familia. Hicimos noche en el entonces terrorífico pueblo de Tarancón, y su pobre madre tuvo que dormir en el suelo.

Como figura americana que presta verdadera atención a mis primeros libros y cuya amistad, por consiguiente, debo a las musas, fué Pedro Henríquez Ureña. Hace más de veinte años que no le veo. Cuando apareció en Madrid, era un joven de negro pelo rizado que hablaba con la calma y la seguridad de un profesor maduro. Pienso que Madrid no se enteró de su valía debido tal vez a su modestia o al tono de su conversación. Al tono y al "tempo" lento.

Pedro se sabía de memoria poemas míos. Yendo de pie en un tranvía, comenzó una vez a recitarme uno, se paró a media fuga y se me quedó mirando al ver la incertidumbre retratada en mi cara. Yo le dije: "Me suena eso". Y él se echó a reír. Nunca, hasta estos últimos años, he releído mis versos. Cosa hecha, cosa pasada, era mi lema.

En el año 1920 me indicó que debía enviarle mis libros a García Monge, Director de "El Convivio" en Costa Rica, para que hiciera una colección. Aquel envío dió por resultado un fascículo titulado "Florilegio" que por fortuna encuentro ahora en la biblioteca de Alfonso Reyes. Va precedido de un prólogo de Henríquez Ureña que es una muestra perfecta de su modo científico de escribir. Comienza así: "José Moreno Villa pertenece a la aristocracia cerrada de la literatura española. No lo digo como me-

táfora de elogio; hablo en términos de clasificación estricta, técnica. Quien observe el cuadro actual de la literatura española con sentido de la *estrategia literaria* (arte sobre el cual saben tantas cosas los franceses), se dará cuenta de que existen en Madrid cinco clases literarias". En este comienzo se vé al hombre metódico, clasificador y objetivo. No quiero con esto insinuar que fuese un hombre seco y sin sentimientos, pero sí que su sistema los encubre. No quiere que sus juicios puedan considerarse como frutos partidaristas o sentimentales. Cosa característica del científico. El estudio que sigue a esas frases transcritas es de una gran clarividencia, de hombre que llega y se apercibe en seguida de la trama íntima y del cuadro externo.

En este "Florilegio" se incluyó, no sé si por Henríquez Ureña o por García Monge, una Glosa de Xenius (Eugenio D'Ors) que dice:

"*El Pasajero*" de Moreno Villa: "Un acontecimiento muy importante se prepara. Puede lanzarse el vaticinio de que la poesía castellana va a conocer su Juan Margall. Va a conocer el poeta de la pura sugestión, el de la nominación extasiada, sin conceptos tras de la nominación y aun sin imágenes.

Pero el extasiado Moreno Villa es algo filósofo. El posee, como Antonio Machado, una guitarra metafísica. Caso estupendo, que el mundo no sospechó jamás. Sabíamos de metafísica en los tercetos detonantes de la *Commedias* ipero en ese vago y dulce susurro de las asonancias!

La guitarra metafísica de Machado es intelectualista. Sus asonancias riman a veces el paso, ni siquiera apresurado en exceso, de una disertación. Pero el poeta nuevo canta el oscuro fluir. "El Pasajero" permanece fiel a lo pasajero.

Hay aquí un peligro. Toda música es un peligro. *Le reste est littérature.....* Mañana gritaremos, vueltos a lo clásico: Viva el resto". ("España", Madrid, enero de 1915).

IX

AUTORES Y TRAMOYISTAS DE LA HISTORIA DEL ARTE

LA VIDA DE los hombres de acción enamora a los novelistas. Dígalo Baroja. Pero, ¿por qué ha de llamarse así sólo a los hombres que se agitan, se meten en empresas difíciles y de política, negocios, amoríos, guerras, viajes y enredos de mil clases? Yo creo que Menéndez Pelayo es tan hombre de acción como Bolívar o San Martín. Y lo mismo digo de Unamuno y de Ortega.

Es demasiado burdo eso de pensar que la vida del trabajador intelectual es pasiva y sin accidentes, peligros y sobresaltos. Quien vive de verdad vive en acción, vive haciendo cosas. Y quien hace cosas auténticas es combatido, zaherido, zarandeado. Lucha con la verdad para apoderarse de ella y se despeña muchas veces. Tropieza con el egoísmo ajeno, tiene que gastar fuerzas en deshacer entuertos. Si no, que lo diga el hígado de casi todos estos hombres de acción rigurosa.

Yo diría que el escritor es el más aventurero de los hombres, el de acciones más temerarias. Precisamente tenemos en España un tipo como el Quijote, que es el intelectual en acción. Cervantes compuso su imagen para dar salida a las ideas de justicia, de rebeldía contra los atropellos que nos atosigan a cada paso. Cervantes, aunque no hubiese ido a Lepanto ni hubiese sufrido cautividad en Argel, era

un hombre de acción porque llevaba dentro la lucha de las ideas y de las sensaciones.

El Centro de Estudios Históricos era un silencioso campo de batalla. En mi sección, la de Arqueología e Historia del Arte, éramos dos jefes y seis soldados. Los jefes, don Manuel Gómez-Moreno y don Elías Tormo. Los soldados, Ricardo Orueta, Leopoldo Torres Balbás, Francisco J. Sánchez Cantón, Jesús Domínguez Bordona, Antonio Floriano y yo.

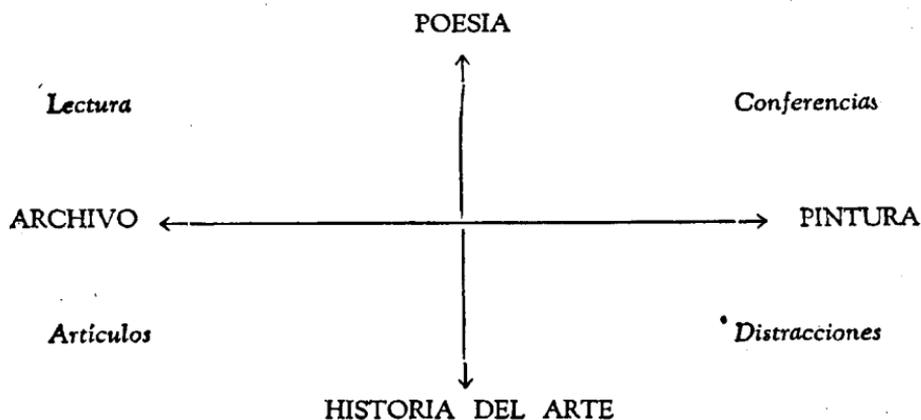
Gómez-Moreno, sarraceno puro, fué sacado de Granada por Don Francisco Giner para la gran batalla por la Arqueología y la Historia del Arte. Estaba viviendo oscurecido allá, dando clases en el Sacro Monte. Traía un enorme bagaje de conocimientos y unas interpretaciones que habían de encalabrinar a los historiadores franceses que han querido siempre ver en Francia la matriz de todo lo creado, desdeñando, anulando las enormes aportaciones de España en las viejas centurias.

Gómez-Moreno era de una gran actividad, y de una gran sobriedad. No fumaba, no bebía, no tomaba café con los amigos. ¿Los tenía? Tenía mujer e hijos, pero ¿amigos? Los investigadores llegan a no tener tiempo para eso. Es lo que le ocurre también a Menéndez Pidal. Todas las horas de la vida son pocas para lo que tienen que hacer.

Gómez-Moreno nos daba trabajo. Yo me encargué de las miniaturas visigóticas y mozárabes. El estaba preparando su gran libro sobre las iglesias mozárabes. Pero, además de calcar miniaturas y de fotografiar páginas de códices allá donde estuvieran, en León, en Burgos, en Silos, en Asturias, en el Escorial, en Toledo, o en las diversas bibliotecas de Madrid, había que dibujar trozos arquitectónicos y medir ruinas en pleno campo. La iglesia mozárabe de

San Baudilio de Berlanga, con su miserable cueva para el cenobita, me inspiró el cuento "Eximino, el presbítero" incluido en mi libro "Evoluciones". El nombre de Eximino lo recogí de un códice mozárabe también. Los trabajos históricos de la alta edad media me suministraron material y espíritu para algunos otros escritos literarios. Aquél contacto con los pueblos, que era un contacto con el tiempo, me tocaba muy hondo. Pero jamás mezclé la literatura con la historia cuando se trataba de investigaciones. Esto es pecado contra la inteligencia. Lo que en cambio tomé de la historia para la literatura fué lo evocativo. Mi primer poema del primer libro está dedicado a la Catedral de León, con esta sub-dedicatoria: *A María de la Paz porque me dijo un día "¿Y a ti te gustan esas cosas viejas?"*.

Juan Ramón me censuró cuerdamente, en conversaciones particulares, el haberme metido en trabajos históricos o eruditos. Decía que acabaría por secarme o disciplinarme demasiado. Yo no lo lamento. Todo es útil si se asimila bien. Además, me permitía vivir y me sigue permitiendo vivir en México. Yo no he tenido nunca holgura económica para dedicarme exclusivamente a la poesía. Puedo esquematizar mis actividades en esta forma:



Una de las cosas que debo al trabajo científico es haber aprendido a administrar bien las horas del día. Así pude, a partir de 1927, dedicar cuatro horas a la biblioteca o al archivo como funcionario del Estado, pintar, escribir y organizar los números de la revista "Arquitectura", explicar el museo del Prado a los estudiantes de la Residencia, los sábados, charlar con los amigos y leer. La rosa anterior pertenece a mis actividades entre mis 40 y mis 50 años.

Pero no hemos llegado aún a esa edad. Estoy con el Centro Histórico y sus gentes. Estoy en los años de mayor pobreza, ganando 40 duros al mes; viviendo en comunidad con Ricardo Orueta, Manuel García Morente, Enrique Ramos (que fué más tarde Ministro de Hacienda con Azaña), Antonio Cruz Marín (que fué cónsul y secretario de embajada), Américo Castro y un sobrino de Orueta. Cada una pagaba 25 duros por cuarto y comida. Era la edad heroica.

Orueta entró en el Centro Histórico a la par que yo; pero pronto se sacudió la tutela de los jefes, constituyéndose en capitán de una sección de historia de la escultura compuesta por él solo. El pobre murió antes de terminar su libro de gran vuelo sobre ese tema. Murió en Madrid pocos días antes de entrar Franco. Era 18 años mayor que yo. Cuando nos conocimos en Málaga, me doblaba la edad y yo le di siempre la broma de que tenía dos veces mis años. Materialista acérrimo, me hizo leer a Darwin y a Flammarión antes de salir para Alemania. Fué la persona que más influyó en mi cambio de Málaga por Madrid. Cuando vino la República, fué nombrado Director de Bellas Artes. Era republicano viejo, de toda la vida. En el Centro Histórico publicó una monografía sobre Pedro de Mena, es-

cultor olvidado, otra sobre Alonso Berruguete, un volumen sobre escultura funeraria en Castilla la Nueva y un volumen pequeño sobre el escultor vallisoletano (aunque de origen gallego) Gregorio Hernández. Fué académico de Bellas Artes. Pero lo más notable en él era su personalidad, muy parecida a la de *Silvestre Paradox*. Su cuarto daba risa. Vivía estrechamente entre muebles viejos de su padre, desbarnizados y astillados, máquinas y ampliadoras de fotografías, estantes abarrotados de libros, colecciones de mecheros y plumas estilográficas, petacas de Ubrique, atriles, herramientas, cubetas para revelar y alambres cruzados en todas direcciones para llevar por las noches el foco eléctrico adonde le conviniera.

Metido en aquel cubil, se entregaba a las tareas más peregrinas: limar mangos de cepillos de dientes para hacer plegaderas o cuchillitos de papel; vaciar camafeos para hacer unos sellos de barro con que mataba el lacre de las cartas; inventar ratoneras que verdaderamente cogían ratones, que soltaba todas la mañanas; rociar de pan o de semillas el suelo para que los gorriones entrasen cuando él estaba todavía en la cama. En Málaga había sido catador de vinos, y en sus últimos años de Madrid fué un gran bebedor de cerveza.

De Orueta se podría escribir un libro divertido y dramático. En cambio, de los demás compañeros de trabajo sé muy poco.

Sánchez-Cantón, por ejemplo, era bastante hermético, desconfiado. Tenía una memoria fantástica, como su maestro Tormo y su compañero Allende-Salazar. Fué siempre muy lector y anotador de curiosidades históricas, pero se le escapó lo mejor de la vida en estos detalles, sin haber dado un libro de meollo. Su saber era indispensable en

aquel Centro y, poco a poco, en otros. Muy joven llegó a ser Sub-director del Museo del Prado y Académico de la de San Fernando. Serio, leal con los amigos y con las cosas rectas, fué ganando respeto y prestigio dentro y fuera de España. Durante los primeros terroríficos meses de la revolución sobrellevó con entera dignidad las adversidades. Tengo entendido que los del "paseo" le prendieron más de una vez. Conmigo fué siempre correcto y atento. Y conste que hablo en pasado porque me parece que escribo desde otra vida, no porque haya muerto. Es algo más joven que yo y ojalá viva muchos años y podamos abrazarnos.

Ya es demasiado "barojismo" este desfile de personas. Y, sin embargo, tengo que dar la impresión de que el mundo del Centro Histórico era otro que el de la calle, donde estaban las musas. Allí se congregaba mucha gente; los de Filología, los de Historia del Derecho, los de Arabe, los de Matemáticas, con sus jefes, Menéndez Pidal, Hinojosa, Ribera, Asin y Palacios, Rey Pastor, que luego se fué a Buenos Aires.

Con Menéndez Pidal trabajaban Américo Castro, Onís (al principio), Navarro Tomás, Solalinde, Alfonso Reyes, Amado Alonso y algunos más que no recuerdo. En el título llamé a todo este conjunto de sabios y aprendices "tramoyistas y autores"; después, soldados y jefes; pero quizás la imagen antigua sea la que más convenga al Centro de Estudios Históricos y a sus miembros: colmena de abejas. Cada sección era una colmena, pero las abejas de una iban a otra a consultarse en ciertos casos, para ver si las conclusiones obtenidas por la vía artística coincidían con las logradas por el camino de la literatura o viceversa.

Yo salía del Centro con los de Filología en busca del aperitivo de la cena, un tarro de cerveza o dos. También se nos agregaba don Francisco de Icaza, otro mexicano, como Alfonso Reyes. Don Francisco era mordaz, con mordedura de desgarró. Cuando se hablaba de la Pardo Bazán (y se hablaba para oírle) asomaba los caninos como un mastín excitado. Reyes, en cambio era cortés y agudo, con infinitas alusiones literarias perfectamente encajadas. En sus ojos vivaces reía siempre un pensamiento que volaba o se detenía para enseñarnos el colorido tropical de su plumaje. Parece mentira que entonces le quedasen ganas de bromear; atravesaba la peor época de su vida; tenía que ganarse el pan familiar a punta de estilográfica. El inició en Madrid, en "El Sol", la crítica de cine. Luis Bello, el periodista, decía que Reyes era un prócer de las letras hispanas.

Todos estos discípulos de Pidal han hecho un camino brillante; todos son internacionalmente conocidos, incluso el malogrado Solalinde. Razón tenía Américo en sus luchas por la severidad o seriedad científica del Centro. La labor de aquellos años quedará como modelo en nuestra historia.

Américo era un hombre difícil y hasta antipático para muchos. Tenía el fanatismo y el espíritu de clan del semita. También su tesón, su infatigable perseverancia. Gozaba creando conflictos; defendía casi siempre causas justas, pero de un modo impertinente o en una ocasión inoportuna. Conmigo fué extremadamente afectuoso durante un largo período de la vida. Su casa fué como mía. Teníamos, ya lo dije, un apeadero en Toledo para ir a descansar los finales de semana. Y, para colmo, cuando yo llegué a México, me escribió una carta ofreciéndome

ayuda monetaria si me encontraba en apuro. “Te la ofrezco como a un hermano”, decía en ella. Después, silencio de años, y pasar por México sin avisarme. Misterio.

Aquellos años —del 12 al 16— fueron duros para mí. No acababa de encontrar el modo de conllevar los estudios históricos y la poesía; estaba disgustado conmigo mismo; ganaba apenas para sostenerme; no podía pensar en casarme ni en tener un amor oscuro. Por fin, el 16 me trajo la entrada en la Casa Calleja y el 17 me lié la manta a la cabeza y seguí el impulso de la pasión. Era ella una moza de pueblo, de la provincia de Cuenca, de Fuentes, dulce y sabrosa. Sólo que mi destino fué contrario; no quería de mí aquellas alianzas, y me la enfermó. Tuve que recluirla, tuberculosa, en el Sanatorio de Valdelatas. Yo quedé como un Bécquer macilento que se encontraba a veces, sin darse cuenta, errando por los senderos del Retiro. La mano tendida por Jiménez Fraud, me llevó a la Residencia de Estudiantes.

X

EN PRESENCIA DE LA ETERNA JUVENTUD

LA EXPERIENCIA vivida me dejó maltrecho, alicaído. Fué entonces cuando uno de los hombres más buenos e inteligentes que yo he tropezado, me dijo: "Vente a la Residencia de Estudiantes. Yo necesito en ella unos cuantos hombres jóvenes que, por su rectitud moral, su afición al trabajo y su entusiasmo por las cosas nobles, influyan sin reglamento ni cargos determinados en el ambiente de la casa. Tú no vas a ser pedagogo, pero vas a ayudarme más de lo que te figuras."

Este amigo, este casi hermano, Jiménez Fraud, me conocía desde los dieciocho años. Me conocía mejor que yo. Supo apreciar rectamente lo que me había ocurrido. Sabía que yo no era un crapuloso ni un aficionado a "líos".

Miré mi cuarto nuevo con cierto recelo. Ingresé en la Residencia dudando. Pensaba que, en vez de ir penetrando cada día más en la complejidad de la vida, y en su seriedad, iba a caer de nuevo en la niñez o la mocedad irresponsables. Pero aquella institución ejemplar y única en España me fué seduciendo insensiblemente, y me retuvo durante veinte años, desde 1917 a 1937 (otra vez los sietes). Hasta que la guerra civil acabó con ella. (La fecha exacta de mi salida fué la del 29 de noviembre de 1936.)

Muchas personas, entre ellas Ortega, me decían:

“¿Pero es que se va usted a quedar toda la vida ahí?” Yo sonreía y me encogía de hombros. No me tomaba la molestia de responderles que mi destino era la interinidad —concepto católico—, y que en mi cuarto tuve siempre a la vista la maleta para el momento preciso. Era largo y difícil de explicar todo lo que tenía de maravilloso aquel refugio para un carácter como el mío, ansioso de tarea y harto de esas complicaciones materiales que entorpecen tanto en las casas: luchar con la servidumbre, pagar rentas, contribuciones, luz, teléfonos, buscar lavanderas, plomeros que arreglen los baños, albañiles que quiten las goteras, oír constantemente que sube el precio de los alimentos y qué sé yo cuantas cosas más. Allí todo estaba en manos de la administración. Pagaba uno su mensualidad, y listo. Un hada madrina miraba porque estuviesen las cosas como es debido. Y así, las horas completas del día eran para las ocupaciones nobles: estudiar, pintar, escribir, hablar con la gente. Si yo salía de excursión por varios días, no tenía que preocuparme por dejar la casa sola. Estaba bien guardada. Si yo quería comer fuera, no tenía que avisar, ni excusarme. Es una gloria vivir sin gente sobre sí ni bajo sí. Mi cuarto, además, iba lográndose. Ya he dicho que mi preocupación fundamental en la vida ha sido buscar el cuarto apropiado a mis necesidades. Con el tiempo logré una ampliación para poder pintar. Al principio, el caballete, los lienzos, las pinturas y los tarros de aguarrás y aceite, estaban en mi dormitorio, único recinto; donde además tenía mis libros, una mesa de mi bisabuelo, dos butacas, dos sillas y un archivador.

En aquella especie de celda frailuna ha quedado todo lo reunido y lo hecho durante veinte años. Bosquejos, dibujos, estampas, cuadros, fotografías familiares y de arte,

relojes de oro de mis abuelos, cadenas de ellos, libros, ropas, manuscritos. Yo trabajé hasta el último momento, mientras encima de mi cuarto luchaban los aviones defensores de Madrid contra los alemanes e italianos. Algunos de estos combates se dieron a pleno sol, y las máquinas relucían, destellaban en el cielo azul, como joyas.

Pero no es hora todavía de recordar estas cosas del final. Pienso en mi cuarto lleno de sol mañanero, en un día de domingo. Yo ponía mis discos de fox o de zarzuelas antiguas, mientras pintaba. "La juventud eterna", los estudiantes, se esparcían por los campos de juego, cantaban bajo las duchas, tomaban baños de sol en las azoteas o discutían en sus cuartos.

Abajo, en unos bancos, platicaban con Jiménez Fraud, Ortega y Gasset, don Blas Cabrera, Sacristán, el psiquiatra, y algunos otros que no eran tan asiduos como éstos.

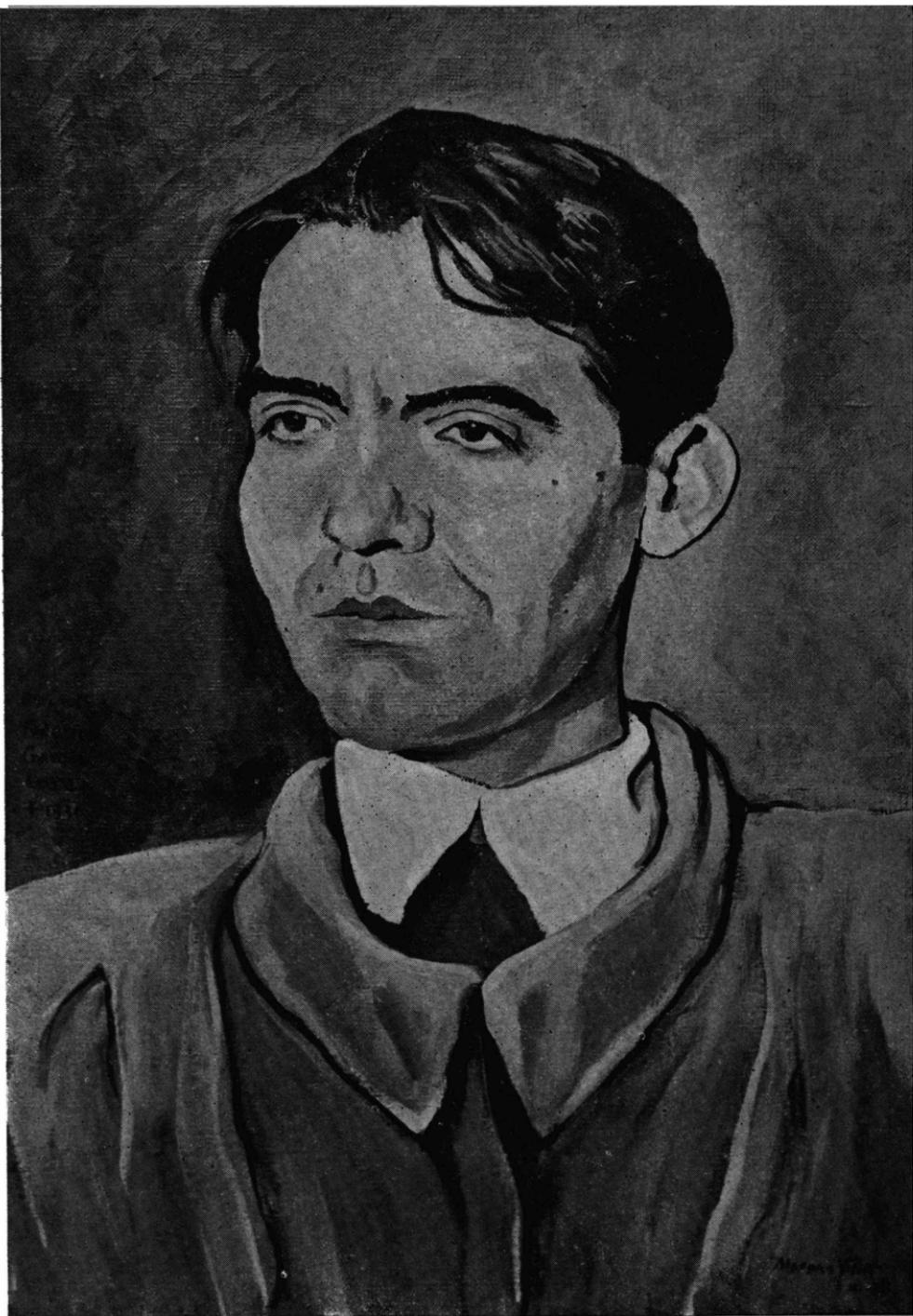
Jiménez era un fanático para su "Residencia". En los veinticinco años que la dirigió, no dejó pasar un día sin pulir de algún modo, mediante la consulta con personas identificadas con él o con la Residencia, la obra de ésta. Jamás se contentó con que fuese un mero albergue estudiantil. Quería hacer de ella un organismo complejo, donde se educase o formase el "caballero o señor", no el *señorito*; pero, además, quería que las actividades allí fuesen de interés para la gente de fuera. Por eso creó la Sociedad de Conferencias y la revista "Residencia", los laboratorios, las clases, los cursillos. Tenía el mismo amor a su obra que los santos fundadores. Y todo ello sin mojigaterías, sin reglas ni petulancia. Conocía bien la historia universitaria de España y pensaba escribir un libro con ese tema. Alguna vez fuimos a Alcalá de Henares a fotografiar el Colegio de Málaga, fundado en el siglo xvi. Pero co-

no sabía también perfectamente las universidades inglesas, y yo creo que soñaba con ir fundiendo lo bueno de nuestro señorial siglo de oro con lo bueno de lo tradicional inglés. Después de todo, *hidalgo* vale tanto como *gentleman*. Lo que ocurre es que el hidalgo se enranció, mientras el *gentleman* no ha perdido la lozanía. La Universidad y la familia fueron dejando caer más y más a sus colegas e hijos en la plebeyez, no en la democracia. El sentido de la pulcritud moral o el de responsabilidad eran ya ajenos al estudiante o al hijo de familia rica. Y todo esto quería revalidarlo Jiménez, hombre digno de ponerse en la historia de la educación española al lado de Giner y de Cossío.

“La eterna juventud” tardaba en darse cuenta de los ideales de Jiménez, pero al fin los barruntaba, llegando a resumirlos en este concepto: “El espíritu de la casa”. Frase que los inconformes pronunciaban con reticencia.

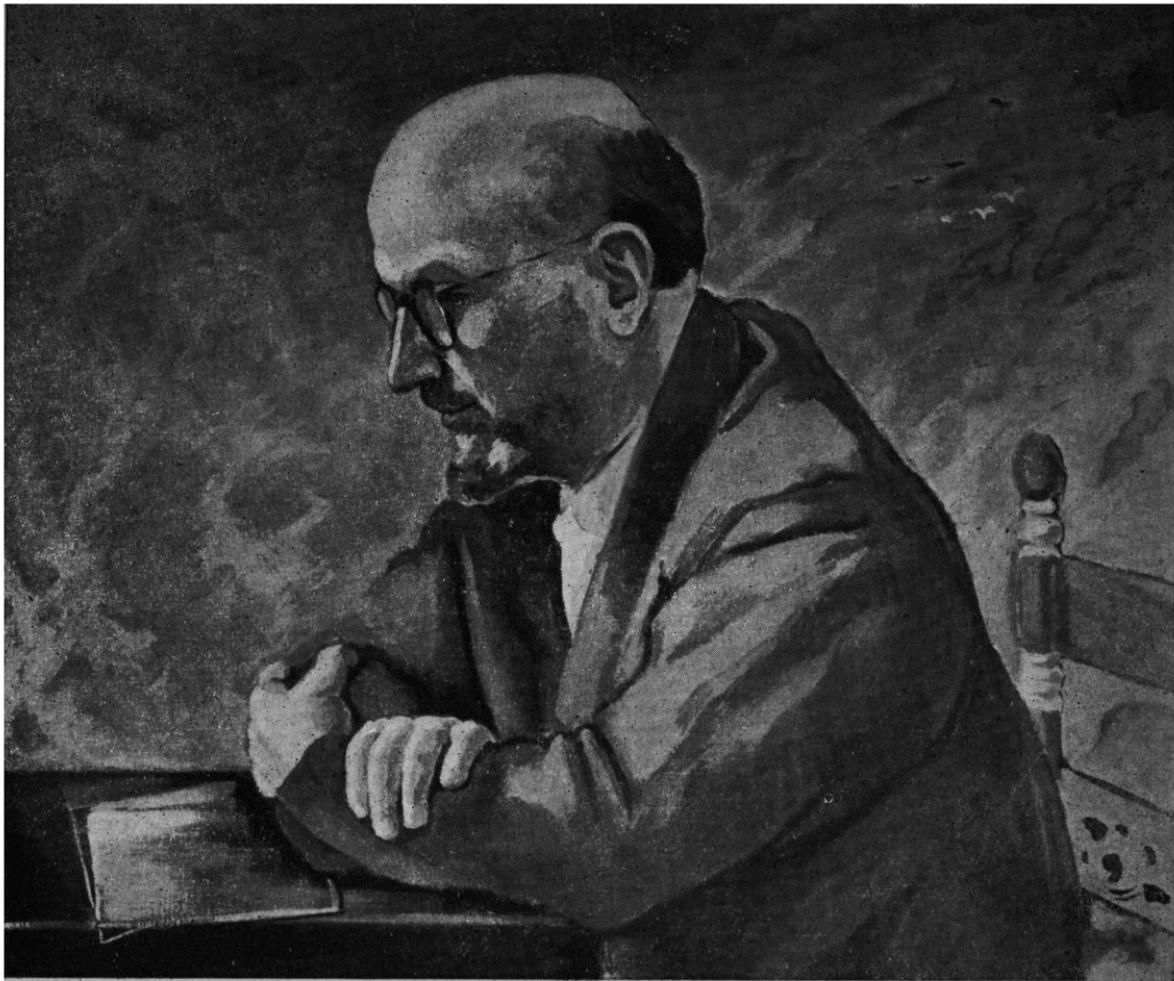
Las personas mayores que yo encontré allí fueron: Don Angel Llorca, famoso maestro de niños, que tenía su escuela modelo en un barrio tan popular como era el de Cuatro Caminos; don Paulino Suárez, médico especializado en bacteriología; el doctor Guerra, médico también, pero dedicado a la biología, como ayudante de su primo Juan Negrín, el futuro político; Ricardo Orueta, historiador de arte. También estuvieron algún tiempo Marcelino Pascua, que fué embajador en Rusia y en París cuando la guerra intestina, ensayo de la universal, y un dibujante que murió loco, Romero Calvet, gran amigo de Gómez de la Serna. Por cierto, una de sus manías era decir que Ramón había tomado de él el género llamado “greguerías”.

Estos fueron los amigos que más duraron. Pero hubo otros que temporalmente ayudaron a Jiménez, por ejemplo, Antonio Cruz Marín y Francisco Beceña, diplomático



Retrato de Federico
Oleo, 1938

Retrato
de
León Felipe
Oleo, 1940



el primero y profesor de Procedimientos el segundo. Este murió asesinado en Asturias cuando el levantamiento.

Beceña, Pascua, don Paulino y yo nos reuníamos con Guerra después de las comidas a tomar café en el laboratorio de Negrín, que sólo alguna vez concurría. Hacíamos un café perfecto e invitábamos algunas veces a los famosos personajes que pasaban por la Residencia: Unamuno, Frobenius, Lecorbusier, Max Jacob, etc. Durante los veranos concurría también don Blas Cabrera.

La Residencia tenía un cuarto destinado a los huéspedes ilustres, que desde la creación de la Sociedad de Conferencias eran muy frecuentes. No creo que voy a recordarlos todos. Algunos, además, no vivieron allí. Me acuerdo de Keiserling, de Chesterton, de Aragon, de Calder, de Falla, de Wells, de Valéry —a quien le hice un retrato que anda por ahí en algún libro de homenaje. La lista sería enorme.

Las conferencias de los primeros años eran sólo para los de casa y tenían lugar por la noche. Entonces no teníamos dinero más que para una gratificación a los escritores españoles que actuaban. Yo recuerdo haber llevado a Valle-Inclán y a Manuel Machado. No sé quién llevó a León Felipe. Eugenio D'Ors y Federico de Onís fueron los dos primeros que tomaron parte en estas veladas y sus conferencias fueron impresas.

Me faltan elementos para presentar un cuadro bastante exacto de estas actividades y me duele olvidar nombres. La Residencia se propuso desde el principio poner en contacto directo a los grandes maestros de cualquier saber u oficio con los estudiantes. Por eso hubo conferencias de astronomía, de arqueología, de medicina, de derecho, de etnología, de mística, de filosofía, de urbanismo, de oceano-

grafía, de pintura y escultura, de folk-lore y hasta de baile y cante flamenco. Allí estuvo una noche La Argentinita con García Lorca. Recuerdo que me olvido de Einstein, número también de gran categoría. Como también lo fué la conferencia de Howard Carter, el arqueólogo que, con Leonard Carnavon, descubrió la Tumba de Tutankamón. Las proyecciones en color gustaron o interesaron tanto, que hubo que proyectarlas por dos o tres veces más a petición de la gente que no había podido verlas; y después recorrieron media España.

La extraordinaria situación de la Residencia era otro de sus alicientes. Radicaba en alto, sobre unas colinas que dominaban Madrid. Ningún edificio ajeno podía molestarle, porque los terrenos inmediatos eran suyos y servían para campos deportivos. Constaba de cuatro pabellones y otro pequeño para biblioteca. Más tarde se le agregaron la casa del Director y un edificio para espectáculos y conferencias que se llamó "Auditorium".

He dicho que ningún edificio ajeno podía molestarle; sin embargo, teníamos un sanatorio de locas junto a las tapias de los dos pabellones primeros. Era una propiedad antigua, que como cuña se metía en los terrenos adquiridos por la Residencia. No molestaba. Sólo de tarde en tarde se escuchaban los soliloquios delirantes de alguna demente.

Aparte de esto, el edificio más cercano era el cuartel de la Guardia Civil y el Museo de Historia Natural, con su jardincillo. A este jardín bajaba yo todas las tardes de primavera, verano y otoño a tomar mis cervezas y a leer. Tenía un kiosco, despacho de bebidas, y muchos veladores o mesitas redondas acompañadas de cómodos sillones de mimbre. Los niños y las niñeras animaban el sitio hasta

la puesta del sol. Después venían las parejas de tórtolos o enamorados. Yo seguí yendo durante el otoño de 1936, hasta que desaparecieron niños, niñeras y cantineros asustados por las bombas y por el monótono tamborileo de los reclutas que ensayaban el paso militar en la Castellana y el antiguo Hipódromo, donde se construían entonces unos magníficos Ministerios. Don Pío del Río Hortega, el famoso histólogo, fué también de los últimos que cruzó por allí saliendo de su laboratorio de la Residencia. Eran tardes tristes, desesperantes. Una de ellas dejé mi asiento y el lugar, bajé a la Castellana y penetré en un edificio grande y rojo —la Escuela de Sordomudos—, donde a la sazón se inscribía uno para el servicio militar. Hice cola, di mis datos y quedaron en avisarme. A los pocos días recibí una carta diciéndome que me llamarían cuando fuese necesario. Yo estaba por cumplir los 49 años.

Es inevitable esta intrusión de las horas finales en el relato. Me propongo hablar de “la juventud enterna”, pero se me presentan los nubarrones de los últimos días. Días en que la juventud se había dispersado.

Creo que los años de 20 al 27 fueron los más interesantes en la Residencia. Fueron los años en que coincidieron allí García Lorca, Salvador Dalí, Emilio Prados, Luis Buñuel, Pepín Bello y otros espíritus juveniles llenos de ocurrencias. Federico había estado antes, acaso en 1917. Él venía por temporadas, de un modo irregular. A veces se quedaba un año entero. No todos los estudiantes le querían. Algunos olfateaban su defecto y se alejaban de él. No obstante, cuando abría el piano y se ponía a cantar, todos perdían su fortaleza.

Su voz mala, carrasposa y sembrada de afonías, pero emotiva, me hizo pensar algunas veces si para mover el

sentimiento ajeno importaría muy relativamente la perfección del instrumento.

Nos reuníamos en el salón de conferencias o en alguno de nuestros cuartos. En el salón estaba el piano; en el cuarto, la guitarra. Angel del Río, el profesor de Columbia University, ha reproducido en su magnífico estudio sobre García Lorca una caricatura que le hice a Federico sentado al piano. Lo tocaba muy bien y tenía un extenso repertorio de cosas clásicas, modernas y recién pasadas. Se había criado junto al piano de Falla, le había seguido en sus creaciones, compartiendo todo o casi todo lo que esto lleva consigo de meditación, enfoque, suma de factores, eliminación de adherencias, resonancias populares y alardes técnicos refinados. Con él aprendió a escuchar y recoger del pueblo lo sabroso.

Federico se sentaba al piano como un maestro, con pleno dominio. No importaba que entre pieza y pieza hiciera chistes y diabluras como un chico; recobraba el dominio en cuanto depositaba la yema de los dedos sobre las teclas. Tal vez la fascinación que producía era debida a la conjugación feliz de lo culto y lo popular, lo primario, infantil y fresco, entrelazado con lo reflexivo y riguroso. Tal cosa es muy andaluza, y pueden comprobarse en el torero, en el cantaor y la bailaora. Alternan el frenesí dinámico y el hieratismo, la desbordante alegría y el sollozo. Pasan de la gracia al ay. Del juego a la muerte.

Después de oírle tocar Chopin o Schubert, Mozart, Debussy, Ravel o Falla, este amigo que hoy le recuerda, le pedía que se metiese de lleno con las tonadillas del XVIII y del XIX que iba coleccionando. La transfiguración que se operaba en él repercutía en nosotros. Ya no miraba las teclas. Levantaba la cabeza, cambiaba la mirada, de per-

dida en picante, de divagada en precisa, quebraba hacia atrás la cintura, alargaba los brazos, sonreía con su gran boca iluminada y cantaba aquello de: *Corre que te pillo, — corre que te agarro, — corre que te lleno — la falda de barro.* Y después otra y otra. Todas las que luego arregló para la Argentinita y corren en discos por ahí.

A la tercera o cuarta vez que le oí aquellas cosas, le dije delante de algunos amigos: “Lo que usted debe hacer es cantar y tocar todo eso en público. La gente quedaría extasiada, como hemos quedado nosotros.”

Al principio le pareció un disparate, pero la sugestión mía buscó forma en su pensamiento y cuajó en aquella colaboración suya con la Argentinita.

Para tocar la guitarra se guardaba más. Le avisaba a muy pocos oyentes. Entre otras cosas porque no cualquiera puede saborear el cante jondo. Requiere cierta dosis de gitanería en la sangre, por nacimiento o por inyección acústica, saber lo que es la pena, la malita pena, y esa muerte a la vista siempre, que no es muerte, sino estarse muriendo sin parar. Requiere haber oído a los “buenos” y saber distinguir, no ya las variedades o tipos de coplas, sino las inflexiones, modulaciones y claro-oscuro de cada alma en voz lanzada.

Federico no tenía garganta para lanzar seguidillas, soleares y todo lo serio. Pero entonaba maravillosamente otras cosas. ¿Cómo no recordar estas coplas y romances:

*Eres como el correo de Vélez,
que en cayendo cuatro gotas
se le mojan los papeles.*

*No salgas paloma al campo,
mira que soy cazador,
y si te tiro y te mato,
para mí será el dolor,
para mí será el quebranto.*

Federico era un alma musical de nacimiento, de raíz, de herencia milenaria. La llevaba en la sangre, como Juan Brevas, Chacón o la gran "Argentina". Daba la impresión de que manaba música, de que todo era música en su persona. Aquí radicaba su poder, su secreto fascinador. Despedía música y, donde él caía o entraba, caía o entraba el arrebató alegre y levitante de la música. Se puede ser músico con las manos, con la cabeza, con la boca y hasta con *los pies*. Se puede ser un magnífico profesor de música y no ser músico a la manera del poeta granadino, como un manantial. Si su muerte alevosa me parece más inexplicable que la de cualquier otro literato español, es por eso. Nadie puede concebir que un pueblo elimine a un elemento humano que fué su deleite, su verdadero encanto.

Tan vivo era este poder suyo que bastaba nombrarle para sentirse invadido de alegría musical. "¡Federico sale de Granada, mañana lo tenemos aquí!", gritaba alguien en la Residencia, como quien ve acercarse una alegre cabalgata sonora. Y como este don tiene valor universal, lo mismo se le abrían las puertas de Cuba que las de Nueva York o la Argentina. Tener un alma musical es ser un Don Juan del mundo, un conquistador involuntario.

Cuando comparo la personalidad de Lorca con la de otros poetas contemporáneos, se acentúa la jugosidad humana de él y la sequedad de los restantes. ¿Habrá alguna relación entre la musicalidad del hombre y su simpatía? ¿Estará en relación lo uno con lo otro?

Si pienso en Unamuno, en su grito aquél “¡Música, no!” y en lo seco, lo poco efusivo que era con el prójimo, me pregunto si no le faltaría esa musicalidad sanguínea que se desbordaba en García Lorca. Sólo con ella se puede escribir aquel delicioso “Pequeño vals vienés”, donde se destacan tales versos: *Toma este vals con la boca cerrada. — Toma este vals de dolida cintura. — Toma este vals que agoniza en mis brazos. — Toma este vals del “te quiero siempre”*.

Junto a Federico recuerdo a Salvador Dalí, que era todo lo opuesto.¹ Delgaducho, casi mudo, encerrado en sí, tímido (¿quién lo dijera?), como un niño abandonado por primera vez o separado violentamente de su padre y de su hermana, melencólico, no muy limpio, enfrascado siempre en las lecturas de Freud y de los teorizantes modernos de la pintura.

Su vocación era indudable. En poco tiempo se adueñó del oficio, se sublevó contra el ambiente de la Academia de San Fernando y pintó algún cuadrito que yo llevé una tarde al Museo del Prado para que los estudiantes que me acompañaban pudieran comparar su ejecución minuciosa con la de los Primitivos flamencos.

Con motivo de la primera exposición de aquella sociedad llamada “Los Ibéricos”, hice un artículo para la “Revista de Occidente”, donde lo presenté como valor que aparecía, junto a Boreas y algún otro.

Al principio seguía muy de cerca a Picasso. Después, el suprarrealismo y su natural morboso le llevaron hasta lo

¹ Este nombre, Dalí, que parece raro, debiera conocerlo todo español, pues era el del pirata Dalí Mami, que apresó a Cervantes y le metió en sus mazmorras de Argel. Arráez o capitán de goleta, griego renegado, avariento y cruel.

increíble por su enlace con la ex mujer de Paul Eluard. Hoy vive en los Estados Unidos dedicado a pasmar a los *snoobs* con sus extravagancias y payasadas. Igual que hacían los bufones en la Corte de los Austrias. Como pintor me parece un *pompier*.

Federico le dedicó una oda en aquellos días de la Residencia. Se sentían los “gallitos” triunfadores, aunque pasaban días sin *blanca*. Una vez hicieron una faena de pícaros con un matrimonio sudamericano, personas de la diplomacia. Discurrieron invitarlos para venderles un cuadro de Dalí por las buenas. Encargaron una gran bandeja de dulces a Lhardy, la mejor pastelería de Madrid, tomaron su té, platicaron y se rieron mucho, entre alabanzas a la obrita que querían colocar. Pero los diplomáticos no picaban, como se dice vulgarmente. Y, entonces, García Lorca, con gran cinismo le dijo al señor: “¿No tendría usted en su cartera un par de billetes de cinco duros?” El señor sacó su cartera y los dos billetes. “¡Muy bien —exclamó Federico—, éste para Salvador y éste para mí! Y vámonos, Salvador, que estos señores son unos pelmazos.” Los diplomáticos presentaron sus quejas al presidente de la Residencia.

Al grupo de Federico pertenecía también Luis Buñuel, “el gran loco”, que quiso estudiar entomología pero dedicándose exclusivamente a la gimnasia. Con él compuso Dalí, años después, “El perro andaluz”. En París dejó la gimnasia por el cine. Y cuando se pelearon o disgustaron estos dos colaboradores, recuerdo que alguien le preguntó a Dalí: —¿Qué es de Buñuel? Y que repuso: —S’est abruti par le bureaucratisme stalinianne”.

Buñuel era un mocetón atlético, hijo de padres ricos y, por lo tanto, con dinero casi siempre. No paraba nunca.

Desde muy temprano le veíamos semidesnudo salir con la pértiga a saltar en las mañanas más crudas de Madrid. Luego se enredaba a puñetazos con un balón colgado de un soporte. Después, salía en su automóvil, a comer en un merendero fuera de Madrid, regresaba y se metía en un café, asistía a una sesión de hipnotismo, hipnotizaba a una chica y hasta quiso hipnotizar al escribiente de la Residencia, que llegó a cobrarle miedo.

Eran los años del poeta francés Apollinaire, y todo el grupo se puso a componer unos llamados "anaglifos" que no sé quién bautizó. Constaban de tres sustantivos, uno de los cuales, el de enmedio, había de ser "la gallina". Todo el chiste consistía en que el tercero tuviese unas condiciones fonéticas que impresionasen por lo inesperadas. Ejemplos:

*El buho,
el buho,
la gallina
y el Pancreator.*

*La codorniz,
la codorniz,
la gallina
y el viso.*

*El té,
el té,
la gallina
y el Teotocópuli.*

La creación de "anaglifos" fué como una epidemia, en la cual me vi envuelto. Se hacían a montones, y a todas horas y en todos sitios, pero salían pocos perfectos, que gustaran a la mayoría. Y como en todo movimiento imaginativo, en seguida apareció el disidente, que fué Federico.

Su variante consistía en alargar el último elemento del anaglifo convirtiéndolo en frase, por ejemplo:

*La tonta,
la tonta,
la gallina
y por ahí debe andar alguna mosca.*

Tales juegos respondían al espíritu revolucionario de entonces, se daban la mano con la escritura automática y otras manifestaciones más serias.

A mí me recreaba salir de aquel ambiente juvenil y ponerme a pasear con Azorín y Baroja, que no entendían nada de los movimientos modernos. Recuerdo que en uno de estos paseos desfilamos por delante de una frutería de la calle Mayor, cuyas hermosas frutas, variadísimas en color y formas y tamaños, estaban colocadas verticalmente. Azorín me dijo señalando hacia la frutería: "Un cuadro cubista". Lo mismo le pasó con el "Superrealismo". Y en cuanto a Baroja, todo lo resolvía con negaciones: "Eso es una tontería. Eso no va a ninguna parte. ¡Bah!, majaderías. Picasso no sabe dibujar".

De repente, el año 1921 se me presentó malo. La Casa Calleja tenía que modificar su estructura interna porque las cosas no iban muy boyantes. Eliminaron a muchos y conmigo tuvieron la consideración de seguir aceptando mi trabajo hasta que me encarrilase nuevamente. Me preparé para las oposiciones a Archivos, Bibliotecas y Museos y logré plaza. Pero me destinaron a Gijón (Asturias). Y tuve que abandonar la Residencia.

La separación no fué larga: un año. En Gijón me sobraba tiempo para todo. Cumplía con mis deberes de bibliotecario por las mañanas, de nueve a una; hacía fotografías de los dibujos antiguos coleccionados por Jovellanos y Ceán Bermúdez; jugaba al tenis, consultaba la Enciclopedia Francesa en el casino, me paseaba con el pintor Piñole, cenaba y todavía me quedaba tiempo para traducir una obra que me encargó Ortega y Gasset: "Conceptos fundamentales en la historia del arte", la sugestiva obra de Wölfflin.

Los primeros quince días de Gijón los pasé en casa de unos parientes ricos: el ingeniero Domingo Orueta, casado con una prima de mi padre. Este Orueta, hermano de Ricardo el investigador o crítico de escultura, fué quien armó tanto ruido un día con el hallazgo del platino y otros minerales caros en la serranía de Ronda. Su casa era espléndida, anchurosa y revestida de madera por dentro, como las casas inglesas. Tenía un gran huerto y la fábrica de vagones y herramientas dentro de la finca, enclavada en el barrio El Llano.

Aquellos días me sirvieron para tranquilizar el espíritu y hacerme al cambio de vida. Me había quedado pobre otra vez. El sueldo de bibliotecario era muy mezquino entonces. Tuve que renunciar a mis cigarrillos ingleses y a muchas cosas, la más importante de todas el aseo de la Residencia. Me recliné en una pensión o casa de huéspedes barata, donde éramos cuatro a la mesa: un hortera, muchacho joven y simpático que leía los periódicos y conocía a algunos literatos de Madrid por las firmas; un traficante en carbón, que faltaba mucho a la hora de comer, afortunadamente, porque era sumamente antipático y arribista; un viejo abarrotero, que había hecho algún dinero en Cuba y tenía loca a su mujer, metida en un sanatorio en Oviedo; el cuarto era yo.

La época de Gijón se me presenta como una mina, como un túnel sombrío. Lluvia, lluvia, oscuridad en la casa, en la biblioteca y en la calle. Durante tres meses estuvo lloviendo sin parar y no podía uno dejar el impermeable ni los chanclos de goma. Como en la casa no había baño, me duchaba en el ténis, con agua fría.

El trabajo fué mi defensa. Inicié con gran celo mi carrera de bibliotecario. Abrí la biblioteca del Instituto Jove-

llano, dejé entrar a los estudiantes y les serví los libros. El viejo erudito jovellanista Don Julio Somoza vino en seguida a conocerme y se mostró contrario a mis medidas. —Lo que debe usted hacer es cerrar la biblioteca, porque lo que hay en ella no es para chicos. Son los libros y los papeles de Jovellanos y alguna basura moderna comprada por su antecesor de usted. Este es un templo donde no deben entrar más que usted y yo. Ni a los profesores se les debe dar beligerancia. Hace años, uno de ellos se llevó a su casa un montón de papeles del fundador, se murió sin devolverlos y todavía siguen en manos de la familia, que pretende venderlos a un inglés.

No le hice caso al bueno pero fanático jovellanista en lo de impedir la lectura a los estudiantes, pero escribí a la familia que atesoraba lo que no era suyo, diciéndole que por orden de la autoridad del Cuerpo de Archivos y Bibliotecas tenía la misión de recobrar los papeles. La familia debió de asustarse y me los entregó a los pocos días. Yo mandé hacer una vitrina especial y los coloqué como quien coloca un tesoro reconquistado.

El trabajo más importante que hice allí fué, sin embargo, la catalogación de los dibujos. Los fotografié todos, pero sólo se reprodujeron unos cuantos en la edición hecha a expensas de la Diputación. Como todos se quemaron cuando la revolución del 36, mi libro tiene hoy un verdadero interés. En él se reproduce uno de los pocos y mejores dibujos del Greco.

En el verano de 1922 me trasladaron a Madrid, pero a una biblioteca fea, la de la Facultad de Farmacia. En ella estuve hasta el advenimiento de la República. Ricardo Orueta, Director General de Bellas Artes, me obligó casi a aceptar la Dirección del Archivo de Palacio. Digo

“me obligó”, porque yo no quería jefaturas de ninguna clase.

Vuelto a Madrid, reingresé en la Residencia. Otra vez estaba en presencia de la eterna juventud. No me moví de ella hasta el año 27 y los recuerdos que siguen corresponderán a esos cinco años.

Casi nada había cambiado aparentemente. Prados, García Lorca, Dalí, Buñuel, seguían allí. Prados, más neurasténico cada vez, intentó suicidarse tomándose de golpe no sé cuántas pastillas de aspirina. Cuando se alivió, tuvo una broma para un estudiante demasiado crédulo que vivía cerca de él. Le llamó y le dijo: “Oye, Manolo, no puedo resistir más el dolor de la vejiga. Será muy doloroso, pero voy a arrancármela”. Y, diciendo esto, forcejeó debajo de las sábanas y sacó una masa gris que quiso entregarle a Manolo. Este salió dando gritos, sin fijarse en que se trataba de una bolsa de agua caliente.

La marea literaria juvenil iba creciendo. Pronto irrumpería la nueva generación con verdadero ímpetu. Federico se metía más y más en el escenario de Eslava, con la Bárceñas, Martínez Sierra, Barradas y Fontanals. Su primer intento dramático fué un fracaso, pero el de “Mariana Pineda” le alentó a seguir.

Un muchacho nuevo se acercó a este grupo de la Residencia. Era andaluz y alegre. Decía que pintaba, pero lo único que yo vi suyo en poder de Federico no valía nada. Pronto había de sorprendernos con un libro de poemas frescos y luminosos, que yo defendí acaloradamente en el Jurado para el premio de literatura del año 24. Era Rafael Alberti. Quiero contar esta escena del Jurado sin omitir mi metedura de pata. Lo constituíamos Menéndez Pidal y el Conde de la Mortera (Gabriel Maura y Ga-

mazo) para lo histórico, Arniches para el teatro, Antonio Machado y yo para la poesía. Tal vez me olvide de alguien. Como secretario, Gabriel Miró. La cosa marchó perfectamente hasta que tocamos a la poesía. Maura propuso en primer lugar al llamado "Pastor poeta". Yo me opuse inmediatamente. Maura argumentó con una frase poco feliz: —Su poesía huele a lana y a chorizo. —Basta eso —repliqué— para que una poesía dé asco. Y aquí fué mi metedura. Continué diciendo: —Eso es tan repulsivo como la pintura de don Luis Menéndez Pidal, ahumada y renegrida como las morcillas. Con el acaloramiento, no pensé que estaba delante su hermano don Ramón. Intervino Miró hábilmente y todos me dijeron que diera yo un nombre para primer premio. —Pocas veces estoy tan seguro de votar con acierto como ahora; el poeta que se anuncia en este concurso como valor de trascendencia, es Alberti con su libro "Marinero en tierra". Entonces Antonio Machado, que había permanecido mudo, convino en que sí, que era lo mejor. Maura y todos aceptaron, pero aquel Conde llevaba otro candidato, además del "Poeta pastor", y era Gerardo Diego. Propuso entonces que se diera un segundo premio, trasladando el de teatro a la poesía. Y así se hizo.

Yo no sé por qué me nombraron elemento de aquel jurado compuesto por tan ilustres personajes. Ni por un momento pensé que mi papel iba subiendo en la jerarquía literaria. Es cierto que ya contaba con siete títulos de libros: "Garba", "El Pasajero", "Luchas de Pena y Alegría", "Evoluciones", "Patrañas", "La comedia de un tímido" y "Colección". Pero mi sentir era que no había hecho nada, que no había empezado a escribir. Exactamente lo mismo que ahora.

¿Es esto una mezcla de humildad y de orgullo? Probablemente. El considerar que lo hecho no vale nada es humildad, pero también orgullo, pues indica que uno se siente capaz de algo mejor. Ahora veo que aquí está el resorte de mi vida; lo que me hizo estar en perpetua ocupación u ocupaciones.

Pero este aspecto de mi carácter va unido a otro factor importante: mi despego de las cosas y las personas corrientes y mi falta de sentido de la propiedad. Federico me decía siempre: "Con usted hay que comenzar la amistad cada día". Sí, en cierto modo, sí. Quería mi absoluta independencia y mi soledad. Nadie valía lo que estas dos cosas que son en realidad una sola. En las épocas que más gente traté, siempre sentí ganas de alejarme, de aislarme. Cuando iba a la revista "España" todas las tardes, percibía una vaga sensación de alejamiento y ganas de marcharme. Lo mismo me ocurría en la peña del café "Regina", donde iban Azaña, Araquistain, Negrín, Luis Bello y otros. O en la "Revista de Occidente", donde los contertulios eran Ortega, Morente, Vela, Sacristán, don Blas Cabrera, Pittaluga.

Respecto al sentido de la propiedad, yo renuncié a lo que me correspondiera de mis padres a favor de mis hermanas, que permanecen solteras. Nunca les he pedido nada de casa, ni siquiera un anillo que me asignaba mi madre para la que fuese un día mi mujer. Nada me parece mío aparte de mi pensamiento y mis sentidos. ¿Quién concibe que sean de uno el amigo, la mujer y hasta el mismo hijo? Son propiedades muy relativas. En cambio, nadie duda de la lealtad, el desinterés y el apego inseparable de lo que uno lleva dentro.

Seguiremos, sin embargo, hablando convencionalmen-

te del amigo tal o cual, porque es la manera de entendernos. A mi cuarto de la Residencia solían acudir diariamente Miguel Prados, estudiante de Medicina, Martín Domínguez, estudiante de Arquitectura, y Antonio Rubio Sacristán, estudiante de Derecho. Los tres se destacaron más tarde en el ejercicio de sus profesiones. Tomaban té conmigo y charlábamos de la vida y de los estudios. Ellos me dijeron, andando el tiempo, que me debían mucho en su formación humana. Yo me quedaba sorprendido. ¿Cómo va a contribuir a la formación de alguien un individuo tan disperso en múltiples actividades como yo? De todos modos, a estos tres los consideraba yo un poco míos; entendámonos, un poco con algo mío.

En realidad, nadie se da cuenta de lo que pudo influir en los otros. Federico, cada vez que yo publicaba un libro de versos, me escribía desde Granada diciéndome que era magnífico y que se los leía a sus amigos. Algunas veces me sorprendía, en efecto, recitándolos de memoria. Pero ¿influí yo algo en él? Sólo puedo decir que los temas del guardia civil, de los gitanos y de la calle andaluza están en mi primer libro, "Garba". También el de la Virgen de la Soledad. Pero no vale compararlos; Federico los superó. Les dió aire, levedad. Yo me quedaba pegado a ellos, hundiéndome en ellos. Mi modo de enfocar los temas ha sido muy distinto.

Recuerdo que una tarde tomando café en el Palace Hotel con él, Dalí y Pepín Bello, les conté mi hallazgo del día: un libro sobre la Rosa. Un libro francés de principios del siglo XIX muy sugestivo, con todas las variedades conocidas y los nombres latinos o modernos. Pronto me olvidé de aquello, pero, a los dos años, se presentó con "Doña Rosita la soltera", y aparecían algunos de los nombres que

le dije, entre ellos el de "Rosa mutábilis" que es toda una évocación. Por esto, al estrenarse la obra en Barcelona, le puse un telegrama diciendo: "Te felicita cordialmente el abuelo de Doña Rosita".

Este capítulo de "La eterna juventud" tiene que terminarse, porque de prolongarlo vendría una descompensación al resto orgánico del libro. Pero me duele separarme de esta época llena de cosas. He de contar mi segunda salida de la Residencia para una boda que se frustró.

XI

SEGUNDA VEZ LA MANTA A LA CABEZA

EN AQUEL apartamiento de la Residencia, rodeado de afectos y de respeto, escribí "Evoluciones", "Patrañas", "Colección", una monografía sobre el Greco, para la casa Calleja, que no se publicó, igual a la de Velázquez, aparecida en una colección de arte emprendida por dicha casa, e interrumpida a poco, otra sobre el Divino Morales, para un Concurso abierto por el Museo del Prado, que allá duerme; muchos folletos para "El Sol", conferencias y comedias. También pinté mucho, a partir de 1924, y pienso dedicarle a esto unas páginas.

Pero la sabrosa soledad tiene también sus espinas. De cuando en cuando me acometían unas terribles angustias. Bajaba la tensión de mi espíritu y encontraba que todo carecía de sentido.

En una de estas fases conocí a Jacinta, en casa de Jiménez Fraud: Era una joven yanqui, rubia y admirablemente formada y vestida. Yo quedé embobado, pero más triste porque pensaba que mis medios de vida eran insuficientes para enamorar a una muchacha como aquélla. Charlamos de cosas insustanciales o divertidas y me despedí. Pero aquella misma noche vino a buscarme y me sacó vivamente de la Residencia. Vino con un secretario de la Embajada americana y fuimos a un piso de la calle de Serrano, donde había bastante gente sumida en una penum-

bra tan densa que casi no se veía. Estaban oyendo música y todos eran extranjeros.

Pasadas unas dos horas, salimos de allí dos parejas o tres y fuimos a la casa donde vivía Jacinta. La chimenea estaba prendida y nos pusimos a charlar y a beber. Ella sabía bastante de español y me traducía las palabras de los demás o las mías al inglés. A pesar de estas dificultades, la conversación fué interesante para mí. Pude ver que aquella chica era instruída, pero estaba llena de cosas confusas dignas de ser aclaradas. A veces me pareció vivir una escena de Dostoyevsky.

Volvimos a salir a eso de las doce de la noche. Hacía mucho frío; estábamos a fines de noviembre y como Jacinta y yo queríamos seguir hablando, nos despedimos de los otros y entramos en un café de la Calle de Alcalá. De lo que allí hablamos sólo recuerdo este trozo de diálogo: "Mirando tu perfil, como yo soy dibujante, hago mis deducciones. Una vez, dibujando al escritor Alfonso Reyes, le dije: —Alfonso, descubro ahora, al trazar unas líneas, que usted tiene ciertos rasgos no europeos. Y él, sin contestar, se levantó, sacó una fotografía de una cómoda y me la presentó diciéndome: —mi madre. Efectivamente, mejicana pura.

Mientras yo le contaba esto a Jacinta, se fué cubriendo de rubor, y acabó confusa y abochornada. No sabiendo por qué, le dije: "¿Te he molestado?" Ella dijo que no, y pasamos a otra cosa sin aludir para nada ya a lo que yo descubría en sus facciones.

Al día siguiente nos volvimos a ver en otro café donde nos habíamos citado. Entonces sí, le dije de un modo penetrante: "Porque tú eres una pequeña judía". Quise con esto desvanecer aquel malestar que le creaba su com-

plejo y lo conseguí. Pasamos el resto de la tarde muy interesados y, cuando nos despedimos, le dije: "Yo soy un hombre de rutinas. Lo que hago hoy quiero hacerlo mañana. ¿Nos volveremos a ver?"

Así comenzó nuestra amistad que fué creciendo rápidamente. Quiso enseñarme inglés y todas las noches nos reuníamos en su casa para leer. De las lecturas pasamos a los dibujos y de éstos a las conversaciones íntimas y a los primeros besos. Yo vivía fuera de mí. Comencé a vivir en realidad para algo que no era yo ni eran mis cosas. En esto, caigo malo, con gripa. Era por Navidad. Me pasé varios días en la cama, desesperado de no verla, aunque con el alivio de sus cartitas, llenas de cariño. Al reanudar nuestras entrevistas, comenzamos a hablar de casamiento. Y he aquí la providencia: se me presentó en mi cuarto, como emisario de la Sociedad de Arquitectos, uno de los miembros de la Junta, mi amigo Bernardo Giner de los Ríos, que solicitaba de mí el encargarme de la publicación de la revista que la Sociedad editaba, ofreciéndome quinientas pesetas al mes. ¿No era maravilloso? Otra vez, sin yo buscar nada, las musas proveían. Con aquel nuevo ingreso ganaba ya mil pesetas mensuales, más las colaboraciones esporádicas en "El Sol".

Cuando le dije a Jacinta lo que había, respondió: "Perfectamente, yo pongo otro tanto al mes de lo que aportes tú". Y nos echamos a la calle a buscar piso. Ella cablegrafió a sus padres y escribió a un hermano que tenía de paseo por no sé qué país de Europa. Yo pedí a mis padres la partida de nacimiento.

El tiempo se nos hacía larguísimo. Los nervios estaban en una tensión insostenible. Hubo hasta momentos de

discrepancia y anulación de lo convenido. Llegamos a separarnos, pero vino a buscarme otra vez.

Entretanto, los padres de Jacinta, alarmados por la rapidez de nuestras relaciones, encargaron a una persona de su confianza que averiguara quién era yo. Esta persona, un inglés muy castizo, Mr. Fitt, nos invitó a cenar una noche y en la cena nos dijo: —Recibí el encargo y comencé a informarme de usted. Los informes son inmejorables y en este sentido he teleografiado a los padres de esta muchacha, que desde luego es inferior a usted. Se lo dice un viejo amigo que la ve bailar demasiado en los cabaretes.

—Eso era antes, Mr. Fitt, —repose yo.

—Es ridículo —añadió Jacinta. —Aquí en Europa se escandalizan de que una joven vaya a los cabaretes. No así en los Estados Unidos.

Habíamos pensado casarnos en una ciudad del sur de Francia para evitar no sé qué inconvenientes que le presentaban en la Embajada de Madrid. Pero los padres de Jacinta insistían en que fuéramos a Nueva York antes de casarnos.

Al fin salimos de Madrid y justo el día de mi cumpleaños. Cumplía los cuarenta.

En Barcelona recibió Jacinta una carta de su hermano remachando el deseo de sus padres de que fuésemos a Nueva York. Y que yo no me preocupase, porque los gastos del viaje corrían a cuenta suya. Jacinta me animaba diciendo que todos estaban deseosos de conocerme y que de seguro iba a causar sensación en su mundo. Yo le respondía que no sabiendo el idioma toda persona pierde personalidad y hasta hace el ridículo. Ella contestaba que a mi edad no se hace el ridículo.

Yo comenzaba a sentir cierto disgusto, un vago mal-estar. No me agradaba ser invitado como a prueba y, además, comprobé en el cuerpo de Jacinta cierta anormalidad que ella se apresuró a decirme que se podía corregir fácilmente con una pequeña operación.

Llegamos a Génova, que era el punto de reunión con el hermano, y la mujer de éste. Me recibieron con grandes demostraciones de satisfacción. Cenamos alegres y al día siguiente embarcamos. Yo no sé lo que pasó, lo que hablaron durante la primera noche de travesía. El hecho es que a la mañana siguiente, Jacinta estaba llorosa y no quiso levantarse. A mis preguntas respondía enigmática: —Han sido muy malos. Ya empiezan las perturbaciones de que te he hablado algunas veces. ¿Por qué no nos bajamos en Nápoles y nos casamos en Francia?

—No; ya hay que seguir. Hay que arrostrar lo que sea —le contesté. Y mi ánimo se fué ensombreciendo. Era evidente que las reflexiones hechas por su hermano y por su cuñada le habían sumido en perplejidades o dudas. Yo no supe nunca de qué orden eran. No fueron explícitos conmigo jamás. El hermano me trataba con afecto, y la cuñada con verdadera atención. Durante toda la travesía hubo ratos de llanto y ratos de arrobó. Algo, sin embargo, se había levantado entre nosotros.

Llegamos a Nueva York. La familia tenía dos “apartamentos” en Park-Avenue. En uno vivían los padres y en otro las hijas. Porque Jacinta tenía una hermana, Carolina, menor y muy guapa. Una chica frívola, que cuando me conoció me dijo: —Pepe, yo he nacido para trompo. Quería decir que vivía para bailar. Su madre le reñía duramente delante de mí porque se acostaba al amanecer y se levantaba a las dos o las tres de la tarde.

Durante la primera semana fueron obsequiosos y amables conmigo. El padre me buscaba los cigarrillos ingleses que yo tenía costumbre de fumar en España. La madre me decía que aquélla era mi casa, que podía venir cuando quisiera. Tuvimos banquetes en sitios de lujo y palcos en los teatros. Me llevaban a casas amigas, extraordinariamente bien puestas. Se diría que pretendían deslumbrarme.

Con Jacinta visitaba otros medios de menor categoría social, pero más interesantes: casas de antiguas compañeras de colegio, casadas, que vivían modestamente.

Pero al cabo de la semana, fueron apareciendo síntomas extraños. La madre me decía de repente: —Debería usted casarse con Carolina. Ella, cuando se case, será buena compañera. Jacinta no es para casada. Aquellas palabras de la madre, fueron proféticas. El tiempo le dió la razón.

Una noche me dijo Jacinta: —Ven, que mi padre quiere hablar contigo. La entrevista, dificultosa por sí, y agravada por no conocer yo el inglés, fué para decirme que él se oponía al casamiento, y que si su hija insistía la desheredaba.

Yo le respondí que cuando nosotros, ella y yo, pensamos casarnos, no sabía yo de herencias ni del dinero que pudiera tener, que habíamos formado nuestro plan de vida a base de lo que yo ganaba en España y de otro tanto que ella aportaría.

Al día siguiente me dijo Jacinta que su padre ya no quería que yo viniese por su casa.

—Y, tú ¿qué dices?

—¿No quieres conocer a un abogado?

—Yo, no. ¿Para qué?

Cuando le referí este diálogo a mi confidente y casi úni-

co amigo en Nueva York, Federico de Onís, me dijo: —Claro. Es que aquí se arreglan esos asuntos con un abogado. Un europeo cualquiera —no siendo español— pide por daños y perjuicios una indemnización y se va a su tierra otra vez. Pero yo sé que usted no es de esos.

Viendo el giro que tomaba el asunto, dejé el hotel donde me hospedaba y alquilé un cuarto barato, de once dólares a la semana, cerca de la Universidad de Columbia y de la casa de Onís. Influyó en esto también unas palabras del padre que decían: —Que estén separados tres semanas y ya veremos.

Allí me pasé sólo no sé cuantos días, dibujando, visitando el Museo Metropolitano, y conviviendo bastante con Onís y con algunos otros profesores. También escribí dos largos artículos sobre la pintura moderna española y sobre Unamuno, a petición de un profesor que me dijo los traduciría y publicaría en buenas revistas. Por mi cuenta, además, comencé la serie que luego publiqué en “El Sol” y reuní más tarde en un folleto titulado “Pruebas de Nueva York”.

Jacinta, sin embargo, no resisitó la separación. Vino a buscarme a mi escondite, acompañada de un sujeto que me inspiraba celos, y de la mujer de éste. Yo los recibí de muy mal humor. Venían a proponerme un viaje a New Haven. Ahora veo claramente lo perturbado que andaba yo con todo lo que me estaba sucediendo. Eran tantas las variaciones de criterio en aquellas gentes, que ni podía retener el orden de los acontecimientos. ¿Cuándo me dijo el padre que en qué podía ayudarme? Yo recuerdo sólo que le contesté: “Gracias, en nada”.

Fuimos a New-Haven y allí me consumió de celos Ja-

cinta con sus antiguos conocidos. Las escenas violentas se sucedieron y volvimos como apaleados a Nueva York.

¿Por qué no rompía de una vez con ella? ¿Por qué, ellos, no me dejaban a mí en paz? ¿Pensarían que yo estaba tramando algo? El hecho es que vueltos a la ciudad, traté de aislarme otra vez y no fué posible. Me llamaba por teléfono, me decía que la acompañara a ver a la cirujana amiga porque ya estaba dispuesta a la pequeña operación y a casarse conmigo, aun en contra de su padre; asistió a la conferencia que dí en Columbia University sobre los nuevos pintores españoles, presentando la obra todavía incipiente de Dalí por vez primera en América; y aquella noche arregló con Onís que éste fuese a hablar de mí con su padre. Este, por su parte, me invitó a no sé qué fiesta familiar. Todos andábamos como locos, yo, por haberme liado la manta a la cabeza, que es quedarse sin la facultad de ver, y ellos por la intrepidez de Jacinta y la imposibilidad de quedar bien conmigo inventando aquellos métodos tortuosos. Pero todos queríamos guardar una compostura de buen jugador.

Sólo una vez se descompuso el padre delante de mí. Fué una noche en que ella me hizo subir a su "apartamento", durante una de sus rachas de optimismo. Estábamos los dos en un sofá, charlando de lo de siempre, cuando entró su padre. Al verme, se le desorbitaron los ojos. Me saludó con una inclinación de cabeza y en seguida se dirigió a ella en inglés. Yo no entendía nada, pero notaba que el diálogo se tornaba disputa y que iba subiendo de tono. Jacinta llegó a contestar algo muy duro, porque vi que su padre levantó la mano trémula e iba a descargarle un golpe. Me puse de pie y me acerqué diciendo: "No, eso es demasiado". El padre se volvió a mí con los ojos

arrasados de lágrimas y dijo algo, saliendo inmediatamente. Ella, como loca, se levantó, se dirigió a otro cuarto y se puso a componer las maletas. Me dijo que se iba a un hotel. Que su padre la había expulsado y dicho que no contase con él en adelante. Que ahora seríamos los dos solos.

Aquello pasaba a las doce de la noche. Hasta la una estuvimos su madre y yo convenciéndola de que no llevase las cosas a tal extremo. El episodio le pudo mucho, porque su padre la había mimado siempre.

Ya no recuerdo si esta escena fué antes o después de la visita de Onís. Esta tuvo lugar en el apartamento paterno, y se habían reunido allí algunos otros familiares. Aquello fué algo grotesco; al menos, así me queda en la memoria. Jacinta había preparado la entrevista ponderando el valer del profesor Onís, español que llevaba tantos años en los Estados Unidos y era la máxima autoridad española en la Universidad de Columbia. Onís, después de los preámbulos oportunos y de las generalidades del caso, ponderó mis condiciones morales e intelectuales y hasta mi ambiente familiar y mi clara y noble ascendencia. El padre le escuchaba atentamente. Yo intervine alguna vez en alemán, que la familia medio entendía por hablar el *yiddish*. No sabiendo por dónde salir el padre de Jacinta, se agarró a lo de la nacionalidad mía, y al lugar común de que los judíos no podían olvidar lo que hicieron con ellos los españoles. Onís contestó que aquéllos eran otros tiempos y que los españoles de hoy no tenían aversión al judío, como lo demostraba mi caso. Que en España no era como en Alemania. (Cosa que confirmó la República, venida cuatro años después de aquella conversación.) Luego argumentó el viejo con otro lugar común: el de la dificultad de

entenderse unas razas con otras. A esto contesté yo que todo era cuestión de educación y buenas maneras.

De aquella entrevista no salió nada tampoco. Se hizo por curiosidad, más que otra cosa. A pesar de la venda o la manta que nos pone el amor o nos liamos a la cabeza nosotros, era evidente que nuestro matrimonio estaba frustrado.

Jacinta continuaba con sus altibajos o sus cambios radicales. Mucho más tarde, diez años después, me dí cuenta del complejo que le martirizaba. Por entonces siempre volvía a lo mismo: —Vamos a ver a la cirujana. Y fuimos.

Era otra judía. Yo no anduve más que entre judíos entonces. Se saludaron muy cariñosamente y me dejaron en una antesala mientras la reconocía. Yo pude oír sus gritos en aquel intervalo que duró la ligera exploración. A poco, salió la cirujana y me dijo: —No es nada de particular. Un fibroma bastante grande, pero que podemos abrir cuando quiera. Sólo que no quiere. En seguida grita.

Cuando salimos le dije: ¿por qué no has querido?

—Ya ves que no es nada. Pero hoy no quise. Ya vendré yo sola.

Habíamos caminado unos pasos, cuando me sorprende esta proposición: —¿Nos casamos ahora mismo? Estamos cerca del juzgado.

Yo, imitándola, respondí: —Vamos a dejarlo para otro día.

Ya estábamos en la cuesta abajo. Yo, al menos. Tenía que pensar en mi regreso. Caducaba muy pronto mi licencia oficial y en Nueva York no tenía nada que hacer; ya hice más de lo debido.

Al conocer mi determinación, cambiaron todos. Volvieron a las deferencias de los primeros días. Y con tono

cordial me dijeron los padres: —Es muy conveniente separarse por tres meses y ver lo que ocurre. Ella también me dijo: —Dentro de tres meses estoy en Madrid. Quisieron sacarme el billete de vuelta pero yo les contesté que ya lo había sacado.

Todavía quiso Jacinta llevarme hasta el embarcadero. Vino en compañía de su cuñada. Salimos por una calle muy larga a eso de las diez de la mañana. Pregunté por el nombre y me contestaron que “La calle de la muerte”.

En el barco, Jacinta no quería soltarme. Ya estaba bajando la hélice y seguía abrazada a mí. Su cuñada dijo la última palabra: —Déjalo ya.

XII

SOLILOQUIO EN EL MAR

UNA GRAN COSA obtuve de esta verdadera aventura: el triunfo sobre el romanticismo. Con todo lo sufrido en Nueva York pude haber hecho infinidad de poemas jermiacos o alguna novela desconsoladora. Pero preferí callar, reflexionar y atenerme a la saludable norma de poner buena cara al mal tiempo, que se corresponde con lo de ser "good-sport", jugador noble.

La acción sedante de mi buen viaje marino no se paga con nada. El barco era pequeño; se llamaba "La Bourdonnais". Tardamos en cruzar el Atlántico diez o más días. Todos inmejorables; de mar quieta, sol sin nubes, noches claras y deliciosa temperatura. Era mediados de abril.

Jacinta me mandó unos cables cariñosos. Se conoce que, en medio de todo, sufría. Como yo, en medio de todo, seguía queriéndola. ¡Qué de contradicciones hay en los procesos amorios! ¡Qué de alzas y bajas! ¡Cuánto creer y no creer! ¡Cuánto esperar y desesperar!

Tumbado en la cubierta, pensaba en Nueva York y en España. Mientras el apetecido sol de primavera me calentaba, escribía mis artículos con las cosas observadas en aquella ciudad monstruosa y admirable. Todos se recogieron, como dije ya, en el folleto "Pruebas de Nueva York". Pero, cuando me cansaba de escribir, y me fijaba en las

crestas o camellones de agua que abría el barco, pensaba que por momentos nos acercábamos a la costa española. Mi vida estaba allí, mi poca o mucha personalidad, también. ¿Quién era yo en aquel otro país extraño y rodeado de gentes que se ríen de las costumbres europeas por demasiado rancias, gentes que toman por tonto al que obra con caballerosidad o hidalguía?

Una gran satisfacción me inundaba cuando comparaba mi conducta con la de ellos. Ya se acordarán de mí. Tal vez les quede algún resquemor en el alma. Quizás, andando el tiempo, verá aquel señor de Wall-Street, que le venció en el terreno de la honestidad humana un hombre sin otros caudales que los sentimientos de honor, respeto, lealtad y justicia amasados por largas generaciones.

Esta experiencia hace época en mi vida, abriendo una brecha —pensaba—. Desde hoy siento que mis sesos están más firmes en su lugar y que todo lo que yo escriba ha de tener un punto de mira. Ya no puedo seguir dando lo primero que se me presenta a la imaginación o al sentimiento. Ha pasado la juventud.

Pero, ¿cómo ha de haber pasado la juventud si he empezado a bailar a los cuarenta años y me ha traído hasta el Nuevo Continente una muchacha fantástica?

¡Qué color y qué calidad de pelo tan únicos los de esta Jacinta! ¡Y qué poder de asimilación el de su memoria! —seguía yo pensando— ¡Mira que haber repetido al día siguiente, en un colegio de chicas, la conferencia que di en Columbia University sobre pintura española! Pero, ¡qué carácter tan difícil, tan poco domesticado! Me acordaba de aquel día de viento en que le entró una mota de polvo en un ojo. Se puso furiosa; se guareció en el pórtico de una iglesia, y pateando de rabia me decía que la dejara,

que yo no tenía que hacer nada en aquel accidente, sino el médico. Por una mota de polvo.

La proa del barco iba tenazmente abriéndose camino; un camino que se volvía a cerrar apenas pasaba la mole del casco.

Yo pienso que esta mujer no va a separarse nunca de mí. Podremos no casarnos, pero ella estará en mi pensamiento, trabajándome, hasta marcándome la dirección. Es como si hubiera metido su puño bajo mis costillas y gobernase mis sentimientos. ¡Ella, que parece desprovista de ellos!

—Tenemos muchas cosas en común, me decía, queriéndome decir que coincidíamos en muchas cosas. ¿En qué coincidíamos? En arte, en sentir las obras de arte. ¡Qué emoción aquel día de Barcelona, cuando el marchante del joven pintor Dalí nos dijo que el cuadro que nos mostraba era el regalo de bodas que nos hacía el amigo! También coincidíamos en otras cosas de gusto: en el tipo de muebles, en las formas de vestir. . . De pronto la veía probándose zapatos en aquellas estupendas tiendas de Nueva York o desnudándose en el tren. ¡Maravilla de cuerpo! —¿De dónde has sacado ese cabello tan único?—, le pregunté una vez. —Del bigote de mi padre—, fué la respuesta.

Pero su padre, ese enorme besugo, de ojos saltones y vacío de pensamiento. . . Atesorar, atesorar. . . A mí, que no tengo el menor sentido para la propiedad. “Pepe, no ha hecho dinero a los cuarenta años y ya no lo hará”. Esto dijo delante de mí. Yo contesté: —no quiero más dinero que el necesario para el día. No quiero quebraderos de cabeza por eso.

Las amistades de Jacinta me decían: —En cuanto usted se vaya, le harán mil regalos sus padres, para hacerle

sentir que la vida junto a ellos es mucho mejor que allá en España con usted. Ella es mujer de lujo, aunque tenga afición a la vida de los artistas. Se le antojan viajes a cada paso; y viajes caros. A Rusia, al Egipto, a Italia. Todos los años va a Europa.

Sí, es evidente que nos hubiéramos hecho imposible la vida. Pero, ¡es tan dura la separación! Aquí voy, en este barco, tranquilo y cómodo. Voy pensando en reanudar mi vida madrileña; pero al pensar en el aislamiento noto su falta con angustia. Me había hecho a la idea de tener una compañera, y guapa. A mi edad debería haber escogido una mujer sensata y un tanto madura. No lo hice y lo pagué. No lo haré nunca. No quiero compañeras pasadas, ni sensatas. Siempre me he enamorado de locas, tontas y brutas. Esto se lo dije a ella en cierta ocasión. Y es verdad. Me gusta la lozanía, me gusta la piel tersa, me gusta la ropa bien cortada y la figura bien trazada.

¿Ha sido pura sensualidad este amor? Creo que sí. Pero, ¿qué es un amor sin sensualidad? Conveniencia, cálculo frío.

¿Y, cómo he soportado tantas molestias de ella y de sus padres? ¿No habrá intervenido el amor propio? Ya lo creo. Mucho. Yo no quería volver sin ella porque me parecía volver desechado. Yo quería vencer las dificultades. Pero nunca recurrí a pintarle un paraíso futuro en el orden material. Y hasta admití que pudiera aburrirse en España, sin sus medios económicos y sin sus amistades. En España se encontraría un poco sola.

He hecho bien, he hecho bien en arrancarme de ella. ¡Qué desastre, si no!

Yo soy disciplinado y buen administrador de mi tiempo. Llevo una vida rutinaria, pero siempre en tensión,

aplicado a lo que tengo por delante. Necesito muchas horas para lo mío, sin descanso ni distracción arbitraria o a merced de alguien. Ella fué un remolino en mi vida. La inundó de alegría y de ilusión, pero la deshizo. Desde que la traté, se acabó mi trabajo. Yo pensaba que aquello era lógico, que era el arrebató de los primeros y sabrosos tiempos, pero que luego vendría el nuevo ajuste.

¿Qué pensarán ahora mis amigos íntimos al verme llegar con mis dos maletines a la Residencia?

—¡Solo!

—Sí, solo.

—¿Que pasó?

—Todo se deshizo.

¿Cómo explicarles el cúmulo de menudencias y cosas gordas que hicieron imposible el casamiento? Yo no puedo echarle a ella la culpa porque todavía la siento muy cerca, muy querida o deseada. Tampoco puedo mirarla con misericordia, como a una demente. Ni como a una frívola, porque también resultaría yo un frívolo. Les diré la verdad oficial, aunque me repugna. Y ella es que “estamos en una prueba de tres meses”. Que todo está en suspenso, hasta que triunfe la constancia o triunfe la volubilidad.

Estas reflexiones me las hacía lentamente, acá y allá, en este entreacto o en el otro, según el ritmo tranquilo de la hélice, más que tranquilo, igual siempre. ¡Qué semejanza la de este elemento mecánico y nuestro corazón! Día y noche sin parar, y siempre con el mismo empuje.

A ratos leía y a ratos escribía los dichos artículos. No hablaba con nadie más que durante las comidas. El mar tranquilo me produce un efecto hipnótico, sobre todo cuando el sol se desmigaja en él. Estas migajas de sol se convierten en puntas diamantinas que no están quietas

como las estrellas, sino en un continuo aparecer y desaparecer, subir y bajar, agrandarse o achicarse, según el cabrilleo del agua.

También en mí suben y bajan las puntas diamantinas de los recuerdos. Y en las crestas de las ondas internas se entrelazan las luces de Nueva York y las madrileñas. Sé que en este preciso momento, el pintor Juan Echevarría está pintando su enésimo retrato de Baroja; que Ortega está preparando su clase de filosofía o su folletón para "El Sol", que Menéndez Pidal redacta su libro "La España del Cid"; que Arniches ensaya un sainete; que Manuel Machado entra y sale en la Biblioteca del Ayuntamiento, de la cual es Director; que Antonio "conversa" con Juan de Mairena; que Azorín desmenuza la carne de un clásico —momia ya— y consigue extraer un globulillo perfumado; que Don Pío del Río Hortega está sobre el microscopio dibujando no sé qué célula del cerebro; que Juan Ramón Jiménez discurre algún modo de atrincherarse en el silencio; que Don Manuel Bartolomé Cossío, postrado y todo, corrige pruebas de mil cosas, recibe visitas, se exalta con esta evocación artística o con este detalle político antiliberal; que Benavente se fuma su interminable puro, a pasitos apresurados por las calles, o con la cara burlona en el café; que Martínez Sierra luce su indumentaria de nuevo rico; que Ramón y Cajal estudia las hormigas; que Américo Castro lucha a brazo partido con Santa Teresa, con Erasmo, con Lope y con la Divina Providencia; que Zubiri ahorca los hábitos y se coloca a la cabeza de la filosofía profesional; que Gaos gana su cátedra; que Navarro Tomás enseña fonética a las americanas; que Giménez Caballero quiere ganarse a toda costa un lugar notorio en la literatura; que Azaña sigue de empleado

modesto; pero trabajando en la penumbra su programa político y su "Jardín de los frailes"; que García Lorca lee, con ahogos de alegría, su nueva comedia; que los eruditos afinan, que afinan los poetas y los filósofos; que Valle Inclán depura en las tertulias de café la manera eficaz de contar un esperpento; que Maura dirige una carta a Don Alfonso XIII como de un instructor a un discípulo, que Ors sigue glosando sobre las cúpulas o sobre el sentido ecuménico, que Falla está como embrujado en el piano; en suma, que Madrid hierve, que mis amigos quieren superarse. Todos, todo un enjambre. Hay un rumor renacentista que los mantiene en vilo. ¡Qué maravilla! Durante veinte años he sentido este ritmo emuladorio, y he dicho: Así vale la pena de vivir. Un centenar de personas de primer orden trabajando con la ilusión máxima, a alta presión. ¿Qué más puede pedir un país?

Con este trenzado de reflexiones y recuerdos arribé a Vigo, me introduje en el tren y tuve que platicar a la fuerza con un viajante de comercio que, sin haber estado en Nueva York, me refutaba lo que yo había visto.

XIII

VUELTA AL RETIRO Y LA NUEVA GENERACION

NO QUIERO NI sugerir siquiera que mi vida fué abierta y agitada. Hechos como el anterior son aventuras y yo he sido el menos aventurero de los hombres; a no ser que se tome como aventura el lanzarse a la existencia con la poesía como único salvavidas. Lo cual, dicho aparte, es verdad.

¿Es que no cuentan ahora para mí las otras actividades? Sí, pero como secundarias; aunque ellas me absorban algunas épocas.

Reinstalado en mi cenobio, vuelvo a vivir en mí mismo, encerrado en aquel *salón sin muros* que es lo más íntimo mío. Porque si desde un punto de vista he sido impermeable o refractario para esas actividades que apasionan a los hombres, como el ganar dinero, el luchar por puestos o preeminencias o, en general, intervenir en la vida pública, desde otro he sido abierto siempre a lo que llamaría tejido de las cosas y personas espirituales. Desconozco el pensar filosófico, no sé expresarme en los términos debidos a la filosofía, pero esta tarea que tengo entre manos, y otras que tuve antes, obedecen a un ansia de conocimiento. En el caso presente, al ansia de conocerme, de saber cómo he sido y cómo soy.

Cuando era niño, mi madre me decía: "Eres un hu-

rón". Quería decir que huía de la gente, que era por naturaleza huraño. Y esa característica perdura en mí, aunque con los años se fué sometiendo un poco a los mandatos sociales.

Vuelto a la casa sin conflictos, a la Residencia, reanudé mi trabajo y me puse a recapitular. Estaba en la cumbre de la vida y no había hecho nada que valiera la pena. Todo aquel encierro voluntario había conducido a nada. Seguía teniendo fe en mis dotes poéticas, pero el instinto me decía claramente que iba quedando oscurecido, entre dos generaciones luminosas, la de los poetas del 98 y la de los García Lorca, Alberti, Salinas, Guillén, Cernuda, Altolaguirre, Prados.

Cuando empecé a escribir no sabía nada de lo que hacían los demás, quiero decir que me traía sin cuidado la llamada política literaria. Yo la llamaría Banca literaria, por aquello del alza y baja de los valores. Fué muy tarde cuando me dí cuenta de que el escritor tenía que salir a la plaza con algo cotizabile. Pero, ni aun entonces rectifiqué mi modo de trabajar. Y, cosa curiosa, mis siguientes libros de versos fueron recibidos por la nueva generación como cosas unidas a ella. Nadie se tomó jamás la molestia de analizar este fenómeno evidente. Si la nueva generación fundaba una revista, me invitaban a colaborar, si se reunía para rendir culto a Góngora, me llamaban; si hacían una Antología Moderna, me incluían.

Y me expliqué el fenómeno. Los nuevos veían en mí como cosa buena la legitimidad de mi obra, pero también veían, como cosa impura, mi descuido formal. De lo uno y de lo otro quiero hablar.

Eran los años en que publiqué "Jacinta la Pelirroja", "Carambas" y "Puentes que no acaban". El primero de

estos libritos me basta para indicar lo que entiendo por legitimidad y por descuido. "Jacinta la Pelirroja" es un libro auténtico porque brota de una experiencia absolutamente concreta y personal; la de mis amores con Jacinta. Pero no por esto sólo, sino por el tono empleado en él, sin parecido con el de ningún otro poeta conocido. Ya he dicho que lo sacado por mí de aquella aventura fué mi liberación de la melancolía romántica. Me levanté a un plano vívido, confiado, por encima del abatimiento en que pude caer. Me situé como en una tribuna de hipódromo, al aire libre y al sol, o como en el interior embriagante de un cabaret de Harlem, el barrio neoyorkino de los negros.

Un español no puede adoptar este tono y si yo lo adopté fué por hacer efectivo aquel principio inglés del "good-sport". Hoy todavía me complace haber irrumpido en la producción española de entonces con una reacción tan insólita.

Ahora bien, esto, lo insólito, era lo que más atraía y desconcertaba a la gente. Hay que tener en cuenta que algunos de los poetas nuevos eran en el fondo tradicionalistas: Federico y Gerardo Diego los casos más elocuentes. Y ambos han titubeado entre lo formal antiguo y lo informal moderno, hicieron sonetos a la vez que poemas a lo francés en boga. Casi ninguno se libró de este pecado contra su identidad, contra su sinceridad. Yo también pequé. Pequé con las "Carambas". No me dejé influir en ellas por ningún francés determinado, entre otras cosas porque yo no leía a ninguno de los poetas galos que armaban ruido; pero indirectamente me llegó el espíritu de rebeldía latente en la juventud. Rebeldía formal e interna, que iba contra la forma y contra lo estatuído.

Romper la medida de los versos era un gusto ya viejo en mí, pero la gente nueva no se detenía en este detalle, iba más allá. Antes de la contaminación francesa surrealista, ya había en España un espíritu despreocupado, rompe-títeres, audaz, funambulesco, sumamente intuitivo y, a veces poeta en prosa: Ramón Gómez de la Serna. Yo he sentido toda la vida un despego hacia él, pero reconociendo su valor y su influjo sobre la generación de que hablo ahora.

El Madrid literario y pictórico de los años 1927 a 1936 era iconoclasta, juguetón, snob y farisaico, o sea, que iba contra el espíritu de la verdad. Pienso al decir esto en la generación nueva de entonces y en el público. Hasta Azorín se salía de sus casillas, queriendo *epatar* con su "Brandy, mucho brandy". Pero este es un caso aislado entre los escritores maduros, porque si Baroja pretendía *epatar*, era a su viejo modo. Ni Ortega ni Unamuno ni Antonio Machado ni Juan Ramón jugaban a esto.

Jugar, sí, todo tenía un aire de juego. A Picasso se le tomaba por un jugador y a Cocteau por el más ágil de los jugadores. Los juegos plásticos de Max Ernst hacían estremecerse a la juventud. Tenía su genialidad, su misterio, pero eran admirados sobre todo por lo que tenían de juego y de osadía. Extremo de osadía fué Giménez Caballero, que comenzó a publicar en "El Sol" unos artículos con tantos ingredientes como los más complicados cocktails, y después fundó "La Gaceta Literaria", para la cual hice yo bastantes retratos a pluma. El y José Bergamín me parecen escritores alentados por Gómez de la Serna. Cada uno con su malabarismo propio y con un atormentamiento, que no se nota en aquel iniciador de la algara. (Ir en algara es ir en vanguardia y jaleando, según puede verse

en "El Poema del Cid".) Hubo entonces harta algarabía, o gritería confusa. Un día que me tropecé con Giménez Caballero, le dije que iba a terminar en el trabalenguas, y su modo de sacarse la espina fué editar un libro titulado "Trabalenguas sobre España", donde aparece por cierto un dibujo mío, que hice para el Patronato del Turismo.

Nada le gustará a José Bergamín, que le haya emparejado con un personaje como Giménez Caballero. Demasiado sé que no pueden reunirse sino por ese nexo del malabarismo lingüístico, juego peligroso porque acaba afectando a lo fundamental, las ideas. El hecho de querer fundir en sí mismo cristianismo y comunismo, Unamuno y Cocteau, Gracián y Gómez de la Serna es ya bastante complicado. Pues añádase a eso todavía el espíritu de chufra que de Málaga, su cuna, le viene, y ayúdenme a conciliarlo todo.

A veces se da en la literatura lo que en la torería, vienen por parejas los escritores; el compañero de Bergamín fué Marichalar, como el de Salinas fué Guillén y el de Federico fué Alberti. También pueden constituir parejas Cernuda con Aleixandre y Altolaguirre con Prados. No se negará que la nueva generación tenía sus matadores.

Estas parejas por cronología y amistad llegan a distanciarse. Marichalar, de menos ánimo que Bergamín, se concretó a la información literaria, más que a la creación. Además, se apegó a la "Revista de Occidente", que era hechura de Ortega y Gasset, mientras que Bergamín fundó en frente "Cruz y Raya" con ayuda de Ruiz Senén, hombre de dinero, ligado a los jesuítas.

Salinas y Guillén no fueron hombres de algarabía. Sus puestos de catedráticos les apartaba de la Corte, pero, además, ellos eran más pudorosos y retraídos. Comenzaron a

publicar cuando ya eran padres de familia y puede decirse que salieron maduros al palenque. Constituyen la pareja más auténtica, más afín. Han seguido rectamente sus respectivas líneas, no hicieron jamás política literaria ni de la otra y fueron amigos de todos.

Tómpoco fueron alborotadores Cernuda y Aleixandre. No recuerdo dónde conocí al primero. Tal vez en casa de Altolaguirre, cuando éste vivía ya en Madrid. Desde el principio vi que estaba dotado y fichado por las musas. Era entonces un jovencillo fino y tímido, muy atildado y muy triste. Sufría con las cosas materiales y con las de relación humana. Dicen que lloraba delante de los escaparates de prendas de vestir porque no podía comprarse unas camisas de seda; pero, desde luego, yo le he visto casi llorar por no tener amigos ni nadie que le quisiese. Esto fué en mi cuarto de la Residencia, un día que vino a visitarme. Le recuerdo muy bien, con sus zapatos gruesos ingleses revestidos de botines blancos, su traje sin arrugas, muy planchado, su camisa limpia y con buena corbata, su buen sombrero verduoso y sus recios guantes. Un perfecto "pollito" sevillano. Me habló de las contrariedades con su familia y de que le entristecía el calor y la luminosidad; pero, más que todo la falta de una amistad. Andando el tiempo hizo poemas que aclaran la tortura de entonces.

Después le vi muchas veces en casa de Altolaguirre, porque llegó a tomar un piso encima del de éste. Por cierto que lo amuebló de una manera demasiado femenina. Ahorraba para comprarse un mueblecito o un cacharro antiguo. Vivía solo y comía con Altolaguirre. Y se peleaba. Porque era de un carácter muy difícil.

La casa de Altolaguirre, sobre todo en los últimos

tiempos, era un punto de reunión literaria constante con el pretexto de la imprenta o de las revistas. Tanto él como Concha gozaban viéndome llegar. En las épocas peores, me iba yo a cenar con ellos a sabiendas de que no tenían casi qué comer; yo les decía que estaba cansado de la cena en la Residencia y que prefería comer allí, con ellos, unas rajadas de merluza frita. Diciendo esto, le entregaba unas pesetas a la criada para que trajera raciones para los tres. Les tenía la confianza que a la familia. Eran bondadosos y discutidores. Propensos a entusiasmarse con todo. La última vez que entré en su casa —ya durante los bombardeos de Madrid—, me encontré instalado en ella a Pablo Neruda, enfermo. No sé dónde habrían ido a parar Manolo y Concha. No sé tampoco de qué hablamos. Muchas cosas de aquellos días han desaparecido de mi memoria.

La amistad con Manolo venía de Málaga, de cuando fundó la revista "Litoral" en aquella linda imprenta de Emilio Prados, llamada "Sur". Además, conocía a sus familiares desde niño. Conocí a su padre, que era el Mariano de Cavia de Málaga. Un escritor zumbón, fino y apretado, que usaba barbas, hablaba poco y se paseaba solo y triste. Conocí también a su madre, que era alta y desgarbada como todos los Bolins, oriundos creo de Francia.

Parecerá raro que hable de la gente como si toda hubiera fenecido, viviendo algunos de ellos aquí en México y viéndolos de vez en cuando. Y es que lo fenecido es el tiempo aquél que ahora evoco. Todo es forzosamente pasado, caído en un abismo además, en el derrumbe histórico de España y acaso de la civilización europea.

En una pausa que acabo de hacer, he puesto la radio y he oído cantar unos fandanguillos gitanos.

*Te encontré
como paloma perdía.
En la calle te encontré,
y al entregarte mi vía
te volastes otra vez.
Tu sino volar sería .*

No sé, no sé, de verdad que no sé lo que tienen las letras de nuestro bárbaro y refinado pueblo. Y no digo la música. Hay una intimidad conseguida con tan pocos elementos en nuestras coplas, que apresuradamente penetra en el torrente de la sangre.

*Consuelo...
Y a ti te llaman Consuelo,
consuelo de mis pesares...*

No pude transcribir el resto. Cerré la radio. Mi mujer se llama Consuelo. Y estuvo en Madrid, con su primer marido, Genaro Estrada, por los años que sujetan mi atención ahora. Estrada sentía como pocos el gran renacimiento lírico de España. No sé si fué en una comida que nos dió donde conocí a Vicente Aleixandre. Era difícil verle porque vivía lejos y salía muy poco a causa de su enfermedad. Su aspecto físico despistaba. Nadie lo hubiera creído enfermo. Parecía un inglés dado al whisky, roja la piel y brillantes los ojos. Hablaba con efusividad, casi atropelladamente. Y su modo de reír era luminoso.

Después estuve tres o cuatro veces en su casa, con Federico, Cernuda y algunos otros. Confirmé que aquel inválido con aspecto ultrasano era un espíritu efusivo, cordial y limpio como el azul de sus ojos. Como poeta me pareció menos seguro que Cernuda, más divagado.

Entretenido en estas pinceladas individuales dejé aquel tema de la algarabía y el juego, que no me parece baladí. Como exponente significativo, la doble revista de Gerardo Diego: "Carmen" y "Lola". Gerardo siempre estuvo desdoblado; una mitad suya era clasicista y otra creacionista (invención del poeta chileno Vicente Huidobro). Pues bien, "Carmen" era la seria y "Lola" el instrumento jocosos. En ésta apareció lo que sigue, una burla al pobre José María Hinojosa, que en verdad era un poeta pardillo deslumbrado por una larga estancia en París:

SERRANILLA DE LA JINOJEPA

*Musa tan fachosa
non ví en la Poesía,
como la Hinojosa
de José María*

*Faciendo la vía
desde el surrealismo
a California
—y lo cuenta él mismo—
por tierra fangosa
perdió la sandía
aqueste Hinojosa
de José María.*

*Cerca del Moncayo
—forzoso es decillo—
topó a su tocayo
Pepe el Tempranillo.
Y dice la glosa
que no le creía
el otro Hinojosa
de José María.*

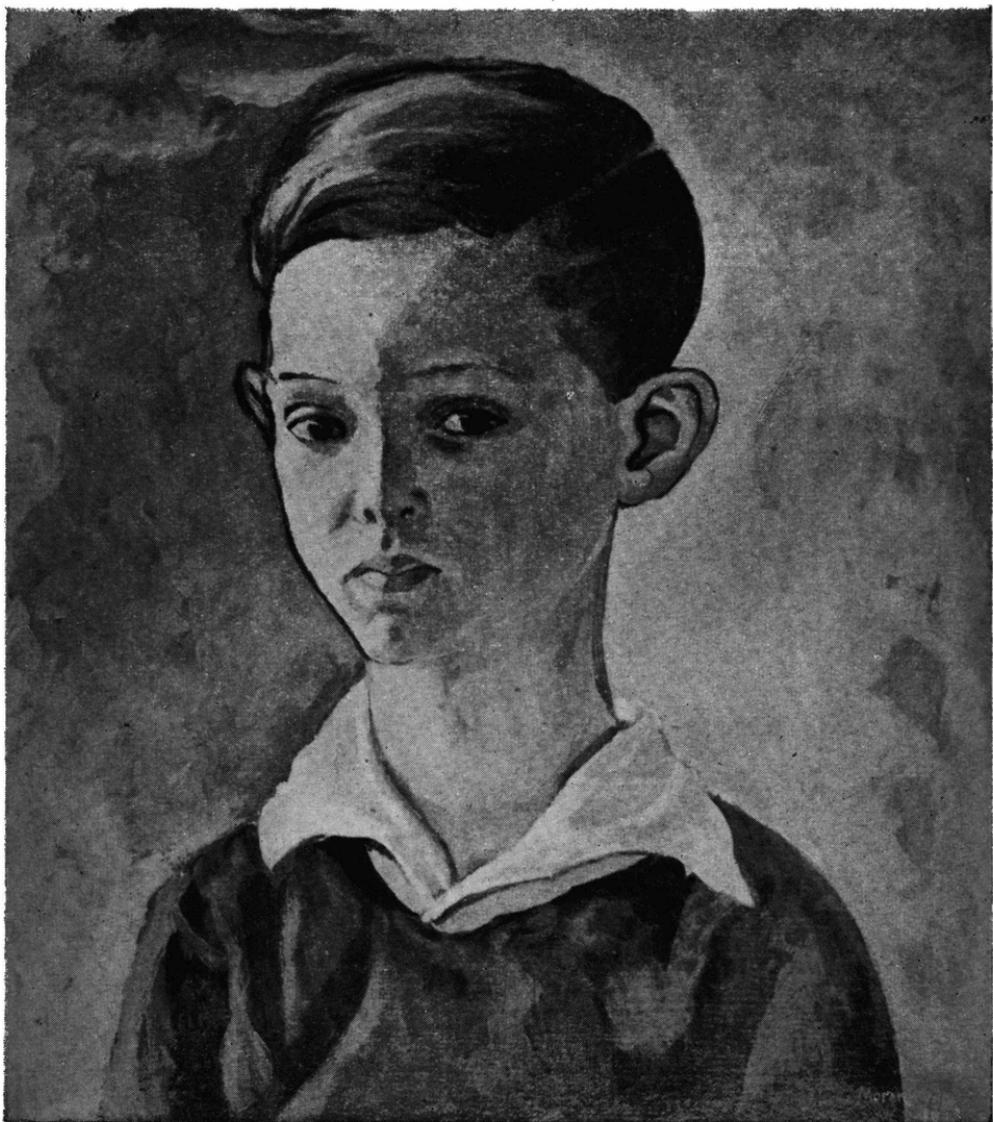
En un reservado
con varios pintores,
con Joaquín Peinado,
con Francisco Bores
y Apéles Fenosa,
retratos pedía
el buen Hinojosa
de José María.

En la catoblepa
se encontró a Picasso
y dijole: —Paso.
Europa es ya Eurepa.
Y viva la Pepa.
Ya no hay más poesía
que la Jinojepa
de José María.

Esta poesía burlesca no es, después de todo, cosa rara en la vida literaria de cualquier tiempo y país, aunque lleva el sello lingüístico de la época por el uso del galimatías o la jerigonza, como “jinojepa” y “catoblepa”. Por entonces surgió también el calificativo de “putrefacto” para todo personaje que comenzaba a oler a rancio. “Lola” no respetaba a nadie. Con motivo del Homenaje a Góngora proyectado por este grupo juvenil, hubo bastantes disconformes y Gerardo les contestó a raja-tabla en su traviesa revista. Uno de los disconformes fué Juan Ramón Jiménez, que escribió una carta ocultando su nombre con las iniciales K. Q. X. La carta decía: “Madrid, 17 Feb. 1927.—Sr. D. Rafael Alberti.—Madrid.—Mi querido Alberti: Bergamín me habló ayer de lo de Góngora. El carácter y la extensión que Gerardo Diego pretende dar a este asunto de la *Revista de Desorienté*, me quitan las ganas de entrar



Retrato de Consuelo
Oleo, 1937



Carlitos Martínez del Río
Olco, 1938

en él. Góngora pide director más apretado y severo, sin claudicaciones ni gratuitas ideas fijadas provincianas —que creen ser aún ilas pobres! gallardías universales—. Usted —y Bergamín— me entienden sin duda. —Suyo siempre, K, Q, X.

La carta era correcta, aunque mordiente para Gerardo y para Ortega. Por casualidad he encontrado en casa el número de "Lola" donde está incluida, y por considerarla, como la contestación, testimonios de mis tesis, las copio; siendo estos los únicos documentos gráficos que he utilizado hasta aquí en este libro. Va la contestación de Gerardo:

"Bueno: K, Q, X. es el mismísimo Juan Ramón Jiménez según él mismo confiesa, aunque la gravedad de las acusaciones que en esa esquila se leen no parecen lo más congruente con esa bromita de firmar en cifra. Pero en fin, le seguiremos el humor, y buscando una interpretación razonable y conciliadora le llamaremos por ahora Kuan Qamón Ximénez, que es francamente precioso. Kuan Qamón Ximénez: preciosísimo. (Quememos en holocausto a don Luis un ejemplarito de ese "Diario poético" donde se le pospone a "cierto orgulloso poeta descontento"; busquen sus leves cenizas la compañía aérea que más les agrade. Lo que siento es que se quemé también la "bella queja de amor lanzada en Cartagena" al dorso del distinguido a Góngora.) Y, naturalmente, le contestaremos por la misma vía Alberti, y en serio".

El descoco de esta "Lola" no se para ante nadie. En el mismo número leo: "Porque cada uno de nosotros pensamos y escribimos sin importarnos un rábano cuanto —en orden a un posible magisterio ideológico o estético— piensan y escriben Unamuno, Ortega y Gasset, Jiménez y el

propio magnífico Valle-Inclán, aunque guardemos para ellos la consideración debida a sus innegables méritos.”

Con estos pequeños botones de muestra podemos ver cómo se tiraban los unos a los otros y cómo la juventud era embrolladora y amiga del juego. Podría reportar más datos, pero me cansa y cansaría al lector. Lo que me interesa es dejar sentado que la nueva generación irrumpía sin miedo, en franca algarabía, y que la tensión de la vida literaria de entonces era muy fuerte.

A mí me invitaron los jóvenes a colaborar en aquel homenaje a Góngora, porque decían que en mí principiaba el movimiento moderno, pero, después de asistir a las primeras reuniones, me retiré y no intervine para nada. En el fondo estaba ya contra el gongorismo.

Las revistas juveniles se multiplicaban; las había en Málaga, en Sevilla, en Murcia, en Valladolid, en La Coruña.

Yo estaba entre dos fuegos. Pero seguí mi camino impertérrito. Veía la razón de los viejos y la de los jóvenes como dos sinrazones. Dí mi “Jacinta la Pelirroja”, que sigo viendo con buenos ojos —salvo en algunos poemillas—, y más tarde las “Carambas”.

En el primero de estos libros quise apareciera algo del espíritu y la forma sincopada de “jazz”, que me embriagó en Norteamérica. Está compuesto de tres partes: una, dedicada a los encuentros y descubrimientos con Jacinta; otra, a iniciarla en la poesía mediante algunos poemas difíciles, y la última, al rompimiento. Todo ello alegremente, es decir, sin melancolía. El verso es bastante quebrado y con tendencia a ser hablado, no cantado. Para dar una muestra, voy a transcribir el último poema, que toca pre-

cisamente a la fundamental barrera que se me levantó en Nueva York.

ISRAEL, JACINTA

*Después de tan venturoso y adverso viaje,
me obsesiona, Jacinta, el templo de Salomón:
columnas de oro,
sabiduría
y Amor.*

*Un rey barbudo
cantaba cantares de pasión.
Todo el pueblo se disgregaba
con el soplo constructivo de Dios,
pero, al remate de los años mil,
cada súbdito es un rey Salomón.
Ese libro ¿de quién es? De un judío.
Esa mina ¿de quién es? De un hebreo.
Esta ciencia ¿de quién es? De un semita.
¿No es un hebreo el máximo actor
y el Ministro de la Economía Nacional,
y el maravilloso inventor?*

*Davidés surcan los mares de petróleo
sin arpa ni cetro de sol;
con arcas que no son de Alianza
y Leyes que no son de amor.
Hay un eterno Abraham de ojos gordos
que mata y no mata por orden de Dios,
y un Moisés que cruza el mar océano
hacia la tierra de promisión.
Hay una Sara y una Ruth y una Ester
en Hollywood, Minesota, Nueva York,
y las borriquillas de Nazaret
se construyen en los talleres de Ford.
El Líbano, ya no sé dónde cae
y el Gólgota cambia de sangre y de nación.*

*Los profetas jibosos y narigones
salen del seminario sajón
y, siempre descalzo, gemebundo y seboso,
recorre el litoral mediterráneo, Job.*

Esta es la última poesía del libro; reparemos en la primera, en sólo sus tres primeros versos:

*Eso es, bailaré con ella
el ritmo roto y negro
del "jazz". Europa por América.*

Iniciar un libro de versos con el título de "Bailaré con Jacinta la Pelirroja" indica un desenfado voluntario, un elocuente íbasta ya! a los trémolos del coleante romanticismo, pero, además, confirma que toda Europa, frenéticamente entregada al "jazz", pide que la rapte América. Tal cosa puede tomarse hoy por un presagio. Europa está siendo raptada.

Hay en este libro bastantes flojedades, fáciles de suprimir. Los españoles de todos los tiempos somos más amantes de perseguir la emoción que la perfección. Esto se ve más en las artes plásticas. Citaré a Berruguete y a Goya como casos culminantes. Pero también puede ser palpable en Lope como en Unamuno, en Bécquer, en León Felipe, en Calderón, en García Lorca, en Baroja, en el Arcipreste de Hita y tantos otros. La pasión nos arrastra con vehemencia en busca de lo que creemos fundamental: la emoción. Aunque se trate de una emoción reflexiva y tranquila. Los aspirantes a la perfección, como Azorín o Guillén, resultan extraños. Como resulta Velázquez, siendo tan español bajo otros aspectos.

Para dar un poco más de idea del libro que examino ahora, copio dos poesías:

COMIENDO NUECES CON JACINTA

Comemos las nueces, Jacinta,
 que son como seres viejos acartonados
 y comemos naranjas, Jacinta,
 que son como anticipos de tu juventud.
 ¡Qué sentido tan vario éste del paladar!
 Lo seco y sin aroma,
 lo aromático y tierno.
 Nueces, nueces pardas, arrugaditas,
 informes, acartonadas;
 nueces para jugar y apedrear,
 que hay que romper con herramientas
 y comer como simios.
 Naranjas, naranjas de fuego, de chorreosos gajos,
 carne —¡oye, carne!— en pura geometría,
 donde metemos cuchillo y uña
 codiciosos, como las reses bravas.

Al cabo de los años, mirando esta poesía como si fuera de otro, la considero más directa, fresca, libre, juvenil y jugosa que la de todos los poetas de mi tiempo. ¿Qué quieren ustedes? No puedo ni quiero remediarlo. La otra es ésta:

JACINTA SE CREE ESPAÑOLA

Eh, Jacinta ¿qué hay? Te vas poniendo seria.
 Peli, mi pelirroja ¿qué mudanza de ánimo!
 ¿Es por aquel jinete guerrillero y serrano,
 y por aquel paisaje lunar,
 y por aquel vino y aquella copla gitana,
 y aquella frailería militante,
 y aquellos hombres de luces que quiebran toros?
 ¿Es por estos poblados míseros,
 de seres que miran como gallipatos?

*¿Es por las grandes iglesias
y los pintores de cosas divinas?
¿Es por el Tiempo derramado y no recogido,
por el Tiempo hecho basura?
¡Jacinta! ¡Jacinta! La seducción es un engaño.*

*Jacinta, mirándome, exclama:
"¿Y lo dices tú?"*

Como ustedes pueden ver, hay en todas estas poesías una intimidad profunda, legítima, que no se parece a la intimidad literaria de otros. Yo estaba de veras frente al alma de Jacinta, a su nivel humano, comunicándole el misterio del verdadero mundo que nos envolvía.

Muy otra cosa son las "Carambas". Casi todas están escritas en una cervecería madrileña, de nombre alemán, "Heidelberg". Están escritas dejándome llevar por la fuga de ideas, sin control, gozando de lo arbitrario y detonante, de lo dulce y lo irrespetuoso. La cadencia de algunas fué tomada por un poetastro majadero cuyo nombre omitiré siempre.

30

*Si puedes ir a la luna en unos cristales,
ve con mis palabras a la ribera de la magnitud.
No son los números ni los metros,
son los gritos los que miden al hombre.
Por eso los animales callan,
el perro, el buey, el mirlo, la rana...
¡Cuántas bestias atónitas
miran los rayos eléctricos de la lengua escarlata!*

38

*En el alboroto de la menopausia
todos los cogollós le parecían al alcance.*

*Y ella iba como bicicleta
en torrente de automóviles,
agitando sus melenas,
anuncios de calefacción.*

31

*El correo te muerde la memoria,
pero el eterno dislocado es un querubín;
y las leyes no rigen para la amnesia
ni los vericuetos padecen de simetría.
Sigue huído, con tu rabo macabro,
perseguido por los jardines azules.*

410

*Ensartada en la imponderable aguja de las horas,
iba la desesperación desmelenada
como estrella fugaz y pez errante
que no columbran puertas de cielo ni de mar.
Entre tanto, las golondrinas,
segúan quitando espinas a la corona,
y en los hogares tibios
servían "chantilly".*

40

*Laberinto serás a toda costa
y saxofón de seria voz humana;
y cuando la oropéndola se engría,
serás un simple suspiro entre sus alas.
Y laberinto serás en la cuadrícula
y en medio del orden y la simetría,
y cuando nadie recuerde la esquizofrenia,
divagarás con tus eternas verdades al hombro.*

Estas disolventes "Carambas" se escribieron, es decir, se publicaron, en los meses de enero, febrero y marzo de 1931, cuando todo acusaba el derrumbe de la monarquía y soplaban aires descompuestos. El nombre de "Caramba" no tiene relación alguna con María Antonia Fernández, famosa tonadillera del siglo XVIII, ni con las moñas de ese mismo nombre que usaron las mujeres entonces, sino con la interjección que todo español conoce y usa a cada momento.

XIV

LOS CONTINUADORES DE APELES Y DE RIPAROGRAPHOS

HACE AÑOS, cuando Picasso era el único español en algara o vanguardia, solía decir que los pintores españoles pintaban bien, pero en la rutina tradicional. Hoy no lo diría. Después de él invadieron París unos cuantos muchachos que agitaron la opinión e intentaron nuevas salidas. Primero fué el malogrado Juan Gris. Después, Miró. Después, Boreas (otro malagueño), y después Dalí. Citaré también a Pruna, a La Serna, a Cossío, aunque menos vigorosos. Y todavía quedaron en España otros muchachos bien dotados, como Benjamín Palencia, Ramón Gaya, Rodríguez Luna, Bonafé (hijo del gran cómico), Flores, los hermanos Eduardo y Esteban Vicente, Climent, Souto y algunos más.

Yo alenté lo que pude aquel movimiento juvenil en su fase más difícil, la abstracta. Y, para ser más sincero, me puse a pintar con verdadero fanatismo. Esto empezó hacia 1924. Asistí a las clases libres del pintor Moisés, en el Pasaje de la Alhambra, donde acudían Dalí y Maruja Mayo, entre otros. Allí dibujábamos desnudos, pero sin dirección de nadie. Pasado un mes, dejé de ir. Pero en mi casa me afanaba por hacer cuadros cubistas que sólo conocía por reproducciones. Mi sentimiento del color emparejaba con el de Juan Gris, o con el de Bracque. Los

colores sepia y verde profundos de algunos cuadros suyos me entusiasmaban, jugando con los blancos o los ocre. Yo encontraba que manejar los colores así, a lo cubista, ofrecía un placer más fresco y puro que manejándolos a la manera tradicional. Llegué en mi fanatismo a no poder contemplar un cuadro del Museo del Prado. En vista de esto dije a los estudiantes que yo llevaba los sábados al Museo: "Amigos, por ahora no puedo seguir mis explicaciones. Estoy tan metido en los problemas modernos de la pintura, que veo con repugnancia todo esto. Yo sé que algún día volveré con ustedes, pero de momento más vale no hablar; diría disparates."

Uno de los jóvenes que más me animaron a pintar fué Uzelai, pintor vasco que parecía un pelotari por su pergeño, su boina y sus saltos. Buen chico y buen pintor por entonces; no sé lo que habrá hecho después.

Mi pasión por el cubismo llegó hasta el punto de traducir al lenguaje cubista un cuadro de Goya: "El Tribunal de la Inquisición", que estaba en el Museo de la Academia de San Fernando, en Madrid. Lo llevé y lo exhibí en una conferencia de gran público en el Museo del Prado. En ella me di cuenta de que el público madrileño estaba ansioso de novedades, y también de que sentía por mí un indudable respeto. En otros tiempos y con otra directiva no me hubieran tolerado aquello, que yo no hice por audacia, sino por afán de que vieran los otros lo que veía yo.

El Museo de Arte Moderno me pidió una conferencia, y para hablar de algo de lo que tenía aquel desbarajustado y hasta grotesco albergue oficial de las Primeras Medallas, propuse como tema "Picasso y el escultor Julio Antonio". De éste había una sala con los llamados "bustos de la raza"; del otro, no había nada. Pero llevé una colección

de fotografías de las últimas obras de Picasso, y al hablar de lo triste que era tener que recurrir a tal expediente por no haber un solo cuadro de español tan ilustre en el Museo, pude oír que su director, don Mariano Benlliure, le decía por bajo al secretario, Enrique de Mesa: "Ni falta que hace."

En la sala de exposiciones de este Museo, que se modificó y mejoró mucho durante la República, bajo la dirección de Juan de la Encina, presenté yo, hacia el año 32, más de 40 obras entre óleos, punta-secas y dibujos. De aquella exposición mencionaré dos hechos muy diversos. Uno, que el embajador de México, don Genaro Estrada, a quien yo no conocía por entonces, me compró un cuadro que años después encontré en su casa y volvió a ser mío por casamiento con la viuda. Otro, que el Duque de Alba fué a ver el doble retrato que yo le había hecho sin que posara ante mí; se le veía de frente y de perfil; en el de frente representaba la edad que tenía entonces, en el de perfil, unos veinticinco años. El perfil se acusaba en el espejo.

El Duque no supo nunca por qué se me ocurrió pintarlo. Aquí lo diré: por saturación. Sí, por saturación de verlo todos los días en los periódicos y revistas, como presidente electo de tal Academia, de tal Sociedad, como Ministro de Estado y hasta como posible Presidente del Gobierno.

Este retrato fué reproducido por Manuel Abril, crítico de arte, en "El Blanco y Negro", y apunto dato tan poco importante porque ya no existe: lo borré cuando estalló la sublevación militar y comencé a pintar encima un águila gigantesca abatiéndose sobre algo apenas esbozado. Allá quedó en el caballete.

No recuerdo las fechas de mis exposiciones en Madrid, pero sí los lugares. Expuse por primera vez en el Palacio del Retiro con muchos más de los artistas llamados "Ibéricos". Luego, solo, en un salón para automóviles "Chrysler", en la Gran Vía; después, en el Ateneo (dos veces); en una tienda de artes que abrieron el arquitecto García Mercadal y el escritor Giménez Caballero; en el Museo de Arte Moderno, que ya cité, y, por último, en un local muy simpático de la Carrera de San Jerónimo, que se llamaba algo así: "Exposición permanente de materiales de la construcción". Era de unos arquitectos amigos. En el mismo sitio se expusieron poco antes de la revolución unos grandes y últimos cuadros de Picasso, conseguidos por la sociedad "Los Ibéricos", animada, si no dirigida, por Guillermo de Torre, infatigable propulsor de la vida artística.

Mi relación con los pintores fué más cordial, si cabe, que con los literatos, quizás porque fué más distanciada.

En el estudio de Sorolla no estuve más que una vez. Por cierto que al oír mi nombre exclamó como alarmado: "No será usted pariente de Villa, el mexicano." Hoy, después de Hitler, Villa nos parece un manso corderito.

Sorolla me hizo la impresión de hombre basto, astuto, codicioso y poderoso. Vivía espléndidamente, en amplia residencia, con varios estudios llenos de riqueza. Me enseñó los cuadros grandes que pintaba entonces para Huntington —a quien explotó— y los retratos de literatos que pintaba por encargo del mismo yanqui. Recuerdo que el de Baroja me impresionó por lo malo que era. A Baroja, quien lo ha pintado más ha sido Juan Echevarría, un pintor oriundo de Bilbao, que vivió mucho en París y puede considerarse como un vástago de madre francesa

y padre toledano. Quiero decir que aprendió finuras en Renoir, Cézanne y Gauguin, y fuerza e intensidad emotiva en "El Greco". Empezó a pintar ya tarde y murió pronto. Era de una lentitud pasmosa; insistía con pesadez. A mí me empezó un retrato, y viendo que en tres meses de posar no lo acababa, dejé de ir por su estudio. Pero Baroja fué más resistente que yo. Le posó durante años. Le hizo tres, cuatro, cinco retratos y, aunque no eran muy justos de parecido, tenían interés. Echevarría estaba preocupado con aquella enorme cabeza un tanto rusa. Admiraba al literato y quería meter en la pintura que le hacía más preocupaciones de las admisibles, resultando obras atormentadas, aunque sabrosas de color. Un dato mayúsculo de su pesadez y tenacidad es éste: principió un retrato de una de las hijas de Díez-Canedo a la edad de cuatro años y lo terminó o dejó cuando tenía seis o siete. Le traté mucho. Ya en el año 1919 escribí sobre su pintura unas cuartillas para una obra que se publicó en Bilbao, titulada "Pintura Vasca, 1909-1919. Antología". Entre otras cosas decía yo entonces:

"En sus cuadros de flores y lozas populares —objetos de pura presencia— el color y el convencionalismo son productos tan delicados y sonrientes que rechazan el calificativo tradicional de *Naturalezas muertas*. Nos sujetan con su alegría expansiva y su ternura como si se tratase de una celeste doncelléz." Después de este párrafo afirmaba que su gran preocupación era el retrato psicológico.

Según Baroja, Juan no sabía dibujar. Pero es que Baroja tiene las mismas nociones de arte que un mozo de café: simplistas y llenas de prejuicios. Él no veía sino que en cada retrato era otro, y esto le bastaba para decir aquello. Sin darse cuenta de que muchos desdibujos los hacía

el pintor voluntariamente. La gente simple no se ha fijado nunca en que ni la máquina fotográfica obtiene siempre la misma imagen. ¡Cuántas veces decimos “en esta fotografía no has salido bien?” Los que conservan colección de fotos de sí mismos, pueden comprobar esto que digo. Y es que el buen retrato pictórico es una suma y una resta de detalles fisiognómicos.

Al vasco mayor, Ignacio Zuloaga, lo traté muy poco; creo que le hablé dos veces, una en Zumaya, en su estudio, y otra en Madrid, en plena Castellana. A su estudio fui con Ortega y Gasset. Estaba preparando el retrato de Marañón, y lo tenía dibujado al carbón tan apretadamente, que casi no echaba uno de menos los colores de su bronca paleta. Esta visita debió ocurrir hacia los años 21 o 22, antes de dedicarme a pintar. Por entonces valoraba en él la audacia de haberse lanzado a pintar la España Negra, de la cual había escrito un librito su paisano el paisajista Darío de Regoyos; valoraba también su tremendo modo de dibujar y hasta la gallardía de sus retratos femeninos, tensos y como dispuestos a dar un brinco de corza libre. Cinco años después le aborrecí, tanto por sus temas como por su estilización y por su paleta. Cuando expuso gran parte de su obra en el Círculo de Bellas Artes y estuvo a verla Don Alfonso XIII, me pareció cosa pasada e indeseable. Hoy pienso que, tal vez dentro de cien años, se busquen sus obras como documentales.

Emanado de esta visión de la negra España hay que considerar a Gutiérrez Solana, tipo estafalario, degenerado, pero mucho más profundo que Zuloaga y más sabroso de paleta, aunque también sombría. Su casa era de pesadilla. La criada que abría la puerta se presentaba liada en trapos pardos y rojos y con un peine hincado en las greñas.

Cerca de la puerta, y frente a la sala, se veía el retrete de casa vieja, sombrío y sin higiene. Solana le recibía a uno con alborozo. Inmediatamente servía unas copas de coñac, se afanaba de acá para allá, traía un enorme lienzo, ponía en movimiento un muñeco mecánico o se llevaba a uno de sus hermanos que estaba rezándole al sol, hincado de rodillas en el balcón y con los brazos abiertos. Los cuadros antiguos, de lindos paisajes, tenían todos una casa con una torre, y en ella un reloj que daba la hora y tocaba una pieza de música. En la alcoba se veía la cama del pintor, sin hacer. Y él explicaba riendo y tapándose la boca, que a veces se acostaba sin quitarse las botas, llenas de barro. Con el pulso temblón, le servía al visitante otra copa de coñac mientras masticaba un puro; la saliva, saturada de nicotina, le teñía las comisuras de los labios. Sus ojos, muy brillantes y aguanosos, de auténtico alcohólico, sonreían como los de un chico malicioso mientras decía que la criada servía para todo. . . y para todos. Quien no haya leído sus libros, debe comprarlos inmediatamente. Son de un poder observativo, como no se ve en la literatura española. Sólo que su mirada se clava en lo marrano, en lo asqueroso, igual que la de aquel pintor griego de la Antigüedad llamado Riparographos, de quien habla no sé ya qué tratadista.

Solana fué una de las columnas firmes de "Pombo", creación de Gómez de la Serna, a pesar de ser un café tan antiguo.

Solana inspira simpatía. Yo lo traté bastante en Valencia, cuando nos sacaron de Madrid el 29 de noviembre de 1936. Allí empezamos, con el desgraciado Arteta, a hacer litografías en color, en los talleres de Renau. El pobre Arteta murió de un golpe, aquí en México, al caerse

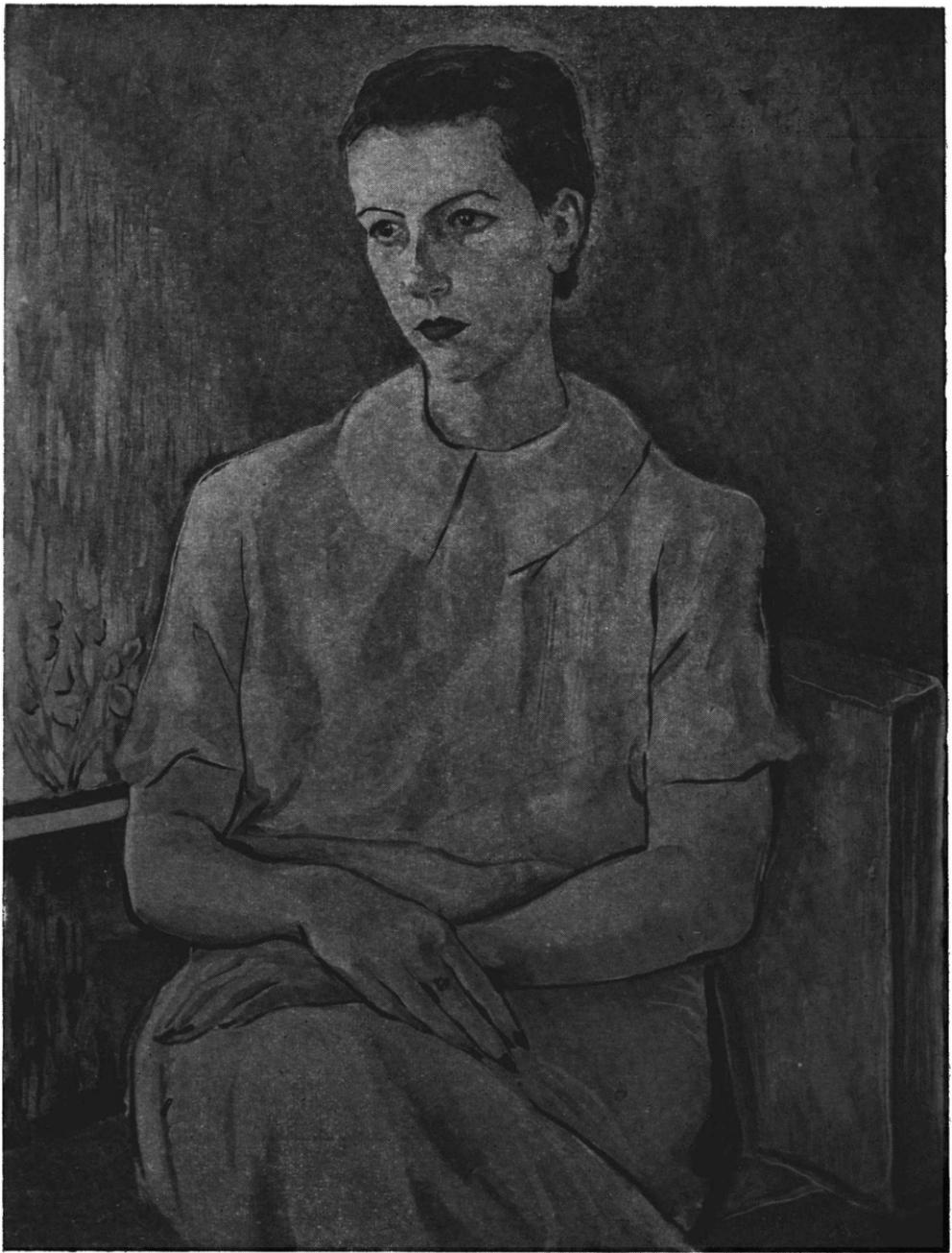
en el pasillo de un tranvía. Murió cuando las cosas empezaban a irle bien. Llevaba 4,000 pesos en el bolsillo, ganados con su pintura en los últimos meses. Solana se volvió de París a Madrid; no quiso trasladarse a América. Yo lo excuso; no creo que un hombre como él pueda hacer ya cosa de interés sin estar en el medio que le nutría. Y ahora España es más negra que nunca; lo cual le favorecerá, porque le dará más datos macabros y retorcidos.

Un poco más viejos que él eran Romero de Torres, Anselmo Miguel Nieto, los hermanos Zubiaurre y Daniel Vázquez Díaz. Los dos primeros puede decirse que salieron de la cabeza de Valle-Inclán. Tanto influyó en ellos durante los primeros tiempos en el famoso Café de Levante.

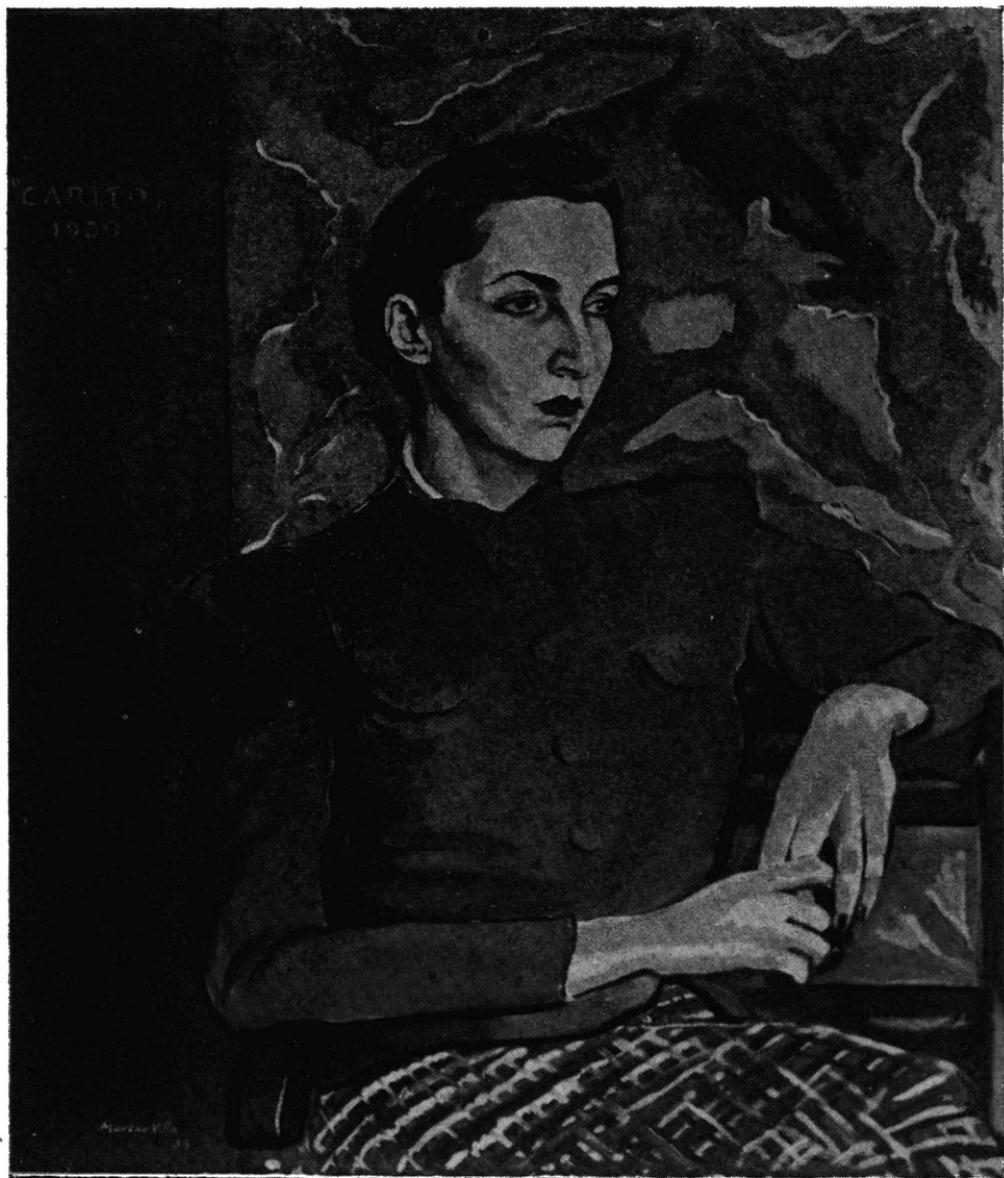
Romero de Torres ha sido el más repugnante amanerado, porque su amaneramiento era anacrónico. Las explicaciones que Valle-Inclán le diera del Renacimiento se le indigestaron, y queriendo pintar a lo Vinci, no pasó de un Divino Morales acaramelado, relamido y seboso. Complicó más todavía el problema queriendo interpretar el alma andaluza, pintar "La Copla" y otras abstracciones por el estilo. Ni que decir tiene que la mediocridad de los muchos quedó embobada con aquellos abortos. Y más embobada todavía si tuvo ocasión de conocer al pintor, que era personalmente un cordobés guapo y jaranero, siempre de capa y sombrero ancho.

Anselmo Nieto, después de una aparición prometedora, se encerró a pintar mujeres guapas y se oscureció.

Los hermanos Zubiaurre, sordo-mudos, tuvieron también su época y triunfaron en los museos extranjeros. Son ramas del tronco zuloaguesco por lo de interpretar escenas populares, pero con otro espíritu y otros medios. Valentín era el más reconcentrado, melancólico y reflexivo.



Margarita Urueta de Villaseñor
Oleo, 1938



Carolina Amor de Fournier
Oleo, 1939

Ramón, más optimista, luminoso y externo. Todo el mundo de entonces recordará sus "Vencedores de Ondárroa", un cuadro de remeros triunfantes después de unas regatas. Y recordarán el cuadro parejo de Valentín titulado "Por las víctimas del mar".

Finalmente, Vázquez Díaz. Un caso dramático. Un andaluz que quiso hablar francés y tan pronto le hablaba a uno de tú como de usted. Un gran dibujante y un pintor de finas armonías, pero vacío, por no saber a qué carta quedarse. En realidad quería romper con el zuloaguismo. Su drama se lo dió la época. Fué el eslabón entre ese "ismo" y lo realmente nuevo.

Pero este lote de pintores costumbristas y literatos dejó de interesarme íntimamente. Lo nuevo me tocaba más a lo vivo y despertaba estímulos en mí. Cada número de "L'Art d'aujourd'hui" o de "Cahiers d'art" era recibido como palabra de promesa, como mirada sonriente. En ellos no había nada de lobreguez, ni de cansinas viejas aldeanas, ni de vestidos que trascendían a vaho caliente. La imaginación entraba en juego por vez primera en la historia del arte. Sí, sé lo que me digo. Tengo presente el juego imaginativo de todos los tiempos y razas al decir esto. Si el Giotto le soltó la lengua a la pintura —según Wölfflin—, Picasso le soltó la imaginación. Jamás disfrutó de tanta libertad y, por consiguiente, de tanta alegría. Lo que para Ortega fué Deshumanización, para mí fué Liberación de lo más oprimido del hombre. Por algo coincide el movimiento llamado moderno con la Revolución rusa y con los hallazgos de Freud. El hombre quería acabar con opresiones y fórmulas viejas. El pintor, como el obrero, estaba oprimido por la sociedad que no le permitía, ni le permite aún de buen grado, salirse del modo de ver tradi-

cional, enranciado y podrido. Me da pena ver que hoy se sigúe o se vuelve a lo antiguo por jóvenes españoles que han vivido nuestra guerra.

Yo no he sido nunca político. Creo que la política ha sido siempre un sistema de recursos para tener en la mano al pueblo. Y no he tenido tiempo ni afición para estudiar comparativamente los diversos sistemas. Si en Madrid voté por los republicanos y socialistas desde que tuve voto, fué porque veía que el sistema de Don Alfonso XIII no daba más de sí. Una vez, hallándome frente a frente del Duque de Almazán, éste, mirándome la ropa, la cara, las maneras y hasta el tono, me preguntó: —Y usted ¿por qué es republicano? A lo que respondí: —Por lo mismo que usted es monárquico; es decir, porque creo que ese sistema puede traer más bienes a mi país.

Alguien puede argüir: “No se los trajo.” Pero sería un embrollador, un insincero. Demasiado sabemos todos por qué no pudo traer más bienes a la nación la República.

Y no se me tome por un rojo —equivalente de sanguinario, para muchos—, ni por un anarquista. Creo que la política es sistema, y que todo sistema lleva consigo orden, jerarquía, apreciación justa de cada valor humano. Sin esto, la Rusia de hoy no sería lo que es, no hubiera podido vencer a un sistema ni a un pueblo tan rígidos como el de los teutones. La ocultación de este hecho al pueblo, por parte de los oradores mitinescos, me parece una engañifa cruel.

Me doy cuenta, al llegar a este punto, que la pintura me condujo insensiblemente a hablar de mi sentimiento político. Está bien. En algún capítulo había de brotar. Él hace y deshace los mundos; mata o avienta a los hombres,

como si no fuesen nada. Acaba con las civilizaciones, para volver a empezar.

Pero ¿es que había sentimiento político en el cubismo y demás fenómenos pictóricos de la primera mitad de este siglo? En el cubismo, no; pero en el surrealismo, sí. Declaradamente, en sus programas y manifiestos. Estas declaraciones, sin embargo, no añaden nada a lo que yo insinúo. Mi pensamiento y mi creencia son que, subconscientemente, cualquier movimiento de aquellos fué revolucionario, iba contra las normas burguesas, adormecidas e ineficaces. En Madrid, ya lo he dicho, quedamos pocos defendiendo el arte nuevo con obras y con palabras escritas. El mejor de los que quedaron fué Benjamín Palencia. Estaba bien dotado. Hizo cosas finas y se preocupaba mucho de las tierras. Se salía por los alrededores de Madrid a buscarlas como quien busca minas de oro y me las enseñaba con un entusiasmo rebosante. No sé qué habrá hecho ni qué hace.

Afluían a Madrid jóvenes de todas las provincias: Gaya, de Murcia; Souto, de Galicia; Climent, de Valencia; Palencia, de Ciudad Real; Rodríguez-Luna, de Córdoba. Todos éstos, menos Benjamín Palencia, están hoy en México y ganándose la vida con los pinceles. Ya no son aquellos muchachos de entonces. Todos han vivido cosas duras, de esas que hacen tambalearse los principios y las nociones que tenía uno por más firmes. Aquí está también Miguel Prieto; y no cito a otros porque hacen esas obras comerciales muy gustadas por los *gachupines* incultos. Ya van bien pagados por ellos.

Gaya no fué nunca cubista, a no ser en sus primeros tanteos. Fué siempre un pintor delicado, agudo para captar y transmitir matices y valores tenues de gran seducción.

Su obra de hoy es muy ponderada, sin audacias de ningún orden.

Souto tampoco creo que fué cubista en su mocedad. Lo que le distinguió y le distingue es su extraordinaria facilidad y fecundidad. También su sentido acomodaticio.

Climent fué cubista; lo ensayó todo y adquirió una verdadera maestría, que hoy pone al servicio de las naturalezas muertas y del retrato.

Rodríguez-Luna es el que sigue sosteniendo mejor su línea de misterio y poesía. Ultimamente, después de una larga estancia en Nueva York, ha enriquecido y acendrado su paleta. Yo espero cosas muy buenas suyas.

Miguel Prieto es el Benjamín o más joven. Yo he empezado a conocerle aquí. Tiene algunos puntos de contacto con Rodríguez-Luna. Trabaja afanosamente y espero que haga cosas.

XV

EN TIEMPOS DE LA REPUBLICA

LOS AÑOS DE 1931 a 1936 fueron para mí los más apacibles, aunque ellos comienzan y terminan con las muertes de mis padres. Mi madre murió un mes justo antes del advenimiento de la República; mi padre, un mes justo antes de estallar la traidora sublevación de los militares.

El sentimiento de interinidad no se apartaba de mí. Lo cual lleva aparejado el deseo de que no pase el tiempo. Creo haber heredado esto de mi padre, que contaba las horas de la vida.

La política de la Dictadura y de la República me obligaban a vivir en tensión, como si cada día se salvase por milagro. Todo estaba pendiente de un hilo. Y, sin embargo, recuerdo esos años como apacibles. Sin duda porque había conseguido un trabajo público agradable y una situación económica suficiente para mis necesidades. Nunca llegué a ahorrar nada; el último día del mes gastaba el último céntimo.

La República tuvo conmigo tres atenciones: cambiarme de puesto, pasándome de la Biblioteca de la Facultad de Farmacia a la Dirección del Archivo del Palacio Nacional, antes Real; nombrarme el año 33 para dar unas conferencias en Buenos Aires, con motivo de la Exposición del Libro Español y hacerme miembro de una Junta Cultural encargada de editar, rica y profusamente, nuestros

clásicos. Las tres cosas eran halagadoras, pero mi carácter, enemigo de complicaciones, las recibió a la defensiva. Finalmente las acepté.

La dirección del Archivo Real no fué para mí un puesto de mando, sino de trabajo gustoso. En algunas salas estaban amontonados los papeles como para ser barridos o quemados. Recuerdo haber hecho una fotografía de aquel atentado repugnante. Por allí andaré. Como las salas no tenían nombre ni numeración, me hice un plano de cada piso (eran tres), numeré no sólo las salas, sino los estantes y puse en los planos indicación de lo que contenía cada recinto. Aquel plano podrá orientar a cualquiera de mis sucesores; ya no tendrá que recurrir a los mozos para saber hacia dónde cae tal reinado o tal materia. Es como una primera guía global. Una vez encarrilado el trabajo profesional de mis auxiliares, comencé la labor detectivesca de buscar a los enanos y bufones que vivieron en Palacio cuando Velázquez era pintor de Felipe IV; búsqueda que dió por resultado el libro que publiqué ya en México: "Locos, enanos, negros y niños palaciegos en la Corte de los Austrias".

La inmersión en el pasado de aquel lugar y de la gente grande, mezquina, prudente o insensata que lo pisó, que alentó en él, fué captándome con fuerza íntima día tras día. Por mi mano pasaban las esquelas donde quedó apuntado lo que quiso desayunar la reina tal día de tal mes y tal año; los bufones que acompañaron a los reyes en la Jornada de El Pardo, de Aranjuez o de Cataluña. Yo volvía a leer lo que leyó el Contralor al revisar las cuentas de vestidos, alhajas, zapatos regalados por los monarcas a sus criados, algunos de los cuales eran Grandes de España. Tan pronto venía a mis manos un recibo del

gran retratista Antonio Moro, como un recado de Velázquez pidiendo carbón desde El Pardo.

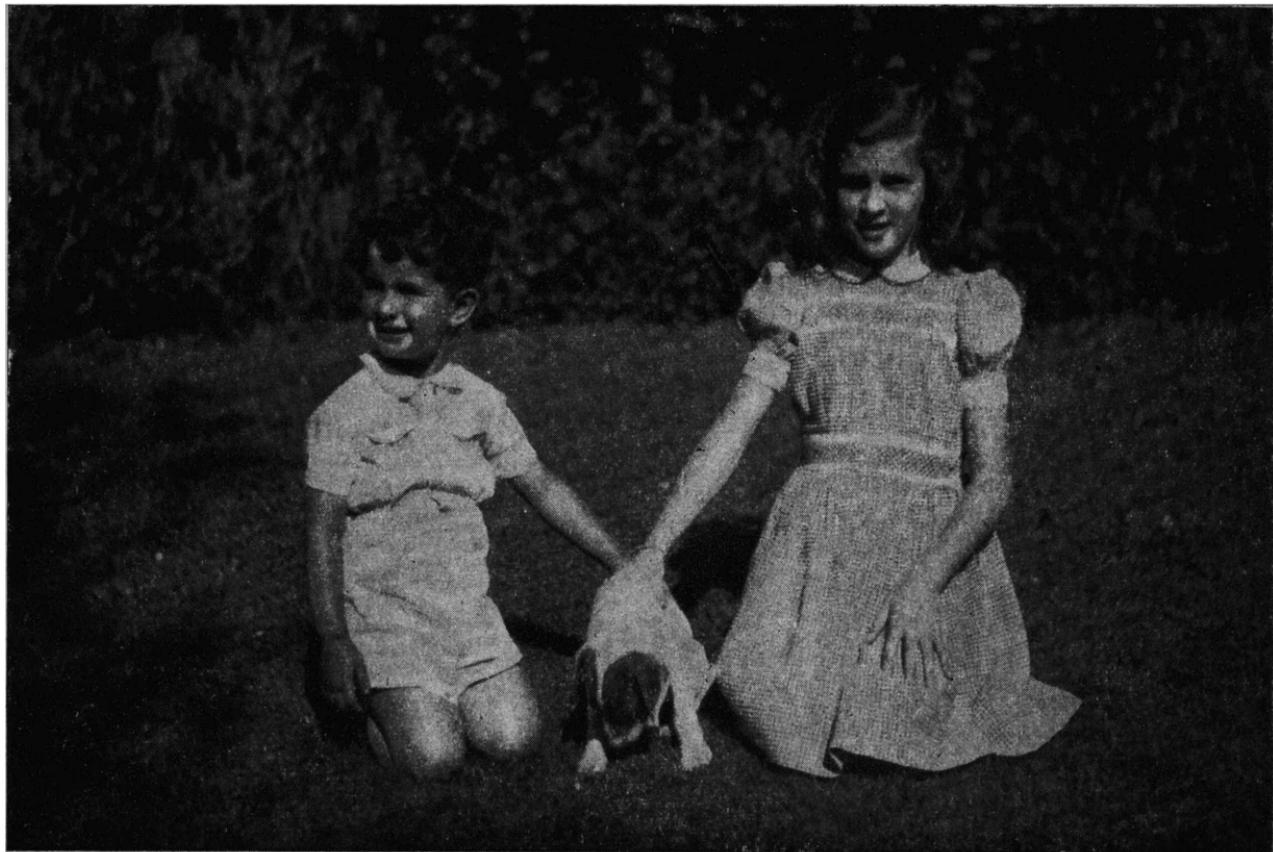
Las ventanas del Archivo dominaban la Casa de Campo. A la derecha, y en la lejanía, daba su nota levemente azul la sierra del Guadarrama, que tantas veces miró Velázquez con aquellos ojos tan seguros, dotados de tentáculos que se afianzaban a las cosas. El enano vasco llamado Lezcano jugaba con el niño Baltasar Carlos entre almohadones y cortinas, como podéis verlo en el Museo de Boston. Hoy le han regalado tres pares de zapatos de siete suelas y un trajecito verde. Mañana le regalarán un trajecito pardo como el que tiene en ese retrato suyo mal conocido por "El Niño de Vallecas". Nicolasio Pertusato ha pisado la cola del perro dormido y escapa por entre las cortinas. Pero... ¿qué hace aquí la esposa de Carlos IV? Yo estaba con Velázquez y con los niños. No comprendo por qué se sienta Goya entre Felipe V y Felipe II. ¿Es esto una recepción más allá del tiempo? Don Alfonso XIII se asoma conmigo a esta ventana. Primero lanza un suspiro, porque todo lo que ve, y era suyo, no lo es ya. Luego, divisa las huestes de Franco más allá de la arboleda de la Casa de Campo y sonríe. Felipe IV le llama, le coloca a su lado y le dice a Velázquez: "Dime si somos hermanos." El pintor Carreño se adelanta en este momento y coloca a Carlos II junto a los dos monarcas. Velázquez cree haber pintado a los tres. Goya le dice: "Los pintaste a todos de una vez y para siempre." De repente hay un revuelo de faldas, meriñagues, casacas, pelucas y golillas. Todos se sienten a escuchar a Scarlatti. Al terminar una pieza, la Duquesa de Alba, Doña Cayetana, se levanta, se desnuda y se tiende en una dormilona. Doña Mariana de Austria, con sus ropas monjiles, pasa

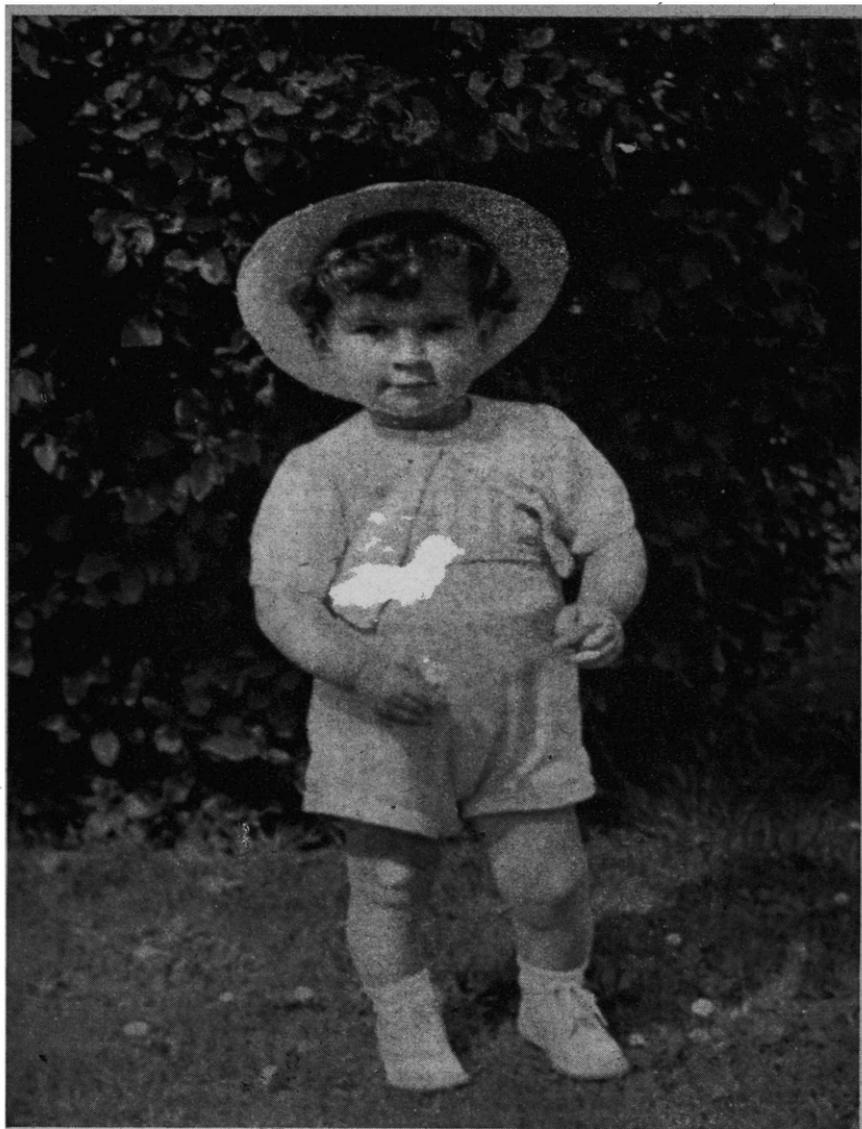
por delante de la popular Duquesa con aire altivo; le sigue el padre Nithard. Pero otros, como el Conde Duque de Olivares, Lope de Vega y Romero Robledo, se calan los anteojos y miran de cerca el desnudo maravilloso. Goya penetra en la sala inmediata y vuelve a aparecer con una bandeja de churros. Felipe II está de pie junto a una cortina color de vino tinto. Sostiene el cetro en la mano y mira a su padre, sentado en un sillón fraileroy traído de Yuste. Calderón le recita trozos de "La vida es sueño" a Don Antonio Maura, a Antonio Pérez, a la Condesa de Éboli y a un Virrey de México. También le escucha Cristóbal Colón, sentado y atado a una columna. Cinco conquistadores de América penetran con sus caballos y sus banderas desplegadas, mientras por el lado opuesto avanzan las brigadas internacionales. La confusión es espantosa. En esto se levanta un hombre alto, seco, enarbolando una lanza. Sus ojos quieren escapar de las órbitas. No pudiendo valerse con la lanza, tira de la tizona del Cid y comienza a cintarazos con todos aquellos personajes, como Jesús en el Templo. Es Don Quijote.

Un casco de metralla que penetra por la ventana de mi despacho en el Archivo palaciego me saca de las evocaciones. El portero me dice que la Administración manda poner sacos terreros delante de las ventanas y que se debe cerrar la dependencia a mi cargo.

Giro la vista en torno; levanto unas carpetas, abro unos cajones. Acá y allá quedan repartidos mis papeles, incluso mi título profesional. ¿Para qué llevármelos? En esto me acuerdo que el Presidente Azaña me llamó un día a su despacho y me dijo: "Quiero pedirle un favor. Que guarde en el Archivo mis cajas de papeles." Reflexioné y repuse: —Lo que usted mande; pero ¿cómo sacarlos en

Paloma
y Pepe
en 1943





Mi hijo en 1941

su día? Yo no puedo ni deo sacar papeles de ahí. —Sí, usted tiene su reglamento, pero ¡quién sabe a dónde iremos todos a parar!

Esto es *ia* dónde iremos y a dónde irán todas estas cosas que ya quiero tanto?

Al salir por la Plaza de la Armería pensaba en que los planos y los papeles me habían enseñado la antigua disposición de aquellos terrenos y de la Casa del Tesoro, y del Obrador y de la comunicación con el Convento de la Encarnación. ¿No había yo publicado en la revista "Arquitectura" el proyecto de la Plaza de Oriente según don Isidro Velázquez? Proyecto que se empezó a ejecutar y se suspendió por carecer de la grandeza debida.

Cada momento de la vida es interinidad, y ella en conjunto. Parece que venimos interinamente y a prueba, como los bufones o locos de los reyes. Todas las cercanías de Palacio están llenas de restos mortales gloriosos, de gentes que, en su interinidad, fueron o representaron papeles importantes. Allá en lo alto, entre los bustos que coronan el Palacio por esta Plaza de Oriente, está el de Saquetti, el arquitecto italiano que lo levantó. Este Palacio se hizo con humo. Quiero decir que con la Renta del Tabaco.

La plaza estaba desolada. Unos zapatos viejos tirados en la calzada es todo lo que recuerdo de aquel momento urbano. La recorrí con miedo, esperando que algún individuo viniera a pedirme papeles de identificación.

Alcancé por fin la taberna de "Los Hijos de Eladio", donde comía yo a esa hora sabrosos pollos asados o cordero, con un buen vaso de vino de Valdepeñas. No me dieron de comer casi nada. Y el local estaba lleno de hombres con fusiles. Era el 7 de Noviembre. Los cañones zumbaban con furia.

Retrocedamos ahora, en busca de la segunda atención que tuvo conmigo la República.

Me citaron en el Ministerio de Fomento. Allí estaba el editor Castillo, Presidente de la Cámara del Libro, quien me dijo que me habían designado para dar unas conferencias en Buenos Aires, con motivo de la Exposición.

A poco apareció Alvarez Builla, el Subsecretario, y hablamos del dinero para el viaje, la estancia y lo que fuese necesario. Recuerdo que a mí me pareció mucho y lo expresé cándidamente. Pero Castillo, con buen sentido, me hizo ver que tal vez necesitaría hacerme un traje, completar mi equipo, y, además, que en un viaje largo pueden surgir imprevistos. Mi temor a gastar demasiado del erario público me hizo insistir todavía: —Bueno, lo que me sobre lo devolveré. Lo que me valió una risotada y un —Por Dios, Moreno Villa, no sea usted niño. Realmente, los despachos ministeriales me convertían en pipiolo.

Tomé un barco inglés en Vigo. Corría el mes de junio. Elegí aquel barco por estar más sólo y dedicarme a preparar las conferencias. Yo no recuerdo días de mayor bienestar. Una vez separados de Lisboa, desapareció todo balanceo. Nos deslizábamos suavemente, sobre una superficie blanda, intensamente azul, que espejeaba los rayos solares en una determinada zona. La brisa era tenue y templada hasta que llegamos al trópico. La gente fué poco a poco aligerándose de ropa. Cuando apretó el calor, improvisaron una alberca al aire libre. Yo me pasaba las mañanas leyendo cómodamente o escribiendo. No bajé a tierra en Pernambuco, Bahía, Santos, pero sí en Río de Janeiro, donde tuvo la deferencia de venir a recibirme Alfonso Reyes, embajador de México allí. Con él pasé

todo el día, repartido entre Copacabana y su casa. Mi impresión es que Reyes nunca ha sido tan feliz como en aquel maravilloso sitio.

Salir de la famosa bahía en el momento del ocaso, entre los islotes negros, los juegos de luces y el dosel nocturno que se echaba lentamente con todas sus joyas, no se olvida nunca.

En el barco iban solamente dos muchachas: una muy jovencita, muy alta y distinguida, acompañada por su madre, y otra bajita y algo regordeta. El equipo varonil contaba con un solo joven, los demás éramos gente madura. Las chicas tuvieron que bailar con los encanecidos viajeros. Yo, que aprendí a bailar con Jacinta a mis cuarenta años, y nunca llegué a maestro, inicié mis bailes con la más modesta, pidiéndole mil perdones por mi poca destreza y mi ignorancia del inglés. Ella, por cortesía seguramente, me respondió que bailaba como los demás y que, en cuanto al habla, podíamos continuar en español, porque vivía en Buenos Aires. Resultó una chica simpática, sencilla y alegre, que para poder dar un vistazo a Inglaterra se había convertido en aya de unos niños.

La orquesta, algo ratonera, no se parecía nada a las de los grandes trasatlánticos ni a las de los buenos centros nocturnos. Repetí tanto un antiguo vals inglés que, ahora, al escribir esto, me viene a la memoria y me distrae con deleite. No supe cómo se llamaba.

Con la otra joven bailé un par de veces y me sentí más diestro; sin duda la diestra era ella. No bailé más porque la acaparaba el único muchacho del equipo y porque desconocía el español. Con su madre me entendí en alemán o en francés, malos por cierto. Y recuerdo que, al enterarse de que yo iba como emisario del Gobierno republi-

cano, me dijo que lo natural para España era la Monarquía. Esto dió motivo a unas cuantas explicaciones sabrosas.

Fuera de estos ratos nocturnos de sociedad, no hablaba con nadie; me sumergía en la contemplación del mar, en la degustación de los vinos de mesa y en mi trabajo. Me sentía tan a gusto, que al tocar en los puertos no me interesaba en bajar y compadecía a los que se iban en busca de polvo, calor, cicerones y curiosidades. A los cuarenta y seis años ya no hay viajes turísticos que valgan; eso de ver sin resuello cosas y cosas, marea y no deja lastre.

Algo de esto me ocurrió en Buenos Aires, y lo lamento. No estuve allá más de un mes, y de él una semana imposibilitado por "el trancazo". La niebla y el frío de nuestro diciembre corresponde en aquellas latitudes a junio.

Han pasado diez años y las cosas más próximas son las que más se olvidan. No obstante, recuerdo perfectamente que me recibió en el puerto Amado Alonso, otro amigo desde España. Él fué mi conductor en la gran ciudad y acabé siendo su compadre, pues hice de padrino del hijo que le acababa de nacer, al cual se le puso Pepe.

Por Amado Alonso conocí al arquitecto Rinaldini y a su esposa, a Fernández Moreno, a Amorim, a Borges, a Victoria Ocampo, a Méndez Calzada, Mallea y muchos más. En casa de Rinaldini se reunían algunos literatos una vez por semana. Allí pude oír música boliviana indígena gracias a Nieves, la señora de la casa. Me impresionó el sonido de la "quena", instrumento hecho con el hueso de la tibia, hueso largo que en español vulgar se llama canilla, palabra que fonéticamente no dista mucho de "quena". Nieves me regaló unos discos de estas canciones

bolivianas, entre ellas una titulada "El llanero", infinitamente melancólica; verdadera flor de estepa.

Nieves era como una llama sonora; un temperamento férvido y una voz alta. Le dí uno de los primeros ejemplares de mis poemas "Puentes que no acaban" y, para comunicarme su entusiasmo sentido al leerlos, me convidó a comer en el club marítimo un mediodía lleno de sol.

Su marido no tenía estas manifestaciones extremosas, pero se le notaba la finura espiritual en todo. El me llevó a la oficina de urbanismo donde trabajaba y me procuró una conferencia en la Sociedad de arquitectos. Por entonces me tenía sugestionado la arquitectura funcional, que con el tiempo ha llegado a ser la menos funcional de todas.

Creo que la casa de Victoria Ócampo se la trazó Le Corbusier mismo, padre de dicha arquitectura. Lo que conocí de ella, la sala y el comedor, eran dos piezas hermosas. Verdad es que la riqueza exquisita del mobiliario, tapizado de piel blanca, podía salvar a cualquier obra no tan funcional. El tapete de la sala respondía a un boceto de Picasso, cubista y en colores tabaco y gris.

Victoria, tan reconcentrada como alta, no hacía alarde de nada, pero se la veía gozosa en aquel ambiente de arte nuevo cuya nota máxima era la limpieza. De arte aséptico fué calificado en su día.

Me invitó con el músico Ansermet, con Amado Alonso y con Mallea. Después de comer nos llevó a su finca de San Isidro. Yo le regalé unos dibujos y ella tuvo la atención de enviarme al barco, cuando salí de Buenos Aires, una maceta con una planta que yo había admirado en su casa.

La casa de Victoria lindaba con la Embajada Espa-

ñola. Nuestro embajador entonces era Danvila, y el segundo de a bordo Fiscovich. Gente fina, pero con ese algo de antiguo régimen que salta a la vista.

Yo no tuve que intervenir en la instalación de los libros para la Exposición. Ya estaba casi terminada. El día antes de la apertura noté que faltaba la nueva bandera de España y así se lo dije a nuestros diplomáticos, que en seguida atendieron a mi observación. ¿Por qué no cayeron ellos en la cuenta? ¿Por animosidad hacia la República? No, sino por ese algo de antiguo régimen que digo. La República era todavía muy joven; no se había captado por completo a los funcionarios antiguos.

Dí mi conferencia y quedé libre para otras actividades. Hablé en el Casino Español, hablé por radio, hablé en la Sociedad de Arquitectos, como ya dije, leí en una cena del PEN club, cuyo secretario, el escritor Antonio Aíta, no quería creer que yo fuese español: "Usted parece más bien un inglés, por su reposo al hablar, la emisión de sus juicios, el color encarnado de su cara y hasta la manera de vestir", me dijo. A lo que contesté leyendo el poema:

¿POR QUE NO ES EL MUNDO MI PATRIA?

*Si la luz del fiord embalsama mi aparato respiratorio
y la música negra rejuvenece mis talones;
si a ratos voy por el Sahara sin carne ni pescado
y otras veces navego en un témpano polar;
si a las hijas del Rhin debo las mejores apoteosis
y me gustaron los vinos de la campiña francesa,
¿por qué no es el mundo mi patria?
Si acompaño al ruso visionario,
y voy con Gandhi por sales prohibidas;
si adoro las isletas del Pacífico*

y me deslizo por los Alpes en skíes,
 ¿por qué no ha de ser mi patria el mundo?
 Si la caña de manzanilla es mi sacramento vespertino
 y el barro de cerveza mi mejor alimento;
 si me divierte Roma por su gran vaudeville
 y Cinelandia por sus amores de telón;
 si aplaudo las regatas de Oxford
 y el balancín del chino me sabe a Rolls-Royce en determinados
 [momentos;
 si sé de la gran "paúra" y de la "saudade";
 si me sumerjo en el tango argentino
 y salgo a flote con el "vito" andaluz;
 si en las piscinas de Checoeslovaquia
 he descubierto las sirenas griegas
 y el tabaco turco lo alterno con el de Virginia;
 decidme, caros amigos de todo el planeta,
 hombre del cocotero, mujer de la naranja,
 viejo del microscopio, zagal de los renos,
 doncella del kimono celeste, secretario de Moscú,
 doctor de la Escuela de la Sabiduría,
 padre de las pinturas subconscientes,
 descubridor de aparatos,
 ¿por qué no es la tierra unidad?

Con el poeta Fernández Moreno y el novelista Amorim estuve en un santuario y museo de las afueras de Buenos Aires. En el museo habían reunido los enseres domésticos del autor de "Don Segundo Sombra". Este culto al ambiente que rodeó a los hombres significativos me afecta por lo que tengo de historiador. Es una intimidad que presta calor a la historia.

Para llegar a este sitio tiene uno que asomarse a la Pampa. Pero eso es lo malo: se asoma uno y no se adentra. Sospecho que para sentir la grandeza de la Pampa hay que meterse en ella hasta encontrar al hombre que,

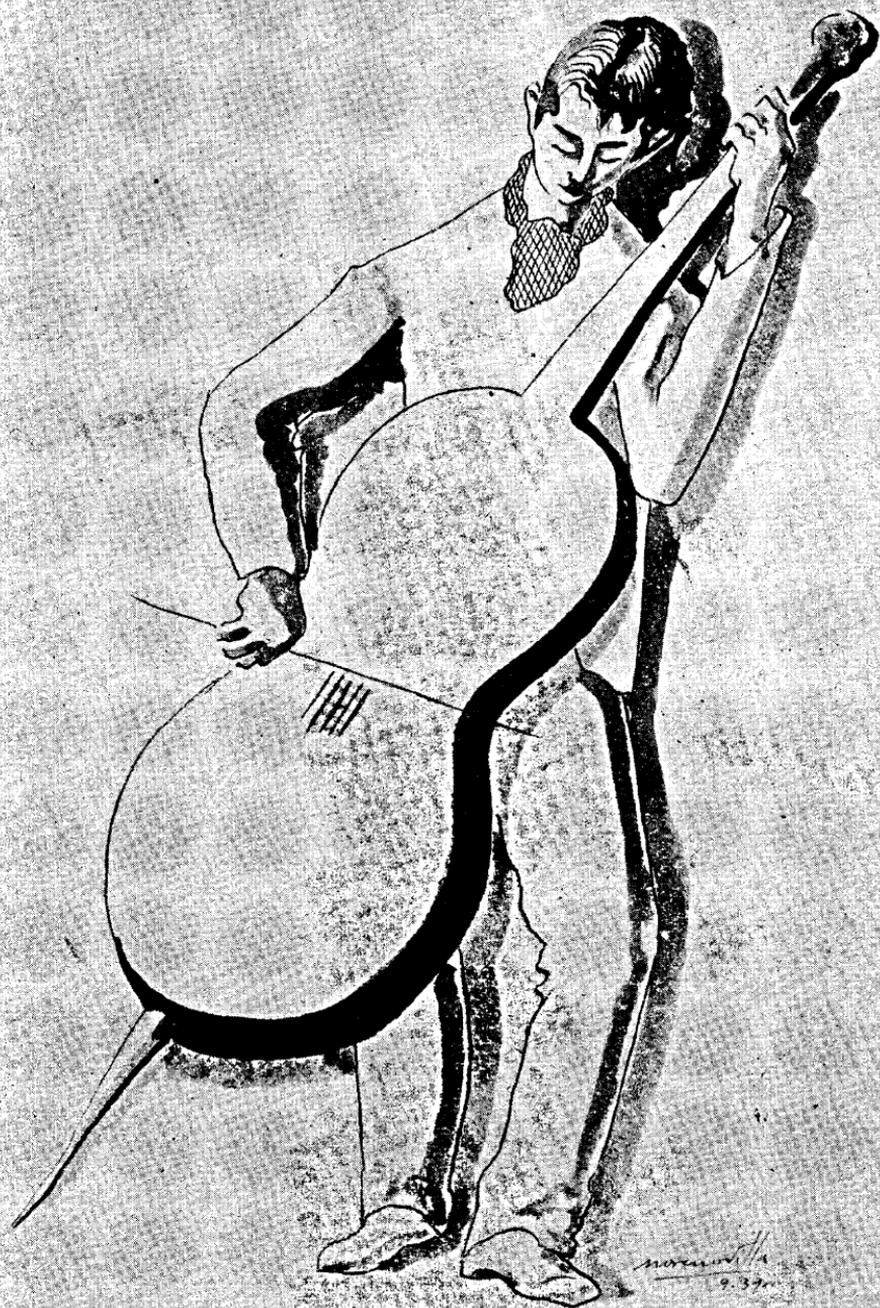
con su pequeñez, sirve de escala o medida. Sin este paso, la enorme planicie vacía no dice nada.

Al escribir esto pienso de repente en Colón y en su séquito. ¿No fué su grito de alegría "¡Tierra!"? E inmediatamente pienso en aquel griego que al arribar a no recuerdo qué costa y ver una ciudad, gritó alborozado: "¡Hombre!" Queriendo resumir con ello que la tierra no estaba sola, que la habitaba quien era capaz de trazar una ciudad y sostenerla. El hombre. Al griego le preocupaba la posible soledad de una isla; al español, que llevaba meses de flotar sobre lo inseguro, e iba en busca de tierra, ésta y no más llenó su alma.

Fernández Moreno acababa de recibir el premio nacional de literatura. Su obra podía llegar a las masas por varios conceptos, por sus temas urbanos, por su mezcla de nostalgia y buen humor y, finalmente, por su acatamiento a los metros y rimas clásicos. Tenía ya doce o más volúmenes publicados. Personalmente, era un hombre fuerte, más bien corpulento, amable y conversador.

Amorim, en cambio, tenía poca labor hecha. Me dió a leer "La carreta", novela que me dejó un excelente recuerdo. Como persona me pareció un afortunado y, tal vez por lo mismo, inclinado a la vagancia. Disfrutaba de medios económicos, buena figura, buenos trajes y desenvoltura social.

Unas de las compensaciones que tiene el escritor es la de hallar en cualquier sitio del mundo un simpatizante digno, un casi hermano que le recibe con los brazos abiertos. Allí fué Amado Alonso, un navarro casado con una inglesa, que se trasladó a Buenos Aires hace unos quince años y es hoy una de las máximas autoridades filológicas





del continente. Sin él me hubiera sentido muy solo, a pesar de las nuevas amistades.

Una de éstas fué Mallea, el novelista y organizador de los domingos literarios de "La Nación", en plena juventud por entonces. Joven elegante, muy argentino, muy correcto e inteligente, que quizá me convidó a comer porque yo era amigo de ciertas personas distinguidas. No creo que por otra cosa; pues si hubiera sido por estimación literaria, en su mano tenía el demostrármelo. Jamás me invitó a colaborar en el gran diario. Y cuidado que han acogido en él a gentes de peso pluma, o mejor dicho, de pluma sin peso y de plumas archipesadas.

Dos colecciones de arte conocí en aquellos días, la de González Garaño, sorprendente por las piezas de plata e interesante por las obras del pintor local Pellegrini, del cual me ocupé luego en la revista "Residencia". La otra colección era del señor Llovet, dedicada a la pintura francesa, especialmente a la impresionista.

De arte moderno argentino apenas recuerdo algo. Falta allí grandes personalidades. No hay en pintura o en escultura alguien que pueda parangonarse con Lugones, con Güiraldes, con Larreta, con Borges. La literatura está muy por encima de las artes plásticas.

En el orden material, lo que convence de Buenos Aires son los parques y los sillones de vaqueta o cuero de "vaquillona" como le llaman allí. Ver desfilar por aquéllos a los alumnos de no sé qué escuela militar, con sus guerreras azules y sus pantalones blancos, a un compás perfecto, como yo los vi durante una fiesta nacional, tonifica y alegra. Sentarse en los sillones de cuero en un café, como el de la calle Florida, sugiere que toda la vida del país alcanzó un positivo grado de bienestar.

Yo busqué inútilmente por Buenos Aires casas normales que me hablasen de la colonia. Desde mi hotel, próximo al muelle, vi que se conservaban algunas manzanas de la primitiva cuadrícula, pero de fachadas típicas, nada. En cambio, vi calles y grandes avenidas selladas por estilos francés, catalán o neoyorquino.

La gente que caminaba por estas arterias me hizo una impresión desconcertante la mañana de mi desembarco. Tipos anglosajones, alemanes, franceses a cada paso. Tan fuerte era esta impresión que no me atrevía a hablar en español al entrar en un café. La población dominante me resultaba extraña, cosa que no me ocurrió en México.

Más tarde fui descubriendo acá y allá, rasgos y siluetas de marca española propiamente argentina. La señora argentina se viste con buen gusto. Por entonces se estilaba ir de negro, para la calle.

Respecto al lenguaje, una cadencia muy pegadiza, muy fácil de imitar. Otra evidente diferencia con México: aquí, después de siete años, no puedo imitar el habla.

En Buenos Aires volví a encontrarme con Reyes y con Díez-Canedo. Este se hallaba de Embajador en Montevideo. También vi a Gómez de la Serna y hasta medio escuché una de esas conferencias suyas en que los efectismos truculentos rebasan la patochada, como presentar al "Caballero de la mano al pecho" con un brazo articulado que el conferenciante deja caer cuando dice que ya está cansado de verle en dicha postura. La pirueta, signo de una época, coleaba el año 1933.

Mi regreso, en un barco de la misma compañía inglesa, fué tan sabroso como el viaje de ida. En no sé que puerto se subió a bordo el entonces ministro de Hacienda inglés Simons, que se pasó la travesía jugando al "golf"

diminuto, al ajedrez y leyendo entre otros libros el "San Michele" que estaba en boga. Sus vacaciones consistían en tomar un barco, llegar a Río de Janeiro, por ejemplo, y allí tomar otro barco de regreso. Vacaciones que me parecen ideales. Ya se sabe que los ingleses entienden lo que es vivir.

La tercera atención que tuvo la República para mí fué la de nombrarme miembro de la Junta para edición de Clásicos. Ocurrencia de Azaña que no llegó a realizarse porque vino la sublevación militar. No celebramos más que una reunión, y ella fué borrascosa desde el momento en que se puso a debate si debían cobrar honorarios o no los miembros cada vez que celebrasen juntas. Américo Castro fué paladín del no; Azorín, del sí.

XVI

REPERCUSION DE LAS CIRCUNSTANCIAS

LAS CIRCUNSTANCIAS se reflejan siempre en mis versos. Tal cosa será mal considerada por algunos maestros; dirán que es impureza. Sin alarde de ningún género he de decir que la reducción del repertorio poético a una docena de motivos sublimes no me parece propia del ser humano. En el hombre —y el poeta lo es— tienen que repercutir lo mismo las cosas que los hechos circundantes. Lo contrario me resulta monstruoso. No quiero decir con esto que la poesía ha de ser de circunstancias. Las poesías de circunstancia, como las hechas para un abanico, una boda, un nacimiento, son por lo general versos, nada más que versos. Rarísima vez se levanta el poeta en tales casos al plano que le corresponde.

Quiero ir viendo cómo repercuten en mi obra las circunstancias, pero antes he de decir que durante la República hice una serie de artículos de orden ético para “El Sol”, los cuales popularizaron mi nombre durante un par de años. Todavía encuentro gentes que me saludan como si no hubiera escrito nada más. Es lo que trae el periodismo.

Mi colaboración en aquel periódico había sido siempre de otro carácter. Con el propósito deliberado de compensar el tono severo de los demás colaboradores, estuve mucho tiempo pergeñando unos artículos que yo llamaba

“Estudios Superficiales”. Es decir, estudios de percepción directa, sin gran dosis de preparación libresca, intuitivos, sugerentes y hasta divertidos. Por ejemplo, el titulado: “Animales que conocen los españoles”. En él reuní los animales que salen a cada paso en la conversación diaria. Veamos. “Buen pez está fulano; Es una víbora; Salió hecho un león, hecho una pantera o una hiena; Se quedó como un rana; Con su mirada felina; Es más vivo que la ardilla; Qué camello; Vaya sardina; Esa inglesa es una jirafa; Buen camaleón está zutano; Ese es un perro asqueroso; Valiente cerdo; Es un buitre comiendo; Qué ganso eres; Qué mona; No seas burro; Salió hecho un toro; Fulana está hecha un bacalao; Parece una lombriz; Con menos sesos que un mosquito; Es talmente una quisquilla; Es un percebe; Parece un centollo; Qué chinche eres; eres un besugo; Buen corderito está; Qué zorro; Eres una mula; Fulano sirvió de conejillo de Indias; Este pariente es una sanguijuela; No seas topo; Estás hecho un berraco; Es un águila; Buena garza; Vaya par de tórtolos; Vaya potranca; Vaya zángano; Salió hecho un pavo; Es un ratón de bibliotecas; Eres un cuco; etc. Animales conocidos, cuya psicología nos sirve de proyectil para herir al prójimo en su amor propio. Después de citar otras muchas frases, saco estadísticas y apunto la idea de comparar nuestro repertorio con el de otras naciones. Total, observación y buen humor. Este artículo, único que he encontrado en México de aquella serie, es de 1917. No puedo fijar el número de los que escribí en los veinte años siguientes, ni de los temas que traté, pero puedo asegurar que todos estaban desprovistos de pasión o espíritu exaltado.

En cambio, los de “Pobretería y locura”, bajo problemas generales de aseo y de moral españoles, atacan con

energía la situación política Lerroux-Gil Robles. Mis amigos estaban desconcertados. Gabriela Mistral llegó a decir que no había un español más moderno que el mío. Azorín me escribió felicitándome. Y un tendero y anunciante, en el "A. B. C." utilizó mi nombre y algo de un artículo mío para elogiar la cortesía de sus empleados.

Poco antes de caer la Monarquía hice también un poco de política valiéndome de apariencia científica, el truco de lo que llamé "Onomatología". Esta fantástica ciencia pretendía sacar de los nombres y apellidos el valor moral intelectual o social de los hombres públicos. Era en tiempos de rigurosa censura y había que escribir con habilidad. Me cansé de elogiar a los republicanos y socialistas, así como de rebajar a los monárquicos. El mismo equilibrio difícil que hube de mantener en los artículos de "Pobretería y Locura", de los cuales no llegó la censura a tachar más de dos.

Descartadas con esto las prosas debidas a las circunstancias, intentaré hablar ahora de los poemas en que éstas repercuten. Ellas irán saliendo a medida que examine en detalle y en conjunto cada libro.

En "Garba" aparecen muchos motivos o temas y prefiero empezar clasificándolos a lo científico:

Motivos de la Edad Media: "Ante la Catedral de León". Motivos psicológicos: "Alma tullida", "Inquietud", "Piruetas", "Irreverencia", "Reconocimiento", "Galeras de plata". Motivos moralizadores: "Sonsonete", "El nieto de Don Quijote" (influjo de A. Machado). Motivos líricos: "El fuego", "Sensación de ocaso", "Coplilla". "No había fondo", "Mis novias", "De cuaresma", "Son de chanza", "En Córdoba". Motivos históricos: "Leyenda

de la mora Argentea". Motivos descriptivos: "Tres momentos del Parque de Málaga" y los retratos líricos de don Ramón del Valle-Inclán, Baroja, Unamuno y Azorín. Motivos lírico-filosóficos: "Las Sugerencias del mar". Motivos irónicos: "El sacristán". Motivos españoles: "La hombrada", "Lo fatal", "Dolorosa", "El toro de lidia", "Lo de la serranía", "Servidumbre", "El terror mítico", "El potro andaluz", "La reja", "Pan nuestro de cada día" (influjo de A. Machado), "La tristeza mora".

Resumen: Influencia del criticismo circundante y de sus hombres; los del 98. Problemas españoles, lirismo filosófico (heredado de los líricos alemanes y de Darío, los Machados y Unamuno, que a su vez lo bebió de los ingleses), temas hispánicos que desarrolló luego con gran aire Federico García Lorca y, finalmente, mis inquietudes amorosas y psicológicas en general.

Con razón me dijo en carta Manuel Machado que en aquel primer libro estaba todo el Moreno Villa de mañana. La baraja de temas era muy amplia, los tonos también. Por esto, aunque veo con claridad meridiana sus defectos, sus ingenuidades, lo analizo con detalle. Sobra insistir en lo que contiene de "circunstancias". No hay tema que no esté a mi vista, a mi alrededor. Según esto soy un visual y un reflexivo que en los momentos mejores puedo dispararme, fugarme de la realidad hacia otros planos. Y aquí recuerdo que Ortega me dedicó su primer libro con esta dedicatoria: "A Moreno Villa, que huye de las cosas, con una gran esperanza, de José Ortega y Gasset".

¿Es esto lo fundamental en mí, huir, escapar de las cosas? Tal vez. Mirando mi vida, así lo creo. Hasta que caí, hasta que me ataron una porción de circunstancias

aquí, en México. Porque mi fuga no es sólo en el terreno poético, sino en el de la vida. Ya lo expresé de otra manera en páginas anteriores; mi deseo radical fué siempre aislarme, y para ello encontrar un cuarto apropiado. Hay una poesía en "Jacinta la Pelirroja" que dice:

*Al pueblo, sí, pero contigo, Jacinta.
 Bordeando la vía del tren y el río,
 bordeando todas las flores del camino,
 bordeando la iglesia,
 el castillo,
 la nube
 y los bellos espíritus.
 Bordeando la salud.
 Corriendo por la inteligencia al filo.
 Manteniendo nuestro corazón de carne
 con carne sencilla e instinto.
 Ven Jacinta, pelirrojiza,
 copa sin pie, puro equilibrio.
 Vamos al pueblo bordeándole todo:
 el aire, la luz y hasta el concierto divino.*

Esta poesía la considero como la más expresiva de mi raíz, como la más definidora de mi "yo". Pero vamos despacio; ya llegaremos a encontrar otros puntales y otros perfiles de mi alma en este examen. Ortega dice que las almas tienen forma, y que las vemos al primer golpe de vista o contacto con el prójimo; yo voy a tratar de ver la mía. Difícil empresa. Delicada.

En mi segundo libro, "El Pasajero" (Madrid, 1914), prologado por Ortega, reaparecen poemas sugeridos por la contemplación del pasado: "Frente al Castillo de Cuéllar", "En la que fué celda de Teresa de Jesús", "El claustro" (de Silos), "Frente al retablo de San Miguel que hay

en el claustro de la catedral vieja de Salamanca”, “Ron- dando el Monasterio” (del Escorial), “Toledo”. Ninguno de ellos merecería recordación si no es porque señalan la continuidad en mí de los temas históricos. Pero en este libro hay un poema largo que hizo sensación en su día. Puedo traer aquí los conceptos de Ortega y Gasset y los de Montesinos.

El primero, después de decir unas palabras amables y sensatas a los poetas correctos pero faltos de originalidad, añade: “Pero reservemos nuestro amor de lectores para los verdaderos poetas, es decir, para los hombres que traen un nuevo estilo, que son un estilo. Porque estos hombres enriquecen el mundo, aumentan la realidad”. Esto lo dice al principio y, después de un estudio de la metáfora, agrega: “Y esto (la promesa de que el mundo va a ser aumentado con un nuevo estilo) es para mí el librito de Moreno Villa. Hay en él un poema titulado “En la selva fervorosa” que debe el lector leer con sumo recogimiento. Hay allí una poesía pura. No hay en él más que poesía. Se halla exento de aquel *mínimum* de realidad que el simbolismo conserva al querer dar la *impresión de las cosas*. No se conserva de éstas ni siquiera la impresión (como en las composiciones descriptivas que preceden al poema acontece).

“Entre todas las cualidades físicas hay una donde apunta ya la irregularidad: es el aroma. Para percibirlo buscamos como un ensimismamiento: sentimos que nos es preciso aislarnos del contorno, el cual nos sujeta e incrusta en el orden utilitario de las realidades. Para ello cerramos los ojos y damos unas cuantas aspiraciones hondas a fin de quedarnos por un momento solos con el aroma. Algo

parecido exige la comprensión del poema citado, compuesto con carne de odoraciones.

“Desde el fondo druídico de esa selva nos sonríe una nueva musa que aspira a crecer, y un día, esperamos, llegará a la plenitud de sí misma.

“En nuestro tórrido desierto una rosa va a abrirse”.

Tales palabras no podían ser más alentadoras para el joven que yo era entonces. Pero lo que me importa ahora no es lo que tengan de halago, sino lo que tengan de acierto, es decir, de penetración en la índole del poema, el cual por otra parte, tiene todavía sus ingenuidades.

Creo que Ortega vió claro que aquél era comparable al aroma; porque yo, al sufrirlo, al redactarlo, no tenía otra cosa constante en mi alma que eso tan parecido al aroma y que se llama anhelo. Yo sentía una tensión ascendente, una levitación sólo equivalente a la de los místicos. Durante mucho tiempo estuve convencido de que aquello era un poema místico-erótico. Y es que, además, respondía a la lucha verdadera que libraban dentro de mí el deseo carnal por un lado y el deseo de pureza o perfección por otro.

Las palabras de J. Fernández Montesinos, extraídas de su libro “Die Moderne Spanische Dichtung” (Teubner, Leipzig-Berlin, 1927), no conocidas en español, son éstas: “Esta selva, que es a la vez la Humanidad y la Naturaleza, dentro de la cual se siente el poeta como solo entre solitarios, y en la cual expresa él su suerte y su sufrimiento, su inquietud y su angustia con fuerte acento anhelante, es, como *el mar* en el “Sendero innumerable”, un gran símbolo ético. Pero toda comparación con la obra de Pérez de Ayala termina en esto. Las diferencias entre las obras de los dos poetas son tan grandes que no permiten pensar

ni en una dependencia íntima. Ayala y Moreno van por caminos opuestos. Ayala mira al verdadero mar y lo levanta en su poema como un imperativo o paradigma ético para la Humanidad. La "Selva" de Moreno Villa, por el contrario, siendo a la vez Humanidad y Naturaleza, queda siempre en una gran metáfora. En las imágenes que ve se depositan sus propias luchas espirituales. Las diferencias no son menores en el terreno artístico: en Pérez de Ayala, el pensamiento moral está en primer plano, la estructura lógica del conjunto es indudable, la estilización de las expresiones está llevada cuidadosamente; la serie poemática de Moreno Villa, por el contrario, no presenta un contorno tan nítido, sus poesías nos parecen envueltas en sueño. También difieren fundamentalmente ambos poetas en el tono rítmico. En "La selva fervorosa" predominan los versos de catorce sílabas, asonantando entre sí o formando pareados. Más tarde (en "Evoluciones", 1918), encontramos una resonancia de Ayala, concretamente en la poesía titulada "Ritmo roto". Los trozos que reproducimos de la "Selva fervorosa" dan una idea muy incompleta de esta poderosa obra; no muestran más que el modo de hacer; hay que leer toda la creación para gustarla".

No sé porqué se le ocurrió al profesor Montesinos emparejar obras tan dispares. Acaso por ser poemas largos, cosas raras en aquel tiempo. En lo que acierta es en decir que mi poema es una gran metáfora todo él. En cambio no está enterado de que, en "Garba", mis "Sugestiones del mar" ofrecen ya el símbolo ético, y pongo como paradigmas su *equilibrio*, su *unidad*, su *gracia* y su *grandeza*. Y tampoco entrevió Montesinos lo que vió perfectamente Ortega, a saber, que las realidades se transfiguran en seguida en mis versos, se volatilizan en beneficio de otras

realidades más altas. Esta continua transfiguración es precisamente lo que imprime a mi poema la vaguedad del sueño. Del sueño y de la música.

La dificultad técnica de aquella obrita radicaba en lograr sostener la atención sin el cuento que han llevado siempre consigo los largos poemas. Yo no quería salirme de la lírica y echarme en la épica, que es narración versificada. La manera de resolverla fué desarrollar el poema en breves cantos dirigidos a un mismo fin. Por esto la insinuación narrativa está cortada a cada paso, para dejar escape al grito lírico, que era lo importante para mí. Como esto era nuevo en España, lo entendieron pocos.

En vez de escuchar la voz de éstos, atendí a la voz de la serpiente, que tildaba de barroca y confusa mi obra. Fuí débil y quise hacer otro poema claro, diáfano. Con lo cual me hice traición a mí mismo y no logré contentar a la serpiente. Me refiero a "Luchas de Pena y Alegría y su transfiguración" (1915). Hoy me resulta como un juguete sin resorte. Una alegoría ingenua y floja. La nota de alta intimidad lograda en el poema anterior se rebaja.

En "Evoluciones" (1918) vuelven a dominar las circunstancias exteriores, la Historia del arte y los viajes arqueológicos. En este libro aparecen los "Epitafios", que se diferencian de los reales en que aluden a caracteres, no a individuos. También en esto hay intimidad, pero intento alejarme de lo puramente subjetivo. Voy en busca de la intimidad del objeto.

*Pasó como una saeta
romántica, delirando.
Los corderos que pacían
se quedaron extasiados.*

*Con la brida, refrenando,
y con un sentido severo,
pasó como pasa el astro
serenamente el firmamento.*

Este incesante paso del hombre, esta cadena de seres que vienen y se van para no volver ya nunca, siendo como son a veces tan completos, tan beneficiosos, tan brillantes, ocupa muchas veces mi espíritu. Seis años después, en "Colección", volví a hacer algunos. Como se vé es el epitafio del alma ida, no el epitafio del cuerpo que se llamó Fulano de Tal y Tal, como en los cementerios. Yo hubiera querido poder radiotelegrafiarlos a las estrellas para que se dispusiesen a recibir debidamente al alma egregia que se nos iba. Tal sentimiento se expresa en el siguiente:

*Tocó la Tierra y floreció la tierra.
Sirio, Venus, ¿estáis a su llegada alerta?*

Algunos, sin embargo, son satíricos, para advertir también a los astros que quien escapó fué un pillo, un inde-seable.

*Si da con el punto de apoyo
y con la palanca arquimedea,
suspende al hombre en el vacío
quitándole de los pies la Tierra.*

¿Qué hay de nuevo en "Colección" (1924)? Por lo pronto un deseo de ponderación y paz del ánimo. Parece mentira que esté escrito en los años aquéllos de la Residencia más movidos y funambulescos.

Principio por considerar como modelos las altas montañas.

*Sin adornos, sin cambios,
en sobriedad eterna,
—un tanto arisca — lejos
y por encima de nuestros tejados.*

En esto aparece otra vez el deseo de apartamiento y el de elevación. Inmediatamente considero que mi voz está madura, y digo:

*Déjame tu caña verde,
Toma mi vara de granado.*

Me preocupa la placidez, precisamente porque la inquietud me devoraba:

*Pausadamente pasa el río
por su cauce su lomo cobalto
espejo del pájaro alto
y de la nube en desvarío.
Quien orgulloso de albedrío
vive en perpetuo sobresalto
por este afán o aquel asalto
del infortunio feo y frío,
bendice la paz monocroma,
se embelesa en el lento raso
y se abisma en la inmensidad
de este curso que huye y asoma
con el ritmo y sereno paso
del planeta en la eternidad.*

Este libro es muy rico en temas; contiene canciones, coplillas, sentencias, epigramas eróticos, poesías descriptivas, saludos y maldiciones de mendigos y gitanas, pero lo importante para mí ahora es destacar la tónica que lo informa. Y ella es de serenidad y tranquila melancolía.

*En la orquesta difícil de la vida
llevas aquél motivo sordo y lento
que punza en el más íntimo aposento
y despierta la llama empobrecida*

No puede estar más claro que la serenidad es aparente, externa o de tono. Por dentro va la procesión, como se dice vulgarmente. Acá y allá se descubre el sinsosiego:

*Mar de obsesión,
mar de locura,
mar del que ya no puede con sí mismo.*

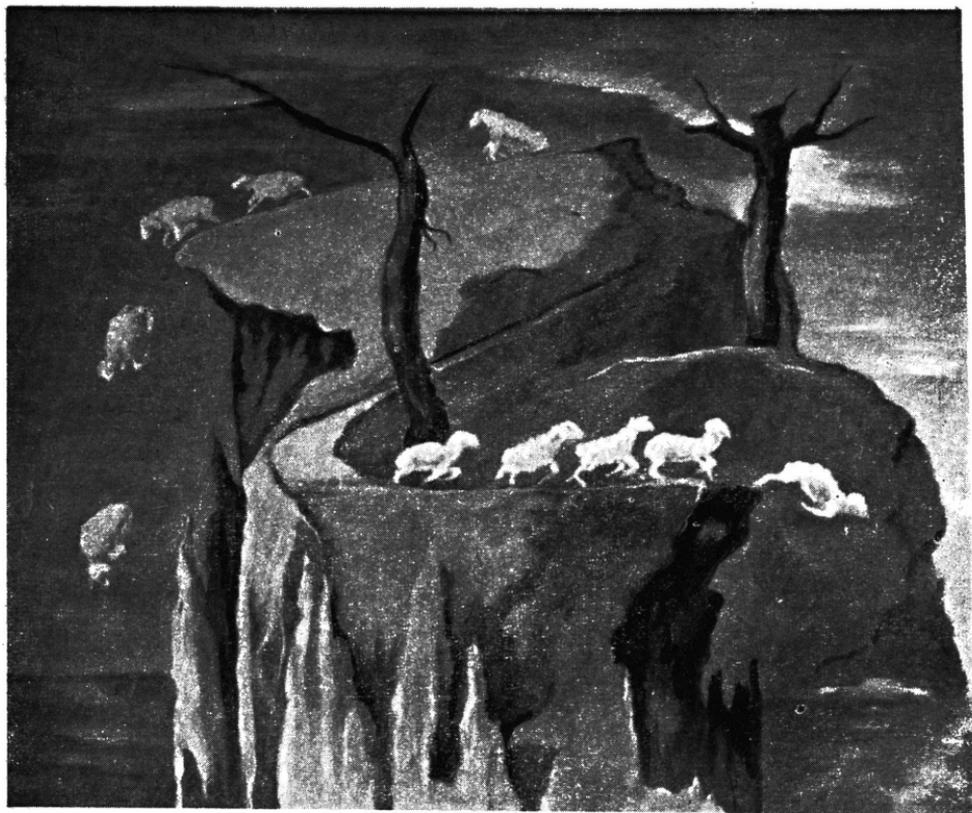
Aunque la tónica y la forma de estos poemas sean muy distintas de las de "La selva fervorosa" —aquí atormentadas, allí serenas— hay en ambos casos la misma terrible lucha interna entre la fuerza destructora y la del bien o de la perfección. Si hay un momento en que me parece ver la Luz de la Epifanía, la luz que conduce a los magos, en otro no veo sino laberinto que lleva a la nada.

S T E L L A

*Tú fuiste la luz tranquila
clavada en la inmensidad
pavorosa de la vida.
Yo vagaba lastimero
turdiéndome las entrañas
en las malezas del suelo,
como vagaba el bicho rudo
por la estepa —sed y hambre—
en la noche sin refugio.
De repente, sobre un pico*



Cabeza de Don Quijote
Oleo, 1943



Corderos al abismo

Oleo, 1943



En el
estudio
1940

serrano del horizonte,
apercibi mi destino;
Eras tú, la luz tranquila
clavada en la inmensidad
como luz de Epifanía.
No supe al pronto pensar
ni comprender el misterio;
mas tu dulce claridad
ungió la raíz del alma.
Sentí dentro de los párpados
un bailoteo de lágrimas.
Nada más. Todo el contorno,
lleno de padecimientos
y encabritados demonios,
tornó a la nada. Yo, libre,
recomencé la existencia.
Hoy contemplo mis humildes
manos, esparcidoras
de la simiente lozana
que cubrió lomas y lomas,
y confieso que mi vida
no es más que la potestad
de tu dulce luz tranquila.

Este es el momento de la fe. Veamos ahora el contrario:

UN VUELO, NADA.

Pasó con vuelo incierto
por el jardín sombrío
la mariposa blanca.
La seguí por el viento,
por encima del río
y de la azul montaña.
No pensaba en el tiempo
ni en los seres queridos
ni en la ignota distancia.

*Era el instinto abierto
 a la flor del estío
 y a toda la fragancia.
 De aquí su vuelo incierto,
 su vaivén raquítico,
 su liviandad fantástica.
 La seguí por el viento,
 más allá de los ríos
 y los montes del mapa.
 Nos perdimos en medio
 de un verde laberinto
 fabricado en la nada.
 Es el destino,
 del alma.*

Pero a esta lucha interna, intelectual y religiosa, se añadía la de la carne, la sexual, como en "La selva ferrosa". Veamos este poema:

A N H E L O S

*Alondra de mi silencio,
 icanta, pero acércate!
 quiero música y cuerpo.
 Alondra de mi silencio,
 como en tu voz
 vibrará en tus ojos lo inmenso.
 Alondra de mi silencio,
 me estremece tu canto
 como a las hojas el viento.
 Alondra de mi silencio,
 vale la vida por ti
 lo eterno.*

Se puede pensar que a tal estado de lucha me conducía la educación religiosa; que yo seguía viendo en "mun-

do, demonio y carne" los enemigos del alma. Es posible que subconscientemente hubiera algo de esto; pero también había la firme creencia de que caer en la fascinadora red de Eva era incapacitarme para la tarea absorbente de la creación artística. La cual no admite respiro. Mi problema fundamental ha sido ése y no salí de él hasta que vino la catástrofe, con la expatriación, y se vinieron abajo todos los puntales de mi espíritu. Crisis terrible que me duró varios años.

Tres citas más he de hacer de este libro. La primera porque se refiere al sentido de la vista:

*Ojos maravillados
que asistís al concierto
sigiloso del mundo
mil veces más etéreo
y sutil que la música.*

La segunda porque alude a algo permanente en mí: la interinidad.

*Vivo, en efecto,
bajo la inminencia
de un cambio perpetuo.*

Y la tercera porque vuelve a otro tema frecuente:

LOS CONTRARIOS

*Un mirlo se paró en el almendro:
En busca de lo blanco, lo negro.
Todos vamos,
con ansia de complemento,
si somos tierra,*

en busca de cielo;
si somos aire,
en busca de encierro;
si somos quietud,
en busca de tormento;
si somos fuerza,
en busca de blando misterio.

Sobre la novedad que "Jacinta la Pelirroja" (1929) acusaba, ya he dicho lo bastante. Aquí me queda por añadir lo que acusaba de antiguo en mí, es decir, lo que por repetirse puede tomarse como específico de mi ser. Hay que buscarlo, naturalmente, en la parte central del libro, dedicada a iniciar a Jacinta en la poesía. Por lo pronto encontramos esto:

CAUSA DE MI SOLEDAD

No es afán de apartamiento,
sino atención al secreto.
Soy yo mi medio.
No es orgullo ni desdén,
sino hambre de conocer.
Soy pico y pared.
La solución de los otros
no me basta, siendo asombro.
Soy mi piloto.
Quisiera morir habiendo
sido poeta, carpintero,
pintor, filósofo, amante y torero.
¡Ah! Y cantor negro
de un "jazz" que siento
a través de diez capas del suelo.

Atención al secreto, es decir, estar alerta para entrar y descubrir lo que las cosas y el mundo espiritual tienen

oculto a la vista corriente, pasajera. Por eso digo que quisiera haber tenido esos varios oficios o actividades. Me aparto, pues, para llegar a la intimidad de las cosas. En primer término, a la de la poesía.

Otro aspecto que no traté antes al hablar del libro es su absoluta dependencia de las circunstancias. Si no hubiese conocido a Jacinta y no hubiera hecho el viaje a Nueva York, no existirían los poemas que lo integran.

¿Por qué insisto tanto en este aspecto circunstancial de mis poemas? Y cómo se concilia dicho aspecto con aquellas palabras de Ortega: "Se halla exento de aquel mínimum de realidad que el simbolismo conservaba"?

Insisto en lo primero porque con ello acuso la unidad o uno de los elementos de unidad que hay en mi aparente disgregada producción. Pero, además, porque no quiero parecerme a los poetas que parten de cosas no vividas por ellos.

En cuanto a la segunda pregunta diré que esas realidades vividas me sirvieron de trampolines para pasar a otro plano, al de la transfiguración. Puede ser que no siempre haya tenido presente este deseo volatizador. En ese o esos casos mi poesía es nula, sin resorte.

No quiero citar nuevas *carambas* ni señalar en ellas los contactos con la realidad o con la intimidad. Son demasiado evidentes. Reconozco que hay en ellas una prociadad que nadie esperaba de mí y reconozco que ella me dura varios años, hasta que publico "Salón sin muros" que es de pocos meses antes del levantamiento militar. Reconozco que tal cosa es perderse el respeto a sí mismo. Pero hay momentos en la vida en que es preciso poner la lengua a rechinar contra las guijas. Son momentos de pasión y nublazón de la vista. Fué la estridencia

de aquella época final. Final de una España y de una Europa. En medio de tanta procacidad aparecen estas palabras que suenan a vaticinio:

No sería nada extraño que la Humanidad se pegase un tiro delante de la Sociedad de Naciones.

(Puentes que no acaban, 1933, p. 37)

Qué modorra gris y qué desconcierto de ametralladoras en la vertiente de las circunstancias.

(Idem, p. 39)

Para mí es indudable que la peripecia de Nueva York opera un cambio en mi poesía, como lo opera también más tarde la sublevación y guerra civil. Aquella, le presta una soltura o, mejor, desenvoltura que nunca tuvo, y ésta un aplomo y una severidad que espero sean definitivos. Pero, a pesar de tales cambios, la línea de intimidad y de concentración puede seguirse lo mismo en "Puentes que no acaban", "Salón sin muros", "Puerta severa" y "La noche del verbo" que en los libros anteriores. Esta línea tendrá más temperatura en unos momentos que en otros, pero es la misma. Siento no poder trazar una gráfica térmica. Con el tiempo llegarán a eso los críticos.

XVII

LA HORA DE LA CATASTROFE

ESTA HORA SE venía preparando. Todos teníamos la sensación de que no era una hora como las demás del reloj, sino la de acabar de una vez. Ya nos habíamos acostumbrado al estado de guerra, a ver las calles con soldados esparcidos portando sus carabinas. Pero el trajín de carros de asalto, con sus flamantes guardias, las insistentes huelgas (tengo entendido que 3,000 en un año, siendo ministro Largo Caballero) el estado caótico de Andalucía, lo de Asturias, con su bárbara represión, el Cardenal Segura con su bárbara ceguera, Gil Robles y Lerroux con sus tortuosos sistemas, "El Debate" echando leña, Unamuno avisando que se cernía la lucha civil, Calvo Sotelo retando imprudentemente en las Cortes, todo acusaba la tensión agresiva, pero de una agresividad mortal. He aquí un artículo mío publicado año y medio antes del estallido, el 26 de enero de 1935 justamente. Pertenece a la serie de "Pobretería y locura" y su título es:

YO LOS MATABA A TODOS

¿Cuántas veces oye uno la bárbara frase a lo largo de estos días de locura? Y proferida con saña, amartillándola con un ademán duro, contrayendo los músculos faciales y enseñando los mordientes cuernecillos de las encías.

¿Quiénes son los que matarían y quiénes los dignos de ser

sacrificados? Porque yo tengo oída la frase a buenas amas de su casa, a señorones de aparente ponderación, a oscuros transeúntes, a destacadas personas que llevan trajes profesionales, a mozos y charlatanes de café. Por eso la recojo aquí, porque la frase que flota y domina en las conversaciones es siempre aviso del tiempo y del alma del tiempo. En este caso, borrascoso, tenebroso. Al parecer, todos somos dignos de muerte y todos queremos darla. Un veneno cruel nos circula por la sangre, una toxina de locura. La lleva lo mismo ese cardenal requetehispánico, hecho de nudos de chaparro, que el dubitativo diplomático. Se oye el espíritu de venganza en los cuartos de banderas, en las sacristías, en los cafés y plazas, en torno a las camillas del brasero. . . Y a la hora de dormir, que debiera ser hora de contrición por lo que el sueño tiene de muerte, la mujer le dice al marido: 'Yo los mataría a todos.'

Creendo que esta atmósfera de locura se condensa exclusivamente sobre las poblaciones de algún tamaño, sale uno en busca del campo y de la aldea. La primera impresión es reconfortante. Aquel boyero que surca la loma con sus bueyes y el arado debe de llevar dentro la paz que hay fuera, porque, al fin y al cabo es también un pulmón: exhala lo que aspira.

Y esa mujer que lava en el pilón, y ese hombre que maja esparto, y ese otro que abre caminos al agua de riego, y aquél que pasa con el borriquillo y la vara de acebuche, destacados en esta soledad, en este anchuroso aislamiento que dan los pueblos a sus moradores, y que tal vez origine nuestro individualismo, ¿no alentarán también la paz que el boyero visto en las afueras?

No vale fomentar ilusiones. El aldeano ignora muchas cosas, barrunta otras y tiene de algunas muy erróneas ideas, pero su deseo de paz y de justicia topa y es herido de tarde en tarde o frecuentemente. Habla poco, almacena heridas y, alguna vez, cuando pasa alguien —alguien que es representativo de algo— amartilla la frase: 'Yo, los mataría a todos'.

Hay verdadera ansia de exterminio. Y se extiende más allá de las personas: todavía no se dice: 'Quisiera acabar con todas las cosas', pero se hace. En esta vorágine de pobreza y locura,

hay quienes van a la destrucción de las llamadas cosas. Y no se piense en los anarquistas ni en los fichados como profesionales peligrosos. Los destructores temibles para el Estado y para la nación son ese alud de ventajistas, aprovechados y logrerros, incompetentes todos, que por militar en partidos numerosos tienen derecho —lo que llaman derecho— al mando. Nuevos vándalos que, enloquecidos por los gajes en perspectiva, no pueden columbrar lo nauseabundo de su pobreza y lo miserable de su locura.

España está bajo el espíritu de Sade. El ensueño de los surrealistas franceses lleva camino de realizarse en este país, que, por otra parte ha sido siempre tan cariñoso y digno, sensual y generoso. Se diría que la semilla de aquellos dos ejemplares de crueldad del tiempo de la Dictadura prendió en nosotros todos, fomentada por el soplo del Dios de la venganza, del terrible Dios del Sinaí.

No toda España es Asturias, pero toda ella lo es un poco. La toxina sádica corre por las venas de quienes visten sobrepelliz, cazadora galonada, jersey de blando vellón, tricornio, escapulario, zamarra y blusa.

¿Es que vamos a seguir en esto mucho tiempo? Por la zamarra debiéramos agarrarnos unos a otros y zamarreándonos gritar: "Eh, despierta. ¿No ves cómo estás? ¿No ves lo que haces? ¿Lo que deshaces?"

Presiento que algún lector me interrumpirá de buen talante para advertirme que la causa de todo lo que ocurre es muy sencilla, y que ando despistado al citar a Sade o aludir a los verdugos famosos de hace pocos años; que la causa o mal de fondo es universal y archisabida.

Haciendo caso a tal presentimiento, le dije al lector que tampoco tome el rábano por las hojas, porque de lo que me duelo en este apunte no es del motivo revolucionario, sino de esa forma de lucha y de contralucha que, a todas luces, es locura sádica, sadismo bárbaro.

En resumen, de lo que se debe doler toda persona cabal es de que se sienta y se diga esa frase del título y de que en la práctica

de la contralucha puedan llevarse a cabo ferocidades que ni por pobreza ni por locura se perdonan a un régimen.

Ya no sé el tiempo que llevábamos en esta tensión, en esta precursora guerra de nervios que se acusa en éste y los demás artículos que escribí por entonces.

Creo haber dicho que a principios de junio del 36 fui a Málaga porque mi padre agonizaba, y que desde el cuarto donde yacía vi pasar una muchedumbre detrás de un féretro. Una verdadera manifestación, con gigantescas coronas. Mi padre, al ver que mirábamos por las persianas, preguntó: ¿Qué es? Le dijimos que un entierro popular con mucho séquito. Y él agregó aquéllas sus últimas palabras: "Mucho he visto, hijos, pero ustedes van a ver más".

Este más fué colmado. En Málaga estaban en pugna mortal las dos grandes organizaciones obreras y cada día caía un obrero de uno de los bandos. La cosa no era, pues, tan simple como se decía; no era la lucha del pueblo contra tales o cuales poderes tradicionales, sino del pueblo con el pueblo además. Es decir, que la clase baja estaba tan dividida como la burguesa, y como la militar y como la eclesiástica. Estábamos, pues, en guerra civil. Y no comprendo cómo no veían claro aquel fenómeno los que teniendo el poder tenían más datos informativos que un hombre como yo alejado de todo núcleo político, sumido casi todo el día en los mundos de la pintura, la poesía y la historia.

Volví a Madrid y a la Residencia cuando ésta se hallaba en pleno curso de verano, inundada de jóvenes yanquis como otros años. No sé si había ocurrido ya la muerte de Calvo Sotelo. Veo a Miguel Maura gesticulando desesperadamente en un lugar tan tranquilo como los jardines del

Museo de Historia Natural, donde yo leía todas las tardes. ¿Qué habrá pasado para que este hombre político no esté en el parlamento y, en cambio, esté aquí conversando de manera tan acalorada con su amigo?

Estalla la rebelión militar e inmediatamente se produce un cambio de actitud en la servidumbre de la Residencia de Estudiantes: unas cuantas mujeres aleccionan a las demás y comienzan a mirarnos como a burgueses dignos de ser arrastrados. Un escribiente de la oficina se enfrenta con la Dirección y pide que se le entregue el dinero de aquella casa. Jiménez Fraud puede escribir sobre aquellos levantamientos internos de gentes que se respaldaban con la amenaza del "paseo". Huyeron las chicas americanas, huyeron los estudiantes en casi su totalidad. Los que permanecimos allí nos congregábamos con la servidumbre a escuchar las noticias emocionantes de la radio. Recuerdo aquel discurso de Indalecio Prieto asegurando que la victoria sería del Gobierno porque éste tenía el dinero. Más tarde pudo aprender que no le valía de nada, porque nadie quería venderle armas al poder legítimo.

Para que los elementos incontrolables no se incautasen de la Residencia alguien consiguió que se estableciera en ella una escuela infantil, de niños pobres o huérfanos. Con ello comenzó su naufragio o inseguro destino. Mientras tanto, se refugiaban en ella algunas personas amigas que temían por sus vidas; entre ellas Ortega y Gasset y el profesor Ramón Prieto, que había sido Subsecretario con Lerroux. A éste quisieron sacarlo de allí para asesinarlo, pero pudo escapar.

Ortega estaba bastante grave del hígado. Parecía un esqueleto. Durante las charlas que tuve con él no aludió para nada a lo que nos rodeaba. Me recibía con mucho

agrado; yo creo que le causaba impresión la tranquilidad que yo le mostraba viniendo de mi Archivo como en tiempos normales. Me preguntaba por mis investigaciones sobre los bufones y hasta me pidió algunos datos sobre corridas de toros para la Enciclopedia taurina que hacían en Calpe por iniciativa suya. Cuando desapareció de la Residencia pensé que no le vería más; tan acabado le encontraba.

La situación se fué haciendo cada vez más violenta y enrarecida en aquella nuestra casa. Desapareció la Escuela infantil y la sustituyó una división motorizada, que siquiera nos podía defender de cualquier asalto de los criminales. Todas las noches oíamos descargas de fusilamientos en las cercanías; y cuando nos levantábamos oíamos contar a las criadas cómo eran las víctimas de los famosos "paseos". "El de hoy era un señorito fascista, tenía zapatos de charol y estaba envuelto en la bandera monárquica. El de ayer era un pobre de alpargatas". Se fijaban mucho en el calzado y en las manos.

Después de oír esto me iba al Archivo y me recibía el portero con una noticia espeluzante: "Le dieron el paseo al mozo Tal de la Biblioteca. Hoy apareció muerto en la Cuesta de las Perdices el Administrador Sr. Anguiano. Hoy se llevaron de su vivienda al Sr. Casas, lo llevaron a la Checa".

Cuando se agudizó el cerco a Madrid y la metralla penetraba por las ventanas del Archivo, dejé de ir. Hablé con Navarro Tomás, por ser viejo funcionario del Cuerpo de Archivos, y me dijo que debía inscribirme en las milicias de la FETE. Aquella misma tarde lo hice. Por cierto que al ir en busca de Navarro, a la Calle de Medinaceli me encontré de pronto solo en la Plaza de las Cortes al

tiempo que pasó un auto, volado, lleno de forajidos que asomaban sus escopetas por las ventanillas y me miraron con sospecha. Si hubieran podido contener la velocidad excesiva que llevaban o la prisa que tenían y me hubieran reclamado papeles de identificación a estas horas sería polvo en cualquier derrumbadero madrileño. Porque yo andaba sin papeles de filiación alguna. Madrid estaba verdaderamente medroso, en esta época de los incontralables. Y es curioso el fenómeno del miedo: no lo sentía cuando bombardeaban, ni ante la posibilidad de que cayera en manos militares enemigas, pero sí cuando se acercaba el hombre fiero, que sin saber leer ni entender las explicaciones exigía papeles de identificación.

Después de los primeros tiempos malos en que salía a buscar comida en las tascas o cigarrillos de vendedoras clandestinas, me encerré en la Residencia, donde ya no quedábamos más que cuatro civiles (y la servidumbre. Se había convertido en cuartel de guardias de asalto. Estaba sucia. No había agua caliente, se tenía uno que duchar con agua helada en el mes de noviembre, pasar el día sin hacer nada, oyendo los cañonazos, el bombardeo y la fusilería, y bajar al comedor para no comer más que un platillo de lentejas.

Las sirvientas, a pesar del cambiazo, nos preguntaban si las cosas iban bien y cuánto durarían. Yo las reconfortaba diciéndoles que unas semanas más.

Las noches eran penosas, porque teníamos que vivir en una penumbra intensa. Nos reuníamos Don Angel Llorca y yo; algunas veces acudía García Pelayo, que estaba militarizado y era oficial de enlace con las tropas destacadas en Guadalajara.

Don Angel tendría cerca de setenta años y era un ejem-

plo de rectitud. Usaba barba, se sacaba todas las noches el ojo de cristal para lavarlo y al hacer esta operación, estornudaba, porque se le enfriaba la cuenca vacía.

Viéndole día y noche llegué a pensar que debía yo dejarme la barba también. Después de todo, y en aquellas circunstancias ¿no era estúpido ponerse delante del espejo a afeitarse? Así, al cabo de un mes yo era otro, un individuo que se parecía a Cambó, a Cossío y a algún personaje del Greco.

Una de las pocas salidas que hice en los últimos tiempos fué para visitar a un compañero, Pepín García, que estaba encamado en el hospital que se improvisó en el Casino de Madrid. Era socialista, de la fracción de Besteiro, y había conseguido que le hicieran comisario político. Nadie hubiera sospechado el temple de aquel muchacho de veintidós años viéndole una carita de niño imberbe y oyéndole hablar en un tono dulce y bajo. Lo encontré deshecho, con tres heridas mortales, en el vientre, en una pierna y en la cara. Debía de sufrir mucho, pero no se quejaba del dolor ni de su suerte. Como yo le dijera: "Pero, hombre, si usted nunca fué militar. . .", me contestó: "Había que hacer algo". A los dos días, murió. Lo sentí como a un hermano. Sus padres no tenían otro hijo. Eran de Colmenar de Oreja, provincia de Madrid, donde gozaban de la mejor casa del pueblo y del mucho cariño de la gente. Inteligente, humilde en el trato, laborioso, Pepín García y García no ha figurado como héroe en ningún papel de propaganda. Yo siento no tener un retrato suyo para incluirlo en este libro. Fué un *residente* perfecto.

De repente, sumido yo en aquella inactividad, sentí precisión de escribir unos poemas. Mi musa se me apareció

vestida de miliciana. Con severo semblante me dictó lo siguiente.

EL HOMBRE DEL MOMENTO

Botas fuertes, manta recia,
fusil, pistola: es el hombre.
Barba hirsuta, barba intonsa,
salivas e imprecaciones;
pisar duro, mirar fijo,
dormir vestido: es el hombre.
Es el hombre de la hora.
No se vé más que este hombre
en calles, trenes, portales,
bajo lluvias, bajo soles,
entre sillas derrumbadas
y fenecidos faroles,
entre papeles mugrientos
que el cierzo invernizo corre.
Toda la ciudad es suya
y nada le importa dónde
reclinará su cabeza
con fatiga de diez noches.
Parece que no ha tenido
ni piaras ni labores
ni familia que lo cuide
ni mujeres en que goce.
Bebe, canta, riñe y cae,
porque caer es de hombres.
No sabe de casi nada
(pero ese casi es de hombres).
Sin embargo, quiere cosas,
(que este querer es de hombres).
Quiere verse libre, sano,
(como deben ser los hombres)
Quiere verse dueño y uno

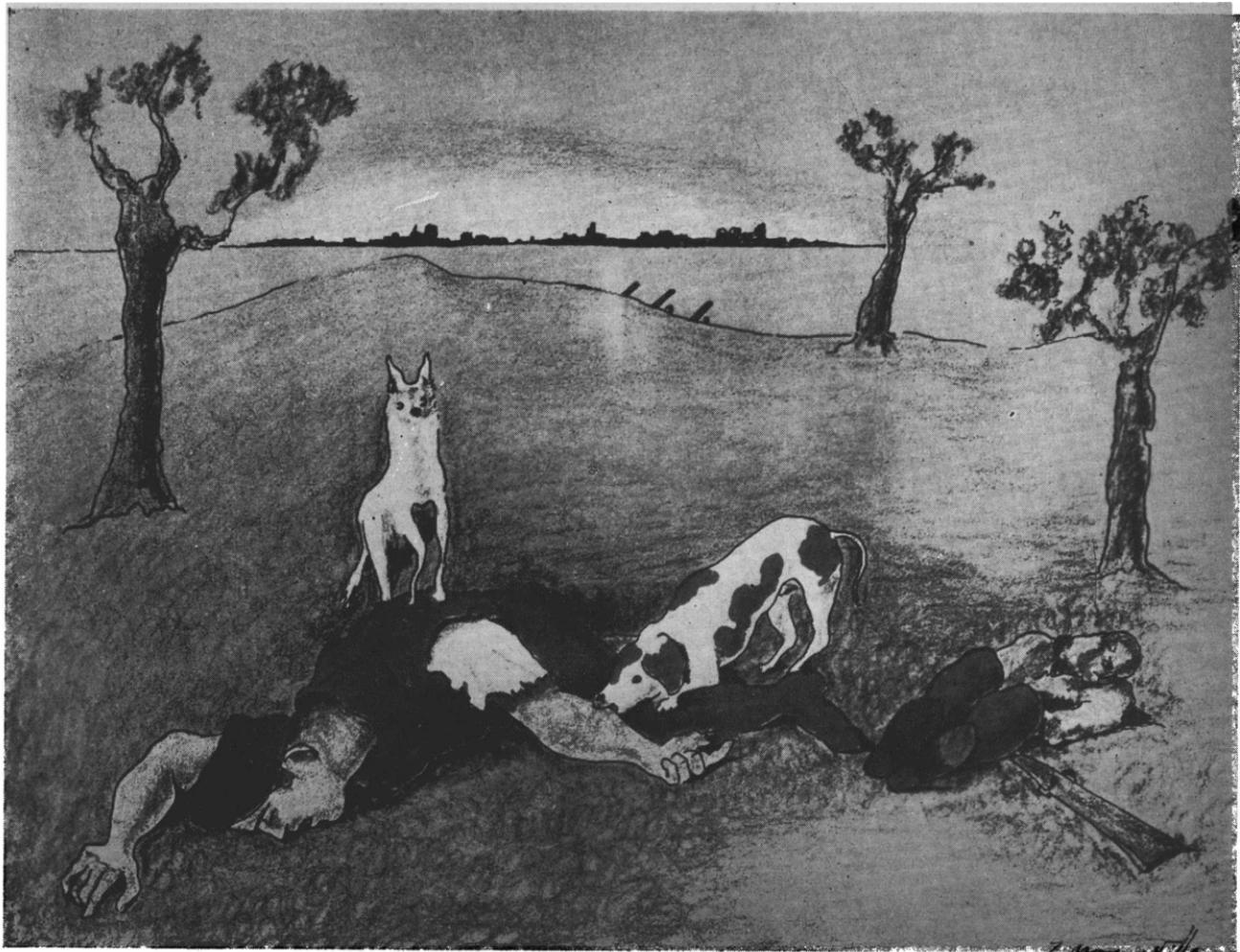
con todos los demás hombres.
 Quiere libro, pan, respeto,
 cama, labor, diversiones
 y todas las cosas buenas
 que hace el hombre para el hombre,
 o da la Naturaleza
 para que el hombre las tome.
 Bajo la lluvia inverniza
 y entre los graves cañones,
 le veo por la ciudad
 devastada, serio y noble,
 como un vástago que busca
 su raíz. Este es el hombre.

(Madrid, 21 de Nov. del 36)

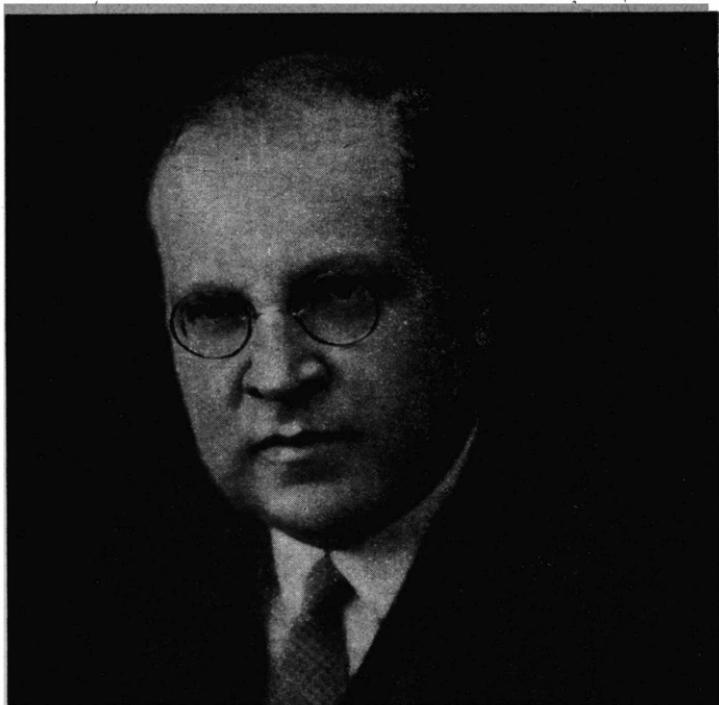
ESTAMPA DE MADRID, FRENTE DE LUCHA

Tarde negra, lluvia, fango
 tranvías y milicianos.
 Por la calzada, un embrollo
 de carritos sin caballos
 o jumentos con el mísero
 ajuar de los aldeanos.
 Caras sin color que emigran
 de los campos toledanos,
 niños, viejos,
 mujeres que fueron algo,
 que fueron la flor del pueblo
 y hoy son la flor del harapo.
 Nadie habla. Todos van,
 todos vamos,
 a la guerra o por la guerra,
 en volandas, o rodando,
 a millares, como hojas
 en el otoño dorado.
 Pasan camiones de guerra

Frente de Madrid
Litografía en color,
1937



**Genaro
Estrada**



**Eduardo
Villaseñor**



y filas de milicianos
entre zonas de silencio,
lluvia y fango.
Pasan banderines rojos,
delirantes, desflecados,
como nuncios de victoria
en las proas de los autos
mientras las mujeres hacen
"colas" por leche, garbanzos,
carbón, lentejas y pan.
Los suelos están sembrados
de cristales y las casas
ya no tienen ojos claros,
sino cavernas heladas,
huecos trágicos.
Hay rieles del tranvía
como cuernos levantados.
Hay calles acordonadas
donde el humo hace penachos
y hay barricadas de piedras
allí, donde nos sentábamos
a mirar el cielo terso
de este Madrid confiado,
abierto a todas las brisas
y sentimientos humanos.
Confundido, como pez
en globo de agua, deshago
mis pisadas por las calles.
Subo, bajo,
visito las estaciones
del metro. Aquí, como sacos,
duermen familias sin casas.
Huele a establo;
se respira malamente.
Subo, salgo
vuelvo a la tarde nublada.

*Me siento como encerrado
 en un Madrid hecho isla,
 sólo en un cielo de asfalto
 por donde cruzan los cuervos
 que buscan niños y ancianos.
 Tarde negra, lluvia, lluvia,
 tranvías y milicianos.*

(Madrid, 22 de Nov.)

REVELACION

*Roto el encanto de la paz,
 Vino la locura primero;
 y en seguida la guerra tenaz
 que te llevó en sus garras de acero.
 Supiste, entonces, lo que nunca
 hubieras visto ni soñado:
 que si la guerra todo lo trunca,
 nos revela el solar amado.
 Antes vivías como en Babia
 creyéndote ciudadano del mundo;
 mas ahora aprendes, con rabia
 a querer lo tuyo profundo:
 lo que te rodea y sostiene,
 lo que te alegra y te mantiene,
 lo que te impulsa y te previene,
 lo que te capta o te retiene.
 Somos de esto y nada más.
 Y esto de que somos cautivos
 es lo mejor y es, además,
 nuestro destino.*

EL AVION NOCTURNO

*Apodérate de la noche
 pajarraco de mala entraña
 y apodérate de los cuerpos*

*indefensos bajo las sábanas.
 Ven y hunde, destroza y quema;
 salgan cunas por las ventanas,
 rueden ancianos impedidos
 entre cascotes, hasta la calzada.
 En la negrura de la noche
 esconde tu proeza de infamia,
 desarticula hogares tibios,
 desmembra familias de un alma.
 Toda la fuerza es tuya, tienes
 un pueblo dormido y sin balas.
 Ensáñate, que nadie te ve;
 la noche sin luna te ampara.*

(Madrid, 23 de Nov.)

DESCANSO DE UN MILICIANO

*Este lobezno que roe su pan
 ¿en qué pensará?
 Mientras los buitres enemigos
 agujerean la ciudad,
 este lobezno roe su pan
 sin una sonrisa ni un ademán.
 Tendido en la broza, ¿pensará
 por un acaso en la que allá
 quedó mirándole marchar?
 ¿O acaso piensa en que le ronda
 la muerte sin pestañear?
 Este lobezno, este lobezno
 es la propia serenidad.*

(Madrid, Nov.)

FRENTE

*Este es el frente; aquí no hay
 el menor asomo de juego.*

Ya no valen literaturas;
 este es el frente duro y seco.
 Es la bala y el cuerpo humano,
 es la tierra y el cuervo siniestro,
 es la cabeza, y es la mano
 y es el corazón contra el hierro.
 Es subir y bajar cañones
 por lomas atónitas de miedo.
 Es aguantar cuchillos y cascos
 sin moverse del parapeto;
 es acompañar a los tanques
 monstruosos en sus sóndeos;
 es no beber y no comer
 y no dormir un día entero;
 es salir con la frente alta
 o en la lona del camillero.

(Madrid, Nov.)

MADRID Y SUS ENEMIGOS

Yo los vi sobre la loma
 de Carabanchel un día,
 luego, en la Casa de Campo,
 entre arboledas tranquilas.
 Estaban lejos y eran
 como pequeñas hormigas.
 ¡Quién pensara que de aquellas
 motas de la lejanía
 vinieran kilos de hierro
 sobre la rosada Villa!
 Los vi desde una ventana
 que el Campo del Moro enfila
 y todo el Pardo y la sierra
 que a Velázquez complacía.
 Ya está cerrada. No hay paz
 propicia para la vista.
 No hay más que truenos, cañones,

tambores y algarabía.

Todos aquéllos que vi
en Carabanchel un día,
vienen a quitarme esto
que es tanto como mi vida:
el libro, el lecho, el hogar,
hasta el aire que transita
por los barrios de Madrid,
aire de la cumbre limpia.

Yo sé que en el mundo hay
pueblos de gran maravilla,
barrios enteros de magia
y rincones de poesía;
pero, en el trance de hoy,
me parecen las Vistillas,
la Moncloa, Chamberí,
Castellana o Buenavista
las cumbres de lo mejor.

Son pedazos de mi vida
sembrados de sentimientos
y vivencias infinitas.

Son yo mismo y son también
tú y vosotros y las vidas
buenas o malas que el tiempo
arrebato en su codicia.

Somos nosotros y son
Velázquez, Goya y Cetina,
Lope, Calderón y el Greco,
Cervantes, Chueca y Zorrilla.

Somos todos esas casas
que el bombardeo aniquila.
Los balcones desprendidos
o los techos que se abisman
no son balcones o techos
de una ciudad de película,
sino pedazos de todos
nosotros, de esta familia

*hispana, sensual y anárquica,
 un poco mal avenida
 pero siempre generosa
 como la fuente más viva.
 Que me desmientan si no
 los cóndores de las Indias,
 las rutas del Océano
 y Europa, que nos olvida,
 o se acuerda de nosotros
 para hundirnos en ruinas.*

(Valencia, Enero de 1937.)

Irrumpí en romances sin darme cuenta porque el aire que se respiraba era marcadamente popular. Luego vi que esto les pasó a casi todos los poetas, llegando a formarse un grueso Romancero de la Guerra.

El día 28 de noviembre leí en el "A. B. C." que el Ministerio de Instrucción Pública sacaría de Madrid a los intelectuales. Hablé por teléfono a Navarro Tomás y me dijo que me comunicase con Sánchez Arcas. Este se sorprendió de que yo siguiese en Madrid y me dijo que preparase un pequeño equipaje y estuviese listo para salir a la mañana siguiente.

Pasé la noche intranquilo, comprendiendo que la salida podía ser definitiva. ¿Qué sería de todo lo acumulado en aquel cuarto durante 20 años de trabajo? ¿Qué cosas me llevaría conmigo? Todas eran preciosas para mí. "No sacaré nada; puede ser que dentro de unos días volvamos todos", pensé para engañarme.

El jardinero, el buen Marcelino, me acarreo la maleta desde casa a la de Miguel Prados, el psiquiatra que también era sacado. Abandoné al compañero Don Angel Llor-

ca con profunda emoción, asegurándole que haría porque los trasladasen en seguida.

En casa de Prados me enteré que nos daban un banquete de despedida en el Cuartel del Quinto regimiento, cosa que me pareció fantástica. ¿Un banquete en aquellas circunstancias? ¿Pero es que había comida para banquetes?

Comida y entusiasmo, vinos y discursos llenos de emoción. El Quinto regimiento estaba compuesto por comunistas. Ellos fueron los que se preocuparon de sacar de Madrid a los artistas e intelectuales. Allí vi a los que habían de ser mis compañeros de viaje. Al Dr. Don Pío del Río Hortega, a Antonio Machado, al pintor López Mézquita, al pintorazo Gutiérrez Solana, a Juan de la Encina, al Dr. Márquez, al escultor Victorio Macho, a Navarro Tomás, al psiquiatra Dr. Sacristán. Y a todos con sus familiares. Nos acomodamos en dos grandes camiones amparados por milicianos bien pertrechados, jóvenes comunistas sumamente discretos y atentos con los viajeros. Salimos al atardecer. A las nueve estábamos en Tarancón, el paso difícil, el pueblo donde la FAI dejó aterradora fama.

Arrebujados en nuestros abrigos, bajamos de los camiones y fuimos conducidos a una casucha oscura, donde habían puesto unas largas mesas y unos bancos. La estancia estaba alumbrada por candiles de aceite o por velas colocadas en los extremos. Nuestros cuerpos proyectaban sus sombras en los platos y no veíamos bien para comer. Unos hombres toscos y bruscos nos traían la comida. Yo me figuraba en deportación a Siberia, y sentía de golpe una gran ternura o amor por los niños que iban en la comitiva y por aquellas madres burguesas que jamás habrían

cenado en un local tan lleno de sobresalto mudo, de terror latente.

Por otra parte, gustábame vivir una experiencia como aquélla, tan áspera. Después de la cena nos separamos. Los que nos habían servido la comida nos señalaron albergue para dormir. A mí me tocó ir con Miguel Prados, su mujer y sus dos hijas, a una de las mejores casas del pueblo. En la puerta había un hombre con fusil y mala cara, que nos recibió diciendo: —¡Ah, vamos! Ustedes son de los sabios. Yo entablé un breve diálogo:

—¿De quién era esta casa?

—De unos marqueses.

—¿Eran madrileños?

—No, de Bilbao.

—Venían aquí por temporadas nada más ¿verdad?

—Sí.

—Y ahora ¿dónde están?

—Tranquilos.

—¿Pues...?

—Los matemos.

La casa era lujosa y de mal gusto. Todo el patio estaba vestido de azulejos. En el antepecho del segundo piso se desarrollaban las aventuras del Quijote en el mismo material decorativo. Por todas partes se veían destrozos: alfombras arrancadas de las escaleras, sillones de terciopelo desgarrados, libros de ejecutoria tirados en el jardín.

Nos indicaron que debíamos subir y en silencio nos llevaron a un dormitorio en que había una lujosa cama doble y unos imponentes retratos modernos de los marqueses; ella, de cuerpo entero y vestida de blanco, descotada y con larga cola enrollada; él, de medio cuerpo, sentado en una butaca y llevándose un puro a los labios.

Yo sentí cierta angustia ante la perspectiva de dormir en aquella pieza. Por fortuna nos dijo el guía que estaba destinada para unos comisionados rusos. Nos llevó a otra seguidamente y nos indicó que allí podíamos quedarnos los hombres. A la mujer de Prados, Micaela, y sus hijas, les señaló otra que yo no vi.

Nos tendimos en las camas sin desnudarnos. Yo tuve que poner no sé qué trapo sobre la almohada para no percibir el olor a mal cosmético que despedía. Me dormí pensando en los marqueses y en el diálogo breve sostenido en la entrada. Aquel "los matemos" tenía su terrible face-ta recargada por la modificación prosódica. Era más personal que el "matamos". *Maté-mos* conserva la primera persona del pretérito: *maté*, y le añade el "mos" como paliativo, como para repartir con los demás la fechoría. "¿Los habrá matado ese que habló conmigo? ¿Y estarán enterrados en el jardín?" Con estas ideas me quedé dormido.

Antes de acostarnos, el individuo que nos llevó al dormitorio nos dijo que no nos sorprendiera la entrada de un ruso, el cual tenía que pasar por donde estábamos nosotros para llegar a su cuarto; y que a las tres horas volvería a salir. Yo le dije a Prados: —Intentaremos hablar con él en alemán. Pero fué imposible. Apenas dije esto cruzó nuestro cuarto y se encerró en el suyo sin dirigirnos la mirada, con un simple saludo. A la madrugada, entre sueños, le sentimos salir otra vez y atravesar nuestra habitación con una lámpara eléctrica en la mano.

A la mañana siguiente nos lavamos como pudimos, después de cerciorarnos que Micaela y sus hijas habían pasado la noche sin novedad. Dimos un recorrido a la casa y salimos en busca de los demás viajeros para continuar a

Valencia. Creo que no desayunamos ni comimos hasta llegadas las dos de la tarde, que encontramos unas salchichas en un pueblo del camino. ¡Qué buenas estaban! Durante el trayecto me enteré de que la madre de Antonio Machado y él mismo habían dormido en el suelo la noche pasada en Tarancón. ¡Pobre vieja, qué entera y qué simpática!

XVIII

VIDA EN VALENCIA

EN VALENCIA NO se oían los cañones ni las bombas. Las calles estaban concurridas, funcionaban las tiendas, los cafés y los teatros, podía uno comer ricas paellas en los restaurantes á la orilla del mar. Todos los Ministerios se habían trasladado allí, con sus numerosos funcionarios, y se encontraba uno a cada paso con amigos y caras conocidas. De no ser por ciertos síntomas, hubiéramos creído que estábamos en tiempos normales.

Nos albergaron en un edificio que había sido hotel, y que a la mañana siguiente de nuestra llegada lucía en sus balcones un gran lienzo blanco sosteniendo este rótulo: "Casa de la Cultura". Título que me abochornaba un poco. Los valencianos le llamaban "El casal dels sabuts de tota mena" (La casa de los sabios de todas clases).

En este albergue tuve primero un cuarto común con Victorio Macho, el cual descubrió que yo roncaba, pero finamente, es decir, sin el estrépito de ciertos vecinos. Después conseguí vivir solo, en un cuarto con baño adjunto que había de calentarse con un bastón eléctrico sumergido en el agua. Teníamos criadas, recamareras, pero a los pocos días comenzaron a decir que éramos unos burgueses. No sería por lo del baño, pues no habiendo más que un calentador como el ya dicho, nos tocaba bañarnos cada semana una vez. Tampoco sería porque nos quedábamos

tarde en la cama: todos desayunábamos a las ocho. ¿Sería por los vestidos modestos de las señoras, o por las manos, o por los modales? ¡Quién sabe! A veces pensaba uno que en las revoluciones de aquel tipo, lo que se pretende es que nadie se lave, que se coma metiendo las cucharas en una cazuela común y se cojan con los dedos los manjares, que se vista uno con jirones, que duerma con una mala manta, sin desnudarse, que las manos se vuelvan callosas y que al hablar no puedan expresarse más que cuatro ideas elementales en la forma más ruda o más procaz.

Al día siguiente de llegar a Valencia entramos el doctor Sacristán y yo en una cantina con la mayor naturalidad, pero a los pocos minutos se nos acercó un individuo y nos dijo: —Supongo que tendrán su documentación. Esto ya estaba prohibido, pero nosotros no lo sabíamos. Sacristán enseñó un pase, y como yo no hice ademán de sacar papel alguno, insistió el mal encarado sujeto: —Y el camarada tendrá también el suyo. —Sí, dijimos los dos con aire de que nos dejara en paz. —Sí, porque... ya saben los camaradas que... como hay tanto emboscado... —Vivimos aquí junto, en la Casa de la Cultura.

Pagamos y salimos con ánimo de no volver a entrar en pequeñas cantinas. No tuve otros encuentros de esta naturaleza.

Pasados los primeros días de acomodación, nos pusimos a trabajar. Arteta, Solana y yo comenzamos a hacer litografías, en negro y en colores. Para ello nos facilitó Renau sus talleres. Dibujábamos en casa, pero íbamos a sacar las pruebas a éstos. Arteta conocía ya la técnica, Solana y yo la aprendimos con entusiasmo. Mis primeras en color se basaron en motivos del frente que me contó Emilio Prados: "Los perros hambrientos sobre los milicia-

nos muertos” y “Los efectos de una bomba”, donde se veía una pierna hincada en una reja de ventana.

Aparte de esto, escribía sobre los datos adquiridos en el Archivo de Palacio relativos a los enanos y los bufones reales. El preámbulo se publicó en el número inicial de la revista “Madrid”, editada en Valencia.

Unos literatos jóvenes, Gil Albert, Dieste, Gaya y Barbudo me pidieron que fuese a ver con ellos al Director de Propaganda para hacer otra revista. Fué inútil que les dijera que yo no tenía ni amistades ni influencia. Me aseguraron que al Director les bastaba con que yo diese mi respaldo, es decir, que quería una persona mayor para apoyar la empresa. Así se fundó “Hora de España”, donde tantas cosas buenas publicó Antonio Machado. De la presentación o dirección tipográfica se encargó el acreditado en estas faenas, poeta Manuel Altolaguirre.

Por las noches, después de cenar, nos reuníamos los de la Casa de la Cultura en unas grandes salas. Eramos varias familias y tres solterones, los dos Solanas y yo. Como siempre ocurre, pronto se fué la gente dividiendo y agrupando. Y resultó que yo, sin darme cuenta, mantuve cierta cohesión entre aquello que tendía a fraccionarse. Esto lo supe por una carta que me escribió Navarro Tomás ya que hube salido de España.

Debido a esta fuerza cohesiva —verdadera virtud social que yo desconocía en mí— me nombraron vocal de la Junta de Cultura, integrada entonces por el eminente oculista don Manuel Márquez, el filólogo Navarro Tomás, el escultor Victorio Macho, yo y como secretario el pedagogo Luis Alvarez Santullano.

A mí no me gustaron nunca los cargos ni las juntas, pero en aquellas circunstancias no podía uno negarse a

nada y, además, sentía satisfacción ayudando en lo que fuese. También me hicieron vocal de una Sociedad de amigos de la U. R. S. S. Pero lo mismo para la una que para la otra serví poco, porque a los cuantos días me mandaron fuera de España.

En Valencia intervine en dos actos públicos. El primero, organizado por el Ministerio de Instrucción Pública, tuvo lugar en la plaza mayor de la ciudad, donde levantaron una tribuna bastante flaca e incómoda, sin un mal banco para sentarse, ni escalera para subir. Recuerdo los apuros de Machado para trepar por unas vigas o tablones estando tan torpe de movimientos como estaba. El Ministro explayó su discurso, Machado leyó su poema a la muerte de García Lorca, León Felipe un romance, y yo no sé si intervine aquella tarde u otra, leyendo algunos de los poemas de guerra ya transcritos. El segundo acto público tuvo lugar en un inmenso teatro abarrotado de gente. Creo que éramos once los participantes en aquel mitin monstruo por las víctimas del Consomol, barco ruso hundido en nuestras costas, del cual no se salvó un solo hombre. Allí hablaron los representantes de todas las fuerzas del Frente Popular y de instituciones culturales. Yo fui elegido por la Casa de la Cultura para leer lo que escribiese. Y tuvo un éxito de silencio como no he visto otro. Mis palabras no llegaron al gran público, caían fuera del estilo usado en los mítines. Figuraban un telegrama imaginario puesto desde el fondo del mar por los héroes desaparecidos. Palabras sentidas, pero demasiado lacónicas o concentradas. Sin embargo, las recogieron y glosaron algunos oradores, entre ellos Pascual Leone. El representante de los anarquistas me dijo aquella misma tarde, en el banquete que siguió al acto, que yo había sido el más

elocuente de todos, sin ironía. El hombre estaba conmovido. Me tocó estar junto a Mayski en aquella comida. Hablaba perfectamente el español; me dijo que había vivido en México.

Otra de las cosas hechas en Valencia fué la de inventariar los libros traídos del Monasterio del Escorial y empaquetarlos en cajones bien forrados. La tarea la hicimos entre Navarro Tomás y yo, en los sótanos del Banco de España (sucursal de Valencia). Tardamos unas veinte tardes.

Había tiempo para todo, menos para retirarse y concentrarse. Nadie lo prohibía, pero lo rechazaba la conciencia. El ambiente solicitaba colaboración.

En el café mejor de la ciudad tuve la grata sorpresa de encontrar botellas de rica cerveza alemana. Costaban caras, pero como no tenía en qué gastar mi sueldo de archivero, las fuí consumiendo todas poco a poco. En este café recalábamos un par de veces al día. Era animadísimo. Llegaban con frecuencia jóvenes militarizados, unos con licencia y otros enviados de Madrid. Los temperamentos se acusaban en los semblantes como nunca. Algunos hombres maduros estaban deshechos por las emociones y lo incierto del porvenir. Algunos envejecieron repentinamente, otros sacaron fuerzas de la acción y se rejuvenecieron. La guerra daba a luz caracteres que nada sospechaba. Un joven que se había pasado la vida en frivolidades se revelaba como gran militar, enérgico, sufridor y lleno de iniciativas. Otro, que al principio parecía que iba a tragarse el mundo y se agitaba como gran organizador, caía en el desprecio de las gentes y vagaba derrotado. La guerra nos saca a todos de nuestras casillas; y esto de sacar al hombre de sus casillas puede ser benefi-

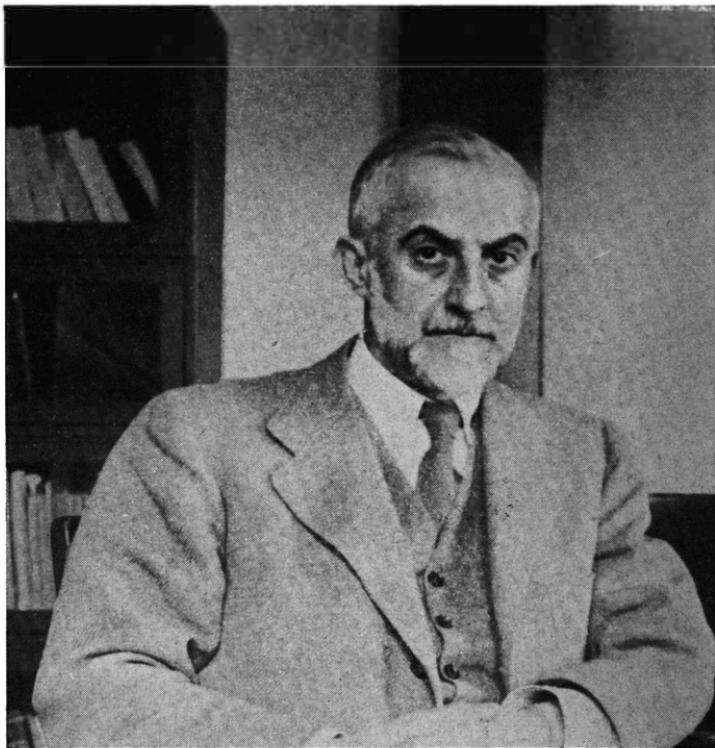
cioso para él o pernicioso y fatal. Hay quien se encuentra incapaz para todo lo que no había hecho antes, y ése está perdido. Confieso que si yo no hubiese tenido entonces cincuenta años, hubiera preferido tomar el fusil y marcharme al frente en vez de quedar en la retaguardia para menesteres necesarios pero de poca monta. Y, sobre todo, extraños a mis hábitos. Pero de esto he de escribir en otro momento. Aquí me corresponde decir que me encontraba desajustado y que para conservar el equilibrio que aparentaba gasté mucha fuerza nerviosa. Este gasto, imperceptible entonces, me fué apareciendo años después.

Uno de los espectáculos feos de la retaguardia es el de los arribistas. Valencia estaba llena de ellos, y bastaba no aspirar a nada ni pedir nada para que le mirasen a uno como persona digna de aprecio.

El arribista encuentra terreno apropiado en épocas de guerra, porque éstas viven de la prisa; no disponen de calma para deliberar como las épocas normales. Y el arribista es un barullero que elogia las baratijas suyas a sabiendas de que faltan buenos y tranquilos tasadores en aquellos momentos. Nuestra pobre República no sabe todavía el mal que le acarrearón muchos de estos pestíferos engendros enviados acá y allá con embajadas, compras de armamento y otras canonjías.

Durante diciembre del 36 y enero del 37, que fueron los meses que pasé allí, se gozaba de tranquilidad y se comía bastante bien. Hasta disfrutábamos de algunos verdaderos banquetes. Aparte del ya citado, estuve en uno que dió Negrín en el Ministerio de Hacienda, dos meses antes de llegar a Jefe del Gobierno. Nunca supe si era en honor de un almirante de la escuadra inglesa, pero lo sospeché. Tampoco supe por qué me invitó, pues en él

Mi barba
de 1936



Consuelo y yo. 1939





Retrato de
Daniel Cosío
Oleo, 1940

no vi más que ministros aparte del Dr. Puche y de mí. El banquete fué cumplido, sin que faltasen los buenos vinos, incluso el rico champaña. Pero lo que resultó verdaderamente impresionante para mí fué ver al amigo Negrín en funciones de Ministro después de haber comido fuerte y bebido con generosidad. Cuando el marino inglés se despidió y se fueron yendo los demás comensales, Negrín me rogó que me quedase, que todavía me regalaba con no sé qué bebida. Pasamos a su despacho, me senté retirado de su mesa y entre sorbo y sorbo le vi despachar durante hora y media asuntos difíciles, con altos funcionarios del Ministerio o con militares que tenían su genio. Aquella noche comprendí que mi amigo podía con todo y con todos. Su robustez física, de guanche legítimo, estaba al nivel de su capacidad reflexiva, discursiva y dialéctica. Los regalos embriagantes no le nublaban el cerebro y, además, pasaba del tono severo al sonriente con una flexibilidad notable. A las dos de la madrugada le abandoné y él siguió como si fueran las de la tarde.

Este banquete tuvo lugar pocos días antes de salir yo para Norteamérica. ¿Cómo surgió este viaje? Navarro Tomás me dijo que querían enviarle a él, pero opuso algunas razones y había propuesto que fuera yo. Mi reacción primera, como siempre que me proponían una cosa fuera de mis cálculos, fué contraria. La verdad es que yo me sentía apegado a mi tierra y que, aunque pasaba miedos, prefería pasarlos entre gente conocida y amiga. Fuí a hablar con Rocés, el Subsecretario. Me explicó que se trataba de un viaje de propaganda cultural, sin nada político. Que mis conferencias podían versar sobre literatura o bellas artes. Yo argüí que desconocía el inglés y que temía mucho que me dejasen colgado en el otro mundo, es decir,

abandonado. A lo primero me contestó que diese las conferencias en español, donde pudiese, y, en cuanto a lo segundo, que no había motivos para tales temores. Más que aceptar, acaté lo que me proponía. Todos nos considerábamos como movilizados.

Cuando supieron de mi próximo viaje en la Casa de la Cultura, me miraron con envidia y no podían comprender mi pesimista situación de ánimo. Era difícil explicarles a fondo lo que yo sentía: el presentimiento de que el separarme de España iba a ser definitivo, sin saber por qué. Podía ser por un accidente, por caída del avión, por naufragio o torpedeamiento, por abandono del Gobierno, por torpeza mía. ¡Quién sabe! Son tantas las cosas adversas que concurren de golpe a la cabeza de un tímido. El tiempo confirmó después que mi presentimiento no era infundado.

Salí de Valencia el 3 de febrero de 1937. Febrero y siete. El 16 iba a cumplir mis cincuenta años. La guerra, su ambiente coercitivo y quizás la barba que me dejé crecer, me habían avejentado por fuera y por dentro. El golpe moral, verdadero traumatismo, me hacía ver las cosas sin esperanza. Un cambio se operaba en mí, no sé si para bueno o para malo. Me sentía sin asidero y sin tierra firme, a merced de la ventisca. En el extranjero se agravó mi desplome psíquico viendo la conducta que sostenían con España las naciones todas, menos México y Rusia. Comprendí que estábamos casi perdidos, pero tuve entereza todavía para no dejar ver mi abatimiento. Me ayudó a demostrar fe en la victoria la ilusión o profundo deseo de que las cosas salgan como uno quiere; el esperar de no se sabe dónde el golpe de suerte.

Salí en avión. Un viaje precioso, costeanado por el lito-

ral de Aragón y Cataluña. Era un día radiante y clarísimo. Veíamos desde gran altura las velas de los pocos pesqueros que se aventuraban en aquellas aguas encubridoras de submarinos. Aterrizamos en Barcelona, para mostrar los pasaportes. El miliciano que examinó el mío exclamó apretando el entrecejo: "Moreno Villa. . . sí, me suena". Venía conmigo Rafael Méndez, que andaba en compra de aviones. Volvimos a levantar las alas y pasamos los Pirineos que ofrecían sus moles blancas de nieve matizadas de sombras azulinas e irisaciones que me recordaron cuadros de los impresionistas franceses.

Era tan bello todo lo que vi luego sobre tierra francesa, que me decía: "¡Ojalá no venga nada parecido a lo nuestro sobre esta maravillosa campiña!" Dejamos el avión en Burdeos. Al sentarme en un café sentí como si me hubiesen desatado unas opresivas ligaduras del tórax. ¿Qué me ocurría? Me ocurría una cosa tan sencilla como ésta: que la vida en torno era libre y normal; que el tráfico callejero era intenso, que las luces urbanas estaban encendidas, que los camareros servían con la amabilidad de siempre, que se podía beber y comer lo que a uno se le antojara, que las muchachitas alegres andaban olfateando su presa. Un inmenso bienestar me bañaba por dentro y hasta me acariciaba la piel. De repente me asaltaban escrúpulos. ¿Merecía yo aquel bienestar mientras quedaban tantos españoles allá oprimidos por la catástrofe? ¿Quién era yo para ser así recompensado?

En París, al día siguiente, me encontré con algunos amigos. Me invitó nuestro Embajador, Luis Araquistáin, a comer en la embajada; al día siguiente comí con Alberti, Buñuel, Luis Lacasa (arquitecto que ahora se encuentra en Rusia) y otros que no recuerdo. Comimos en un *bistró*

a orillas del Sena. Visité a los amigos que tenía en la Ciudad Universitaria: Pío Baroja, que me dijo lo ya transcrito en otras páginas, Don Blas Cabrera y Pulino Suárez. Allí me encontré con Zubiri, filósofo, ex-sacerdote y casado con Carmencita Castro, hija de Américo, a quien tuve en los brazos recién nacida. Ya empezaba uno a encontrarse con la media España desperdigada por el mundo.

El encargado de facilitarme los fondos para la travesía fué José Gaos, que hacía de Presidente de la Junta de Relaciones Culturales. Al día siguiente embarqué en el trasatlántico "Ile de France".

XIX

NUEVA YORK, WASHINGTON Y OTROS LUGARES

OTRA VEZ América: ¿Sería mi destino? Regresaba a Nueva York a los diez años justos de mi viaje con Jacinta. Para mí esta ciudad era Jacinta, cada cosa me la recordaba. Pero ya de una manera tranquila. Sentí curiosidad por saber qué había sido de ella. No he dicho anteriormente que a los tres años de nuestro viaje se casó con uno de sus amigos universitarios y que estuvieron en Madrid sin lograr verme, porque yo no quise. Entonces estaba la herida un poco abierta todavía; pero, al cabo de diez años, no quedaba más que un recuerdo de una ilusión pasada.

Como mi destino radicaba en Wáshington, apenas me detuve un día en Nueva York. En la capital de los Estados Unidos me recibió nuestro Embajador, mi antiguo amigo Fernando de los Ríos, con grandes muestras de afecto y gran deseo de tener noticias directas de la guerra. Creo que les dí una inyección de optimismo a todos los de la Embajada, impresionados por la caída de Málaga y otros síntomas. Yo les predije la subida de Negrín a la jefatura del Gobierno, fundándome en el ambiente favorable que iba teniendo. Les hablé también del espíritu tenso que dominaba a nuestra gente y de otros detalles particulares. Es muy comprensible que mis primeras charlas reconfortasen el ánimo de aquella célula española enquistada en

un país que, en el fondo, nos miraba con recelo por la terrible propaganda germanófila del mundo.

Fernando de los Ríos trabajaba incesantemente, dando conferencias, sosteniendo pláticas con los periodistas, visitando el Departamento de Estado, hablando con Roosevelt, viajando, escribiendo. La teletipo receptora de noticias funcionaba todo el día y estábamos todos pendientes de ella como si fuese una persona que en un momento siempre esperado nos iba a dar la buena nueva.

Al poco tiempo de estar allí pude exponer en los salones de la Embajada mis dibujos de guerra, aspectos terro- ríficos de la catástrofe, que a las mujeres yanquis produ- cía cierto malestar en el estómago, pues en seguida se lleva- ban la mano a esa parte y ponían cara de disgusto.

Paco Giner, muy joven y deseoso de ir a España a pelear, escribía ya sus cálidos a la vez que dulces poemas. El y el agregado comercial Ignacio Castillo, me orientaron y enseñaron la capital. Mis nervios deshechos no apete- cían más que sosiego. Cualquier ruido fuerte, como el estallido de una rueda de automóvil, me alteraba de pies a cabeza. No podía soportar el cine. Ansiaba, en cambio, visitar jardines y parques tranquilos. Por las noches, des- pués de cenar, me quedaba con la familia de los Ríos charlando o jugando a cosas tan inocentes como a lo que llamábamos "los palitos", un haz de palillos chinos o japo- neses que se empuñan y, al abrir el puño, caen sobre la mesa en posturas imbricadas. El juego consiste en ir sa- cándolos uno por uno sin que los demás se muevan.

Todas las mañanas dibujaba o escribía para mis futu- ras conferencias. Se tardó mucho en recibir contestaciones de las Universidades donde podía ir. Me puse en corres- pondencia con Solalinde (amigo desaparecido poco des-

pués), con Centeno y con Onís, el jefe máximo del profesorado español en Norteamérica. Dí mi primera lectura en un Centro hispanoamericano de Wáshington. La segunda en el Instituto de las Españas, en Nueva York, la tercera en Princeton, donde me quedé 20 días invitado por Augusto Centeno, la cuarta en New Brunswick.

En Princeton, además de leer en la Universidad, expuse mis dibujos de guerra, no sin dificultades, pues la gente temía abrir sus locales a un artista tildado de rojo. Conocí entonces a Einstein y a otras personalidades científicas refugiadas. Augusto Centeno se portó conmigo como un hermano. El y su mujer me fueron a buscar a la estación de Baltimore y me llevaron en su coche al lindo pueblo universitario. Vivían en una casita sola en las afueras, rodeada de campos verdes. Recuerdo aquellos días de primavera con auténtica nostalgia. Centeno es un gran conversador, repleto de ideas originales que nunca quiere asentar en libros por pereza de escribir. Lleva muchos años en los Estados Unidos, se hizo ciudadano yanqui, se casó con norteamericana, y tengo entendido que a estas horas está incorporado al ejército por voluntad propia.

La lectura en New Brunswick fué para muchachas americanas y para familias de obreros españoles. Más que lectura fué charla improvisada, en la que intercalé varios romances de los hechos por mí. Las españolas lloraban; las americanas tuvieron conmigo la deferencia de cantar canciones populares españolas. Fué aquella una reunión cálida, no un acto estirado. El profesor español Salas Viú se portó cumplidamente; arregló bien todo y hasta colectó diez dólares para el conferencista, que hasta entonces no había recibido ni una peseta de su gobierno. Yo viví casi

medio año de anticipos que me hizo Fernando de los Ríos.

Estando en Princeton recibí dos cartas inesperadas, una de un señor a quien había visto tres veces en Madrid, Genaro Estrada, y otra del Embajador nuestro y jefe mío en Wáshington. Ambas hablaban de lo mismo, de mi traslado a México. Esto tenía otro antecedente. Estrada me había escrito dos meses antes una carta llena de simpatía diciéndome: "Sé que está usted ahí. Ese no es su sitio. Véngase a esta tierra de México, donde no le faltará nada de lo que tenía en España; ni siquiera un árbol como aquél que se veía junto a su cuarto de la Residencia de Estudiantes". Carta a la cual contesté que yo estaba sujeto a la voluntad del Gobierno y que no me parecía prudente solicitar nada. Por lo visto, en el interregno, Genaro Estrada arregló mediante la embajada española en México, mi traslado. Y yo confieso que este hecho es algo que me parece mágico, fuera del orden normal de los acontecimientos, verdaderamente inexplicable. ¿Por qué había de ser Genaro Estrada el único americano que se preocupase de mí? Otros, mucho más amigos, tenía yo en este continente y no fueron para ponerme una postal de saludo. La llamada de Genaro me hizo pensar mucho pasado algún tiempo, y a estas fechas no sé si considerarla como obra del destino.

Volví a Wáshington dando por terminadas mis conferencias. Allí me aguardaba otro caso que no olvidaré. Antes de salir de jira había escrito yo una carta al hermano de Jacinta preguntándole por ella. Se la dirigí a un hotel de Nueva York. Pero en este hotel quien vivía era el padre y éste la remitió a su hijo, que vivía en Wáshington. A mi vuelta de Princeton, me invitó a comer. Estaba destanteado al verme viviendo en la Embajada y con car-

go de agregado cultural. No sabía cómo atenderme. Llegó hasta citar a sus padres para que concurriesen a la comida. Y aquellos que no me quisieron diez años antes, vinieron de Nueva York y estuvieron sumamente amables. Mucho se acordarían de su postura frente a la España antisemita de siglos atrás al ver lo que Alemania hacía —empezaba a hacer— con los judíos.

Lo más curioso es esto: que al decirme que Jacinta estaba en México y arreglando su divorcio, tuve que decirles: "Pues allá me destina el Gobierno". ¿Qué pensarían?

Los últimos días de Washington los empleé en acabar un retrato al óleo de Laurita de los Ríos y en despedirme. Había conocido allí al Embajador de México, Castillo Nájera y al Secretario de Hacienda, Lic. Suárez. A éste le hice bastantes preguntas sobre su país durante una cena con motivo del aniversario de nuestra tambaleante República. Castillo Nájera quedó muy amigo mío desde que me oyó una conferencia, y sé que habló muy bien de mí a muchos mexicanos.

Dejaba Norteamérica con cierto fastidio. Me hubiera gustado vivir allí, entre buenos museos, buenas bibliotecas, gente respetuosa y un nivel de vida material suficientemente elevado. Pero el misterio, valiéndose de Genaro Estrada, me llevó a otro sitio.

XX

EN MEXICO

No vinimos acá, nos trajeron las ondas.

¿QUÉ ALENTABA en mí durante el viaje de Wáshington a México? ¿Buscar, como otras veces, el cuarto donde poner unos libros, un caballete, una mesa de escribir y una butaca donde ir atrapando del aire y del humo de mi cigarrillo eterno las sustancias y los esqueletos de mis libros y mis pinturas?

Poca ilusión me hacían ya los libros y el arte después de la tremenda experiencia de España. Me sentía desligado de todo lo anterior, de toda forma y de todo contenido. Respiraba el fracaso de Europa, de España y de todos nosotros, pero, a pesar de esta crisis de la fe en los hombres y en sus sistemas, me reconfortaba la idea de ser útil a alguien y a algo. No venía en viaje de turismo; venía para algo, mandado por alguien. Y yo estaba dispuesto a cumplir lo que fuese, porque yo iba dejando de ser aquél que fuí. A lo menos, me lo figuraba. Me sentía peón de brega, con las limitaciones naturales de quien nunca estuvo al servicio de nadie.

¿Pensaba también en la interinidad de todo, como había pensado siempre? Desde luego. La idea de interinidad no podía borrarla porque es consustancial en mí. Yo pensaba que mi estancia en México podía ser de unos

meses o de dos años a lo sumo. No conocía el país ni las cosas que pudiera brindar a un hombre tan poco acomedor de empresas y negocios como yo, tan poco hábil para la vida. Los países americanos se consideraron siempre como pingües factorías por los europeos, y yo no tengo papel en una factoría. No sé de números, soy lento en el trabajo, no me gusta atesorar, me engaña cualquier pillo, porque soy crédulo, confiado y, en resumen, porque no sé embaucar a la gente. Yo veo que hay tipos capaces de defenderse en la vida por mucho que ésta les zarandee: quien dice, por ejemplo, que es cocinero, sin haber volcado jamás dos huevos sobre la sartén. Pero, en cambio, hay otros que no saben ni presentar su auténtica y decorosa labor con aire de seguridad. Este es mi caso. Tengo tan alta idea de lo bueno, que todo lo que hago me parece imperfecto y, por consiguiente indefendible. Para que yo colaborase en un periódico o revista en España, tenían que pedírmelo, tenía yo que ver la confianza de los otros en mi obra o manera de trabajar. Sin esta confianza previa, nunca dí un paso.

¿Cómo sería México para un hombre así? Por lo pronto había un señor que me demostraba esa confianza: Genaro Estrada.

Este hombre sentía por España una pasión auténtica: lo bueno de nuestro pasado y lo bueno de nuestro presente lo manejaba, remiraba e impelía como a cualquier español de los mejores. No llegó a ser gran poeta, pero allí donde olfateaba poesía, estaba él. Y yo le oí decir que consideraba el movimiento poético de España en los últimos tiempos como el más importante de Europa. Me consta que lo que hizo por mí lo hubiera hecho por Federico, por Salinas, Alberti, Guillén, etc. No me extraña,

pues, nada que me tendiese la mano en un momento tan crítico para mí. Por este aspecto no hay misterio. Lo misterioso para mí comienza al pensar que aquel hombre, amenazado de muerte por la hipertensión, aguarda morirse cinco meses, es decir, hasta que logra para mí una estabilidad en México. Y lograrla sin aspavientos ni como el que vende favores; al contrario, preparándome las cosas sin decirme nada, o quitándoles toda importancia. Con fieso que esta finura de espíritu la encontré dos o tres veces en la vida, nada más.

Ya iremos viendo otros detalles que acentúan lo misterioso del caso. Quiero guardar la cronología lo más fielmente que pueda.

Me preparó la llegada publicando en una gran revista recién fundada entonces, llamada "Hoy", una nota crítico-biográfica y un retrato mío a buen tamaño. Retrato que me pidió en Madrid y tenía en su escritorio junto al de Juan Ramón, Francis Jammes, Azaña, Marañón, Zuloaga, Amado Nervo y Urbina. El número de la revista me lo presentó un señor en el tren, diciéndome: "¿No es usted este señor que veo aquí retratado?"

El preparó mi recibimiento, reuniendo en la estación unas veinte personas.

Al bajar del vagón, no le conocí; tan desfigurado estaba, tan flaco, aquel hombre obeso que había conocido en Madrid. Alguien tuvo que llamarme la atención. Entre las personas estaban el actual Director del Banco de México, Eduardo Villaseñor, y Margarita, su mujer, andando el tiempo compadres míos.

Eran las diez de la noche. Yo traía mis cuatro días de tren, pero a pesar de esto, después de dejar la maletas en el hotel, me llevó a *Prendes*, el restaurante que él frecuentaba.

Quería, sin duda, ver la primera impresión que me hacía México de noche. Recuerdo que al llegar al ensanche o plaza donde radica Bellas Artes, le dije: —Lástima que los edificios de esta plaza no presenten un nivel aproximado. Hoy, carece de unidad. Pasados pocos años ha conseguido tenerla, aunque todavía queda alguna casuchá baja.

Durante dos meses y medio estuvimos yendo a cenar al restaurante citado. Nos reuníamos una hora antes en la antigua librería de Robredo, que, como editora además, comenzaba a publicar una serie de obras históricas dirigida por Estrada. Este cenaba poco o nada, por estar sometido a rigurosa dieta. Pero gozaba con encontrar gente en aquel sitio. Allí conocí al “Dr. Atl”, a Montenegro, y a algunos literatos.

Pronto me dí cuenta, sin embargo, de que aquel hombre estaba bastante sólo, como político hundido. Le saludaba mucha gente —con ese “Adios, Licenciado” tan divertido para él como para el español recién llegado— pero pocos le hacían tertulia. Y los que se le acercaban, no eran “lambiscones” (aduladores).

Aunque no se quejaba de nada ni de nadie, pude advertir también que su posición no era muy desahogada. Creo que tenía unos cuatrocientos pesos al mes como Secretario del Consejo de un Banco, y nada más.

Apenas llegado me comunicó que andaba en la traída de españoles eminentes a México; que cruzaba cartas con D. Ramón Menéndez Pidal y con Juan Ramón Jiménez sin lograr convencerlos, que su gran ideal consistía en crear en este país un organismo como el “Centro de Estudios Históricos” de Madrid, aprovechando los intelectuales españoles que iban saliendo de España o podían salir.

—Vaya usted, —me dijo— a ver a Montes de Oca, déle nombres de los que debemos llamar. Vi al entonces Director del Banco y hablamos de muchas personas. Era evidente que en las alturas políticas miraban con agrado el proyecto.

“Usted puede hacer muchas cosas aquí”, me dijo a los pocos días de llegar, mientras nos encaminábamos a la Junta de Investigaciones Científicas. Y añadió: “puede publicar artículos en el “Hoy”, donde ya he hablado por usted y le pagarán 40 pesos por artículos breves, de tres o cuatro cuartillas; puede hacer investigaciones artísticas y puede pintar y hacer versos”.

Lo de escribir artículos lo puse en ejecución inmediatamente, porque seguía sin recibir dinero de España. Por cierto que mis artículos llevaron como título general: “¿Será esto así?” Me proponía en ellos apuntar lo que iba viendo en México, pero como la hecatombe de España me había hecho dudar de tantas cosas, quise con ese título demostrar que ya no daba crédito ni a mis ojos. El director de la revista no debía de tener de mí tan buena idea literaria como Estrada, pues en cuanto murió éste fué retrasando mis artículos, hasta que me aburrió. Yo no he tenido suerte con la prensa de México: en “El Nacional” no pude obtener colaboración en aquellos tiempos en que por ser órgano del Gobierno resultaba el único periódico afecto a los republicanos españoles, y en “El Popular” no llegué a escribir más que un par de meses. Al cabo de cinco años todos los escritores españoles tienen sus colaboraciones en los diarios y revistas menos yo. En esto, pues, no acertó el buen Estrada. O no acerté yo con lo que aquí gusta.

No he dicho hasta ahora nada de mi relación con la

Embajada, que desde luego visité en seguida. Nuestro Embajador, el Sr. Gordón Ordás, me recibió amablemente y me dijo que buscase sitio para pintar o para escribir en la misma casa de la Embajada. Pero no hubo ocasión, porque a los pocos días de mi traslado, recibimos un telegrama del Subsecretario de Instrucción Pública diciendo que si yo no encontraba en México alguna clase retribuida por la Universidad, me reintegrase a España. Yo quise contestar con otro telegrama, pero el Secretario Sr. Argüelles no lo consideró viable, y yo no me ocupé más del asunto. Montes de Oca me dijo que en cuanto yo necesitase ganar algún dinero, se lo dijese, y, en efecto, al comenzar el año 38, fui favorecido con un empleo en relación con "Bienes Nacionales" como catalogador de las obras de arte recogidas de los templos. En esto me ocupé hasta que se fundó la Casa de España, de la cual fui uno de los primeros miembros.

A mediados de junio, estando en Prendes con Genaro, distinguí a Jacinta cenando con un individuo. Sin poder dominar la emoción, le dije al amigo: —Perdóneme, es que veo allí a "Jacinta la Pelirroja"; voy a saludarla.

Me acerqué lentamente, dominándome. Nos dimos las manos con un apretón largo y me senté con ella y su acompañante, que resultó ser un guitarrista y cantor de Taxco.

—Sabía que estabas aquí, por una carta de mi familia.

—Sí, comí con ellos y me enseñaron fotos de ti en tu nueva España.

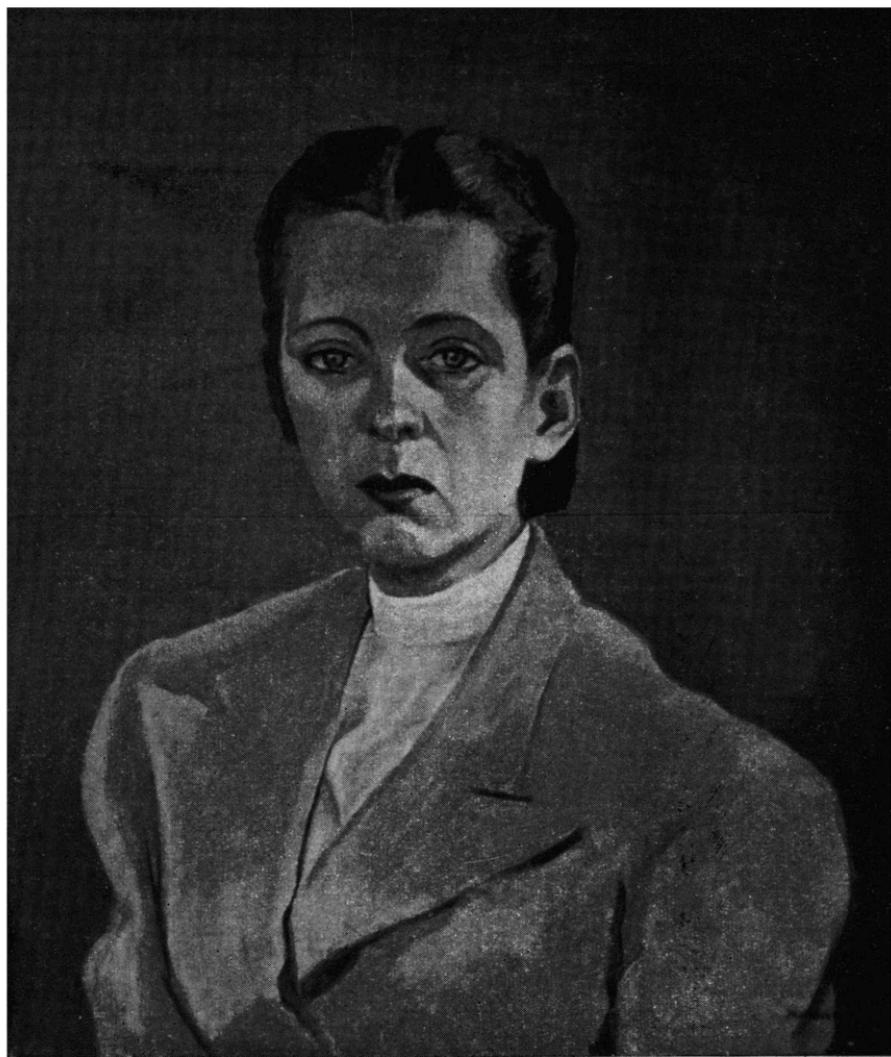
—¡Cuántas cosas habrás visto! ¡Qué horror eso de España!

—Bastante. Pero ganaremos.

—¿Tú crees?



Enrique Díez-Canedo
Oleo, 1940



Carmen Barreda
Oleo, 1940

Así comenzó nuestro diálogo después de diez años de no vernos. Como todos habíamos terminado nuestra colación, nos levantamos y salimos. Jacinta nos encaminó a su hotel, donde en seguida hizo cantar al tasqueño para que yo conociese algo de la música popular mexicana. Al poco entró su compañera de viaje, una gringa escultora, que me enseñó sus dibujos. Después vinieron otras amistades, y nos pusimos a beber. Jacinta no podía negar la emoción y comenzó a volcar sobre mí una desmedida cantidad de elogios. Yo la besé. Y ella con un leve gesto dijo: "No, todavía no".

A los dos o tres días fui a Taxco, y el 20 visitamos juntos las Cuevas de Cacahuamilpa. En Taxco pude ver que seguía haciendo su vida de siempre, un tanto incongruente, pues se preocupaba medio día de la salud y media noche de destruirla. Montaba a caballo y nadaba para estar en forma, enamorada de su cuerpo; y bebía por las noches entre discusiones intelectualistas que barajaban el arte con la política y las relaciones sexuales. La vi muy partidaria del comunismo; cosa que no me extrañó, porque en los Estados Unidos pensaban así, por moda, muchos que tenían grandes cuentas corrientes en los bancos.

Salí de Taxco, sin sentir el corazón, y antes de llegar a México me detuve en Cuernavaca para ver a Estrada. Entonces le hice un retrato a pluma, que se publicó más tarde en "Letras de México".

En este mes de junio, si no recuerdo mal, comenzaron a llegarme las mensualidades que debía de haber recibido en Washington allá por marzo y abril. Con ellas viví modestamente hasta fines de año. Sé que en julio tenía 476 dólares.

Estrada, antes de irse a Cuernavaca, me presentó a

todos los amigos que podían serme útiles en un momento dado, entre ellos a Manuel Toussaint, el historiador de arte. Y éste fué el que me llevó a las bodegas de la Catedral a clasificar y catalogar cuadros, esculturas y libros.

Al trasladarse a Cuernavaca Genaro Estrada, me sentí muy solo. Es cierto que ya trabé amistad con la interesante tertulia de los médicos que tenía lugar en el antiguo Café Colón. A ella iban por entonces los doctores Perrín, González Guzmán, Francisco de P. Miranda, Fournier, Chávez y algunos otros menos fijos. Pero, aparte de esa hora de charla, me encontré solo y sin trabajo obligatorio durante medio año. Me refugié por consiguiente en la pintura y en la escritura. Redacté dos conferencias, que leí en el Salón Verde del Palacio de Bellas Artes, hice una exposición de dibujos en otra sala del mismo y una de pinturas en la Galería de la Universidad establecida en la Calle de López.

Estas manifestaciones me trajeron nuevas amistades: la de los poetas Villaurrutia, Cardoza y Aragón, finos espíritus de América, y la de Inés Amor, que se iniciaba entonces en el comercio de cuadros con la "Galería de Arte Mexicano" abierta en Abraham González. El primer pintor que conocí en ella fué Federico Cantú. Frecuenté mucho su estudio, donde le hice un retrato que me compró Eduardo Villaseñor en la primera exposición ya mencionada.

La única diversión que me permitía por entonces, de vez en cuando, era ir al frontón. En Madrid no me acordaba de él; no lo necesitaba, porque toda España es como un inmenso frontón. Pero el ambiente comedido de México me exigía la compensación de este juego tirante y violento y ruidoso, tres condiciones de la vida española.

Por medio de Inés Amor alquilé un estudio en casa de una antigua familia mexicana, Martínez del Río, que jamás olvidaré. A más del estudio, que era también dormitorio, tomé pensión completa, o lo que es lo mismo, me quedé a vivir en aquel simpático caserón de la calle de Londres. La familia se componía de Doña Amelia, sus dos hijas, Amelita y Chela, y un sobrino, Luis Zamacona. A pesar de ser yo un rojo, todos fueron conmigo sumamente gentiles. Doña Amelia, hablando de los españoles que había conocido, me citó un tal Freuller, que estuvo en la Embajada hacía treinta o más años. Al oír esto, le dije: "Lo conocí, era de Málaga, hijo del Marqués de la Paniega, a cuya casa iba yo con mi abuelo Villa, que jugaba al tresillo con ellos. Yo debía tener ocho o nueve años pero me acordé muy bien de este diplomático y de las curiosidades que había comprado en los países asiáticos, no sé si Japón o China". Se levantó Doña Amelia, me trajo un álbum de fotografías y, mostrándome una de un grupo, me preguntó si lo reconocía entre aquellas personas. Yo, no titubeé. Allí estaba el viejo solterón, con sus barbas, tal como yo lo conservaba en mi memoria.

Estas cosas viejas atan mucho a la gente, rompen las distancias y establecen en seguida una comunicación nada ficticia, que es lo antipático en las relaciones sociales.

En mi estudio nuevo, me sentí como en mi Residencia de Madrid. ¿Sería este mi cuarto definitivo? ¡Qué paz la de aquella casa! ¡Me hizo tanto bien; estaba yo tan necesitado de ella! Mi sistema nervioso había dejado de ser sistema; se asemejaba a un reloj medio loco. Sólo a fuerza de dominio sobre mí mismo podía salir, hablar con la gente, dar conferencias o montar en los camiones. Al cabo de unos meses, al pasar por una esquina de la Calle de la

Moneda, compré un puñado de cacahuets (o cacahuates, como se dice aquí) y, al ir mondándolos y comiéndolos, me dije: "esto es buena señal; hace unos días no lo hubiera hecho. Hoy tengo un soplo de tranquilidad. ¡Qué alegría!"

Todo esto se lo contaba yo a Genaro Estrada en las visitas que le hice a Cuernavaca. Y el pobre, se sonreía. Creo que si yo le hubiese dicho entonces este primer verso de un poema: "No vinimos acá, nos trajeron las ondas", hubiera asentido con la misma sonrisa comprensiva. Como de hombre que está en el secreto.

Sentados en la galería de aquella casita de Cuernavaca, donde parecía mejorar, hablábamos de España, de sus pueblos y de sus hombres; contemplábamos el paisaje, que me recordaba el de mi Churriana, el de mi finca de campo; veíamos a Consuelo pasar de prisa y sonriente, o a su hija Paloma, que jugaba en el estanque. El mismo me retrató con ella, con esta niña nacida en la Embajada de México en Madrid, asistida por un médico amigo de todos mis amigos, Varela Radío, y bautizada en la iglesia de Santo Tomé de Toledo, en la capilla donde el Greco dejó una de sus obras capitales: "El entierro del Conde de Orgaz". Todo esto me lo contaba Genaro con brillo de júbilo en la cara.

En nuestras charlas sosegadas hablábamos de los Presidentes de la República española como de amigos que estaban tras las Lomas de Chapultepec, no más lejos. Conocía lo mejor de la gente de España. Y de una manera nada superficial, sino honda. Así, al hablar de nuestros valores literarios, políticos, artísticos, étnicos o folklóricos, jamás caíamos en discusiones. Esto, que parece no ser nada, revela dos cosas: al hombre de educación profunda, que nada tiene ya de petulante, jactancioso ni "finchado" y

al hombre de mi generación. Yo era cuatro meses más viejo que él. Con los de la misma generación se entiende uno siempre mejor que con los de otras.

Hablando una vez del ir y venir de las cosas materiales de un continente a otro, me contó lo siguiente: —Durante las jornadas veraniegas en San Sebastián, solíamos hacer excursiones a la frontera francesa. En el camino, al pasar por una huerta, vi que había un plantel de calabazas en flor. Bajé del coche, me acerqué al hortelano y le dije que si me vendía unas cuantas flores de aquellas. —¿Vender? —exclamó el vasco —¡Si no valen nada! ¡Yo se las tiro a los puercos! —Pues yo, me las como. Me dió las flores y esta escena se repitió tres o cuatro veces más, hasta que, por fin, le envié con el chófer unas *quesadillas* como las que se hacen en México. Las cató el serrote vasco; gustaron mucho a él y a toda su familia; se informó de cómo se hacían y es muy probable que desde entonces coman este manjar mexicano en aquel pueblo.

Así, en efecto, emigran las cosas, de un modo anónimo y al parecer misterioso. “No vinimos acá, nos trajeron las ondas”.

Al regresar de Cuernavaca a su casa de las Lomas de Chapultepec sin haber conseguido reducir su presión arterial, Genaro no salió sino para las cosas más indispensables. Los médicos le habían impuesto reposo absoluto. Fué perdiendo la vista —otro síntoma de la enfermedad—. Este fenómeno fué lo más duro para él. Sin andar ni visitar librerías, sin leer ni escribir, se vió reducido a la mera actividad mental y a la conversación. Sin esfuerzo, con el mayor gusto, dediqué mis tardes a distraerle, a sacarle de los vericuetos penosos en que forzosamente había de hundirse su pensamiento. Nuestras charlas se fueron prolon-

gando cada día más en aquella parte de la gran biblioteca donde recibía a sus pocos amigos. Yo no recuerdo más que a los siguientes: Eduardo Villaseñor y Cosío Villegas, que fueron una tarde, Anselmo Mena, que fué un par de veces, y el historiador Valadés, que por entonces buscaba editor para su libro sobre Alamán.

Genaro y Consuelo empezaron a insistirme en que me quedase a "merendar" con ellos. Yo me resistía, y él, hundido en su sillón, inclinado hacia delante para disminuir la disnea, levantaba la cara y decía sonriente: "¿Por qué no? ¿No estamos aquí más a gusto que en Prendes? Aquí tiene usted el libro que acabamos de citar y la vieja estampa de México que le interesa ver. Aquí tiene los grabados de los maestros españoles que le servirán para su conferencia. Yo no me acuesto temprano".

Su mente no se nubló en todo el tiempo. Tampoco su buen humor. Nunca pude darme cuenta de si percibía su gravedad, hasta este punto fué entero y dominador de sí mismo. Sólo en los últimos días le oí un par de frases relacionadas con la muerte, pero de un modo general.

El día 28 de septiembre, a las nueve de la mañana, me llamó Consuelo por teléfono para decirme que Genaro había sufrido una caída, por parálisis, a las siete y media. Salí volando. Cuando llegué, recibí una impresión fatal. La torcedura de la boca le impedía decir con claridad las palabras. Su madre y su esposa estaban reclinadas sobre la cama. Yo me senté en el borde y le estreché la mano que me tendía. Mis ojos buscaron en su semblante algún movimiento expresivo, pero no ví sino un anticipo de la muerte. Movía los ojos de sus familiares a mí. Pronunció el nombre de España, y después, dejando mi mano, agarró la de su mujer, la puso en mi pecho y dijo: "Moreno, mi

mujer, mi madre, mi hija". Fueron las últimas palabras que le oí. Me hicieron una impresión terrible porque quedaron sueltas en el aire, sin apoyo ni explicación. ¿Qué sentido tenían? ¿Acaso ningún otro que nombrar a los que le acompañábamos? No; puesto que citó a su hija, no presente. Además, ¿por qué me puso en el pecho la mano de su mujer? Yo no quería interpretar aquel acto erróneamente, me resistía a creer lo que me parecía evidente, que me encomendaba a las personas queridas.

¡Cuánto pensé y cuánto he pensado sobre esto! ¡Cómo iba a encomendar su familia a un hombre desterrado y sin talento para lo que se llama ganarse la vida? Meses después, supe por Consuelo que él tenía una fé ciega en mi lealtad, puesto que le dijo varias veces: "De Moreno, puedes fiarte".

¿De qué provenía aquella fe? Porque hay que pensar en que nuestro conocimiento verdadero no pasaba más allá de cinco meses. Es cierto que en el último mes y medio no hubo tarde en que no dialogásemos sus buenas cinco o seis horas y que durante ese tiempo yo le conté infinitos detalles de mi vida y de mis ilusiones o desilusiones. Además, aunque no me trató en España como para conocerme a fondo, sabía que el círculo de mis amigos era de cierto nivel moral.

Un cuarto de hora después de aquella frase, entró en coma y ya no se oía de él en toda la casa más que la penosa respiración. Veintitantas horas de obsesionante jadeo, de lucha con la asfixia. Aquella noche me aguardaba todavía otra frase gemela. Yo estaba en el *hall* con otras personas amigas que se disponían a velar. En esto, se me acerca una de las hermanas de Consuelo y me dice que suba, que ésta quería decirme algo. Subí a su recámara,

donde le acompañaban su madre y tres hermanas. La madre me dijo: —Acérquese, que le llama, tiene algo que decirle. Me pusieron un banquillo cerca de su cabecera. Me senté sumamente cohibido. Aquella mujercita estaba deshecha, demacrada y casi sin voz. Me cogió las manos, hizo que me acercara y me dijo llorando acongojadamente: —Prométame, Pepe, que nunca nos abandonará.

Consuelo no se acuerda de esto. Es posible que lo dijese sin darse cuenta, hundida como estaría en la especie de locura que le producía lo terriblemente insólito. Pero sus palabras eran como el eco de las de Genaro. Yo la tranquilicé diciéndole que por qué iba a abandonarla. Que no me separaría de ellas. Que iría todas las tardes, como antes.

Y así fué. Las mañanas las dedicaba a mis trabajos para Bienes Nacionales, y a pintar. Abandoné la tertulia del Café Colón y, después de comer, tomaba el camión de las Lomas. Palomita salía jubilosa a mi encuentro y me conducía donde estaba su madre. La nana de Paloma, Pilar, una española de Colmenar de Oreja, corazonuda, activa y muy dramática en sus modales, esperaba que yo le dijera cada día si la guerra iba a terminar pronto. Consuelo, en fin, me recibía y se preocupaba de que no me faltase tabaco ni una copa de coñac. Nos sentábamos frente a frente. Al principio, tuve que acostumbrarme al cambio de interlocutor y a la densidad del diálogo. Casi no la conocía. Se mostraba silenciosa. Yo tenía que hablar para ir dando con los puntos que podían distraerle o interesarle. Recordando ahora, me quedo sorprendido de mi locuacidad, porque, generalmente, soy de pocas palabras en el trato corriente.

La confianza fué acentuándose día por día. Pronto fuí

su consejero y le redactaba las cartas importantes. Le gustaba escribir a máquina y, algunas veces, a petición suya, le dicté los artículos para los periódicos. Andando el tiempo le dicté hasta poemas, que yo iba improvisando. Experiencia que jamás se me había ocurrido hacer.

Insensiblemente fuí llegando a vivir más allí que en parte alguna. Trasladé mi caballete y mis pinturas y comencé a hacerle un retrato. La tremenda crisis le había dejado casi esquelética, pero esto mismo ayudó a que me saliera una obra más espiritual.

De cuando en cuando llegaban algunas amigas a verla, pero por lo general estábamos solos, o con la niña, a quien yo le contaba cuentos.

Y un buen día, todo confuso y medroso, le hice la pregunta que viene rodando desde el comienzo del mundo: —¿Me quieres un poquito?

Desde aquel día cambió mucho nuestro estado de ánimo. Yo me sentí rejuvenecido, lleno de alegría. Me asaltaban bastantes problemas, entre ellos dos principalmente: el de mi edad y el de la memoria de Genaro. Pero el entusiasmo podía con ellos. Hay dos modos de honrar la memoria de un difunto, uno pasivo y otro activo: mantenerse en quietud, recordando sus hechos o sus virtudes, como cosas que terminaron radicalmente y no admiten prolongación, o bien, unir las facultades de uno a las del fenecido y tratar de prolongar la obra que dejó inacabada. Respecto a mi edad, no era mayor que la de Genaro sino en cuatro meses, y yo me sentía sano.

Dice Ortega en no sé dónde que los poetas se creen siempre jóvenes. Gran verdad por lo que a mí respecta. También recuerdo una buena frase de Don Manuel Bar-

tolomé Cossío en vísperas de su muerte: "Todos creemos que los que han de morir son los otros, no uno".

Pero en mi memoria aleteaba una confesión del propio Genaro: —Algunos vieron mal que me hubiese casado con una muchacha muy joven, pero, les mejor casarse con una vieja?

Yo también confieso que me hubiera sido imposible unirme a una mujer que no me gustase físicamente. Me horripila la vejez. En cambio, la juventud, la piel tirante, la boca fresca, me levantan el alma.

Aguantamos lo que pudimos y, un día de sol del mes de enero, uno de esos días jubilosos del invierno mexicano, después de larga discusión, decidimos casarnos. Se acabó la soledad del poeta. Se cumplió lo que me decía la esposa de Fernando de los Ríos, allá en Wáshington: —Usted ha nacido para casarse. Usted hará un buen padre de familia.

Había nacido para casarme, pero no en un lugar cualquiera, ni siquiera en mi patria, sino en México, lugar a donde me trajeron las olas en un momento inesperado.

Y nací para dejar sobre esta bendita tierra el fruto de la semilla.

*No vinimos acá, nos trajeron las ondas.
Confusa marejada, con un sentido arcano,
impuso el derrotero a nuestros pies sumisos.*

*Nos trajeron las ondas que viven en misterio.
Las fuerzas ondulantes que animan el destino.
Los poderes ocultos en el manto celeste.*

*Teníamos que hacer algo fuera de casa,
fuera del gabinete y del rincón amado,
en medio de las cumbres solas, altas y ajenas.*

*El corazón estaba aferrado a lo suyo,
alimentándose de sus memorias dormidas,
emborrachándose de sus eternos latidos.*

*Era dulce vivir en lo amoldado y cierto,
con su vino seguro y su manjar caliente,
con su sábana fresca y su baño templado.*

*El libro iba saliendo, el cuadro iba pintándose,
el intercambio entre nosotros y el ambiente
verificábase como función del organismo.*

*Era normal la vida: el panadero, al horno,
el guardián, en su puesto; en su hato, el pastor,
en su barca el marino, y el pintor en su estudio.*

*¿Por qué fué roto aquello? ¿Quién hizo capitán
al mozo tabernero y juez al hortelano?
¿Quién hizo embajador al pobre analfabeto
y conductor de almas a quien no se conduce?*

*Fué la borrasca humana, sin duda, pero tú,
que buscas lo más hondo, sabes que por debajo
mandaban esas fuerzas, ondulantes y oscuras,
que te piden un hijo donde no lo soñabas,
que es pedirte los huesos para futuros hombres.*

En México hubo que recomenzar la vida, cosa dura si ya no se tiene la ilusión y la flexibilidad de la juventud. Y recomenzarla sobre los mismos instrumentos de siempre: la pluma, los estudios de arte y acaso la pintura.

El desastre de España me impuso la convicción de que mi vida allá se había terminado y de que era preciso poner a prueba mis facultades de todo orden a la presión más alta. Y, en efecto, en los siete años últimos, he hecho más cosas que nunca. Llevo escritos siete libros, entre gran-

des y pequeños: "Locos, enanos, negros y niños palaciegos en la Corte de los Austrias", "Cornucopia de México", "Doce manos mexicanas", "La escultura colonial mexicana", "Puerta severa", "La noche del verbo", "Temas de arte" (inédito aún) y esta autobiografía.

He dado seis o siete conferencias. He viajado por el país, por los museos, iglesias, archivos fotográficos, colecciones particulares y tiendas de antigüedades para recoger datos. He hecho veinticuatro retratos al óleo y varias docenas de cuadros imaginativos, que fueron expuestos sucesivamente en las Galería de Arte Mexicano y de la Universidad.

Y todo esto en las peores condiciones físicas, porque la altura de la ciudad, unida a los sufrimientos morales, traían desquiciados mis nervios. Sentía mareos, inseguridad de piernas, opresión en la caja torácica y una injustificada premura como si el tren se fuese a escapar. Nadie sabe lo que tuve que dominarme para trabajar. Las pruebas de adaptación fueron dobles: al ambiente social y matrimonial y al ambiente físico. Los estados de depresión que atravesé desde el año 39 han sido numerosos y grandes, aunque he tratado de disimularlos. Pasé por varios médicos, para ver si radicaba en el hígado, en los nervios o en el pecho el origen de mis dolencias. Me hice radiografías, me dejé sacar las muelas, me analizaron sangre, orina, esputos, y me inyectaron mil veces calcio, estricnina, vitaminas y otros productos. Lo único positivo que hallaron los médicos fué que el hígado está algo crecido (cosa que no me extraña, con los años que tiene) y que la bronquitis del fumador se había convertido en aguda a principios del año 43. Este ha sido mi peor año. Y lo salvé trasladándome a Mocambo, en Veracruz. Los veinte días tranqui-

los en aquel lugar, en pleno mes de agosto, sudando (cosa que había olvidado), bañándome y comiendo bien, me sirvieron de mucho.

No cabe duda de que hay que sudar y que comer para vivir. ¡Y tanto! Tal vez sea el mayor pecado del escritor el no sudar materialmente al escribir. Si sudase uno, mirarían los demás su trabajo como verdadero trabajo. Pero nuestro empeño mayor es que la obra no acuse la fatiga pasada al hacerlo, que parezca salida como Jesús, sin dolor. Y, así, todo el mundo cree que el escribir es un juego. |

El escritor no suda sudor, pero suda otras cosas que un médico pueda señalar con sus nombres. El trabajador del espíritu segrega otros jugos. Jugos que le adelgazan y extenuan. Hay algunos trabajadores de esta clase verdaderamente privilegiados, que desafían todas las secreciones y siguen tan orondos; es lo que a veces me hace sospechar de Goethe. Pero es que estas naturalezas extraordinarias tuvieron, además, compensaciones fuertes, vigorizadoras. Con grandes estímulos se compensan los trabajos.

¿Siente uno estímulos en esta nueva vida? Si no hubiese sido por Genaro Estrada y luego por Villaseñor; Montes de Oca, Daniel Cosío Villegas y Alfonso Reyes, a esta hora no sé dónde estaría. Debo mi existencia a la creación de la Casa de España y luego al Colegio de México, fundaciones pensadas, ayudadas y dirigidas por estos hombres de tipo internacional. Y mi gratitud no es muda. Creo haber correspondido a la confianza que ellos pusieron en mí, con los trabajos hechos.

Pero yo no soy esencialmente un científico, sé desenvolverme en el campo de la investigación histórico-artística porque, como dije en otras páginas, pertenezco al Centro

de Estudios Históricos, en Madrid, y porque mi carrera de archivero, bibliotecario y arqueólogo me mantuvo en contacto con los documentos y las obras de arte toda la vida; pero mi pasión no se satisface con la actividad científica. Busca otras salidas, la poesía y la pintura. Considero a la ciencia como una muleta, mientras la poesía y la pintura son alas.

¿Es que las alas necesitan estímulo para volar? Claro que sí. Aire en que apoyarse, por lo menos.

Pero no hay que ser quejumbroso ni descontentadizo. En los tiempos actuales, tener un hogar, comida y trabajo, sin oír bombas ni sufrir destrozos, es una bendición. Además,

No vinimos acá, nos trajeron las ondas.

y según el mismo poema dice,

*Teníamos que hacer algo fuera de casa,
fuera del gabinete y del rincón amado,
en medio de las cumbres solas, altas y ajenas.*

Sí, hay una llamada exterior, una fuerza trágica, que manda al hombre salirse de su camino individual o solitario, habitual y egoísta, una fuerza que le dice: "No has dado todo lo que puedes dar de ti".

Esa fuerza se valió de la catástrofe española, y Genaro Estrada para arrancarme de mi tierra y hacerme que sembrara mi semilla en las alturas de México.

Ahora veo con absoluta claridad que la ubicación de mi cuarto infantil apuntada en el primer capítulo de este libro, fué un presagio,

XXI

ATERRIZAJE Y DESPEGUE

UN CONSTANTE aterrizar y despegar es la acción del poeta en la vida. Le es tan necesaria la tierra como el cielo. Sin el apoyo duro, no puede dar el salto. Pero su tragedia es que ni la tierra ni el cielo le satisfacen. La vida en la tierra es demasiado complicada y violenta; la vida en el cielo demasiado simple o llena de nubes. Por esto su acción es de fuga constante. He pretendido aquí detener y presentar dicha acción. Acaso no he subrayado debidamente la angustia permanente que sofoca al hombre de este género. Pero esa nota constante quedó adherida a sus poemas.

— Y ahora, hijo mío, semilla hispana convertida en fruto al caer en tierra mexicana, quiero dedicarte especialmente lo que sigue, aunque todo el libro está redactado para ti.

— El último mandato que me impuso la vida, misteriosa siempre, fuiste tú. ¿Por qué tan tarde?

Naces de padre maduro, casi viejo, pero me reconforta pensar que naces de madre joven, dinámica e inteligente. Ella te puede ayudar más que yo el día de mañana.

Nací al nivel del mar, pasé lo central de mi vida en la etapa castellana, a 600 metros de altura; mi última etapa transcurre en esta elevadísima ciudad donde tú has nacido, a más de 2,000 metros. ¿Significa algo la curva ascendente de mis sucesivas residencias, Málaga, Madrid, México?

Y, ¿qué significa esta insistencia de la inicial M? Má-

laga es un eco mediterráneo de la Malaca indochina. ¿Quién la bautizó? ¿Un grupo de malayos trashumantes? Ya que todo lo anterior de mi libro se basa en hechos concretos y vividos, en este capítulo final no he de oponerme a lo puramente intuitivo. En mi ciudad de origen quiero ver hoy el paso de un grupo malayo porque aquí, en México, se encuentran también vestigios de tales gentes malayo-polinésicas. Así me recreo en la redondez del mundo y en su pequeñez.

Entre Málaga y México, tengo a Madrid, que como Madrigal fué sitio de madrigueras. Y de esto concluyo que Madrid era para enquistarse y Málaga y México para fugarse. ¿Por qué? Porque Málaga, a la orilla del mar, es como rampa que invita al deslizamiento, al alejamiento; y México, ubicado entre altos volcanes, es como remate de columna de donde arranca el arco del cielo.

Tú, mi hijo, has nacido en este capitel volcánico. La cigüeña lo quiso así. Nada te impedirá volar un día, siguiendo la pauta del arco, y aterrizar o amerizar en Málaga, donde tienes primos hermanos con tus mismos ojos. Yo los dejé muy chiquitos, en una edad que no tiene instrumentos para retener imágenes. Por esto te preguntarán: ¿cómo era tu padre? Y tú les contestarás poniendo en sus manos este libro: —Así era.

¿Cuál será tu destino, hijo? Si la inicial de mi primer apellido, Moreno, me marcó para vivir las tres ciudades antedichas, acaso mande en tu trayectoria la N del apellido materno, Nieto. Y vayas a parar a Nueva York, o a Niza o a Nüremberg. La tierra será cada día más enjuta. De Niza a Nezuipaya volarás en una noche.

Tu destino empezó a preocuparme antes de que mis

INDICES

ojos te vieran, aunque ya mis manos sentían el latido de tu corazón. Entonces escribí lo que sigue:

La luna reina como pocas noches.

Camináis lentamente.

Llevas a tu mujer como si fuera un ánfora sutil que el tacto rompe.

—¿Cómo será. . . ? ¿Será niño el hijo?

Sus ojos, ¿serán graves y expresivos?

¿Lo quieres ya sin verle?

—lo quiero ya porque eres tú conmigo; porque no puede oler sino a nosotros; por ser carne de entrambos—.

En idilio paterno

camináis bajo el sueño de la luna

con otro amor que la pareja novia,

con un amor que pesa en las entrañas,

no aquél que vuela sin dejar prenderse.

Ya no es anhelo Amor, es fruta hecha.

Y os queréis como quiere

el escultor sus manos.

Hay gratitud en este nuevo amor.

Gracias a Dios, — decís, pero pensáis gracias a ti, además.

Y luego, con inmensa y muda voz:

Gracias a todo, a todo,

a la luz, al momento, a los jardines,

al cielo, a los volcanes, a los ríos,

al aire que mecía tus cabellos

y a la estrella que vimos en el aire.

Luego, tú, el padre,

en un silencio breve pero lleno,

dijiste para ti:

Vine del viejo mar, soy como un mito;

acaricié la vida

como un alma pagana,

pero viví también la oscura selva
 que tortura a las almas religiosas;
 y, al fin, cuando mi Edad
 es luna, tiempo y muerte,
 hago esta flor sencilla
 en un vaso muy joven. Soy un loco.
 —Nuestro hijito, ¿será poeta, "mami"?

Yo quisiera que fueses poeta y que no lo fueses. Ya ves si soy mal pedagogo. No sé qué aconsejarte. Creo en el destino, en la estrella, más que en la razón. Creo en el impulso ciego, en la corazonada, en el destello que por un instante ilumina nuestro interior oscuro. Por eso escribí también en aquel librito titulado "Puerta severa" —hecho pensando en ti—lo que sigue:

*Delante de la estrella está la luna,
 hijo, no te confundas.
 Primero está la Edad, en giro muerto;
 después, la estrella, en lo lejano eterno.
 Tu estrellita es tu sino
 al nacer, hijo mío;
 pero es también tu sino
 al morir y perderte en lo infinito.
 Al nacer tienes cosas a tu mano:
 el gato, la lechuza y el caballo,
 el ciprés, la tortuga y la escalera,
 la fuente, la paloma y una estrella.
 ¡La tuya, entre millones!
 Las otras han de ser para otros hombres.
 Y el secreto en la vida
 es dar con esa estrella que te envía,
 es dar con esa isla
 que en el mar de los cielos te vigila.
 Es trabajoso averiguar cuál es,
 pero escúchate, hijo, y óyle.*

*Tu estrella, está contigo.
que llamamos el cielo, lo infinito.
Contigo y en el fondo del abismo*

Habrás advertido que en estos dos poemas escribo con mayúscula la palabra Edad y que vale tanto como Luna. Es que en ese librito hay una poesía, la primera, que se titula "Edad", en la cual, acongojado por haberte traído al mundo en el declive de mi vida, considero mi edad como si fuese la luna. Dice así:

1

*La edad, como la luna,
silentemente se me va perdiendo.
se va a perder por no sé que praderas
o montañas del firmamento.*

*La Edad, eso tan vago
y a la vez tan concreto;
esa luna lunática
de ilusiones y sueños,
fabricada con años
que vivo solo ahora, al cabo de ellos.*

*Mis años son edad,
esa luna que pierdo,
que se me va por las oscuras lomas
hacia praderas que me dictan miedo.*

*Antes, no la veía;
estaba muy adentro;
era cosa menuda;
pero creció y abandonó mi cuerpo.
Desde ahora la miro
como miro en el cielo
esa luna en declive
color de blanco y amarillo espectro.*

*La edad llega a ser algo
completamente externo.
La mía no concuerda
de todo a todo con mis sentimientos.*

2

*La edad me impone ahora cierto ritmo.
La noche empieza larga y más profunda.
La luna congelada,
esa Edad hecha piedra,
piedra suelta en el aire,
felinamente gira en torno mío.
Gira la Edad, la luna,
y mi sombra es la sombra mareada
de una luna sin cielo
que busca la verdad de un muro blanco
donde afirmar su leve silueta.*

3

*Mareada mi sombra,
pisa y pasa por fríos estelares
mirando aquella luna, aquella Edad
que fué saliendo de ella
como la espuma de la mar inquieta.*

4

*Ya la luna traspone
y Dios me va a encontrar hecho una sombra,
sin nada valedero.
Ya la Edad se encarama
y me voy sin sembrar nada que sirva;
que sirva para bien, para alegría,
para conocimiento de mi gente.
Años, montón de años, gran Edad,*

*toda una luna de años he vivido,
y no supe, no quise,
o no pude acabar nada perfecto.*

5

*Ya no es hora. Los gajos de mi vida
se han congelado en esa luna calva
que sólo Dios podrá recalentar
si mete su perdón en mi pasado,
si mete su perdón en esta Edad
que, destacada de mi cuerpo, cae,
cumbres abajo, como luna monda.*

6

*Esa luna inquietante,
la Edad, que se destaca silenciosa,
me mira como un ojo
de la noche sin fin. Y yo no acierto
a leer lo que quiere,
porque el lenguaje de verdad es algo
no aprendido por nadie todavía.*

7

*Ese idioma lunar, lengua de siglos,
lo siento como un baño,
como un baño de Edad,
como una deslizante ducha helada,
como polvo de luna.*

8

*En el abismo blanco
de un lenguaje cifrado por los dioses,
no valen el oído ni los ojos.*

Por eso me concentro más y más
 en aquel otro abismo
 de lo ya transitado y no entendido,
 de lo que ya quemé de mi substancia,
 de todos los afectos y apetitos.

9

Con esto, loco, huyo de la luna.
 de la edad material, definitiva;
 me engaño, me distraigo, me enajeno;
 me fugo a otro planeta, voy contigo,
 con los pocos que viven estas cosas,
 con los que merodean por los astros
 y beben luz de magia cada día.

10

¿A dónde vas, Edad? ¿A dónde, luna,
 sin pies y sin caminos en el cielo?
 ¿A rodar, a dar vueltas
 en el ámbito sordo,
 en la noche sin cabo
 donde esperan los mundos su agonía?

¡Qué delicia pisar la tierra firme!
 Solamente la Edad cuajada en luna
 comprende la verdad de los caminos
 y de la humilde planta de los pies.
 Cuando ya no le quedan
 ni los pies ni el camino;
 cuando ya no le quedan
 ni manos ni frutales.

Esta verdad, angustia y agonía,
 desesperada pesadilla parda,

*es superior al hombre;
por esto lo hace piedra, seca luna.*

*De vez en cuando, un párvulo optimismo
le dice: ¡Siéntate! ¡Pon en la tierra
tu corazón, y riégalo!
¡Enmaceta raíces o memorias!
Sólo en la tierra pueden prolongarse
Las cosas que nacieron en la tierra.
Mas responde: Soy viejo y nunca he visto
corazón enterrado que florezca.
La tierra no devuelve corazones;
se traga los que nacen.
Y, al cabo de los siglos,
tu corazón de polvo lo alzo el viento.
¿Qué niño tendrá hoy
polvo del corazón de San Francisco,
de Miguel de Cervantes o de César
entre sus dulces labios?*

Hubiste de venir al mundo para que mi edad se me presentase de este modo, tan serio. Es más, desde que tú naciste, mis escritos tienen una preocupación más humana y más grave. Tú has centrado mi atención y mi capacidad de cariño de un modo que no sospechaba. Mira este último poema:

LA NOCHE DEL VERBO

*¡QUE lejos está todo lo más íntimo!
El Yo, también está como los mundos
cercado de infinito.
Una burbuja de suspiro emplea
días y años en salir a flote;
la pudorosa angustia se ilumina
después de navegar lustros de sombra.*

*¡En qué infinita lejanía yaces
 breve sustancia, pequeñín resorte
 y diminuto fuego primordial!
 Sé que eres mío por los accidentes,
 pero jamás encuentro tu semblante,
 jamás te veo cara a cara, Yo.
 Me mandas un suspiro tembloroso,
 un resplandor sulfúrico de ira,
 una satisfacción de paz fraterna
 y te quedas allá donde no llego,
 en un recato lóbrego divino.*

*Ventana al interior. Entre fulgores
 he removido mucho, pero nunca
 me atreví con el fondo de mi fondo.
 Me da miedo llegar.
 Me dan miedo las últimas respuestas.
 Yo pregunto y me escapo.
 Pregunto y doy el brinco a la ventana.
 La respuesta es un lirio, una toronja,
 un mirlo, un potro, un toro,
 un monte, un mar, un cielo...
 Todos ellos responden, se presentan:
 Aquí estamos. ¡Deléitate!
 Nuestro mundo es un acto de presencia.
 —Vuestro mundo bonito,
 es terrible por dentro, como el mío.
 Sois respuestas ¿a qué?
 ¿A qué "responde" aquella linda estrella?
 Y ¿a qué responde el seno interminable
 donde giran los mundos;
 ese espacio sin fin, inconcebible,
 como el estar y el ya no estar del hombre?
 No respondes —¡Oh mundo de presencias!—
 No respondes. Y yo,
 que soy una pregunta, si soy algo,
 cierro al fin la ventana que te mira*

y miro desde fuera
 este mundo de adentro, sin colores,
 sin cuerpos,
 donde vive una luz de maravilla,
 una cosa que llaman luz, de apodo,
 y que no es cosa, ni sustancia alguna,
 sino función del alma misteriosa.

Ya no veo la estrella, la recuerdo.
 Ya no veo la flor, pero la uso.
 Ya el toro bravo no cornea nada
 porque este redondel no admite cuerpos.
 Aquí lidia el amor con la ignorancia.
 Es el amor a todo
 quien pone en movimiento este teatro
 sin actores, ni luces,
 donde naufraga el hombre
 o se salva reuniendo,
 con la gracia divina, mudos símbolos.
 Es teatro del verbo y nada más.
 Del verbo descarnado.
 Y, cuando la palabra es bien certera,
 nos sirve más que el sol para la vista.

Negra ventana mía,
 para mirar palabras sin sonido;
 palabras que desfilan o pelean
 en la cerrada noche.
 Negra ventana mía,
 déjame ver esta palabra: Dios.
 Ya está en la noche sola, destacada.
 Es verbo, voz del hombre, forma suya.
 Negra ventana mía,
 déjame ver esta palabra: Hombre.
 Ya está en la noche como perla verde.
 Es verbo, voz humana, forma eterna.
 Dios y Hombre en la noche son palabras

de idéntico valor, sin finitud.

Para encarnarse, el Verbo

tuvo que hacerse hombre;

y, una vez encarnado,

señaló a Dios en sí

con la palabra mágica.

En la noche cerrada

revivo su tragedia:

El hombre ha de morir en el verbo, su obra.

Negra ventana mía,

déjame ver esta palabra: Niño.

Ya está en la noche como estrella rosa.

Es el Hijo del Hombre y es el Verbo.

Es el centro del mundo.

Se destaca en mi noche

cercado de palabras dtamantinas:

"pastores", "reyes", "ángeles".

Las manos más dispares

lo reconocen como ser supremo.

Leves manos angélicas.

severas manos reales,

terrosas manos del pastor,

que venís vagorosas desde el cielo,

calmosas desde el trono,

humildes desde el monte abrupto y manso,

vedlo en la noche de las grandes palabras.

Es la mayor de todas.

El niño será Dios eternamente.

Nadie alegra la Vida sino El.

Estrella rosa de la noche: Niño.

Milagro en el milagro de la vida.

¿Cómo no te adoraron

los hombres anteriores a Jesús?

Déjame noche negra esta palabra

delante de los ojos clausurados;

Quiero verla con otras que nutrieron
el corazón del hombre primitivo:

chacal, toro, coyote,
cerdo, serpiente y monstruo,
liliputienses fálicos,
y ranas achatadas.

¿Qué viraje sufrió la humanidad
para ver en el niño
el centro de la vida?

Del terror al amor: así fué el cambio.

Déjame noche negra y pensadora
derramar mi alegría como llanto
delante de este amor que es lo indefenso,
lo puro y lo vivaz, lo que en su día
vuelve a crear el Verbo.

Esta noche interior en pleno día
es borrascosa, indomable y amarga.

Yo pensaba en el Niño por mi hijo;
paternidad nos lleva a cristiandad.

Pero aquélla, la noche de los verbos,
el escenario sin control posible,
se inundó de palabras
que yo no conjuré:

“Claudicante”, “Medroso”,

“Simulador”, “Veleta”,

describían parábolas

en un fondo morado

vertiginosamente.

Y a la par, con un halo

amarillo verdoso,

“Humanidad”, “Justicia”,

“Reparto”, “Burguesía”,

“Yugo”, “Martillo” y “Hoz”,

“Cruz gamada” y “Victoria”,

“Mercaderes de armas”,

“Tiranos”, “Criminales”,

"Espías", "Delatores".

Y más allá, en tercera

dimensión opalina:

"Muerte", "Paz", "Armonía",

"Conjunto familiar", "Isla de calma",

En este torbellino de vocablos,

caleidoscopio significativo,

acciones y omisiones

aparecían como helados fuegos.

"Leal", "Entero", "Firme",

"Constante", fueron nuevas

palabras parabólicas.

"Fe", "Nuevo Mundo", "Libertad",

"Desesperanza", "Viejo Mundo", "Esclavos".

La angustia, la terrible angustia onírica

de no ver fin al vértigo,

convertía en sudor la sangre helada.

De repente, un espejo que se quiebra

y en el fondo, sobre nimbo naranja,

en caracteres blancos,

esta palabra: "Niño".

Era el hijo de nuevo.

Era volver al centro.

Era entrar en lo único.

Me fui con esta voz por los senderos

y la grité debajo de los árboles.

La grité al parpadeo de la Aurora.

La dejé resbalar por la marina.

"El yo también está como los mundos — cercado de infinito." Sí. Por ello he buscado siempre el cuarto, la habitación propicia donde pueda revelarse, donde puedan verse los arranques y las direcciones que toman sus rayos. Toda nuestra labor exterior depende del cuarto, se fragua en él. Y toda obra exterior tiene en él repercusión.

Un cuarto, hijo mío, y en él un mundo; para mí, tres: el de la historia, el de la pintura y el de la poesía. Creen algunos que la historia del arte no es digna de figurar junto a la gran actividad creadora de la poesía o de la pintura. Tal vez lleven razón; pero yo te digo que en cada pintor pasado se puede sentir hoy los latidos de su yo. Frente a un cuadro de Vermeer de Delf puede uno sentir la intimidad de un hogar holandés de lenta luz suave, donde una mujercita hacendosa y limpia lee o escribe una carta. La carta que viene del mundo al cuarto o que sale de éste para aquél. Este pintor nos entrega su vida apacible, íntima y sonriente. En cambio, Velázquez vive severamente, dentro de una luz encerrada, de una luz cenital o de montante tan alto que no deja ver el horizonte. El mundo que nos brinda es angustioso, de reyes exangües, locos y enanos. Mundo de cortinas pesadas, tapices amortiguadores, sillas de vaqueta, consolas y espejos fríos, relojes encerrados en fanales de cristal, que el relojero de Palacio, el médico del tiempo, observa y sostiene en marcha día por día. Si te alejas de este pintor y te colocas frente a Patinir, te lanzas a un mundo panorámico, pintado en perspectiva caballera, o sea desde arriba; porque le gustaba recrearse o vivir el encanto y el misterio de las peñas, arroyos, lagos, caminos sinuosos y nubes errabundas. El fué uno de los primeros que pusieron nubes tormentosas en el azul purísimo de los cielos antiguos. En él dejó de ser el cielo lo que fué para los pintores medievales: concepto de pureza inmaculada. La vida de Rubens, a su vez, la que dejó en sus cuadros, te lanza al dominio de la sensualidad dinámica, de los desnudos femeninos nacarados y opulentos que se agitan o se recuestan entre columnas salomónicas —que son resonancias formales de ellos— y entre

suntuosas telas y frutos carnosos, que son también sus rimas obligadas.

Las mejores biografías de los artistas son sus obras. En ellas están fijadas sus vidas, sin comentarios ni errores. Si Miguel Angel hubiera querido escribir la suya, no se hubiera retratado con la firmeza y la profundidad que en sus esculturas y pinturas. Aunque sus poesías nos revelan el estado angustioso de su alma, jamás llegan a plasmar el poder titánico que en sus atormentados superhombres. Y Miguel Angel fué eso, un poder titánico en un cuerpo desmedrado, una tormenta fabulosa en un cuerpo mezquino, un mundo inmenso metido en un cuarto,

Yo no sé, hijo mío, si en estas páginas he logrado dejarte una imagen clara del movimiento de mi cuarto y el movimiento de mi mundo. Mi vida fué la de un retraído; y en las paredes de mi cuarto —que son ahora mis libros— verás los rastros de mis situaciones felices o angustiosas.

INDICE DE LOS CAPITULOS

I. Topografía de la casa paterna	7
II. La dinámica de aquella casa	19
III. Dosis campestre	31
IV. Dosis marina	41
V. De la niñez a la mocedad	51
VI. Por el mar hasta la selva	57
VII. Intermedio de las fechas	71
VIII. De la mano de las musas	73
IX. Autores y tramoyistas de <u>la</u> historia del arte	93
X. En presencia de la eterna juventud	101
XI. Segunda vez la manta a la cabeza	123
XII Soliloquio en el mar	135
XIII. Vuelta al retiro y la nueva generación	143
XIV. Los continuadores de Apeles y de Riparographos	161
XV. En tiempos de la República	173
XVI. Repercusión de las circunstancias	189
XVII. La hora de la catástrofe	207
XVIII. Vida en Valencia	227
XIX. Nueva York, Wáshington y otros lugares	237
XX. En México	243
XXI. Aterrizaje y despegue	263

INDICE DE LAS ILUSTRACIONES

	<i>Frente a la pág.</i>
Mis abuelos paternos y mi padre	28
Mi madre y mis abuelos maternos	29
Retratos de juventud (1905-1909)	36
Don Manuel B. Cossío	37
Alberto Jiménez Fraud	37
El buho de Salamanca	88
Juan Ramón	89
Alfonso Reyes	89
Retrato de Federico. Oleo, 1938	104
Retrato de León Felipe. Oleo, 1940	105
Retrato de Consuelo. Oleo, 1937	152
Carlitos Martínez del Río. Oleo, 1938	153
Margarita Urueta de Villaseñor. Oleo, 1938	168
Carolina Amor de Fournier. Oleo, 1939	169
Dibujo, 1939	184
Dibujo, 1939	185
Cabeza de Don Quijote. Oleo, 1943	200
Corderos al abismo. Oleo, 1943	201
En el estudio. 1940	201
Frente de Madrid. Litografía en color, 1937	216
Genaro Estrada	217
Eduardo Villaseñor	217
Mi barba de 1936	232
Consuelo y yo. 1939	232
Retrato de Daniel Cosío. Oleo, 1940	233
Enrique Díez-Canedo. Oleo, 1940	248
Carmen Barrera. Oleo, 1940	249
Paloma y Pepe en 1943	264
Mi hijo en 1941	265

Este libro se acabó de imprimir, en los talleres de "Gráfica Panamericana", S. de R. L., Pánuco, 63, México, D. F., el día 1 de septiembre de 1944. La edición estuvo al cuidado de Daniel Cosío Villegas

